Esta obra es una reproducción digital de un ejemplar propiedad del CSIC y conservado en la biblioteca del Museo de Ciencias Naturales.

Podrá ser utilizada con fines de consulta, estudio o investigación, siempre que se respete la autoría y la integridad de la obra, en los términos previstos por la legislación vigente. No se permite en ningún caso el uso comercial de la obra, ni en todo ni en parte. Cualquier otra utilización deberá ser autorizada expresamente por el CSIC.

65452 001.020
F-1.721

Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica.

DIARIO DE LA EXPEDICIÓN AL PACÍFICO

LLEVADA Á CABO POR UNA COMISIÓN DE NATURALISTAS ESPAÑOLES

DURANTE LOS AÑOS 1862-1865,

ESCRITO POR D. MARCOS JIMÉNEZ DE LA ESPADA,

MIEMBRO QUE FUÉ DE LA MISMA.

Publícalo ahora por vez primera, adicionado con notas, el

P. Agustín Jesús Barreiro, agustino.

MADRID
Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia é Intervención Militares
Caracas, número 7
1928

R 11a
1930

C466

Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica.

DIARIO DE LA EXPEDICIÓN AL PACÍFICO

LLEVADA Á CABO POR UNA COMISIÓN DE NATURALISTAS ESPAÑOLES

DURANTE LOS AÑOS 1862-1865,

ESCRITO POR D. MARCOS JIMÉNEZ DE LA ESPADA,

MIEMBRO QUE FUÉ DE LA MISMA.

Publícalo ahora por vez primera, adicionado con notas, el

P. Agustín Jesús Barreiro, agustino.

MADRID
Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia é Intervención Militares
Caracas, número 7.
1928

BIBLIOTECA

DIARIO DE LA EXPEDICIÓN AL PACÍFICO

llevada á cabo por una Comisión de naturalistas españoles durante los años 1862-1865, escrito por D. Marcos Jiménez de la Espada, miembro que fué de la misma.

Publícalo ahora por vez primera, adicionado con notas, el

P. Agustín Jesús Barreiro, agustino.

PRIMERA PARTE

ADVERTENCIA

La expedición de naturalistas españoles á las Repúblicas hispanoamericanas de Suramérica tuvo lugar en los años 1862-1865, y recibió el nombre de «Comisión científica del Pacífico». Estaba formada por ocho individuos, cuyos nombres son los siguientes: D. Patricio María Paz y Membiela, Presidente; D. Francisco de Paula Martínez y Sáez, D. Marcos Jiménez de la Espada, D. Manuel Almagro y Vega, D. Juan Isern y Batlló, D. Bartolomé Puig y Galup y D. Francisco de Castro y Ordóñez.

El objeto de esta Comisión era el estudio de los países americanos y principalmente la recolección de toda clase de ejemplares pertenecientes á los tres reinos de la Naturaleza, con destino á nuestro Museo Nacional de Historia Natural. El viaje de aquélla fué dispuesto apresuradamente, sin prever las mil dificultades que habían de presentarse en el transcurso del mismo, haciendo así infructuosos los grandes sacrificios de los naturalistas.

Había dispuesto el Gobierno español enviar á las Amé-

BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES

ricas una Escuadra compuesta de las fragatas de guerra *Resolución* y *Nuestra Señora del Triunfo,* á las cuales debería unirse la goleta *Covadonga,* surta ya en aguas argentinas. Dos años tardó en aprestarse dicha Escuadra, que por fin partió de Cádiz el día 10 de Agosto de 1862, embarcando en la *Triunfo* la Comisión de naturalistas. Los trabajos llevados á cabo por ésta y las mil contingencias que hubo de experimentar quedan ya consignadas en nuestra *Historia de la Comisión científica del Pacífico* (1), y á ésta remitimos al lector.

Entre los documentos que nos han servido para preparar nuestra obra figuran los diarios de Martínez, Iseru, Almagro y Amor, y sobre todo el de D. Marcos Jiménez de la Espada y que hoy damos á la prensa. De todos esos sólo hay uno cuyo autor, Francisco de Paula Martínez y Sáez, no dejó pasar un solo día, desde el 10 de Agosto de 1862 hasta mediados del mismo mes de 1865, sin registrar sus impresiones en aquél. La parte correspondiente á los restantes diarios estaba sólo fragmentaria, pero aun así ofrece siempre interés.

El de Jiménez de la Espada supera sin duda alguna á todos los demás. Da principio el 22 de Agosto de 1862 con la excursión á Cabo Verde, aunque ya se describe con anterioridad á esa fecha la escena de la caída al mar de un marinero de la *Triunfo.* Continúa sin interrupción hasta el 4 de Marzo del 63, salta después al 12 de Julio del 64 y sigue hasta el 31 del mismo mes, en que termina lo que podemos llamar primera parte del viaje. Se consignan en este «Diario» (al que sirven de complemento varias cartas escritas por Espada á los Sres. D. Adolfo Aguirre y don Mariano de la Paz Graells, respectivamente) las observaciones hechas por aquél en Canarias y Cabo Verde acerca de la fauna, flora y estado social de estas islas; píntase en él con vívidos colores la honda impresión que causó en

(1) Un volumen de 525 páginas en 4.º—Madrid Junta para Ampliación de Estudios, 1926.

nuestros viajeros la tierra americana; se describe el desembarco en Bahía de todos los Santos, el aspecto de esa ciudad, las excursiones á *Itaparica* y á *Porto de todos os Santos*, la biblioteca pública, etc., etc., y se recuerdan los nombres de D. Antonio Lacerda, Otto Wucherer, Cerrutti, Montovio, Bloem y Williams, beneméritos de la Comisión, á la que prestaron eficaz y desinteresado apoyo.

La navegación á Río Janeiro, la entrada en el puerto y el aspecto de éste, la población, la visita al Emperador, el estado social del Brasil, los trabajos de los naturalistas, los nombres de aquellas personas que les prestaron su auxilio y les distinguieron con sus atenciones y mil detalles más, ocupan en este «Diario» lugar importante.

Sigue narrando Espada el viaje á Montevideo, las visitas al Presidente Beno y á los principales monumentos de la ciudad, las excursiones á sus alrededores y especialmente al «Saladero» de Mr. Lafond y á la estancia en Buenos Aires, donde observó el Museo de Burmeister y tuvo, como sus compañeros, la suerte no sólo de ver al Presidente Mitre, sino también de recibir del mismo eficaz ayuda y atenciones numerosas.

Explícanse también en este «Diario» las causas que dieron motivo á que se dividiese la Comisión en dos grupos, de los cuales uno, formado por Amor, Isern, Almagro y Paz, cruzó las Pampas y los Andes hasta llegar á Santiago de Chile, y el otro embarcó en la Escuadra, alojándose Martínez, Puig, Castro y Ordóñez en la *Triunfo*, y Espada en la goleta *Covadonga*. La navegación de ésta y de las fragatas desde Buenos Aires hasta su entrada en el Estrecho de Magallanes, el retroceso de la *Triunfo* y la *Resolución* á las Malvinas, y muy particularmente las dificultades y peripecias de la *Covadonga* en su marcha arriesgada á lo largo del citado Estrecho, merecieron del Sr. Espada párrafos interesantísimos, escritos durante aquella travesía, en que las tempestades parecían negar el paso á la pequeña nave y amenazaron con tragársela en más de una ocasión.

El viaje desde Valparaíso hasta Guayaquil ocupa las últimas páginas de esta primera parte del «Diario» de Espada. Corresponde al mes de Octubre de 1864, días 12 al 31, y contiene observaciones curiosas de las costas y puertos correspondientes.

No terminaremos este preámbulo sin advertir antes que hemos creído conveniente aclarar algunos pasajes ó también varias palabras técnicas mediante breves notas.

P. Barrero.

Expedición de 1862.—Día 13 de Agosto de 1862.—Buen tiempo.—Mares.—¡Hombre al agua!—Maniobras para salvarle.—Inutilidad de estos esfuerzos.

Tiempo hermoso y viento fuerte. Hacíamos término medio ocho millas por hora. La marejada alzaba la porta y el agua mojaba nuestros camarotes entrando por ellos, no obstante se había calafateado con estopa y sebo todas las rendijas. A pesar de ello recibimos con gusto la rociada, porque nos indicaba que nos acercábamos con más rapidez á las Canarias. Yo estaba cenando, no había almorzado ni salido de mi camarote en todo el día. A pesar de la certidumbre de mejorar tomando el aire sobre cubierta, mi postración era tal que no tenía voluntad para aliviarme. Este es uno de los más temibles caracteres del mareo. Llegó la hora de las cuatro, tocaron á comer y tampoco tuve ánimos para acercarme á la mesa. Para consolar en lo posible mi asendereado cuerpo, trato de dormirme al ruido de los platos, copas y alegre algazara que armaba á bordo la mesa de oficialidad. A la media hora todo como un murmullo; después, no oía nada. De repente unas palabras sencillas me sacaron de mi no muy seguro sueño: «hombre al agua», y sigue á ellas un ruido sordo y confuso que demuestra la agitación que reina sobre cubierta, dominada por la enronquecida voz del Comandante que ordenaba la maniobra ó orzar y ponerse en facha. Yo lo sentía precisamente encima de mi cama, porque un tropel de ma-

rineros se dirigía sobre la porta de mira babor á proa á picar la embarcación. Disipóseme el mareo, como disipa la embriaguez los grandes peligros, y medio vestido y precipitadamente salí de mi camarote á la batería. A través de una de sus portas distinguí la silueta de un bote ya tripulado sobre el obscuro y ancho horizonte; colgaba á la proa y á la popa, se sumergía en el agua arrastrando á los que habían tenido ánimo bastante para arrostrar un peligro por salvar la vida á un pobre marinero. Subo á cubierta, había empezado á anochecer; la ventolina soplaba con fuerza y la mar estaba bastante picada. Todos los Oficiales, guardias marinas, contramaestres y multitud de marineros en popa mirando con ansia hacia un sitio bien lejano, desgraciadamente, donde suponían luchando con la muerte á su malaventurado compañero.

Pregunto qué es y ruego que me den detalles del suceso.....

Un pobre gaviero (1), me respondieron, al pasar por delante del trinquete á tiempo que la fragata daba una guiñada, recibió un golpe con la vela en todo el cuerpo que le arrojó al mar. El joven (hijo de Canarias) tiene otro hermano á bordo que se ha querido arrojar tras él, y ambos esperaban ver mañana á la madre que les esperaba en la patria. Es buen nadador, quizá se salve; al caer se le han arrojado dos cuarteles de los que cubren el pozo de la hélice, porque la góndola no ha querido caer después de picada. En esto ya el bote cortaba á la fragata por la popa y se adelantaba rápidamente hacia el sitio del desastre; llevaba una luz roja, que levantaban de cuando en cuando, para que pudiese difundirse por la desigual superficie del agua.

Allí estaba, alejándose como una mancha negra, como

---

(1) Marcial Martín Fernández. En la comunicación del General Pinzón al Ministro hemos encontrado el nombre de este infeliz marinero, que no consigna ninguno de los Diarios.—E. P. D.

un punto luminoso, y apareciendo sobre una ola y ocultándose detrás de ella; era imagen de la duda que se agitaba en nuestras almas inquietas. ¿Y quiénes van en el bote? D. Camilo Arana, Alférez de Navío y nuestro encargado, me contesta: un guardia marina, el guardia marina de primera clase habilitado de Oficial D. Fausto Saavedra, hijo del Sr. Duque de Rivas, y varios marineros, son los que han tenido la fortuna de poder arrojarse los primeros en él. Lleva además el patrón. ¡Dios les dé acierto y buena fortuna!

Mientras se alejaban, *La Triunfo*, que parecía también expresar su impaciencia con bruscos balanceos y con el ruido de sus velas azotaba los palos, había iluminado con faroles todo el aparejo.

Media hora esperamos, media hora de angustia; al cabo de ella conocieron los marineros de mejor vista que el bote empezaba á acercarse; bien pronto todos le percibimos, y al aproximarse su popa una voz sola, la voz de la tripulación, preguntó: ¿se ha salvado?..... No le hemos visto, contestaron del bote, en medio de las olas que se deshacían contra el costado de la fragata por donde la abordaron. Siguió un triste silencio á estas palabras..., un recogimiento religioso se apoderó de nuestros corazones; pero el Comandante, con voz firme, mandó continuar el rumbo y empezó de nuevo á bordo el ruido y el movimiento. Algún tiempo después todavía estuve sobre cubierta, fijando mi imaginación en el sitio donde acaso estaría luchando con las ansias de la muerte, en medio de las olas, el pobre gaviero casi á la vista de su patria. El relente me hacía daño y el mareo volvía á presentarse con sus angustias sintomáticas; bajéme á la batería para entrar en mi camarote y acostarme. En ésta estaban en pie los seis marineros y el patrón que fueron con valor á salvar á su compañero. Había el Comandante mandado que se les recompensase con un vaso de vino y relevo de todo servicio hasta el día siguiente, y aguardaban el premio más bien por obediencia que por gana de sabo-

rearlo; trajéronlo, apuraron el vaso, á pesar de todo, limpiáronse la boca con el dorso de la mano y cada cual fué á reunirse á uno de los muchos grupos esparcidos por el suelo de la batería.

¡Qué impresión había hecho en el alma de aquella ruda gente el desgraciado fin del gaviero! Oyendo estuve desde arriba durante dos horas las pintorescas narraciones, cuyo recuerdo aquel les despertaba. Primero contaban historias idénticas á la catástrofe acaecida, después las análogas y por último ya sólo hablaban de la muerte.

Serían como las once de la noche..... cuando llamó á mi camarote Camilo Arana.

Cartas de D. Marcos Jiménez de la Espada.—Llegada de la Escuadra á Canarias.—Trabajos de la Comisión.—Navegación á Cabo Verde.—Excursiones y descripción de esta isla.—Navegación feliz á Bahía y arribo á ésta.—Expedición á Itaparica.—Adquisición de aves y reptiles para el Museo.—Salida de Bahía para Río de Janeiro.

(1) Río de Janeiro 2 de Noviembre de 1862.—Sr. don Mariano de la Paz Graells.—Mi querido amigo y maestro: Recuerdo muy bien que mi última carta, fechada en Canarias allá por el mes de Agosto, era muy corta porque me encontraba enfermo y tenía muy poco tiempo de que disponer; y digo poco tiempo, refiriéndome al que nos detuvimos en tierra, que es el que en rigor yo puedo aprovechar, pues á bordo me es imposible ocuparme en otra cosa que no sea la lectura, gracias al efecto que me produce la navegación, y eso ha de ser tumbado en la cama y no por muchas horas.

Desde entonces, ¡cuánto ha ocurrido y cuán importante todo! La historia de nuestra expedición no será gloriosa, pero es fecunda en hechos, que podrán ilustrar

(1) Incluímos aquí esta carta como complemento del «Diario».

el conocimiento del corazón humano, ya que, por desgracia, el de los seres naturales no ha de enriquecerse mucho con lo que nosotros hagamos. Tal como ella es, puede considerársela bajo tres aspectos distintos: el científico, el moral y el material; subordinando el primero á los otros en orden inverso de lo que debería ser, bien que este hecho no deje de repetirse con frecuencia. La primera parte será muy breve, y aunque yo quisiera alargarla me sería imposible, so pena de ponerme en contradicción manifiesta con lo que demostrarán las colecciones que vamos á remitir muy pronto á Madrid. Nuestros trabajos en Canarias se redujeron, por mi parte, á lo que ya indicaba á V., y por parte de D. Patricio á una expedición á La Laguna (pueblo cercano á Santa Cruz), acompañado de Martínez, Isern y Puig, y cuyos resultados se explican suficientemente con saber que nuestro Presidente creía que iba á *una laguna*, no á un pueblo que se llama así. Nada se pescó, y Amor dió unos paseos cerca de la población con escaso provecho. Durante la travesía á las islas de Cabo Verde el trabajo fué nulo, como lo ha sido siempre y lo será en este viaje, por lo que sabrá V. después. Tres días escasos estuvimos en San Vicente de Cabo Verde, la más árida de todas las islas que forman ese grupo, y durante ellos, mientras las fragatas hacían carbón, nosotros recorrimos todos los alrededores de la ciudad, llamada también «San Vicente», y después nos internamos como legua y media de la costa en busca del solo manantial de agua que por allí existe y de terreno á propósito para nuestras recolecciones.

D. Patricio no encontró un solo caracol terrestre, que es á lo que principalmente se dedica; Amor, recogió *melasomas* (1) en abundancia, y Martínez, ó mejor dicho los marineros, pescaron algunos peces, entre los que sobresalían las especies abundantes en las costas de España.

---

(1) Género de coleópteros perteneciente á la familia de los *crisomélidos*.

Cogieron también *litorinas* (1), *fisurelas* (2), *púrpuras*, *patelas*, que son los géneros dominantes en estas costas.

Isern cargó con multitud de plantas curiosas, y yo solo pude dar en todos los sitios que recorrí con una especie de *Passer* y una *Silvia*, pero en una abundancia extraordinaria. No vi un solo mamífero, y de reptiles solo recogí un *lacertídeo* (3) y un *gecotídeo* (4), tan abundantes, respectivamente, como aquellas dos especies de aves. La fauna de esta isla árida y volcánica, donde no se encuentra un solo árbol indígena y cuyas plantas más elevadas son los *tarais* (5), ofrece de característico el ser escasísima en especies; pero éstas muy abundantes en individuos, consecuencia de las leyes de la distribución geográfica de las especies animales y de la relación que existe también con los del reino vegetal y animal.

La población es negra casi toda, salpicada de algún que otro blanco portugués, y particularmente las mujeres son de formas bellas y de elevada estatura. Nunca me figuré que una negra pudiese resultar á la vista tan bella como lo son algunas de estas isleñas.

Relativamente á los animales isleños, observé algunas particularidades que indican la influencia de las razas africanas.

Diez y seis días tardamos desde San Vicente á Bahía de todos los Santos, antigua capital del Brasil y la más importante de este Imperio, después de Río Janeiro. Habíamos pensado tocar en Pernambuco, pero á medio ca

---

(1) Moluscos conocidos en Galicia con los nombres vulgares de *minchas* y *caramuxas*, y en las costas de Asturias y Santander con los de *bigaros* y *buriones*. Pertenecen á la clase *Gasterópodos* y al orden *Prosobranquios monotocardios*.

(2) Género de moluscos *prosobranquios*, próximo al de las *orejas de mar*.

(3) Reptiles del orden de los *saurios*.

(4) O *gecónido*, familia del grupo de los *saurios*.

(5) Género de plantas de la familia de las *tamariceas*.

mino el General Pinzón varió de plan y mandó que nos dirigiésemos á Bahía, separándose él para visitar aquel puerto sólo con una fragata.

La travesía fué felicísima; el mar no se alteró un solo instante, no tuvimos una sola calma, no llovió más que una ó dos veces y el día que cortamos la línea experimentamos más bien frío que calor, en términos que los Oficiales de guardia en las primeras horas de la mañana tuvieron que abrigarse. Nosotros aguardábamos aquellas terribles turbonadas, aquel calor de 36 grados, aquellos copiosos sudores, aquellas calmas chichas de que tanto oímos hablar en Europa y parece que navegábamos en el Mediterráneo por un apacible tiempo de verano. Así son todas las cosas de viaje, y es preciso hacerlo siquiera sea por América para juzgar uno de cuanto ha leído.

Una cosa, sin embargo, no engaña: la opulenta naturaleza americana. La costa de la provincia de Bahía, apareciéndose á los ojos del que lleva diez y seis días de cielo y agua, es uno de los espectáculos más sorprendentes de que puede gozarse y que el ansia de ver la tierra aumenta en la imaginación. Las de los cocoteros llegan hasta el mar y los gigantes *mangos* y *jacas* coronan las cimas de los montes; los *bananos* crecen cómo la yerba, y la tierra, de un rojo de minio, se vé á trechos y por manchas entre aquel verde sombrío. Un olor extraño y embriagador, el olor de aquellos bosques, llegaba hasta nuestros buques y multitud de *palmípedas*, de formas nuevas para nosotros, volaban tocando la superficie del mar ó remontándose por los aires.

Antes de saltar en tierra, D. Patricio preguntó al General Pinzón cuánto tiempo permaneceríamos allí, y habiéndole contestado que quince días, resolvimos alojarnos en la ciudad por su mayor comodidad en las expediciones y en la preparación de lo que se recogiera. Empleóse en buscar posada lo que faltaba del día en que llegamos; el siguiente, en saludar á las autoridades y acordar una expedición á Itaparica, isla distante cuatro

leguas de la costa, y el 11 por la tarde toda la Comisión, con el fotógrafo y el antropólogo, nos hicimos á la vela en el bote de nuestro servicio, llegando á cosa de las cinco á aquel punto.

Sentamos nuestros reales junto á un establecimiento para la extracción del aceite de ballenas, y cuyas cercanías estaban sembradas de huesos de aquellos cetáceos, algunos, como las costillas, sirviendo para contener los terraplenes cercanos al edificio. Todos ellos estaban deteriorados y ninguno podía aprovecharse. Parecen ser de una misma especie. Sin descansar un instante nos internamos en la isla y á los pocos pasos empezamos á ver volar infinidad de pájaros de tan variadas especies que en cada tiro matábamos uno diferente. Ya puede V. imaginarse, amigo D. Mariano, con qué sorpresa veríamos volar por la primera vez las bandadas de *periquitos* y *crotófagas* (1), los *tiraunas* (2), las *tanagras* (3), las *cotorras*, y todos por entre los árboles y arbustos, que en España solo había admirado en las estrofas. No fué menos sorprendente para mí el ver la facilidad con que dejaban acercarse la mayor parte, sobre todo el que algunos no huyesen á pesar del ruido del escopetazo. Parecía un país encantado. Sin embargo, si es fácil matarlos, es muy difícil encontrarlos después de muertos, porque las matas son tan espesas y están tan entrelazadas que el encontrarlos cuesta á veces un cuarto de hora ó más, en cuyo tiempo vale más matar otro.

Puede decirse, sin exageración, que la mitad de lo que uno mata se pierde. Con todo, Puig tuvo bastante que hacer. Isern no tenía manos para coger plantas. Amor pudo coger algún insecto y los marineros pescaron en

---

(1) Género de trepadoras perteneciente á la familia de los *oncúlidos*.

(2) *Tiranos*, pájaros *dentirrestros* de vistoso plumaje y propios de América.

(3) Pájaros americanos del grupo de los *dentirrestros*.

abundancia. Sólo D. Patricio y Martínez perdieron el tiempo, porque no hallaron un solo caracol.

Dormimos aquella noche de cualquier modo, yo sobre un montón de cuerdas y al sereno, y á la mañana siguiente con el alba D. Patricio se fué tierra adentro en busca de sus moluscos; Puig se quedó disecando, y Amor y yo continuamos con Isern (que nos acompañó algunos trechos) nuestras cazas respectivas. La mía fué variada y abundante, contándose entre las víctimas un *pájaro mosca*, al cual recogí del suelo vivo y con una curiosidad indescriptible. Estos pajarillos, tan difíciles de matar al vuelo, pues parecen á primera vista libelulas, son tan confiados cuando descansan que puede uno casi tocarlos con la mano. Maté también una curiosa especie de *lacertídeo* valiéndome de la escopeta, porque de otro modo hubiera sido interminable el cogerlo.

En este país los lagartos no corren, vuelan, y en logrando meterse entre las matas no hay quien los coja. Tan ocupado estuve y tan absorto en mis cazas, que no volví hasta cerca de anochecido á nuestro rancho. Me encontré ya de vuelta á D. Patricio y á Martínez, chasqueados segunda vez, pues no habían encontrado tampoco caracol ninguno, y por esta razón nuestro digno Presidente determinó dejar aquella isla y volvernos á bordo en una noche infernal y con exposición de tomar un baño.

Después de la expedición á Itaparica y por consejo del Sr. D. Patricio, cuyas intenciones ya sabrá apreciar en todo su valor, resolví quedarme en la ciudad y salir poco: 1.°, para estar á la vista del mercado; 2.°, para ocuparme de la adquisición de una colección de pájaros de la provincia; 3.°, para frecuentar las personas que se ocupan del estudio de las ciencias naturales, con objeto de recoger datos y noticias de tanto interés como los objetos mismos. Encontré, efectivamente, algunas *gallináceas* vivas y de interés para ese jardín zoológico, y sobre todo una granja de avestruces, cuya adquisición V. tanto me había recomendado. Propuse su compra y envío y me con-

testó el Sr. Paz que la expedición no llevaba otro objeto sino solo el *enriquecimiento del Museo*. La contestación era obvia, pero el interlocutor es algo duro de mollera, por lo que tuvimos una pelotera, en la cual le mandé á un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme. Afortunadamente, si no para aquella ocasión, para en adelante, se resolvió en junta (con el apoyo que me prestaron Amor y Almagro) enviar cuando se presentase ocasión oportuna animales vivos para el jardín zoológico. Durante el tiempo transcurrido entre la conversación de D. Patricio y la junta, las gallinas se vendieron y la pareja se descabaló, por lo cual la favorable disposición de la junta no pudo tener aplicación en este caso. Tuve que contentarme con comprar dos *cebídeos* (1), dos *Procyon* jóvenes y algún roedor, cuyas pieles van en el primer envío.

Uno de los comerciantes de pájaros de aquella ciudad tenía á la venta y por precio cómodo dos colecciones de aves de Bahía, y tan luego como las ví determiné adquirirlas, ó al menos una de ellas. Aguardaba, como era natural, para sacar mejor partido, á última hora; pero en el entre tanto Puig compró una de ellas y entonces no tuve más remedio que tratar de la otra al precio que el mercader quiso, porque la Comisión no dejara de llevar la que poseía uno de sus individuos; particularmente la conducta de Puig en esta ocasión no pareció ser la mejor, pero es cierto que D. Patricio había dado el ejemplo comprando pájaros para sí, y por cientos, y que después dijo el mismo Puig que en caso de necesidad los hubiese cedido á la Comisión. En resumen; el perjuicio quedó reducido á que el pajarero nos impusiese la ley, pues por lo demás la colección que yo he adquirido es muy numerosa y mejor que la de Puig. Pero la adquisición mejor que hice para nuestro Museo durante mi estancia en Bahía ha sido la de una colección de reptiles, regalo de un ale-

(1) O *cébidos*. Nombre de la familia que comprende la mayoría de los monos americanos.

mán llamado Otto Wucherer, Doctor en Medicina, y dedicado al estudio de estos animales, de los que hace remesas al Museo de Londres, particularmente para el herpetólogo Günther, que V. debe conocer por sus obras.

Lleva enviadas á aquel establecimiento una porción de especies interesantes, entre otras una especie nueva de *Elapomorphus* que lleva su nombre. Con la colección me ha suministrado también importantísimos datos acerca de los reptiles de la provincia de Bahía, y me ha prometido para lo sucesivo enviarme á Madrid las especies necesarias para completar la colección que me ha dado, y ejemplares para reponer algunos de los que se hallasen en no muy buen estado.

Su carácter franco y generoso, su formalidad, y sobre todo lo interesante que puede ser para nuestro Museo el estar en relaciones con él, me obligan á recomendarlo á usted para que, si lo cree oportuno, le proponga para corresponsal de aquel establecimiento. Por su intermedio he adquirido también el *puma*, especie de *Felis* que me faltaba.

Algún día que no pude salir al campo ó no iba á hacer la corte á Wucherer, he ido al Museo de la ciudad, no muy abundante, ni muy lucido; pero en el que he recogido muchos nombres vulgares, de pájaros principalmente. Este ha sido el resultado de mi estancia en Bahía de todos los Santos, advirtiéndole á V. que la colección de reptiles fué regalo que me hizo á mí Wucherer, y que yo he cedido á la Comisión por razones que V. comprenderá. Respecto á mis compañeros, opino que no han sido muy felices en su cosecha, si se exceptúa Isern, cuya laboriosidad y constancia en el trabajo puede muy bien servir de ejemplo á todos nosotros: no cesa ni descansa, recoge plantas, toma notas (que le aconsejo guarde para cuando convenga), prepara minuciosamente las plantas, en una palabra, es un modelo.

La pesca, á pesar de los grandes gastos que se hicieron en redes, palangres, etc., con objeto de que fuera siempre lo más lucida posible, ha sido bien escasa en Bahía: la de

moluscos no muy abundante; la de insectos, poca, aun contando con el regalo que Amor ha recibido; y el fotógrafo, por mandato de D. Patricio, más bien se ocupó de retratos que de vistas interesantes para la expedición. El antropólogo pudo hacer muy poco. La provincia de Bahía es de las más ricas del Brasil en productos naturales, con más tiempo y con otra organización pudiéramos haber hecho mucho; pero hemos pasado por ella en mala época y muy rápidamente. Todos se extrañan de que la Comisión lleve sus operaciones subordinadas al rumbo de la Escuadra y augura lo que desgraciadamente viene confirmándose: ¡quince ó veinte días para estudiar una tierra como aquella!, sin poder apartarse como quien dice de la costa.

El día 1.° de Octubre á las ocho y media de la mañana salimos de Bahía y llegamos á esta ciudad (Río de Janeiro) el día 6 de Noviembre á las doce.

Día 22 de Agosto de 1862.—Excursión de Cabo Verde.—Isla de San Vicente.—Aspecto del suelo.—Composición geológica, fauna y flora.—La población de San Vicente.—Los negros y su origen.—Trabajos de la Comisión en los alrededores y excursión á Lameyron.—Familia de negros y su estado de miseria.—Salida de Cabo Verde.

Llegamos á esta isla á las..... de la mañana. Tocamos en ella de preferencia aunque es la de San Antonio la más fértil de todas y la más populosa. Reinaban á la sazón intermitentes perniciosas y el General no quiso exponer a la tripulación. Supimos por el Sr. Presidente que no nos detendríamos en ella sino dos días.

San Vicente es una isla volcánica situada en la entrada del puerto ó bahía, mejor dicho, que tiene forma de cráter. Su suelo es árido; vénse en la superficie trozos de basalto bien caracterizados, y la cúspide de las montañas presenta esta roca al descubierto y afectando sus formas bien características. En la costa y parte Sur de la bahía,

frente al islote de Hico?, hallé vetas con carbonato de cal cristalizado en romboedros y en la variedad llamada *espato de Islandia* atravesado por filones de basalto, de la que llevo muestras.

He advertido que esta descomposición se manifiesta bien clara solamente hacia la costa, por la parte Sur. Por la parte Norte se encuentran grandes montones de arena marina finísima y blanca, formando especie de dunas.

La vegetación es escasísima; no he visto un solo árbol indígena, y el *¿Tamarix africana?* es la planta más elevada, alcanzando unas dos varas y media de altura. Se encuentra la *Euphorbia canariensis* menos adelantada que en Canarias, y una especie interesante de *Tribulus* (1). Sobre las dunas se encuentran abundantes especies de monocotiledóneas y dicotiledóneas, que sujetan el terreno y le dan consistencia á beneficio de sus largas raíces y rizomas á la manera de grama, por ejemplo.

La población de San Vicente es escasa. Habita un corto número de casas agrupadas y al amparo de un depósito de carbón. Son negros en su mayoría, y los pocos blancos que se encuentran son portugueses. Los pobladores primeros fueron negros africanos, á quienes encontraron ya establecidos los descubridores de Cabo Verde. Poco á poco se han ido adaptando los negros al dialecto portugués, y éste es el que se habla exclusivamente en la isla de San Vicente. Las casas de la población son nuevas, cuentan solamente treinta años de existencia, porque antes de esa fecha se arruinó la antigua á consecuencia del abandono en que la dejaron los habitantes por la insalubridad del terreno. Hoy día las utilidades que aporta la venta del carbón de piedra, de cuyo depósito es dueño el Cónsul inglés, como de la mayor parte de la población y de la isla, ha hecho que se fijen sus habitantes y se vayan extendiendo cada día más.

Hay una iglesia católica de pésimo gusto, servida por

---

(1) Abrojo en España. Género de plantas *cariofiláceas*.

un cura negro. Una fuente un poco importante sobre el cerro llamado *del Fortes*. Es curioso el llamado *Morro branco*, situado al frente de la población, por la altura y forma.

Toda la isla tiene el carácter marcadamente africano.

Las negras en general bien formadas y los negros adolescentes; lascivas ellas y codiciosas, hasta el punto de estimular de varios modos al forastero para ganar agradablemente algún reis. Una de ellas me ofreció su hijo por si quería comprarlo. Llevan la cabeza envuelta en un pañuelo de varios colores, saya sin cuerpo, éste cubierto sólo por la camisa, de factura sencilla, y su manto cuadrilongo, de dibujo á rayas, dominando el color azul, y descalzas de pie y pierna. Las madres rodean el manto á la cintura y dejando en la parte posterior lo suficiente para colocar á sus hijos, los llevan consigo de esa manera, con la cabeza y brazos fuera como algunos mendigos de nuestro país, que necesitan tener la mano desembarazada para el trabajo y no pueden abandonar á los hijos en casa. El agua, como lo indica su vegetación, es muy escasa en San Vicente. Hay un pozo salobre junto á la ciudad, propiedad del Cónsul inglés, y el agua potable, sobre todo para el uso de los europeos y gentes de distinción, se trae de una legua de distancia en herradas ó cubos sobre la cabeza de las negras. El sitio donde mana este agua es propiedad del Cónsul español, y se llama Lameyron.

En la visita que hizo D. Patricio á este señor, se habló de sitios á propósito para encontrar moluscos, y el Cónsul le indicó que podían ir á su posesión á buscarlos. En su consecuencia, se dispuso una expedición á aquel sitio para el día siguiente. Pero en la misma tarde que llegamos, yo y un muchacho del país por guía nos dirijimos á reconocer un valle situado al Norte de la ciudad, de arenoso suelo, sin duda por la invasión de la arena de las dunas, porque era la misma, cubierta de *tarais*, y llamada *Arbrera de Juliao*. Antes de llegar á ella ví sobre un cerro un *cernícalo* y acercándome á él con precaución

pude tirarle á parado dejándole en el sitio. Era la misma especie que mató Puig en Canarias, señalada en el catálogo con el número... Estaba casado. *Acridium (ortóptero)*, muy abundantes en esta isla, ya en la *Arbrera*. Encontré allí gran abundancia de *fringilas* (1), que volaban por el contrario en la parte baja de los arbustos y se posaba en la parte baja de sus troncos. Puedo asegurar que á excepción de un *corbídeo* y el *cernícalo*, no había ninguna especie más de aves en la parte de la isla que visité.

De reptiles, encontré un *lacertídeo*, señalado con el número 1 del catálogo de *saurios*, y el *gecotídeo*, número 11 al 13.

Hallé al *lacertídeo*, ya solo, ya junto con el *gecotídeo*, debajo de las piedras movedizas basálticas amontonadas en las laderas de aquéllas, y que podían levantarse con facilidad. El *lacertídeo* corre con mucha ligereza, pero el *geco* huía dando saltos. Puede reconocerse á primera vista entre los *lacertídeos* recogidos que unos son jóvenes y otros adultos, y la diferencia de coloración—que se pierde por la influencia del alcohol—, es la siguiente: los jóvenes tienen una mancha de color sanguíneo claro desde el extremo inferior del hocico hasta el cuello y dos fajas del mismo color á los dos lados de la parte inferior del abdomen y desde las axilas anteriores á las posteriores, dejando en medio un espacio de una anchura igual á la de una de las fajas. En los adultos la faja de debajo de la barba está más desleída, más clara, y las fajas del abdomen han desaparecido. El resto de la coloración, por lo demás, nada pierde en el espíritu de vino. El *geco* varía también de joven á adulto. El adulto tiene la laminilla del aparato situado en el extremo de los dedos de azul claro ceniza; el joven, de color igual al resto del cuerpo.

Como á la mitad de la excursión, el guía nos condujo á un sitio donde había un pozo de agua, perteneciente á

---

(1) Grupo de aves al que pertenecen el canario, gorrión, pardillo, etc., etc.

una posesión cercada, para descansar; yo no me atreví á beber, porque el agua era salobre. El calor era bastante fuerte y me senté á la sombra de uno de los pocos árboles que allí se cultivaban y que estaba junto al pozo. Observé con cuánta confianza se acercaban á beber las *fringilas* antes dichas, metiéndose dentro del pozo que era muy profundo y sin asustarse aunque les tirasen piedras. Junto al pozo había también un mulato y dos negros, uno de éstos desnudo enteramente y durmiendo la siesta, los otros dos se distraían haciendo un ruido monótono en un mal tamboril. El que estaba acostado tenía formas bellas; era joven, había tomado una posición natural y graciosa, y esto unido al color de su piel y á la luz que penetra por el follaje sombrío del árbol, me hizo recordar las estatuas de bronce yacentes del más puro modelo antiguo.

De regreso de nuestro paseo pasamos junto á un sarcófago sencillo situado cerca de las dunas de la parte Norte y que encierra las cenizas de una señora inglesa; es una pirámide descansando sobre un prisma cuadrado y rodeada de una verja de hierro, sin duda porque no bastaba la soledad de aquel paraje á preservarla de ciertos atentados contra el respeto que se merece el último resto de nuestro pobre cuerpo. Su construcción es tosca y sobre su sencilla lápida se veían figuras y monigotes que casi borraban el epitafio. Las olas llegaban algunas veces hasta el pie de aquel sepulcro, y restos de multitud de conchas yacen también allí junto á su base.

De vuelta de mi excursión entré en un mal café—creo que el único de San Vicente—, donde refresqué y pagué á mi guía. Después retireme á bordo.

Día 23.—Al día siguiente muy de mañana emprendimos D. Patricio, Amor, Isern, yo y tres marineros nuestra marcha á Lameyron, en busca de la fuente tan nombrada y de cuyo húmedo influjo nos prometíamos algo más de lo que los áridos contornos de San Vicente nos ofrecían.

El camino que conduce á Lameyron sigue siempre una

cañada profunda y árida, en la que solo verdean los eternos *tarais*, y esto en parte más baja y en el primer tercio de su extensión. A un lado y otro, cerros cubiertos de trozos de rocas volcánicas con alguna que otra planta entre sus grietas. Estréchase cada vez más hasta concluir en una torrentera excavada en la falda de uno de los más altos cerros de la isla. Se encuentra la fuente por el terreno correspondiente á la parte inferior de ella.

El sol no asomaba aún por el Oriente y ya se sentía un calor incómodo. Cuando bañó con sus rayos el fondo de la cañada empezamos á sudar de una manera tan copiosa que el sudor fluía por todo nuestro cuerpo como si estuviésemos mojados.

A mí me corría por toda la cara, y recogiéndose en la nariz goteaba por su punta como el agua en una canal cuando empieza á llover. Amor quería detenerse para recoger los insectos que encontraba; D. Patricio no quiso hacerlo hasta encontrar la humedad y con ella los caracoles; yo no podía tirar á los pájaros con la prisa que éste llevaba; así es que D. Patricio iba siempre delante y Amor y yo juntos, porque Isern se separó bien pronto para subir por las laderas.

Es imposible aprovechar la mitad del tiempo en las excursiones yendo con el Presidente, porque el paso para coger caracoles no es el mismo que el del cazador de aves ó de insectos y el del colector de plantas, sobre todo cuando el de los caracoles busca un sitio determinado. D. Patricio no atiende á nada más que á sus caracoles, y no es esto lo peor, sino la opinión que forma del que no sigue en las excursiones aquella marcha que él se propone, y en la que no tiene en cuenta los diferentes modos de proceder en la recolección de objetos según la clase de éstos. Amor se desataba en improperios contra él, y en muchas de sus apreciaciones era yo de su misma opinión. Mal que bien, continuamos nuestro camino y durante él volví á observar de nuevo el mismo *fringilido* y la misma *Silvia* que el día anterior, y recogimos todos el *lacertídeo* y el *gecotídeo* an-

tes indicado. Al cabo de hora y media, poco más ó menos, dimos con Lameyron y su fuente.

La ninfa de Lameyron debe ser flaca y algo pasada, porque su humor corre como un hilo de agua tan delgado que apenas basta para humedecer á cuatro pasos de distancia el suelo que le rodea, seco, poroso y ardiente. Detienen sus aguas en un charco exiguo y cenagoso y al lado del cual crecen algunas *jatropas* (1), cañas de azúcar y una huerta grande, donde vegetan media docena de coles y otras tantas bananas ó plátanos.

Veinte pasos más abajo ya no se encuentra señal de agua benéfica, y á la misma distancia, por cima de ella, se muestran puestas al descubierto y peladas las rocas de basalto.

Ha sido preciso detener con diques de piedra seca los detritus que arrastran las aguas de las grandes lluvias, para formar un lecho de tierra donde puedan crecer las escasas plantas que quieren utilizarse en Lameyron. El agua, sin embargo, es buena, aunque tiene un cierto gusto soso que la hace empalagosa.

Reconocido el terreno (digno de haber hecho alto), D. Patricio halló ser poco á propósito para caracoles é inútil el buscarlos, por lo que empezó á ocuparse de la vuelta á la fragata para almorzar, aunque antes no debiera descuidarse el hacer un saludo para desayunar á las provisiones que llevábamos (una lata de sardinas, un trozo de jamón, queso, pasas, aceitunas, pan y vino ocupaban el fondo de un cesto). El camino había abierto el apetito, el agua lo había aguzado y en poco tiempo nosotros tres, los tres marineros y el guía, con más dos negros que llenaban cubos en la misma fuente, dimos buena cuenta de las vituallas. Un par de sabrosos cigarrillos hicieron olvidar lo que faltase.

A poco de concluir el almuerzo D. Patricio se volvió á bordo; quedamos Isern, Amor, yo y los marineros, por-

---

(1) Género de plantas de la familia de las *euforbiáceas*.

que queríamos aprovechar el día hasta la hora de comer, y porque también podíamos prometernos algo en nuestras recoleciones.

Convinimos Isern y yo en subir monte arriba con dos marinos, y Amor se quedó en la fuente, donde dijo que tenía que estudiar el terreno y tomar notas. En nuestra subida Isern siguió cogiendo; pero yo solo encontré el dicho *fringílido* y en abundancia, como el *lacertídeo*, número 1.° El hallarlo en este sitio, alto y árido de la isla, y el haberlo encontrado el día anterior en la playa entre las rocas más próximas al mar y mojadas por él, es lo más raro. Los accidentes del terreno no nos permitieron subir muy alto, por lo que nuestra bajada fué pronta.

A un tiro de bala de la fuente hay una choza, debe de ser la del guarda de la heredad, cuyo aspecto, así como el del que la habitaba, hirió fuertemente mi imaginación. Era de piedras negras, como las del terreno sobre que estaba construída; negra la techumbre, por ser de hojas secas de bananos; negros los que la habitaban, macho y hembra, y un perro, negro también; todos desnudos; el perro de lanas largas y sucias. Ensartados en un palo secaban al sol unos pedazos de carne ennegrecida ya por la actuación de los rayos solares y del aire. ¡Qué miseria tan desoladora! ¡Qué tristeza siente el alma al considerar que el ser que vive en un abismo tan profundo de pobreza es el hombre! ¡Hasta le falta en rededor de sí un color que refleje los alegres rayos del sol! ¡Qué armonía tan terrible! Negra su alma porque en su raza la inteligencia es poca y un esclavo no recibe educación, negro su cuerpo, negro su albergue, negro su alimento.....

Ahora bien; ese hombre ó conoce su situación y desea, ó no la conoce y no desea; si lo primero, ¡cuánto no debe sufrir!; si lo segundo, es como el bruto. Pero sí es dolorosa la idea del extremo á que puede llegar nuestra especie, de lo que el hombre puede degenerar, la idea de que pueda desear y querer en ese perpetuo destierro, es en extremo horrible.....

Reunidos Amor, Isern y yo con los marineros emprendimos la vuelta. Serían las once; el sol apretaba de firme. Al llegar á los *tarais* el *fringila* pululaba de un modo extraordinario. Le ví ocupado en tomar su alimento, es decir, dando caza á las larvas de un *acridino,* que infestan, materialmente, estos terrenos. Estaba tan entrenido en esta operación que dejaba aproximarse á cuatro pasos. El ardiente calor que hacía debía influir también en sus pocas ganas de moverse; pero aun admitiendo todo esto, encuentro, hablando en general, que este pájaro, lo mismo que la *silvia,* son sumamente confiados.

En este sitio me separé con mi marinero de mis compañeros, que se dirigieron á la fonda donde estaba alojado Almagro. Al cabo de una hora y viendo que no encontraba más especies que cazar, con buena ración de sol á cuestas, fuí á reunirme con ellos á la casa de Almagro. Tomé allí una limonada hecha con los exquisitos limones del país, variedad muy pequeña y de mucho zumo, y dejando en la posada las aves de caza fuí á dar una vuelta por el pueblo y á visitar la fuente de agua salobre que está cercada de tapias dentro de las cuales tiene arbustos, que proporcionaron á Amor buena cosecha de arañas.

A las cuatro fuí á comer á bordo, llegándome antes á ver la pesca que habían hecho los marineros del bote con Martínez, en cuya pesca observé especies casi todas ellas de nuestros mares. Había sido á red y casi en el mismo punto.

Antes de acabar la reseña de este día, debo advertir que Amor me dijo, al coger cierto *melasoma* análogo á otro del mismo género africano del continente, que había descubierto su habitación, limitada á ciertos sitios por el alimento, y que de un golpe podía hacer la historia del insecto. Supone que se alimenta del tronco descompuesto del *¿Tamarix africana?;* pero yo he hallado este insecto debajo de las piedras y lejos de los sitios donde hay *tarais,* tanto próximos al mar como en lo alto de los cerros.

Día 24 *Agosto* 1862.—Habíanme dicho que en el islote

que hay en la entrada del puerto, llamado *O Lleo,* abundaban los pájaros, y como había visto tan pocos deseaba de todas veras aumentar la escasa colección de Cabo Verde. Guardeme en el morral un pedazo de pan y queso, llené mi frasco de caza con agua y echando al hombro mi escopeta fuí á buscar un bote y alquilarlo, pues el de la Comisión se iba á pescar. Trato con un negro del ajuste de lo que quería; pero me pidió tan exorbitante precio, que desistí de mi expedición y fué una gran fortuna, como luego se verá. Para no perder aquella mañana me dirigí hacia la parte izquierda de la población, donde está el *Morro del Forte,* con objeto de rodearle y bajar á la ensenada donde estaban pescando nuestros marineros.

La roca en aquella parte de la costa se desmorona como una miga de pan de dos días, y la senda que hay en la ladera que cae hacia el mar termina en una cuesta que es preciso bajar á gatas ó rodando. Me ví y me deseé, pero al cabo llegué á la orilla del mar, y aprovechando la retirada de las olas, dando resbalones con mis zapatos de clavos y tomando algún que otro baño de pies, llegué al lugar desde donde pudiera ver á mis marineros. Allí los divisé á lo lejos ocupados en su maniobra y yo me detuve antes de pensar en reunirme á ellos, porque dos soberbios buitres andaban por allí cerca buscando en la playa pedregosa algo que comer. Voy á preparar mi escopeta, que me había puesto á la espalda, para bajar con más comodidad del cerro, y me encuentro con que se me había olvidado la pólvora ¡Risum teneatis! ¡¡Un cazador á quien se le olvida la pólvora!! Pero aún hubiera sido peor pagar un bote para ir al *Lleo* y volver avergonzado delante de su dueño. Al menos ahora estaba solo. Avancé entonces hacia el sitio donde estaban los marineros y al pasar junto al sitio donde los buitres habían comido ví restos de un pescado, el *Tetrodon*..., que reconocí por la cabeza, y que luego me vendieron con otros unos negros que estaban pescando más arriba encima de unas rocas.

Parece que todos ellos habitan estos sitios en la costa y es imposible pescarlos sino con caña; creo que no se ha tenido presente esta circunstancia por el que viene encargado de ellos. Reuníme al fin á los muchachos, y no siendo posible que el bote atracara ni embarcar aquí seguí con algunos de ellos el mismo camino por donde había venido hasta llegar al punto donde podíamos embarcar. Cerca del muelle les indiqué unas *fisurelas* que habían de recoger y que luego encontró muy buenas D. Patricio. La pesca que habían hecho no era muy abundante, porque tropezaron las redes (embocaron) con las escolleras.

Me embarqué en el bote, me senté sobre las redes y nos dirigimos hacia el lado opuesto del puerto á probar mejor fortuna; pero al pasar junto á la *Triunfo* nos llamaron desde el puente, era que la hora de la marcha se acercaba y los tripulantes del bote necesitaban estar á bordo con alguna anticipación. En efecto, á las tres horas zarpamos ó hicimos rumbo hacia las costas del Brasil.

Arribo á Bahía de todos los Santos.—Aspecto de ésta desde el barco.—Entrada de la Escuadra.—En busca de fonda.—Visitas y excursiones.—Lacerda, Vucherer, etcétera.—Observaciones geológicas curiosas.—Compra de pájaros.

El día 9 de Septiembre á las (1) y con tiempo achubascado dimos vista á la costa americana tan deseada. A consecuencia del estado atmosférico cuando se presentó visible á mis ojos se percibían claramente las masas de árboles entre las que descollaban los cocoteros, de manera que las eminencias semejaban en su cresta á los dentellones de las sierras vistos á distancia. Duró poco tan deseada vista: recargó la cerrazón y desapareció por completo; pero empezó á aclarar lentamente. Distinguióse el faro, la punta derecha de la bahía con el fuerte más á la dere-

(1) Falta la hora.—P. B

cha, y terminando la parte más avanzada de la costa, un bosque de cocoteros que llegaba hasta el mar y parecía mojar los troncos en sus aguas.

Por último, despejó el tiempo y apareció, en el momento de entrar en Bahía, la ciudad iluminada por un sol clarísimo. ¡Qué espectáculo después de diez y seis días de navegación entre cielo y agua!

Las humildes costas hubieran bastado á mi deseo; ¿qué no sentiría al encontrarme, casi de repente, con la naturaleza virgen y opulenta del Brasil? Arboles gigantescos amontonados y como fundiendo sus ramas formando como una sola masa; palmeras y cocoteros esbeltos y tan elevados, que parecían arrancar de la superficie misma de la masa del follaje. Estos bosques bañan el pie de sus árboles en las aguas del mar, y en la falda del cerro que circunda la bahía y en su cima, envuelven y rodean las casas de los contornos de la población y ocultan á otras como un nido entre el follaje.

Vénse á trechos praderas de un verde más claro con grupos caprichosos de frescos plátanos, y la tierra de un rojo ardiente y ferruginoso ha de mostrarse sólo en algunos puntos.

La situación de San Salvador es de las más pintorescas del mundo y la forma del terreno y condiciones del clima son tales, que han obligado á colocar las casas de una manera que el capricho de un buen gusto no hubiera alcanzado apenas.

La falda del cerro que limita hacia el Norte la ancha bahía es bastante escarpada, y el mar sin descansar ni amortiguarse en playa alguna, rompe sus olas al pie del cerro mismo. En esta parte se construyó una hilera de casas que esparcidas aquí y allá en dicho cerro, constituían la primitiva población. Su aspecto es feo, sucio y ruinoso. Afligidos los habitantes por las fiebres y otras enfermedades que ocasionaba esta situación topográfica, determinaron cambiar sus viviendas á la cima del cerro, particularmente los más ricos, abandonando la parte baja

para almacenes, tiendas y escritorios; después, creciendo la población en importancia y riqueza, las casas se esparcieron por los bosques cercanos, se rodearon de jardines y embellecieron los contornos de la antigua San Salvador.

Las construcciones superiores en el cerro se han hecho en dirección á la línea paralela á la antigua ciudad, de manera que aumentando ésta por las villas y casas de campo, hacen que la ciudad sea estrecha y larguísima y que todas sus casas gocen de una vista admirable sobre la bahía.

Hace treinta años la población baja ha aumentado, por la extensión de su comercio, con una calle más, formada por la *Rua nova de Alfandega* y por la *Rua nova do Comercio*, cuyas casas se han asentado sobre *pilotes*, de manera que el cerro, costa derecha de Bahía, aparece coronado por una ancha faja de lindas casas y hermosos edificios, paralela á otra que baja junto al muelle y entre las dos una ancha zona de verdura salpicada de alguna que otra casa y la línea en zig zag que forman las subidas de la parte baja á la alta del pueblo.

Tres días hacía que nos estaba esperando la *Capitana*. Hablonos para darnos la bienvenida y señalarnos el sitio de fondeo, y á poco pasamos junto á ella y tan próximos que oímos los acordes de la música que llevaba á bordo. Anclamos junto á ella; cesó el movimiento del buque, mecióse tranquilamente prometiéndonos la firmeza de la tierra que teníamos á la vista y al poco rato la *Capitana* rompió el fuego saludando á la plaza y embrumándose en una nube de humo. Seguimos nosotros, contestó el fuerte del centro del puerto, colocado allí sobre un peñasco, y dos corbetas brasileñas, también presentes á la sazón, unieron sus cañonazos á los del fuerte.

Al primer cañonazo de la *Triunfo* ondeaba ya en el tope del trinquete el pabellón del Brasil. Después subieron á las vergas los marineros y gritaron repetidas veces: ¡Viva la Reina! Los brasileños hicieron un saludo análogo.

En cuanto hubo bote disponible, fuímos D. Patricio y yo al General para tratar asuntos de la Comisión; nos recibió, como siempre, muy amable y dispuesto á hacer por nosotros lo que quisiéramos. Marchó D. Patricio en el bote diciendo que volvería por mí; él se iba á tierra porque tenía que avisar á los compañeros la hora de desembarcar y me esperaría en la *Triunfo*.

El bote no venía, la hora de la cita pasaba, pedí bote al General, ordenó que me lo pusieran, *pero se hicieron los remolones*. Esperé más de media hora, volví á pedirlo al General y entonces expidió con más premura la orden llamando al segundo Choquet, que avisó al Oficial de guardia y á poco ya estaba embarcado. Croquer, que se hallaba á la sazón á bordo de la *Capitana*, me ofreció su canoa para llevarme á la *Triunfo*.

Avisados los compañeros embarcamos para tierra. Yo no había comido, porque Almagro, en un momento de expansión, con la esperanza de pisar pronto la América, su país natal, y ponderándome sus producciones comestibles, me ofreció una comida indígena.

Saltamos á tierra en el *Muelle del Arenal*, cogimos un negro para conducir la maletilla en que iban el equipaje de Almagro y el mío, y como á cosa de las cinco y cuarto entramos por la puerta del Arsenal á la ciudad de Bahía.

El negro, á quien preguntamos por una *fonda*, entendió *fuente*, y nos llevó al extremo de la población delante de una, dejándonos con la boca abierta. Aquí las fondas se llaman *casas de pasto*. Unos contratistas bahíanos nos dirigen hacia donde podíamos encontrarla. Martínez mostró su carácter intransigente con motivo de esta demora y hubimos de contestarle que si se cansaba que se marchase, que nadie le obligaba á seguirnos. Cansados ya de buscar nos metimos en el hotel, ó mejor restorán francés *Fortin*. Tomamos los cuartos por cuenta de la Comisión para depositar los equipajes de la misma, disecar animales y plantas y dormir en tierra los que quisieran, según acuerdo de aquélla. Martínez se mostró hasta in-

educado, advirtiendo al fondista delante de nosotros repetidas veces que él no paga más que los dos cuartos y ninguno otro gasto (12 reales cuarto). Pedimos de comer y tuvimos que contentarnos en vez de una comida indígena con otra francesa, aunque bastante buena. Recomiendo esto á un transeunte para comer, pero no para vivir allí.

Día 10.—Vamos á vestir el frac á bordo. Visita á las autoridades: Presidente del Gobierno, Arzobispo, Jefe de policía, Comandante general, Jefe del arsenal, etc., etc.; fuímos toda la Comisión y todos los Oficiales de la fragata. El Cónsul español, Machado, nos tenía preparados conductores y coches, por las grandes distancias que separan á unos edificios de otros. Paramos al bajar las cuestas.

Nos separamos del Comandante y Oficiales y vamos con el Cónsul á su escritorio.

En las visitas hacían, generalmente, bastante caso de la Comisión y tomaban interés por el objeto de ella.

Pedimos noticias al Cónsul sobre los sitios en que mejor podíamos hacer expediciones. Convinimos en ir á ver por la mañana un vapor brasileño que había llegado de Pará, con objetos de Historia Natural y una india salvaje del Amazonas. Elegimos para esto la hora de las ocho de la mañana, con el fin de reservar la tarde para hacer una excursión á Itaparica, isla bastante grande situada en la parte anterior de la bahía. El Cónsul nos proporcionó un guía negro de toda confianza. Marcharon D. Patricio, Amor, etc., á bordo y quedamos Almagro y yo para pedir más detalles al Cónsul sobre personas que se ocupasen de Historia Natural y cazadores para ayudarme en mis faenas. Nos invita á comer y á visitar su familia. Era muy tarde, fuímos en coche y llegamos á su casa..... Después nos acompañó en coche al teatro.....

Día 11.—Fracasa la expedición al vapor del Pará, por la informalidad de D. Patricio. Me incomodé con él. Disponen la excursión á Itaparica. Salimos tarde porque no llegaba el guía. Viene por fin, ponemos la vela al bote y un viento fresco nos lleva pronto. La distancia, cuatro le-

guas. Navegábamos por un sitio de la costa llamado *Porto de todos os Santos*, frente á un gran tinglado delante de una casa, que parecía un almacén de mucha capacidad. Cerca de allí, en la playa, había una porción de cabezas de cetáceos de la misma especie y algunas costillas sirviendo de cercado á un trozo de huerta. Había piraguas embarrancadas. Arranchamos debajo del tinglado, dejando en él nuestros equipajes. Empezamos á recorrer la isla; primero, todos juntos; pero bien pronto se convenció D. Patricio de que era necesario separarnos, porque Isern, Almagro y yo no podíamos herborizar y cazar al paso que él llevaba. Nos marchamos, pues, D. Patricio y Martínez por un lado; Almagro y yo por otro, é Isern por otro. Puig nos seguía á corta distancia. Volvimos á comer al tinglado; nuestros dos marineros habían pescado y hecho la comida. El dueño de la casa, que era un fabricante de aceite de ballena de Bahía, así que supo estábamos allí una Comisión (sin duda por lo que dijeron los marineros en nuestra ausencia) nos ofreció un cuarto contiguo al almacén, donde poder dormir. Ocupáronlo Amor, Puig, Martínez é Isern. D. Patricio durmió sobre unas lonas, yo sobre el cable arrollado que sirve para subir con su torno las ballenas al tinglado. Tarde y noche en Itaparica; una de las más notables de mi vida.

Días 12 al 15 en Itaparica y viajes de ida y vuelta á Bahía.

Día 16.—Visita á la Biblioteca pública.—Silva, Lisboa, Vicente de Cairu, autor de un *Derecho Comercial* y de otras obras, ardiente defensor de la independencia del Brasil. Su retrato está en la Sala de lectura de la Biblioteca pública; hermosa pieza, aneja otras veces á la Catedral. En el testero de la Sala se lee un cartel de madera con esta inscripción: *P. O. Illmo. e Exmo. Sr. C. dos Arcos Gor. e Cap. Gl. de esta Cap.ª deo principio ao Establecimto de esta biblioteca no anno de* 1811.

Contiene 16.000 volúmenes y no hay ninguno en americano ni español. Lisboa es el Director actual, descen-

diente del Lisboa del retrato. Está costeada la biblioteca con fondos de la provincia de Bahía.

Día 17.—En casa de Mr. Lacerda. Fuímos á tomar las medidas del cráneo de una niña *Patacho* de ocho á diez años recogida entre los muertos, después de un combate de los de su tribu con otra enemiga. Solo arrojaba un grito inarticulado y salvaje, cuando Mr. Lacerda la vió por vez primera. Está marcada hacia el hipocondrio izquierdo con un hierro como los caballos y esta señal es la de su tribu. Son antropófagos. Recién cogida la niña, se abalanzaba á la carne cruda y la comía. Todavía hoy la come con mucho placer. Lloró al principio, pero se echó á reir así que vió á Almagro ponerse el cefalómetro. Después, se lo dejó aplicar sin moverse y demostrando mucha resignación. Es de color negro sucio. Su musculatura es muy blanda *(flasque)* y bien desarrollada. Cráneo muy desarrollado posteriormente y estrecho en la parte anterior. Pelo largo, negro, abundante, sedoso y *plat;* ojos negros muy hermosos, pero oblicuos; nariz chata, circunstancia rara en la raza india. Labio superior convexo, boca corta, distancia entre los ojos muy grande y la nariz apenas sobresale en ese punto. Cara en general muy desarrollada y hocico saliente. Es de las tribus más estúpidas de entre los indios. El aspecto de la niña es triste y pensativo. Cara muy redondeada inferiormente...

Lacerda me ha dado algunos huevos y un nido muy curioso de *Furnarius* (1). Hay tres especies, probablemente el *Paca figulus* (2) de Burmeister. Es un ejemplar joven con cuatro rayas á los lados sobre un fondo gris con manchas de negro y azules muy débiles, de un color blanco amarillento sucio interrumpido un poco en los flancos, más intenso en los hombros y ancas de manera que parece serie de puntos ó manchas. Sobre las ancas hay otra serie de ellas que concluye á la mitad de las otras. Las que

(1) *Hornero,* ave suramericana.

(2) Mamífero del grupo de roedores, género *Coelogenis.*

he visto ♂ y ♀ (macho y hembra) están destinadas al Jardín de aclimatación de París, del cual es socio Lacerda.

El mismo día visité á Mr. Vucherer en su casa. Es un médico alemán establecido en Bahía hace años y dedicado al estudio de los reptiles. Envía continuas remesas á Inglaterra al *British Museum* y está en relaciones con Mr. Günther, encargado allí de todas las colecciones conservadas en alcohol. Empezó por ofrecerme una pequeña colección de reptiles de la provincia y me dió algunos datos interesantes acerca de ella.

Llegué en mala ocasión porque acababa de remitir á Inglaterra lo mejor que hubiese podido ofrecerme. Díjome que la mordedura del *Lachesis mutus* producía derrame de sangre por los ojos, encías, oídos y nariz; que esta misma *Lachesis*, la más horrible de las venenosas, se arroja sobre el fuego y sobre los que llevan antorchas al atravesar de noche los bosques. Es la única, según él, que acomete al hombre; las demás huyen siempre.

El *Botrops atrox* (1) tiene de reserva detrás del diente venenoso y para cuando éste se caiga otros dos, tanto más pequeños cuanto más separados. Sucede lo mismo con las demás especies venenosas. Ví el esqueleto.

Contóme que tuvo vivas dos especies: el *Liophis conirrostris*, y el *Xenodon raptocefalus*, en una misma jaula; la primera no la conocía y era para él de mucho interés, pues quería mandarla á Günther. Les dió sapos para comer y el *Xenodon*, más listo, cogió uno; el *Liophis*, más pesado, no pudo coger ninguno, por los saltos que daba el sapo. Entonces encontró más cómodo empezar á comer por las patas el que el *Xenodon* tenía sujeto por la cabeza y se engullía; pero el *Xenodon* tenía la boca más grande y esperaba á engullirse al *Liophis* tras el sapo. Vucherer los sacó fuera de la jaula y cortó por medio el cuerpo del *Xenodon* y entonces el *Liophis*, no pudiendo

(1) Especie de víbora muy venenosa de la familia de los *crotálidos* (culebras de cascabel).

volver atrás por la dirección de los dientes de las culebras, tuvo que pasar todo él por medio del cuerpo del *Xenodon*, quedando marcado todo él por los dientes transversos del primero.

Dice Vucherer que la provincia de Bahía es muy abundante en ofidios y las especies en individuos; pero es difícil tropezar con ellos, dato ciertísimo, según él, aunque opuesto á lo que dice Castelnau.

Dice con referencia á los cazadores, sin afirmarlo, que el *Lachesis mutus* se encuentra reunido en el mismo agujero con el *Paca*, y que cuando entran los perros en busca del roedor son mordidos muchas veces por aquel reptil. Yo he visto en casa de Mr. Williams, muy curioso por los animales, dos *Boa constrictor* en una jaula con multitud de aves, sin molestarse las unas de las otras, viviendo las aves con entera confianza.

También ha observado Vucherer que inmediatamente después de la muda es cuando están más vivos los ofidios y los venenosos con más veneno. Dice que puede asimismo establecerse como cierto, respecto á los ofidios de Bahía, que los de pupila redonda son *Herpetrodias*, *Dendrofis* (1), *Xenodon*, *Liophis*, etc.; los de pupila semielíptica, *Crepus calamus*, *Erytale coronatum*. *Oxirhopus*, *trigeminus*, etc., especies observadas por él. A éstos les daba de comer de día y nunca lo aceptaban por muy hambrientos que estuviesen; pero á la hora del crepúsculo se avivaban y comían siempre.

Los de pupila elíptica son nocturnos: *Lachesis mutus*, *Botrops*, *Dypsas* (2), y casi todos venenosos excepto los *Elaps* (3), y entre los no venenosos la *Boa constrictor*. Dice que hay especies de culebras que, como ocurre con algunos pájaros, es imposible enjaularlas, porque manifiestan tal inquietud, descontento y ferocidad que con-

(1) Género de ofidios colúbridos de los *dendrófidos*.

(2) Ofidios *colúbridos*.

(3) Culebras venenosas de la familia de los *elápidos*.

concluyen por matarse, lo ha visto en el *Dryophis acuminatus*.

El *Trachycyclus marmoratus* cuando se le persigue se para de cuando en cuando en su carrera, y mueve repetidas veces la cabeza de arriba abajo antes de emprender otra vez su carrera.

Dice que el *Sphorops anomalus* cambia de color como el camaleón, según ha observado muchas veces.

Respecto á aves, me ha dicho que ha matado el *ven te ví* sobre una vaca, donde estaba comiendo las garrapatas, que son muy comunes sobre aquellos animales; que el *Joan de barro*, se llama también aquí *pájaro católico*, porque no trabaja los domingos en la construcción de su nido y lo coloca siempre hacia el Sur. Nada de esto es cierto, como puede suponerse.

Yo he visto al *agutí* cuando se le persigue erizar los pelos de la parte posterior de las ancas. También me ha dicho Vucherer que los ofidios cuando se irritan sacuden la cola contra el suelo con mucha rapidez y fuerza.

Día 18.—Me ha dicho la china mujer de Chuchu que llaman *Joan de barro* á la *Golbula viridis*; al *Dycotilis torquatus*, le designan con el nombre de *caritá*.

No encuentro el nombre de *rosea* en la *Platalea* de América; no aparece en la sinonimia de Burmeister, obra acaso la más moderna acerca del Brasil. En la de Van de Hoeven, lleva el nombre *ajajá*. La del Museo, ¿está equivocada?

Día 20. *Sábado*.—Por la mañana en casa de Cerruti, Cónsul de Cerdeña; á medio día en de Chuchu (Frederic); por la tarde con Vucherer, y por la noche baile en *La Recreativa*.

Día 21.—*Nanclerus furcatus*.— *Tisoura*.— Burmeister lo tiene equivocado.—Fuertes. El de *San Antonio*, el de *Santa María*, el de *Cunevio del Agua*, el de *Morcello* o de Matermina, el *Semicírculo de la Bahía* y *Nuestra Señora de Monte-Serrato*. La ciudad se extiende por el Sur.

Hoy estuve en casa del tío de Machado, el cual tío

gastó su fortuna en socorrer á los pescadores coléricos.

El tabaco del Brasil se fumaba aquí húmedo, porque seco es atacado muy pronto por los insectos, generalmente á los tres meses. Aunque es tabaco bueno no alcanza al de Cuba, por la razón dicha.

Día 22.—Desde las siete de la mañana hasta las tres y media de la tarde en casa de Chuchu examinando la colección de aves y anotando los nombres vulgares de las especies que los tienen. Con el nombre de *corujas* van confundidos los *buhos*, las *grandes lechuzas* y los *chotacabras*. Una de las grandes águilas de la colección es la que se alimenta de macacos. El *Falco*, blanco por encima y negro por debajo—no el *nauclerus*—, aparece por las cercanías de ésta en la época del paso de una paloma de reflejos cobrizos, á la que persiguen para alimentarse de ella, á lo menos por entonces. Le llaman *gavíao de pomba*.

El huevo grande dado por Mr. Lacerda es de un ave llamada *grande acú*.

La descripción del lagarto matado por mí en Itaparica se halla en el *Proceedings of the Zoological Society*. London, January 1861, con el nombre de *Trachiscyclus superciliaris*, de Günther, es especie descubierta hace poco y confundida con el *marmoratus*. Esta especie es común en la ciudad y escasa en el campo, porque, según cree Vucherer, sirve de alimento á una porción de las cercanías de Bahía.

He visto yo mismo una *Hyla* (1) y un *Bufo* (2) (que llevo en la colección) con la pupila *elíptica* y *horizontal*. Esto es muy raro según Günther, que no lo quería creer á pesar de afirmarlo Vucherer. Yo lo he observado y lo aseguro.

Día 24. *Miércoles*.— He principiado por coger una especie de *Bufo* en el camino del Campo grande á la casa del Sr. Lacerda, quien me dió por su parte otro ejemplar de la misma.

---

(1) Batracio de la familia de los *hílidos*.

(2) Sapo.

Excursión al lago Dile.—A las cuatro de la mañana nos levantamos, á las cinco estábamos en casa de Lacerda. Fuímos D. Patricio, Amor, Martínez, Isern, Lacerda, Pisarillo, Nicolsi, pastor inglés, y yo, en la canoa de Lacerda. El objeto era sondear el lago y cazar lo que se pudiese y coger caracolas y plantas. La mañana nublada. En dicho lago abundan las perdices llamadas *paranis?*, el pato común del país, las *sabias chinas*, una especie de *Hirundo* que maté, los pájaros moscas, patos y tórtolas, *mari di Di*, etc.; *ampularias*, una especie de *ancilaria* que cogió D. Patricio, tres ó cuatro curiosas espinas de púas de cocodrilo, culebras, etc.; entre las plantas, la *Ninfea alba*, una *cala* cuyo tallo tiene dos y media varas de altura, las hojas forman solo arriba una sombrilla, lo demás pelado. La *Ninfea* estaba en botón. Perseguí un pato de color rojizo oscuro con alas blancas, le disparé dos veces, pero no le maté á pesar de estar próximo, se perdió entre las plantas de la orilla.

Ví también murciélagos que estaban durmiendo entre los troncos viejos de los árboles que nacen en la orilla y no pude matar ninguno. Abundan allí las *leguminosas* volubles, las *yacas-yacas*, *mangos*, las *orquídeas* (sin flor ahora), algunas nacen entre los mismos nidos de los pájaros, otras están sostenidas por la horquilla misma de una rama y casi en el aire; hay además *ciperáceas*, *gramináceas*, *compuestas*, *lianas*, *piñas* espontáneas y otras muchas. Hay un árbol, llamado *comidiya*, á donde acuden los pájaros granívoros. Basta colocarse debajo del árbol y esperarlos para matar gran variedad de ellos.

El lago sube y baja con las mareas.

Día 25.—He visto dos *Procyon* (1) *jóvenes*. Les llaman *goachimi*.

Día 26. *Viernes*.—El sitio ocupado antiguamente por dicho lago y que dividía las jurisdicciones española y holandesa, se llama *Strada nova*.

---

(1) Mamífero americano del orden de las fieras.

Visita á la Escuela de Medicina. Ví la obra de Spix y Martius en la biblioteca que visité, así como la sala de actos. Asistí á una *soirée* en casa de Günther.

Día 27. *Sábado.*—He pagado á Chuchu 350.000 *reis* en monedas de cinco duros. He visto el *Falco* vivo, con zonas pardas en el pecho y vientre. Tiene las dos manchas elípticas en la parte superior de los ojos desnudos y anaranjados, los párpados amarillo verdosos y la cara algo más clara hasta el borde superior de las aberturas nasales; patas anaranjadas, color de topacio de Hinojosa. He comprado otros quince pájaros, porque, aunque dobles, son especies interesantes y baratas, 30.000 *reis.*

Día 28. *Domingo.*—Mr. Wucherer me ha regalado un *C. palpebrosus*, vivo. Hemos hecho su disección, Almagro principalmente. Movimientos del corazón después de partido en dos pedazos, cavidades pulmonares grandísimas, ovarios llenos, trompas notables. Después de tener fuera las vísceras dió un brinco como si estuviese vivo. Píloro estrecho y duro. Guardo vísceras.

Comida de despedida en casa de Lacerda. Mucho gusto en la mesa. Sopa al uso del país. Levantan manteles. Profusión de dulces, frutas y golosinas americanas, mezcladas con flores y regadas con champagne. D. P. como un bobo; Bogu brindó primeramente. Todos muy atentos y amables. Blum, Vucherer, Williams, Nicolai, Cerruti, Paz, Amor, Martínez, Almagro, Isern, Mme. y mademoiselle Lacerda.

Día 29.—En casa de Williams he visto una hembra del *Tapirus americanus*. Danta vulgar. (Sigue una descripción muy detallada de aquélla). Ví, asimismo, el *Eurojoiga caurale;* anda por la cocina comiendo moscas que caza con suma calma y habilidad. Se mueve oscilando lentamente el cuerpo de derecha á izquierda, como una aguja magnética. Cuando pelea con otra ave pone las alas á manera de un *tronquílido* y sopla como una culebra. Es ave preciosísima y se domestica fácilmente.

Macrodactylus cristatus, siriama; zebela, la perdiz me-

diana del país, común; *nambú*, la pequeña, común; *napapé*, la más grande; *arremões*, la *Fringila*, con rayas blancas y negras en la cabeza. Se ha preparado la piel de *Puma;* ayudé á Puig.

Día 30 *Martes.*—Mañana, embalaje de los objetos. Tarde, despedidas. A las diez noche empezaron á llevarse los bultos al bote; á las diez y media embarcamos en él, porque según órdenes debíamos partir al día siguiente á las seis de la mañana.

Día 1.° *de Octubre de* 1862.—A las ocho y media de la mañana salimos de Bahía á máquina; pronto cambiamos por la vela á causa de haberse levantado viento de popa, raro en estas regiones.

Día 2. *Jueves.*—Aflojó el viento por la tarde y aumentó por la noche. Tormenta, relámpagos y truenos lejanos; llueve después. Amaina á las tres y media.

Día 3. *Viernes.*—Desde el día que embarqué no dejo de marearme poco ó mucho, sobre todo si me levanto ó me incorporo en la cama. Tampoco me he desnudado desde entonces.

El tiempo achubascado entre diez y once; nos pusimos á palo seco por temor á que se desencadenase un huracán. Vientro contrario; tuvimos que voltejear. Desde el primer día vamos delante de la *Resolución*, porque se ha cargado más nuestra fragata hacia proa.

Hacia las once de la mañana acude á la fragata una nube de mariposas, casi todas crepusculares y nocturnas. Con ellas vinieron también algunos pájaros. El Comandante no permitió coger ninguno de ellos y todo el mundo se dedicó á cazar mariposas.

Día 4. *Sábado.*—Tiempo hermoso. Siempre delante de la Capitana. A las seis de la tarde hubo necesidad de parar la máquina porque la habíamos perdido de vista.

En la comida me insinuó Arana lo conveniente que sería separar desde mañana los ranchos, pues cumplen los dos meses por los que han hecho el depósito. Por la tarde hubo juntas—á las que no asistí—para tratar de

estos asuntos; fueron nombrados comisionados Almagro y Puig, por pródigo uno y por económico el otro.

Día 5. Domingo.— Tiempo hermoso. Menos mar que ayer. Hoy no se ha dicho misa á bordo. Pregunto al padre Capellán el por qué y me contesta con aire resignado, «porque había que trabajar en la maniobra». Estaban telegrafiando en la *Resolución*.

Por la tarde estuvimos aguantando en Cabo Frío, para entrar á la mañana siguiente en Río Janeiro.

A las dos de la mañana subo á cubierta. Espectáculo curioso para mí: media brigada durmiendo, la otra media velando; la *Resolución* haciendo señales con faroles, la mar azotando rudamente el costado de estribor, marchábamos solamente con la mayor y gavia.

Día 6. Lunes.—Subí á cubierta y descubrí la sorprendente y pintoresca costa que rodea la entrada de la bahía de Río Janeiro.

En la izquierda se percibe el *Pico de Wellington*, llamado así por asemejar al perfil de este General. Más allá el Corcobado, después el Pan de Azúcar, como á la mitad de la entrada. A la derecha de la bocana siguen al principios cerros bastante escuetos y de caprichosas formas, entre ellos uno de figura de casco; después, otro más frondoso y con todo el aspecto de la flora americana. Detrás de esta primera serie de cerros, se descubre una cordillera más alta y en algunos puntos otra tercera. Parecen granitosas. El panorama que presenta esta costa es de los más sorprendentes y pintorescos. La segunda línea, envuelta en la bruma matinal y opalina. La falda y cumbres de la primera, doradas por un sol ardiente. Al pie de los cerros, una línea blanca y larga entrelazada, marcando una bahía en cuya parte media hay unos verdes islotes; lo más cerca de nosotros multitud de velas, como alas de pájaros marinos, saliendo y entrando en la bahía.

Cambió de color y matices, producidos por la luz según el sol se remonta al cenit; el cambio de forma que lentamente van experimentando las montañas más pró-

ximas por efecto de nuestra marcha y la población de Río Janeiro, cada vez más distinta, son como un cuadro disolvente en el fondo de la bahía. Tengo que abandonar la contemplación de este cuadro. De la *Resolución,* que marcha cerca de nosotros, han caído al agua dos hombres. Ansiedad..... paramos. La hora es favorable..... salen dos botes en su busca..... vuelan sobre el agua..... los alcanzan y los salvan. Avanzamos á las once y media por la magnífica entrada de la bahía; á la izquierda el *Pan de Azúcar,* enorme mole volcánica de granito cubierta de vegetación y cuya flora amarilleaba. El fuerte, situado en frente, parecía solitario y su gravedad hacía *pendant* con el *Pan de Azúcar.* El espectáculo de la bahía es grandioso, indescriptible. La población se extiende casi por completo ciñendo el contorno de ella, y en el fondo se destaca una sierra cuyos picos agudísimos parecen dientes de tiburón. Estaban fondeados en la bahía el navío francés *Bayard,* que había pasado el estrecho de Magallanes, donde estuvo á punto de perderse; dos fragatas, también francesas; dos inglesas, y algunos navíos brasileños.

Saludarnos, no lo hicieron; fondeamos á las doce en la del medio, porque nuestras fragatas, por cierto las más elegantes y mejor formadas de cuantas allí había, querían darse, por su tamaño y volumen, el mismo tono que el navío. A eso de las tres fuímos todos á ver al General, visita de cumplido; después nos dimos á reconocer hoteles, informarnos del alojamiento que más nos convendría.

Visitamos el de *Venecia,* por lo notable. Nos pidieron á 20 reales por cada uno. El precio medio en esos establecimientos es de 5.000 reis. No fué posible encontrar uno para todos. D. Patricio, Martínez, Puig, Isern y Castro quedaron en el de *D. Luiz,* el primero y el segundo en dos cuartos que acababan dejar unas p.....; Martínez y los otros en sus habitaciones cómodas; Almagro, Amor y yo, en el de *D. Juan Proreizan, Rua del Ouvidor.* Le recomiendo al que vaya á Río Janeiro. Comimos todos en el

Hotel Luiz y después nos fuímos á bordo, para disponer los equipajes é instalarnos definitivamente en tierra, por las circunstancias sabidas en que se encuentra la Comisión.

Día 7. Martes.—Preparé mi equipaje; pero no pude marchar á la hora por dolerme la cabeza. Márchanse los demás, vuelve Isern y con él me voy y con Puig; pero éste se halla con el Comandante Croquer, y después entro yo en la cámara y se aclara nuestra situación respecto al asunto de nuestra asistencia. El está dispuesto á servirnos dentro de la ordenanza; echa la culpa de todo á D. Patricio; le cargan los muchos saludos y cumplimientos de éste y que hable por delante una cosa y otra por detrás. Nos dijo que nuestros seis marineros están completamente á nuestra disposición y pueden seguirnos á donde quiera que vayamos, si ellos quieren, porque á causa de las enfermedades no puede hacerse otra cosa. Estuvo muy amable con nosotros y le prometimos dirigirnos á él en cualquier cosa que nos ocurriese.

En tierra tenemos junta á las dos de la tarde. Trátase en ella de las actas anteriores y se arreglan para escribirlas definitivamente en el libro. Acuérdase además la manera de contestar al General, respecto al número de días que necesitamos para que la Escuadra se detenga en Río Janeiro. Opinan Martínez y Amor, que la evacuemos; pero yo digo que desde ahora y de una vez para siempre, debemos contestar al General lo imposible de su pretensión y que se razone el por qué. Apoyan mi opinión y se adopta unánimemente en el oficio que redacta Almagro.

Visitamos después al Vicecónsul español. Nos recibe como de oficio y nos da pocas noticias que interesen. Comemos. Salimos á la calle y nos encontramos con los Oficiales de la fragata y los marineros. Convida Almagro á uno de ellos para comer al día siguiente, yo á Llobregat y Amor á Rodríguez. Se conviene en invitar á los Oficiales para más confirmar la cordialidad que debe reinar entre nosotros y ellos.

Día 8. *Miércoles.*—Visita á Blanco de Vals. Nos recibe con franqueza y como un compañero; nos ofrece cigarros. Reconoce á Amor, pero no recuerda su nombre. Dice que nos presentará á D. Pedro II, al Ministro ó Mariscal, para que éste lo haga á Lagos, persona enterada en Ciencias naturales. Me dió detalles sobre el Emperador, su familia, modo de vivir, afición á las Ciencias, figura, carácter, algún rasgo curioso. Nos instruye sobre el carácter de esta Corte imperial, sobre la pobreza del Emperador. Su asignación, 400.000 pesos; la de su mujer, 50.000, y así la familia. El Emperador es familiar y muy ciudadano. Nos habla también Blanco de la sociedad de la gente americana, de su cortesía, etc. Dice que Petrópolis, donde reside el soberano con los otros Ministros, es una ciudad que disfruta de un clima europeo. Llega al *solar*, me ofrece su casa y se despide muy afectuosamente de nosotros. Antes nos ofrece adelantar el importe de los objetos que mandásemos á España, sobre su responsabilidad. Nuestro Ministro vive en un sitio apartado del centro de la población, llamado *Catete*, semejante al de Bahía, en el *Hotel de Extranjeros*. Díceme después D. Patricio que vaya á ver una colección de pájaros moscas que acaso podrán adquirirse fácilmente. No estaba en casa quien nos la había de enseñar. Voy ahora antes de comer á ver á Martem y Schmid, recomendados por Vucherer, para los que llevaba cartas.

El primero entendido en Historia Natural. Ví á éste solamente, el otro no estaba en casa, y marchó al día siguiente de *Río Janeiro*. Martem estuvo amabilísimo conmigo, y se ofreció para cuanto fuera necesario. Dije que le presentaría á Martínez y Almagro en su casa (la de los pájaros moscas).

A las tres y media comida en la fragata. Fresas, champagne. Mucha animación; los Oficiales muy contentos. Después de comer visitamos Alm., Am., Fabr. y yo.....

.....

Día 9.—Amanece lloviendo y continúa toda la mañana;

aprovecho el tiempo en visitar tiendas de naturalistas é informarme de los establecimientos de venta de aves y sus precios. He recibido, por fin, la colección de colibríes; tendrá unas 150 ó 160 especies. Es preciosa. También otra colección de especies curiosísima y de suma importancia para nuestro Museo.

Mr. Bourget, joven, me ha parecido muy enterado en pájaros.

He estado en su casa antes de comer y no parece muy comerciante; por el contrario, entusiasta por los pájaros, especialidad en los moscas. Dice que tiene la *bona* de los pájaros moscas. Es un apreciable joven. El trato en la fonda excelente, la recomiendo al que venga á Río. Ayer, por medio de Blanco de Vals, planchado, frac y pantalón me llevaron por todo ello 2.500 reis (¡¡ 25 reales!!).

Día 10. *Viernes.*—Visita al Corcovado. Nada particular hemos visto.

Junta á las once para tratar de la compra de pájaros. Se acordó dejarla para lo último y comprar la colección de colibríes si la da muy barata.

Visita al Museo á las doce y media; ha sido muy de prisa. Fuímos D. Patricio y yo, nos anunciamos como de la Comisión y nos recibieron muy friamente, mejor dicho con indiferencia. Me parece bastante bien en minerales, regular en pájaros, mediano en mamíferos y muy mal en reptiles, peces y fósiles; mala colección de conchas, la de insectos completamente perdida.

La colección de antigüedades me parece muy buena, dada la distancia á que Río se encuentra de Europa. Hay hermosa colección de trajes de indio y objetos de guerra, utensilios domésticos, etc., etc.

Los objetos están, por lo general, bien presentados. Después de salir del Museo me dijo D. Patricio *con retintín* que él se iba al campo y que no quería perder el tiempo. Al volver á casa nos encontramos al hijo del Cónsul y á otro empleado del Consulado que venían á visitarnos y á invitarnos para un baile en el *Club Fluminense.*

Es el hijo del Cónsul un muchacho muy simpático, guapo y elegante.

Almagro había ido á ver á Koch, recomendado de Vucherer. Volvió admirado de la hermosura de la población hacia el centro donde vive, en casa del Conde de Barrel. Trajo violetas hermosísimas y dos ramos floridos de *Metrosidoros* (1). Koch, dice es un alma egoísta y enemigo de las Ciencias naturales. Me trajo un *colúbrido* pequeño. En esto Amor se dispidió para ir á comer con D. Patricio a casa de Blanco de Vals, según lo que habíamos acordado juntos, cuando éste invitó al Presidente y á un individuo de la Comisión. Otros tres nos fuímos á ver las fragatas empavesadas, por ser el santo de la Reina de España.....

Por la tarde á ver á Bourget, joven, que se muestra muy razonable en el trato para venta de los pájaros.

Nota.— La información que precede tiene su complemento en la siguiente carta, que dirigió Jiménez de la Espada á D. Adolfo Aguirre.

Carta sin fecha dirigida á D. Adolfo Aguirre por D. Marcos Jiménez de la Espada.—Río Janeiro.—Su aspecto: La bahía.—Saludo de las naves.—Buscando alojamiento.—Las fondas.—Principales edificios.—Los habitantes.—Reflexiones.—Ascensión al Corcobado.

Mi querido amigo: Empiezo ahora, aunque tarde, á darle cuenta, con arreglo á mi formal promesa, de la vida y milagros de *cierto naturalista* que se embarcó en Cádiz, para un viaje alrededor del mundo. Temo mucho estar de vuelta sin haber dado una prueba de que mi corazón ha confundido casi siempre en un solo sentimiento la admiración por tanta belleza como contemplo y el recuerdo de mis amigos.

Santa Cruz de Tenerife, con sus áridas y levantadas montañas; San Vicente de Cabo Verde, con su árido y triste suelo, y el paso del Trópico de Cáncer y de la *línea*,

(1) Género de plantas *mirtáceas*.

durante una travesía de diez y seis días; el nuevo cielo que cubre la extensa superficie del mar del Sur; la pintoresca «Bahía de Todos los Santos», cuya cercana costa presentó á mis ojos por primera vez la opulenta vegetación americana, han producido en mi alma multitud de impresiones, ya nimias, ya sorprendentes (nuevas siempre), y mi pluma se ha atrevido á escribirlas; pero encontré en ellas tanto *individualismo* que no me atreví a sacarlas de los oscuros rincones que ocupan en mi «Diario». Con todo, esta vida de *sabio en viaje* ofrece tantos y tan variados contrastes, que bien puede de un día para otro tropezarse con algo interesante, ó curioso por lo menos. A veces cálzase uno de mañana los herrados borceguíes para correr tras los lagartos por entre las ásperas vertientes, y por la tarde se endosa el frac y los guantes amarillos para volver la visita á cierto personaje que *motu proprio* y á fuer de ilustrado quiso cumplimentar á nuestra «Comisión científica».

Mi estancia en Río Janeiro (esta notable capital del no menos notable imperio brasileño) ha sido tan fecunda en sucesos de todo género, que pudiendo sin mucho esfuerzo escoger algunos de ellos para llenar con su relato una carta que sea digna de V., me atrevo, por fin, á dar comienzo al cumplimiento de mi promesa, como digo en el de estas líneas.

El día 6 de Octubre (1862) por la mañana temprano, cuando supe que se descubría ya la entrada de la Bahía de Río Janeiro y animado yo por el deseo que tiene todo el que navega de ver la tierra, subí á la cubierta de la *Triunfo* y me dirigí al portalón de estribor, desde donde podía contemplar la parte de costa comprendida entre la punta *Jaipu* al Norte y la que limita el cerro llamado *La Gavia* al Sur, primera que aparece entre las brumas á las naves que después de doblar el Cabo Frío recalan al primero de los puertos del Brasil. Eran como las seis y cuarto.

El contorno de la costa aparece aún confuso y la cima

de las montañas de un color plomizo y uniforme; pero á medida que el sol se remontaba y avanzaban disipábanse las brumas y la primera línea de montañas se iba tiñendo de un color de oro y la del segundo término de un color opalino. El mar cambiaba sus tonos sombríos por los de la verde esmeralda, y la estrecha playa, sobre la que avanzan los montes hacia la derecha, se dibujaba como un limpio trazo de plata. Cambia á cada instante el aspecto general de la tierra con la dirección tortuosa del buque; ya se aproximan unas á otras las montañas; ya se apartan, se doblan, pliegan ó se despliegan, y las islas próximas se destacan unas veces, otras se encubren en las costas, hasta que poco antes de dejar á la izquierda las llamadas *Redonda* y *Raza* enfilan los buques la entrada de la bahía. Entonces es cuando se vé destacarse majestuosamente sobre el cielo, con una forma invariable y a la izquierda, la serie de cerros, cuyos perfiles reunidos engendran el más caprichoso contorno, entre los extraños, que presentan las masas de las formaciones graníticas. Es el de un cuerpo inmenso tendido sobre el mar con la cabeza hacia el Sur y los pies reunidos en un cono elevado (el Pan de Azúcar), que limita por la izquierda la estrecha embocadura de la bahía; yergue sobre la espalda, y las bellas formas de su busto, elevada frente y nariz aguileña, sorprenden al espectador menos experimentado. Le llaman aquí el *Gigante*, y los poetas brasileños han apostrofado más de una vez al titán americano en sus poesías.

Dice el primer maquinista de la *Triunfo* (un inglés grave, alto y seco), al señalarme los puntos más salientes de la costa, que la cabeza del gigante se llamaba el *perfil de Wellington*. Sus palabras evocaron instantáneamente en mi memoria el recuerdo de Enrique Heine, y es lo extraño que sus facciones se parecen mucho á las del héroe inglés.

La bahía de Río Janeiro es un gran seno de cinco leguas de fondo y de variable anchura, alcanzando en al-

gunos sitios cuatro, y disminuyendo hasta su entrada, que tendrá una milla próximamente. Ciñen sus contornos por todas partes elevadas montañas, y la superficie de sus aguas está salpicada de innumerables islas. La del Gobernador la corta en dos partes casi iguales y detrás de ella, á lo lejos, se alza la *Sierra de los Organos*, cuyas crestas largas y agudas se asemejan algún tanto á los cañones del instrumento cuyo nombre llevan, y más todavía á los afilados dientes de un tiburón.

Sobre la izquierda de la ensenada y al pie de los medianos cerros se asienta la ciudad de Río, adelantándose uno de sus extremos hacia el mar, como para vigilar la entrada de la bahía.

El que de pie sobre la proa de un navío atraviese sus soberbios umbrales en un día de sol claro y con brisa de tierra cargada de ese aroma americano voluptuoso y narcótico que se sube á la cabeza y embriaga la imaginación, llorará acaso de ternura y amor á la tierra madre nuestra, tan hermosa siempre en sus magnificencias, aunque lejos de la patria.

Cerca ya de la Isla Redonda, la *Triunfo* detuvo su marcha para dejar pasar delante á la *Capitana*, y siguiéndola nosotros un poco atrás y á su izquierda pasamos junto á los pies de gigante de Pan de Azúcar, que como un colosal centinela guarda uno de los dinteles, y tan próximo á él que distinguíamos algunas de las flores que hermoseaban á trechos su áspera falda.

Poco después llegamos frente al *Fuerte de Santa Cruz*, en el cual, sobre el más avanzado de los baluartes, ondeaba solitaria la bandera brasileña. Más allá del citado grupo, *Río Janeiro* se desplegaba todo entero á nuestra vista, sin que con ella pudiéramos alcanzar sus límites. Distinguíamos claramente los innumerables buques que se acercan á sus muelles y los franceses, ingleses y brasileños, que fondeaban algo más lejos.

Allí estaba el *Bayard*, veterano navío que atravesó dos veces el Estrecho de Magallanes y otras tantas se ha visto

expuesto á perderse por completo. Por entre él y una de las fragatas inglesas pasó nuestra capitana airosa y elegante y virando majestuosamente dió fondo junto al navío francés. La *Triunfo* echó anclas un poco más lejos, hacia el centro de la Bahía. ¡Qué dos buques los nuestros! Ninguno de los extranjeros que allí había podía compararseles, ni por la majestad de su porte ni por la finura y gracia de su construcción, y no temo pecar de exagerado al decir que parecía entre ellos como dos cisnes entre una manada de patos.

Durante media hora los ecos de las colinas no cesaron de repetir los saludos que cruzamos con el fuerte *Ville-Egmond*, y las capitanas extranjeras envolvieron en el denso humo los afilados mástiles de los barcos que nos rodeaban.

Poco á poco empezaron á distinguirse los pabellones que flotaban sobre aquella espesa nube, que fué disipándose por el aire hasta arrastrar los últimos restos sobre la superficie de las aguas.

Tan luego como lo permitió la *por demás estrecha ordenanza* de nuestra Marina, nos embarcamos, mis compañeros y yo, en el bote destinado al servicio de la «Comisión científica» y fuimos á cumplimentar al General Pinzón, Jefe de la escuadrilla. De él recibimos, como otras veces, las instrucciones respecto á los días que pensaba permanecer en Río Janeiro y concluída la visita nos trasladamos á tierra para ocuparnos de nuestros alojamientos. Negocio era éste de suma importancia para nosotros, porque habíamos oído cosas fabulosas acerca del precio de los hoteles. No teniendo, como no teníamos, una persona de confianza con cuyo auxilio pudiéramos salir del *atolladero*, la solución del problema era bien sencilla: empezar tomando la primera calle que encontráramos, con la visita consecutiva de alojamientos hasta dar con el que nos conviniese. La más directa, ancha y espaciosa que desemboca en la *Plaza del palacio viejo del Emperador* fué la que se ofreció inmediatamente á nuestros pasos;

pero á decir verdad, no quisimos molestarnos en subir á ninguno de ellos, por respeto á la calle. Entramos por la de *Ouvidor*, y aunque con gran timidez (porque es una vía de mucho tránsito donde se han agolpado los principales mercados de la corte) subimos á unos dos ó tres hoteles, cuyos directores nos informaron ambiguamente del precio de estas casas, á que puede uno atenerse con decoro en una ciudad de tanta importancia como ésta.

Toda reserva es poca cuando se trata de adquirir noticias acerca de un país que no conocemos; pero el que quiera viajar por América no crea la mitad de lo que le digan, aun así obrará con demasiada confianza. Cinco mil reis (unos 50 reales), nos costaba un cuarto más que decente y una comida sencilla, pero aderezada y servida con gusto, y á mí me habían dicho que llegaría á cuatro ó cinco duros un trato semejante en el más mediano de los hoteles.

Tratábamos, como era natural, de vivir todos juntos para trabajar con más comodidad, y siendo casi imposible encontrar en la parte más céntrica y concurrida una casa en que pudieran admitir de golpe ocho personas, extendimos nuestras exploraciones por las calles más lejanas, y esto fué ocasión de que estudiáramos las fondas de Río Janeiro, establecimientos que no dejan de ofrecer algo de original. *Excepto tres ó cuatro fondas* (y su número es inmenso), *albergan constantemente las demás á esas pobres mujeres que venden lo que debían guardar, y que se encargan de tales casas como de otras tantas islas de Calipso.* El inocente viajero tiene que cerrar los oídos, los ojos y la puerta de su cuarto, y aun así ha de conformarse con la gritería y zambra de las nocturnas bacanales.

No quiero pasar por alto la descripción de uno de esos establecimientos modelos, que parece ser el tipo de los de su especie. Hablo del *Hotel Real de Venoza*. Está situado en la *Plaza del Rocío*. Tiene una fachada de noble y tranquilo aspecto, y sobre la puerta, en un gran cartelón, cam-

pea sobre fondo rojo el alado letrero de un *Santo que yo conozco mucho*. Pásase del dintel de su puerta y aquí comienza el contraste. Súbese una escalera ancha, sucia y solitaria. Es en vano esforzarse en llamar, porque nadie acude. La escalera conduce al comedor, vasta estancia abierta á todos aires y que parece encantada. La sopera de miel cocha sobre la mesa, pero vacía y tomada por la intemperie; los búcaros de agua vacíos y sedientos, los manteles sucios y el centro de la mesa con los pocillos para la crema y las tazas para el café, salpicadas de esos puntos negros que dejan las moscas antes de volar. Si se llama con paciencia, al cabo de media hora aparecerá un viejo italiano, con más cara de rufián que de hostelero, y contestará á la obligada pregunta con la acomodaticia respuesta de «hay habitaciones de sobra». El que tenga valor para seguirle verá, al atravesar los oscuros corredores y en los cuartos, blancas formas de mujer echando humo por la boca y dejando un rastro de tabaco y pachulí que no hay más que oler, y si es un poco curioso notará que las habitaciones están separadas unas de otras por tabiques de madera y el papel que las cubre levantado en la línea de juntura de las tablas, entre las que puede pasar la mano. Concluiré esta descripción con un detalle característico.

El italiano socarrón me dijo, cuando preguntamos por el precio de sus *locandas*, que eran de 4.000 reis, ó de 2.000 si se adelantaba el importe.

No nos fué posible dar con un hotel capaz para los ocho, y tuvimos necesariamente que dividirnos.

El Presidente, el Secretario y otros tres se instalaron en el del *Dr. D. Luiz*, y el antropólogo Almagro, el segundo Jefe Amor y yo dimos con nuestros cuerpos en el de los *Frères Provençaux*, en la calle del *Ouvidor*.

El *Hôtel des Frères Provençaux* es una casa elegante, con el comedor claro, espacioso y adornado con mucho gusto; sus limpias y cómodas habitaciones, sus servidores, á la francesa, respirando un aire de alegría y abun-

dancia que encanta. En el lienzo de pared del primer descansillo de la escalera hay un fresco que representa á Sileno borracho, rodeado de bacantes y derramando la copa sobre un macho cabrío con esta divisa: *Aut bibe, aut abi.* Almagro y yo hemos tomado dos alcobas y una sala con dos ventanas y un balcón que dan á la calle y en cuyas rejas se enreda una de esas pasionarias que ahí en Madrid se miman en las estufas. Desde aquéllas se descubre el Pan de Azúcar, el Corcobado y el Tijuca, y otros dos magníficos cerros colocados en serie con el primero y que forman parte del cerro del Gigante. La comida es ligera y sabrosa y yo puedo, afortunadamente, decir que nunca he digerido mejor que en este *funesto* país, á pesar de las abundantes especias con que sazonan todos los platos y de las abundantes libaciones de vino de Bordeaux con que regamos los manjares. Por todo lo cual recomiendo este trato á cuantos visiten la corte fluminense.

Instalado ya cómodamente en nuestras habitaciones, voy á comunicarle á V., querido Adolfo, la impresión que ha hecho en mí esta corte y sus habitantes.

Río Janeiro es una población inmensa, sin límites fijos, y cuyas casas se apiñan en la parte cercana á los muelles y se esparcen en la opuesta por el campo hasta ocultarse algunas entre los bosques.

Sus calles, tiradas á cordel, son estrechas en el centro, espaciosas en los barrios apartados, pero todas sucias con un arroyo fangoso por el medio, excepto las que constituyen los arrabales de Laranyeiras, Botafogo, etc., que desembocan en los campos de estas selvas. Su aspecto es casi siempre vulgar y de mal gusto, exceptuando alguna que otra situada ya en el campo.

Ocupan las unas 800.000 almas, aunque yo creo que esta cifra es resultado de *un cálculo portugués*. Alternan con ellas hermosos edificios públicos, por lo general de buena arquitectura, y templos de construcción barroca, pesada y de mal gusto. Es notable, entre los primeros,

el cuartel para la guarnición de Río, la *Casa de Misericordia*, el *Hospital de dementes*, los acueductos de bella vista y el palacio viejo del Emperador, modesta morada que acaso desdeñaría uno de nuestros magnates.

Distínguense entre todos los establecimientos la *Casa de Misericordia*, que algunos encuentran servida con demasiado lujo; la de locos, en que ellos mismos desempeñan los diferentes oficios interiores; el *Museo de Historia Natural*, con una curiosa colección de trajes y objetos de indios y una bellísima de minerales del Imperio; la *Biblioteca Imperial*, que guarda gran copia de libros antiguos y raros; el *Paseo público*, delicioso y fresco jardín, con un terraplén sobre la bahía, y donde crecen extrañas y exóticas plantas de Asia, Africa y Oceanía. Las plazas son vastísimas, con fuentes casi todas. La del *Rocío* tiene el centro adornado con el monumento en bronce dedicado á Don Pedro I, que soporta la estatua ecuestre del buen Emperador del Brasil. Sobre un pedestal de cuatro lados y en cada uno de ellos simbolizados los cuatro ríos caudalosos del Brasil: Amazonas, Pará, San Francisco y Río Grande, y en uno de sus fuertes se encuentra el «Teatro del Drama», edificio de mal gusto y tan feo por dentro como por fuera.

En la de la Magdalena, mucho más ancha que la primera, está el *Teatro lírico*, peor aún que el del Drama, y el *Museo de Historia Natural*.

Los que pueden llamarse alrededores de la ciudad, son encantadores. Allí los jardines de las casas se terminan en las florestas casi intactas. El saludable viento que pasa por ellos después de mecer el follaje se entra por las ventanas y orea las habitaciones. El canto de las aves salvajes se oye en la cocina y en la alcoba. Las *ponicianas* (1) y adelfas asoman sus rojas flores por cima de las tapias; las *bugainvilias* (2) se meten en la sala por los

(1) Grupo de plantas del género *Crevillea*, R. Br. *(Protáceas)*.

(2) Plantas de la familia de las *nictagináceas*.

balcones, y las *bignonias* (1) lucen en los cenadores sus cálices de oro sobre sus ramas de un verde sombrío. Las *palmeras reales* y los *bananos* cubren de sombra con sus anchas hojas los blancos muros y el *jazmín del Cabo* y los *rododendros* embalsaman el ambiente por la noche. Las paredes de estas sencillas y ligeras construcciones están interrumpidas por anchas ventanas y el aire, la luz y los olores las penetran por todas partes. Alguna vez, al volver de noche de una fatigosa expedición cansado y lleno de polvo, he pasado junto á una de esas casas, alumbrada como un fanal y rodeada de las sombras de los árboles, bañada por la luz de las bujías, y detrás de una transparente cortina se descubría la blanca mano de una mujer.....

La mayoría de los habitantes de Río Janeiro son por lo común comerciantes. Sus ocupaciones exclusivas, comprar y vender; á ello ajustan sus costumbres y género de vida, y el aspecto de la población así lo revela. Los ricos moran en el campo y se trasladan de día á la ciudad. Los que trabajan en las calles cercanas al muelle retornan ya de noche al seno de su familia, á la cual dedican los días festivos, siempre que no sea víspera de correo para Europa. Los mercaderes, gente pobre, esclavos y forasteros, son los que habitan constantemente la parte más céntrica de la población y próxima á la bahía. La aristocracia huye también de estos sitios y con los Embajadores y Cónsules se hallan esparcidos en las quintas de las cercanías de los barrios más exteriores. Su influencia en la sociedad y costumbres es nula, tanto, en mi concepto, porque no es aquí la nobleza hereditaria cuanto por la especial organización del Estado.

El Emperador goza de un poder muy restringido; tiene un sueldo muy corto (400.000 duros), escaso patrimonio y no puede mantener á su alrededor los magnates en puestos lucrativos ú honoríficos. El pueblo solo es el que manda, el que dispone, y lo que el pueblo únicamente quiere

---

(1) Familia *bignoniáceas*.

es ganar mucho dinero sin gastarlo en presupuestos, rodearse de comodidades y dotar espléndidamente al propio tiempo todas las instituciones humanitarias ó de utilidad general; por eso en el *Hospital de la Misericordia* los enfermos disfrutan hasta de un lujo inútil y los faroles de gas están sembrados por los campos, hasta una legua de distancia.

La población de Río Janeiro está adelantadísima; pero, como todas las que en América se han formado de repente, entrando de lleno y de buena fe en la marcha del moderno progreso, al lado de ciertos rasgos de exquisita cultura conserva todavía recuerdos de su pasada barbarie. Por fortuna, el espíritu eminentemente ilustrado que rige la vida política de este Imperio, borrará muy pronto tan negras manchas.

La esclavitud desaparece del Brasil á pasos agigantados; la trata de negros está terminantemente prohibida y los esclavos pueden fácilmente adquirir su libertad. Tan luego como la consiguen son expulsados del Imperio, salvo en determinadas circunstancias, en que adquieren derechos de ciudadanía tomando las armas ó ejerciendo una industria cualquiera. La expulsión es necesaria, porque los brasileños se iban ennegreciendo demasiado, en términos que raro es el que no tiene en sus venas algo de sangre africana. Bien se puede asegurar al ver algún blanco puro que su patria no es el Brasil. ¡Y qué fatal es para la belleza y para la robustez del cuerpo esa maldita mèzcla! En Bahía de todos los Santos, la segunda ciudad del Imperio y donde he permanecido cerca de un mes, he podido observar esos efectos mejor todavía que aquí. No hay una mestiza ni un mestizo, particularmente en la tercera generación, siquiera se hayan continuado en blancos solamente, que sean agradables de fisonomía ó sanos de cuerpo. El aire de su cara es profundamente melancólico y parecen estar siempre tristes por no ser enteramente blancos. Este Gobierno, así como rechaza los negros, llama y ampara las inmigraciones, alemana principalmente, que

vienen á colonizar el país y á introducir lentamente en el interior la civilización europea.

Los indios, sin embargo, se muestran siempre rebeldes, y su raza no es de tan blanda condición como aquella que sometimos, y nuestros descendientes siguen atrayéndose, al otro lado de los Andes.

Quisiera darle á V. más detalles acerca de la sociedad y costumbres de los Humineros (?); pero un naturalista viajero tiene muy poco tiempo á su disposición para esas cosas, y francamente, más quiero callar que hacer reseñas á la francesa. Con todo, aunque á hurtadillas, ya he asomado las narices por algún que otro lado y puedo asegurar sin gran riesgo de equivocarme que el carácter del cortesano brasileño es bastante reservado con los extranjeros, y que las lindas brasileñas no bailan con el primero que se presenta. Por lo demás, la «France par tout» y siempre la Francia.

La calle del *Ouvidor*, donde yo vivo, me recuerda algo á Madrid, por lo que Madrid tiene ya de francés.

Dirá V., con razón, al llegar á este punto de mi carta, que hasta ahora poco ó nada va escrito en ella que se relacione con mi vida y milagros, y yo, que empiezo á pensar lo mismo, no quiero hacerle esperar un instante más. Voy, pues, a darle cuenta de la mejor manera que me sea posible de los demás señalados días que he pasado en Río Janeiro que puedan servir como ejemplo de los restantes, el uno de campo, el otro de corte.

Trataré en el primero de una ascensión al clásico cerro de las cercanías llamado el *Corcobado*, no menos célebre por las repetidas visitas que le han hecho distinguidos naturalistas, que por el magnífico panorama que desde su cima se descubre.

Comentóse desde la víspera la manera de hacerlo, quiénes habían de ser los expedicionarios y la hora de emprender la marcha, y á las dos y media de la mañana del día 17 de Octubre nuestro Presidente el Sr. Paz, Amor, Martínez, encargado de la recolección de moluscos y peces, y

el incansable Isern, colector botánico, un naturalista comerciante (A. Bourget) que nos guiba y yo, emprendimos á pie nuestra marcha por las cuestas que desde la ciudad conducen á la cima del cerro.

En vez de levantarme á las dos de la mañana preferí pasar la noche escribiendo y así lo hice, hasta que á cosa de la una y media me calcé los claveteados borceguíes, me vestí el traje de dril, cargué el morral sobre la espalda, bien repleto con el almuerzo, cruceme avíos de caza sobre el pecho y echando la escopeta al hombro salí á reunirme con mis compañeros.

La noche era templada y el cielo estaba obscurecido por anchos nubarrones, que cubrían casi constantemente la faz de la luna. Había llovido bastante el día anterior y los barrizales del camino eran tan profundos que nos metíamos en ellos hasta media pierna. De manera que con la falta de luz y la blandura en el suelo no dábamos paso seguro; pero toda molestia desaparece ante la magia de una noche de primavera.

La calzada que nosotros seguíamos está abierta sobre la colina llamada de *Carisca*, que estuvo en el Corcobado, y desde ella á la derecha se distinguían las innumerables luces que alumbraban á la dormida ciudad, como una inmensa constelación que hubiera caído del cielo. El borde izquierdo toca en los matorrales que cubren la colina. A medida que avanzábamos se iban haciendo cada vez mayores las masas de los árboles por entre los que serpenteaba el camino y sobre esas masas sombrías se veían cruzar, como meteoros, las luciérnagas de los trópicos. Los desentonados gritos ó melancólicos cantos de las aves nocturnas, el croar de los escuerzos y el sonido estridente de algunos insectos y los olores desconocidos de algunas flores, todo lo que revela esa misteriosa creación que huye del sol, padre de la vida, que aguarda á que todo duerma para entregarse á sus amores, á sus rapiñas, á sus guerras, hiere siempre de una manera extraña nuestra imaginación y al sentir agitarse entre las sombras, esos fantás-

ticos seres, se los representa con formas horribles, opacos colores y quizá malignos recuerdos, de alguno que vió á la luz del sol sorprendiendo al hombre las horas en que vive.

Acompaña casi constantemente el acueducto, que trae á Río Janeiro las aguas del Tijuca, el murmullo continuo que produce ecos como el pedal de aquellos coros armoniosos.

Llegamos á las dos ¿zaoas?, y descansamos sobre los bancos que se ofrecen al caminante. Pasamos junto al depósito de las aguas y al cuarto de hora de habernos apartado de ellas ya empezaba á clarear el día, asomando á poco rato la aurora sobre el horizonte.

Al pisar el recinto del *Corcobado* brillaba ya en el Oriente una ancha faja de púrpura festoneada de oro en su parte más próxima al sol, y ansioso por sorprenderla en la cima del monte antes de que asomara su hermosísima cara, me separé de mis compañeros y emprendí á buen paso el camino adelante. Entré por aquellas selvas á cuyo lado la *Casa de Campo* parecería un prado de yerbas. Sin sentir apenas el peso de mi cuerpo, la frescura de aquellos sitios la percibía hasta en el alma. Levantaba al cielo mis ojos y me encontraba cubierto por un dosel de variadas hojas, ya finas como las del aromo, ya anchas como las del plátano. De derecha á izquierda los rollizos y elevados troncos de las *mamoerias*, los rechonchos de la *yaca* cuyos frutos llegan á pesar dos arrobas, las esbeltas palmeras, las vainillas, rodeando con sus vueltas serpentinas aquellas elevadas columnas y cubriéndolas con sus hojas carnosas, ahogando á veces en sus brazos el árbol sobre que viven. Los arbustos, envidiosos de los árboles, queriendo alcanzar sus copas y abriendo esas flores en cuyas corolas cabe un vaso de rocío; los musgos envidiosos de los arbustos, las lianas colgando de los árboles y cuajadas de gotas diamantinas, como collares gigantes. Esta tierra rica y próspera sustenta todas las plantas que pueden agruparse sobre su superficie, y á falta de terreno las orquídeas se encaraman en las ramas y apoyándose en

una horcajadura, en una aspereza, viven casi en el aire lozanas y ostentando las flores más caprichosas y más apreciadas, por la belleza de sus colores. Estos árboles tan corpulentos si encuentran una árida roca extienden sus raíces como los miembros de un gigante y trepan por ellas como un hombre, por eso los montes del Brasil no destacan nunca sus crestas con la limpieza que los nuestros en el horizonte, pues subiendo los árboles hasta sus peladas rocas el contorno se vé á lo lejos terminado por la masa de aquéllos.

El agua que corre á torrentes por las faldas del *Corcobado* resbalando sobre las pulidas lajas de granito en multitud de arroyuelos humedece constantemente aquella atmósfera, alimento de los rudos hijos de la tierra. Anduve siempre cuesta arriba por aquellas florestas en que resonaban los cantos de tantos pájaros como sustentan y protegen; los *pica pão* (pico carpinteros) sobre todo, armaban tal ruido y algazara en las cortezas de los árboles, que no parecía sino que estaban clavando y preparando con mucha prisa algunas obras de carpintería. En esta ocasión me he persuadido de que nunca llegaré á ser buen cazador, porque me gusta más un pájaro volando que ciento en la mano.

Voy á ahorrarle á V. la mitad de la cuesta que aún me queda por subir, amigo mío. Descansamos un poco en la plataforma llamada *Mesa redonda*, en la cual hay una de madera cubierta por un cenador que el actual Monarca ha mandado construir para que puedan comer ó almorzar en ella los que suben al Corcobado y llevan con qué. Desde la *Mesa redonda* á la cima queda lo más penoso, lo más pendiente, y le aseguro á V. que á pesar de mi gran entusiasmo necesitaba de todas las ramas y raíces que encontraba á mi paso para agarrarme y de todas las piedras para descansar; pero al divisar las escaleras abiertas en la roca viva el cuerpo es algodón y le falta á uno tierra para llegar á ellas.

Eran las seis en punto de la mañana cuando puse el pie

sobre la cúspide. Estaba yo solo; mi deseo se había cumplido. Contemplaba, sin testigos, una grandeza superior á cuantas me habían conmovido hasta entonces. El primer recuerdo fué para mis amigos, para mis queridos amigos, á quienes saludé con un ¡viva la Patria española!, que ojalá hubieran oído. ¿Habrá acaso hombre en el mundo que después de haber contemplado la Bahía de Río Janeiro desde esta montaña llame á la tierra valle de lágrimas?, que aunque los que lloran, desde esta altura no se vén y el cielo está más cerca de nosotros que de ellos.

He ahí el mar inmenso, profundo como el corazón humano. Héle aquí reposando tranquilo sin mover apenas su superficie de un azul celeste; sólo rompe algunas olas para ceñir su corona de blanca espuma las islas que se levantan sobre sus aguas.

He ahí la tierra más fecunda derramando flores y frutos, abriendo su seno para dejar correr los ríos que la fecundan, levantando orgullosos montes cargados de espesos árboles, ciñéndose las nubes alrededor como una gasa que los vientos arrebatan, siempre risueña, siempre buena. El sol la llena con sus rayos de oro, la vida se derrama sobre ella, con su luz y con sus ardores. Es preciso subir al Corcobado para comprender la dilatada superficie que ocupa ó extensión de la capital del Brasil.

El Museo de Burmeister en Buenos Aires.—Visitas.—Embarca Espada en la Covadonga.—*Parte la Escuadra.—Rezágase la goleta y la esperan.—Accidentes de la navegación.— Los animales de á bordo.— Piérdense de vista las fragatas. — Tempestades. — Aves marinas.— Sondeos.—Inexactitudes de los derroteros.—La costa patagónica.— Arribo á Bahía de Posesión.— Situación crítica de la Escuadra.—Llegan á Sandy Point.—La factoría.— Los patagones.— Puerto Galán.— Reconocimiento de la costa y descripción de sus contornos.—Esfuerzos de la* Covadonga *para salir al Pacífico.—Logra*

por fin su intento.—Arribo á San Carlos de Chile. Descripción de éste.

Día 9 *de Enero de* 1863.—Visita al Museo del Dr. Burmeister (1). He visto en ella un ejemplar de la *Pleurotomaria humboltdi* (2). He visto un ejemplar de la especie que deseaba consultar Vilanova; es común en América, y de la cordillera entre Coquimbo y Copiapó. Dice el autor que la publica (Burmeister y Grébel) que en Europa hay una especie parecida, aunque no la misma. En la oolita inferior existe el *Trochus imbricatus* (3). Ví también el *Pyrocephalus coronatus* (4) (hurmuch?), el *Megalofus regia* (5), el *Rhinnocripta lanceolata* (6) (*Galuto* de Azara), *Coryphistera alandina* (7), de Burmeister, especie descubierta recientemente por éste en Paraná. Bella cabeza de *Toxodon* (8) completa con el axis, una vértebra dorsal, un pedazo del omóplato comprendiendo la espina. Un diente particularísimo, un soberbio ejemplar del *Glyptodon spinicaude*, una soberbia cola del *triberculatus* y colas de otra especie; el esternón completísimo del *Megaterium;* femur, tibia y peroné del *Mylodon* (9), con restos de

---

(1) Carlos Germán Conrado, natural de Straisund (Prusia), 1807-1892. Cultivó la Historia Natural, que le debe numerosas é interesantes obras; viajó por diversos puntos de Argentina, Uruguay, etcétera, y fué Catedrático de Zoología, primero en Alemania y después (1861) en Buenos Aires, cuyo Museo Nacional dirigía en 1862 cuando pasó por allí la Comisión.

(2) Molusco gasterópodo de la familia *pleurotomáridos*, orden prosobranquios.

(3) Molusco prosobranquio del grupo *diotocardios*.

(4) Ave del grupo de las *tiránidas*.

(5) Ave de la familia anterior.

(6) Ave del grupo *pteroptiquidas*.

(7) Ave de las *dendrocoláptidas*.

(8) Mamífero de los *desdentados*.

(9) Desdentado del *diluvium* de Norte América.

mandíbulas. Dientes del *Magaterio* (1), de los cuales se ha sacado dibujo. Es pobrísimo en mamíferos, aves, reptiles y peces; pero tiene una nueva especie de *elasmidóforo* que vale un Potosí, y cuyas diferencias con la especie conocida me enseñó y mostró Burmeister. Hay asimismo tres especies de aves muy notables; pero los fósiles son de un valor inapreciable, sobre todo el *Glyptodon* (2) y el *Toxodon*. Tiene unos catorce cuadros pintados por un compañero de ¿Comby?, con embutidos de nácar y de un estilo cándido *(sic)* y exacto, el busto en yeso del General Paz y las bolas con que desbravaron su caballo para montarlo. El retrato de Martín..... y un facsímil de su puñal, la máquina infernal con que quisieron matar á Rozas, regalada por éste al Museo. Catedral, Teatro Colón, Convento de Franciscos, Plaza de la Victoria, donde se proclamó la independencia. Allí está la primera piedra fundamental de Buenos Aires.

Visita en coche á Palermo. Palacio de Rosas; su entrada, sitio donde estaba el barco en que daba bailes, casa del fotógrafo y su señora, el Cónsul Casas; estado de los españoles en Buenos Aires, sus ideas y tendencias políticas; las porterías; costumbre de sentarse en la repisa de las ventanas ancha y cómoda como una alfombra y tomando el mate.

Salgo el sábado 11 á las cinco de la tarde con Castro el fotógrafo; iba allí mismo el General, nos dijo que había arreglado con Mitre los preliminares de un Tratado con España, que le pidiese lo que quisiese respecto de los manuscritos de Azara. Viaje feliz. El vapor *Constitución* no se movía ni una línea, á las cinco y medio minuto en Montevideo. Durante esa noche obscura, en todo su esplendor el cielo del crepúsculo al salir la luna. Martínez refunfuñaba porque nos habíamos detenido tres días.

---

(1) Desdentado, fósil del grupo de los *dasipódidos*.

(2) Mamífero desdentado que lleva un caparazón hemisférico de placas óseas.

Demora de la marcha anunciada para el 12. Pierdo la esperanza de procurarme las avestruces por mí mismo. Me encuentro con el ridículo artículo del *Observateur* sobre nuestro viaje á Pan de Azúcar.....

Por la mañana ví á Laborí y hablamos de aves; me dijo que el objeto que llevan las avestruces al poner huevos empinados alrededor del nido es romperlos cuando están en putrefacción para llamar las moscas y alimentar con ellas sus hijuelos. Lo creo, porque las avestruces son muy golosas de moscas. Dijo (Laborí) que él se encargaba de mandarlas á España si se le proporcionaba buque.

Día 14.—Nos anuncian la salida para el 16 al amanecer. Preparo algunas cosas de la «Comisión». Almuerzo con Fillol y Barna, que me da un encargo para Valparaíso. Como con Zumarán, Navarro, Castilan y Artigas. Veo al día siguiente por la noche en casa de Zumarán una carta de D. Patricio á Martínez. Habla en ella de lo descontento que está con Amor y Almagro, que no hacen más que bailar; que él está tranquilo esperando que su conducta será aprobada en Madrid y la de los otros censurada. Les llama «compañía de danzantes». Decididamente D. Patricio es un f..... y un c..... (1). No me fiaré nunca de él, sobre todo á mi vuelta á Madrid.

En la comida Navarro me habla del interés que tiene en visitar las costas del Estrecho de Magallanes; puede que nos detengamos allí algo. Paseo con Itala y por la noche me despido de ella y de su familia. Es la gente más falsa que he tratado en mi vida, pero muy amables.

Día 15.—Arreglo mi equipaje y le llevo á bordo de la *Covadonga*, donde por la oferta de Fery hago el viaje al Estrecho. Me cedió media cámara. Arrancho con él y me promete facilitarme todo lo que pueda en obsequio de que trabaje algo. Decididamente salimos mañana al amanecer. Voy á la *Triunfo*, recojo el equipaje que me falta.....

A las cuatro volvimos al fondeadero.

---

(1) Aquí dos calificativos, que omitimos por piedad.—*P. B.*

Día 16.—A las diez de la mañana salimos de Montevideo. Tuvimos media máquina para salir fuera de *La Plata;* á las cuatro de la tarde la *Covadonga* apenas divisaba á la *Resolución*. Paró ésta la máquina y la alcanzamos antes de la noche.

Día 17.—Buen tiempo y viento fresco por la mañana. Fuimos *á tiro de voz* de las fragatas. Se veía á la *Triunfo* adelantar á la *Resolución*, que llevaba todo el aparejo. Aquélla tenía que descargarse de velas. Por la tarde viento galeno; nos adelantan mucho las fragatas y tienen que descargar el aparejo para que las alcancemos. No será antes de la noche. He presenciado á bordo por primera vez la almoneda de los efectos de tres prófugos. El Contramaestre distribuía los objetos; los marineros en corro iban pidiendo; Garay, el guardia marina, tomaba nota. El producto queda á favor del Estado.

La singladura de este día no ha sido muy buena: por la mañana no pasamos de seis millas y á la tarde descendimos hasta dos y media.

Día 18. *Domingo*.—Amanece con neblina en el horizonte. Anúnciase la brisa. Continúa aneblinado hasta las ocho y media y sale la brisa; limpia y refresca á las nueve. Veo, por proa, unas focas de vara y media. Estamos á 90 millas de tierra (Cabo Corrientes).

Habla la *Capitana* y nos dice que siempre nos retrasamos mucho, como ayer, y en los casos que crea el Comandante prudente encienda la máquina para mantenernos á la capa con las fragatas. Pregunta cuánto carbón tenemos y cuánto se gasta por día, y se le contesta que hay para nueve días á toda máquina. A las nueve y media, cuando estábamos almorzando, nos anuncian que la *Capitana* se ha puesto en facha. Concluímos de almorzar y subimos á cubierta. Nos aguardaban para la misa. Llegamos pronto á ella y (atracamos) al alcance de la voz. Jáudenes pregunta por qué la goleta anda tan poco, y Fery dice que porque no puede más. Este barco tenía por lo visto una reputación usurpada.

Su Excelencia manda dar la mayor y la mesana, y así se hace. Mientras tanto se dice la misa: oíamos perfectamente los toques del Evangelio, Sanctus, alzar, etc., y veíamos á los Oficiales, sobre la borda, con la cabeza descubierta y algunos marineros sobre la toldilla, que se arrodillan al sonar los acordes de la Marcha Real. Nosotros habíamos formado la gente y se les leían las leyes penales. Concluída la misa, la *Capitana* largó los juanetes y el trinquete. La *Triunfo*, que se había quedado un poco atrás, imitó á la *Capitana*. La *Covadonga* encendió máquina, y ayudada por ella alcanzó á las once á la *Resolución*, que iba delante de nosotros; á las tres, por la aleta de estribor. Reunidas forman un grupo pintoresco.

La mañana ha sido entretenidísima, y en alta mar es difícil experimentar más peripecias agradables que distraigan la monotonía de una navegación prologada. Volví á ver las focas á las nueve. Por la tarde comenzó á bajar notablemente el barómetro. La *Capitana* nos advirtió que navegásemos con precaución. No tardó en presentarse el horizonte cargado hacia el Nordeste y con amagos de viento fuertísimo; Fery se previene á prisa, como pensando en la situación en que estábamos. La turbonada no rompe el viento Nordeste, continuábamos bien con el aparejo de cuchillas porque la *Capitana* había dado antes orden de echar abajo mastelerillos. A cosa de las seis y media iluminó el cielo, por la parte de la turbonada, un cono de centellas. A veces, como de una partían ramificaciones en diferentes sentidos; otras, se dibujaban paralelas al horizonte yendo de nube á nube como cohetes disparados desde un mismo punto; otras, en tanto, muévense como lluvia de fuego; ardió materialmente el cielo. Parecía que un dedo trazaba, caprichosamente, sobre el fondo ceniciento del cielo, caracteres fatídicos. De cuando en cuando, aquella cortina espesa se agrupaba y entonces asomaban los rayos de sol por sus agujeros. La tempestad, sin embargo, no descargaba, pasó de estribor á babor, y el horizonte entonces apareció á la izquierda circun-

dado de un fleco movible: eran las ráfagas de agua que el viento Nordeste encorvaba en arco de círculo. Las fragatas se destacaban airosas sobre el fondo oscuro del cielo y amarillo verdoso del mar. Así se puso el sol. Por la noche sobrevino la calma y apenas pudimos dormir por los fuertes bandazos de la goleta, abandonada á los golpes del mar de fondo.

Día 19.— Continúa la calma chicha; la mar parece de estaño, vénse las fragatas á lo lejos. Los bandazos cada vez más fuertes; entre doce y una se entabla el viento Sudeste, resultado del temporal de ayer. El barómetro continúa bajando, nos vamos muy á sotavento de la *Capitana* y la *Triunfo*. La goleta orza poco y no podemos barloventear bien. La *Capitana* viene á las seis sobre nosotros para hacernos señal de que navegnemos con dos rizos. El frío se hace sentir bastante: 3° centigrados sobre cubierta. Brisa dura al Sudeste. El sol se pone con un carmín hermoso, sin señales hacia el Este. Por la noche, mar fosforescente y bastante picada. Las olas se rompen en espuma que brilla, á pesar de la oscuridad del mar y del cielo, cual si fuera nieve. Esos tamos de un blanco nítido, que aparecen y desaparecen, se agrandan y se achican haciéndose muy continuos y espesos conforme se mira hacia el horizonte sobre el fondo oscuro del mar, dan un efecto maravilloso; añádase á esto el ruido de las olas al romperse y del viento en las jarcias y se tendrá una idea de lo poético de una de estas noches en alta mar. Las fragatas mostraban sus confusas líneas á lo lejos, por la aleta de estribor.

Día 20.—Tiempo hermoso; viento fresco. La *Resolución* por babor; la *Triunfo* por estribor. El viento disminuye algo por la tarde, sigue el día cubierto; aumentan los *pivilanis* ó *pájaros canoros*. Escribo estas líneas á las ocho de la noche sobre cubierta, al rendir la guardia. Los crepúsculos se hacen ya notar por lo prolongados.

Día 21.—Buen tiempo. Sigue soplando el Sudeste y la mar engruesa.

Día 22. Lo pasé en cama. La mar muy gruesa; seguía soplando el mismo viento. La *Capitana* y la *Triunfo* empezaron á capear. Viento frescachón con rachas duras, muchas veces.

Día 23.—Subo á las ocho y media á cubierta. Cielo hermoso con algunas nubes; mar azul intenso, inquieto. Viento Sudoeste fresco; se conoce en todo la proximidad del polo; puedo escribir difícilmente estas líneas sobre cubierta. Han trasladado á popa toda la bichería, patos, pollos, etc. *Czar*—el perro—no sabe cómo estar, ni dónde moverse; la gata, únicamente, no da señales de alteración por el momento. La popa constantemente anegada por los golpes de agua, que entran por el pozo de la hélice. También la proa hace agua. El viento zumba armoniosamente en las jarcias. La mar aumenta, se pone gruesa y arbolada. Los montes de agua avanzan del Sudeste, pero no precisamente en la misma dirección por el viento; parece que amenazan tragarse la goleta, que es valiente para el mar y apenas toma agua por la proa. A pesar de los terribles bandazos, el espectáculo es hermoso, sobre todo cuando á la caída del sol se vé su luz á través de la cima de las olas que al encrespárse toman un magnífico color esmeralda.

La *Capitana* á la una de la tarde cambió completamente de rumbo y se dirigió como hacia la costa; la *Triunfo*, que navegaba á sotavento de nosotros capeando, viró y con dos gavias á lo largo fué á reunirse con la *Resolución*. Nosotros con el viento duro que hacía y con la mar que teníamos no podíamos correr en largo y virando en redondo tomamos la misma vuelta que la *Capitana*, manteniéndonos á la capa con la mayor y trinquete, con todos los rizos casados. No tardamos en perder de vista á las dos fragatas. En esto el viento arreciaba con rachas más duras, y el cariz por el Este se presentaba achubascado.

La masa de nubes formaba en el horizonte un arco inverso del que pendía, como un fleco inmenso, la masa

de lluvia. Así cerró la noche. A la una arreció la lluvia y el viento. Yo estaba algo inquieto; pero me tranquilizaba el ver á Fery (el Comandante) dormir á pierna suelta. El viento soplaba horrorosamente en las jarcias, y así que era más el ruido que las nueces. Sin embargo..... No pude dormir apenas y me acordaba mucho de Madrid, y sobre todo del fin del viaje.....

Es curioso observar los animales que van á bordo. *Czar* ha estudiado perfectamente seguir la distinta posición de las velas en las diferentes maniobras, y siempre se coloca en el mejor sitio; las gallinas aprenden también tomar los balanceos, pero yo no he visto cosa más graciosa que un pollo mareándose.

A las doce y media entra Cangargüelles, que estaba de guardia de doce á cuatro, y da parte de que se había roto la bitácora. Los pañoles de la redonda entran diferentes veces una vara en el agua.

Día 24.—Mejor cariz. El viento y la mar un poco más blandos. No se vén las fragatas. El viento cede algo, pero el mar parece engruesar. Seguimos capeando y andando como ayer, una y media á dos millas por hora.

El Comandante dudaba si continuar el viaje por su cuenta al Estrecho ó ir á buscar las fragatas. Este último partido pareció el más prudente y arreglado á su deber, y así, aunque perdiendo 14 millas que ya llevábamos andadas á barlovento, á la una y media se decidió largar el velacho y poner la proa al N.N.E. Ya habían subido dos gavieros con anteojos al trinquete y mayor, por ver si se divisaban las fragatas. El calafate, que tiene orden de reconocer á cada momento la sentina, dice que el barco hace 27 ó 28 pulgadas diarias. El agua entraba algo desde la salida de Montevideo, aunque no llegaba á una pulgada por hora. Son las tres; en todo lo que vamos corriendo, los gavieros no han avisado de ver las fragatas. A las cinco y media volvió á encargarse á los hombres que estaban en los topes á la descubierta, que mirasen bien todos; contestaron que no veían nada. Entonces ce-

samos de correr en busca de las fragatas (las cuales yo creo que no hacían mucho por encontrarnos). Viramos, pusimos la proa al S.S.O., y emprendimos independientemente nuestro viaje al Estrecho.

La goleta se había portado bien en el *largo* viaje, demostrando ser un excelente buque, muy marinero, y de confianza para los malos tiempos. El viento parece entablado de S.S.O.; pasan algunos chubascos por la proa, la mar parece más noble y viene del Sur.

Cinco especies de aves veo constantemente meciéndose sobre la espuma de las olas ó rastreando la superficie de la estela; una de ellas parecida por su coloración y movimientos á la golondrina del grupo blanco; es la misma que principié á ver desde Canarias; otra llamada *paipao?*; otra, la *Procelaria gigas;* otra, enteramente negra y de alas más anchas que la *Procelaria*.

Día 25.—El tiempo ha cambiado. Cielo cubierto. Mar más llana; viento más suave, brisa. El barómetro subiendo. Calma por la tarde, mar bastante blanda y nos zarandeamos poco. Después de la puesta de sol, que es serena y deliciosa, empieza una ventolina suave del hemisferio Norte. Damos la mesana; pero ni con esta vela, ni con el velacho y la foca que ya estaban dados, gobernaba el buque. Me acosté esperando que el viento se entablara.

Día 26.—A las cuatro de la mañana, después de rendir la guardia, entra Gurrea (1) en la cámara y da parte al Comandante del estado en que dejaba el barco. Viento N.E. fresco; todo el aparejo, y andando de cinco á seis millas.

La salida del sol fué magnífica. Por la mañana sigue el viento con la misma intensidad, y el cielo limpio. El barómetro, sin embargo, baja y augura que este tiempo

---

(1) Suponemos sea D. Félix, Alférez de la *Triunfo*, trasladado á la *Covadonga*.—*P. B.*

durará poco. Por la mañana temprano se ha hecho una buena descubierta, pero no se ha visto á las fragatas. Por la tarde, el viento sin aumentar; sopla del S.O.

Día 27.—Lo pasé en la cama. Mucha mar. Viento S.O. Cielo claro.

Día 28.—Recalmones por la mañana. Barómetro muy alto, algunos chubasquillos. A las ocho se caló la hélice; á las ocho y media funcionaba la máquina con una sola caldera, y como el viento persistía con soplo del S.O. no andábamos más que cinco millas escasas. Viento bastante frío, el barco va con aparejo de cuchillo. A las once despeja el cielo casi por completo. A las doce, viramos y pusimos la proa al O. para ganar longitud.

A las seis y media se había concluído el carbón que quedaba sobre cubierta y como el Comandante no se atrevía á gastar más cesó la máquina. La noche fué chubascosa, persistían los vientos del S.O. y los síntomas atmosféricos eran todos de cambio. Los bandazos, durante la primera hora de la noche, fueron crudísimos y locos. Después de las doce, en la guardia de Gurrea, el viento se hizo más favorable y se pudo adelantar algo.

Día 29.—Siguen los chubascos y el viento, que ha entablado de Sur; mar gruesa, que aumenta. No estamos todavía á la altura de la cabeza del *Golfo de San Jorge*. Es el viento tan duro, que no hay más remedio que ponerse á la capa. Por la tarde amainaron el viento y el mar. Es notable lo pronto que aquí se aplaca. Había dos mares y las olas eran piramidales. Grandes bandazos.

Día 30.—Amanece casi en calma; cinco ó seis millas de andar por hora. Cielo sereno y todos muy contentos. Temperatura de primavera.....

Día 31.—Amanece también tranquilo. Mar llana, serena y azul. Algunos celajes, también azules y paralelos; horizonte extenso y cubierto. Domina la calma en el cielo. Molesta el sol y se pone el toldo en proa. A las once ventolinas; á las doce, nos hallamos frente á la parte media del *Golfo de San Jorge*, á los 52° de longitud. Continúan

las neblinas calmosas. Viento del O. A las cuatro entabló viento fresco del N.O.

El Comandante intentó virar por avante solo con los machetes y no pudo; por tres veces se puso el barco á *fil de roda*, pero al llegar allí iba hacia atrás y no caía. Concluyeron en esto de comer los Oficiales, subieron al puente y Cangargüelles, el de guardia, se encargó de mandar la maniobra. Ordena orzar, arrió foque, casó bien las mayores y al llegar á *fil de roda* mandó izar el foque, que ayudó á caer al barco. Esta parte de la maniobra y el casar bien las mayores, que olvidó Fery, fué lo que decidió la maniobra.

Contramaestres y Oficiales antiguos de la *Covadonga* decían todos, fundados en experiencias anteriores, que el barco no viraba sin la ayuda del velacho; pero Fery, si no por sí mismo, por uno de los que dirigieron, les probó lo contrario. Verdad que la maniobra fué muy lenta y pesada. El barco continuó con buen rumbo hasta la noche, que fué muy reposada, pues gracias á la poca mar se mecía aquél tranquilamente. A las cuatro y media pasa por barlovento un cetáceo más grande que el de ayer, asomó dos veces á la superficie. Tiene la parte inferior del cuerpo blanca. El surtidor se deshacía inmediatamente formando una nubecilla de polvo de agua. No era tan continuo como yo había creído, por los dibujos que había visto.

Día 1.° *Febrero. Domingo.*—Viento S., navegamos proa al O. y andamos unas cuatro millas; poca mar y algo picada. Han formado la gente sobre cubierta; todos, incluso los fogoneros del barco, se han armado. Su aspecto es extraño, llevan únicamente un largo chuzo como los serenos. A las doce nos ponemos en facha para sondear la profundidad del mar. La sonda de 80 brazas no tocó en el fondo.

Día 2.—Buen día, aunque con celajes. Sigue el viento favorable. Estimada la situación resulta á las doce una singladura de 110 millas, la mayor de todo este viaje;

pero como el rumbo ha sido hacia tierra, hemos andado poco hacia el Estrecho; nos encontramos á 180 millas de Cabo Blanco y hacia el promedio del Golfo de San Jorge. A la una, poco más ó menos, se disponen á sondear, encontrando fondo á 60 brazas justas. El escandallo subió arena fina y parda, que he guardado. Hacia las dos hemos visto delfines por estribor. A las seis, mar llana y viento casi en calma.....

He recogido algunas especies de un *Fucus* (1) arrastrado por las tormentas que vienen del Sur. Está cubierto de percebes que tienen un pie azulado.

Día 3.— Cielo despejado. Temperatura primaveral. Tiempo hermosísimo. Viento fresquito del N.O. Andamos cinco millas. Saltó el viento por la mañana temprano y á las doce continuaba lo mismo, menos algunos recalmones de corta duración. He visitado el sollado, máquina y pañoles de contramaestres. Todo ha llamado mi atención por su limpieza, por lo bien ordenado y hasta lujoso de algunas cosas..... No entró cosa alguna en el cubo que colgamos del escandallo al sondear. Esta operación se hizo á las seis de la tarde y dió 68 brazas de profundidad y arena fina y blanquizca.

Día 4.—A las nueve. Cielo enteramente limpio, poca marejada. Temperatura primaveral, tiempo hermoso. Viento en popa, solo llevamos el aparejo entero del trinquete y foque. Andamos cuatro y media millas y todo el día sopla N. He visto bandadas de pájaros que nos han seguido hasta ahora, separándose del agua.

A cosa de las dos aparecen dos palos entre la rumazón del horizonte con blancas velas; parecían quitarse de encima la gasa que los encubría. Los divisó el segundo maquinista. Creímos fuera una de las fragatas; pero observado con los anteojos, resultó un brigbarca. Dimos la mayor é hicimos por él, pero era más velero que nosotros y se nos fué por la popa. Estaba precioso apareciendo

(1) Algas marinas de la familia de las *fucáceas*.

entre las brumas del horizonte el aparejo del mastelero todo blanco, las otras velas de color oscuro envueltas en una niebla opalina.

Día 5.—Desde las ocho de la mañana viento O. Cielo despejado en el cenit, anubarrado en el N.O.E., donde las nubes por la parte de tierra que está frente á nosotros constituyen grupos que semejan mogotes aislados de formas raras que engañan. Aun este engaño es agradable. La temperatura continúa primaveral. Hemos echado la sonda por la mañana, recogiéndose arena fina y parda, algunos trocitos de coral, una valva de acéfalo y algún zoofito. Profundidad, 70 brazas. Me acosté á las ocho; noche lluviosa y serena.

Día 6.—Después de la calma soplan el S. y S.O. Cielo nublado, buen tiempo, mar serena.

Día 7.—Amanece claro, seguimos andando poco, temperatura primaveral. Nos hallamos á 46 leguas, poco más ó menos, de Cabo Vírgenes, y cerca del Puerto de Santa Cruz, algo al S. El viento parece alargarse y esperamos fondear mañana en Bahía de Posesión.

Día 8.—Viento fuerte, que arrecia hacia la guardia de alba (cuatro á ocho); falta el pico del trinquete; entra la mar por proa y popa y el agua por la claraboya de la cámara y llega hasta mi cama. Sufro fuerte constipado. Se enciende una caldera, pero nada adelantamos con este auxilio.

Día 9.—Calma durante la noche y por la mañana. A la nueve y media encienden la máquina. Se ha visto tierra; llueve; cielo muy brumoso. Baja extraordinaria del barómetro.

Por fin veo también yo tierra á las dos y media. La misteriosa tierra de la península, en la embocadura del Estrecho envuelta entre la niebla de un chubasco, sin luz y como á nueve millas de distancia.

A las dos sondeamos de nuevo y señala 40 brazas, que disminuyen de nuevo en las operaciones siguientes. Sigue el N.O., nos aproximamos á tierra. El escandallo sube

arena parda y gruesa desde unas 15 brazas, y damos fondo con ancla á las cinco de la tarde. Como el viento disminuyese y la mar no fuese mucha, pregunté al Comandante si podría acercarme, ya que no saltar á tierra, y habiéndome dicho que sí, se alistó un bote y con Cangargüelles, Janer y seis marineros me acerqué á ella; estábamos como á dos millas de la costa, y aunque el viento y la mar nos eran contrarios, no tardamos en llegar. ¡Qué placer tocar casi con la mano una tierra apenas pisada por los españoles! Los derroteros tienen la culpa de que no se haya saltado á tierra, aunque fuese por unos instantes, pues el *The South America Pilot*, el del *Santa María de la Cabeza* y el manuscrito y usado por la mayoría, al hablar de esta tierra (que es la concha que está hacia el Norte en el extremo de Cabo Vírgenes) ó no dicen nada de ella o la dan por inabordable, excepto en su puerto y por un bote. En el mapa de la *Descubierta* y *Atrevida*, tampoco es exacta la descripción.

Esta parte de la costa patagónica se presenta como una faja de igual altura en toda su extensión, siendo su parte más elevada de cinco á seis pies. Está cortada á pico, y por tres ó cuatro sitios; tiene rebajos ó escotaduras donde vienen á morir dulcemente las olas, y en el fondo de algunas de aquéllas se vé una ensenada verdosa de terreno. Por estos puntos se puede uno internar, cómodamente, en la tierra. En la parte baja hay, á todo lo largo de la costa, una planicie bastante inclinada, de unos 12 metros de ancha, donde se apagan las olas. Los vientos que soplan aquí son por lo común del S. al O., así es que la mar nunca la azota con furia. Esta playa está formada por el desmoronamiento del acantilado, que es de arcilla ó greda, mezclada con arena. El aspecto de la escotadura de la costa se parece al de una torta partida con la mano. En su superficie se vén cascadas y agujeros donde anidan pájaros marinos y en los salientes de ella se posan para dormir.

La vegetación, pobre y raquítica sin un solo árbol, ar

busto ó yerba alta, y es de color amarillo verdoso de yerba seca. La soledad, la desolación, la aridez, el zumbido constante del viento, en el que se destacan los gritos de los pájaros marinos, son la característica saliente de esta tierra triste é infecunda.

Millares de *colímbidos* (entre los que pueden distinguirse tres géneros distintos) y de gaviotas, que eran de las que había observado en este viaje al Estrecho, llamaban las aguas de la playa; las primeras, asomando únicamente sus cabecitas y sumergiéndose antes de que se pusiesen á tiro.

Atracamos á la playa, porque el sondeo nos daba arena fina y fango compacto. Iba yo á saltar en pos de dos marineros que ya estaban en ella, cuando un golpe de mar se metió en el bote, amenazándole otros; pero Cangargüelles me dijo que la noche se nos venía encima ó íbamos á experimentar considerable retraso. Obedecí, y como el viento nos era favorable regresamos muy pronto á bordo. Durante nuestra ausencia habían hecho una pesca abundantísima de una especie de *gádido* y de otra próxima al congrio, que tiene dos barbillas bifurcadas en la parte interna del extremo de la mandíbula inferior.....

Día 10.—A las tres de la mañana calma el viento. El barómetro parece indicar viento favorable y el Comandante después de consultarlo se decide á levar. Abandonamos el fondeadero á las cuatro y media y nos dirigimos á la embocadura del Estrecho de Magallanes. Llevábamos encendida una sola caldera y marchábamos, como quien dice, con el escandallo en la mano; á la verdad, con el recelo de que hubiésemos variado la recalada, porque las señas de los derroteros discrepan bastante de la realidad y entre sí. A poco de echar á andar me avisó el Comandante si quería reconocer la costa hasta el Cabo, y subí después de haber dormido dos horas y estar con un fuerte constipado que cogí, por desgracia mía, próximo á ver la tierra y que se agravó en la expedición de ayer. Subí al puente y no perdí un momento de ver la costa

hasta las nueve, que fuimos á almorzar. El aspecto de aquélla apenas varía. Hacia la parte media se vé una depresión ó abolladura que en las tierras próximas á la costa termina en un espolón ó restinga que se introduce hasta una milla en el mar. Muy cerca está el placer llamado *de la Tormenta*, por lo cual este paso es bastante peligroso. Hacia las siete y media, poco antes de llegar á él, divisamos á lo lejos una de las fragatas que creímos fuera la *Resolución*, la cual para embocar el Estrecho había preferido echarse fuera del *placer*. No debió ser, porque no nos hizo seña alguna.

Doblamos el Cabo sin novedad y embocamos el Estrecho á las ocho de la mañana con viento casi S.O. y marejada bastante fuerte. Al doblar el Cabo de las Vírgenes (llamado así porque Magallanes lo avistó el día de las *Once mil Vírgenes)* la costa toma repentinamente un declive de 40° á 45° hasta la misma mar. En esta falda, que forma un trozo de anfiteatro terminado en la punta *Dangeness* se notan ya algunos arbustos de poca talla y vegetación algo más vivaz. Abundan más en esta playa los pájaros que ya noté antes, y ví pasar arrastradas por la corriente las algas con percebes que había cogido antes. ¿Serán éstas el *cochiguayo* de los naturalistas de la *Santa María de la Cabeza?* Volvimos á ver la fragata detrás de la punta *Dangeness*.

Al embocar divisamos la Tierra de Fuego, entre las brumas. Me hallaba ya en la situación acaso más interesante de todo el viaje. Arrecian el viento y la mar, el barco marcha lentamente. Llegaremos hoy á Bahía de Posesión, punto de cita en caso de extravío de las fragatas. Llevamos una caldera á toda fuerza y sólo andamos tres millas. Arrecia aún más; la mar parece de jabón, las olas se alzan; el viento las rompe y esparce por la agitada superficie. Parece que andamos un poco más para dar la abordada á fin de ganar el Cabo de Posesión que teníamos á seis millas y detrás del cual estaba fondeada una de las fragatas. Convencióse Fery que era inútil in-

tentarlo en lo que faltaba de día (pues de noche era imposible caminar en aquellas aguas donde hormiguean los arrecifes), y por otra parte, no podíamos fondear; así, volviendo la proa á la embocadura y después de preparar las escotillas por si la mar nos alcanzaba, á las doce y media intentábamos ganar el fondeadero que habíamos ganado ya por la mañana. Marchamos con el velacho y la máquina alcanzando nueve millas. Mientras íbamos en demanda del fondeadero de Posesión eran tales los golpes de agua que ésta parecía envuelta entre nieblas. A las doce y media, estando comiendo la gente, entró una tan copiosa que corrieron seguidamente hacia el pie del palo mayor para aflojar las gavillas, y en medio de aquel mal trance no pude menos de reirme al ver á los marineros á la pesca de su comida; ¡pobres gentes! El barco parecía cansado de luchar con las olas. A las nueve encontramos ya el abrigo de sotavento en el Cabo Vírgenes. ¡De buena nos hemos escapado!, me dice ahora Fery.....

A las ocho y media fondeamos, y pasó la noche soplando viento fuerte del S.O.

Día 11.—Apenas se interrumpe el viento. Cielo limpio..... buena temperatura..... El tiempo ha mejorado. Hay seguridad de atracar á la costa y después de cenar la gente á las cinco, se dispone el segundo bote, que es más ligero que el del otro día. Embarcamos los mismos de entonces, y además López, el Médico. Fondeamos más lejos que la vez anterior y tardamos por esto algo más. La playa es más ancha por aquel sitio (distinto del de el otro día) y la costa acantilada más alta (unos 200 pies). La pisamos con verdadero placer. El viento había cambiado casi por completo; lucía el sol á ratos, y me pareció risueño lo que días antes me resultaba triste. Desde el bote ví un grupo de *Aptenodites* (1) y maté uno. Desde el bote vimos en la playa cierta ensenadita por donde subía al acantilado una bandada de gaviotas que parecía sin exa-

(1) Aves palmípedas de la familia de las *esfeniscidas*.

geración una nube de mosquitos. La gaviota me pareció *la cenicienta de cabeza negra* que maté en la embocadura de *Solís*, en Montevideo. Subimos á las lomas en que termina el acantilado y encontré allí una gramínea, muy abundante, parecida al centeno y cuyo grano es bastante rico en harina; además un arbusto parecido al ciprés, avena y *Plantago* (1), y varias plantas en flor que recogí Cacé asimismo algunas aves. Encontré cadáveres de aves de rapiña de gran tamaño y huesos de cetáceos. No ví restos de reptiles, pero el terreno me pareció bastante apropósito para ellos, sobre todo para ofidios. En la playa hallé ejemplares de *Unio, Mytilus, Trochus, terebrátulas* y otras conchas que recogí. Había también un *curculiónido* (2), muy abundante, tres especies de *melasomas*, una *forfícula* (3), etc., de todo lo cual tengo ejemplares. Estuvimos allí solo una hora poco más y apenas nos internamos. A las tres y media volvimos á la vela.

Día 12.— Mañana de calma; ha variado el viento y quizá podamos hacer con más despacio desde las doce de la mañana otra excursión; pero la mejora ha sido tal, que se presenta favorable para intentar por segunda vez la embocadura del Estrecho. En efecto, con viento del cuarto cuadrante y buena mar, á las once y veinte levamos para doblar el Cabo, y en seguida me puse á disecar el *aptenodite*. (Sigue la descripción anatómica del mismo).....

Esta vez fuimos más afortunados: la mar es llana en la embocadura y á pesar de la corriente contraria vamos avante. A cosa de la una doblamos el *Cabo de las Vírgenes* y á las dos y media la *Punta de Miera ó Dangeness*. A esta altura teníamos ya casi por la proa el viento, que variaba á cada instante, y ya dando algunos bandazos, ó ya solo

---

(1) Género de plantas de la familia de las *plantagináceas*.

(2) Insecto del grupo de los coleópteros *tetrameros* ó de cuatro artejos en las tarsos (Curculionidos).

(3) Insecto de orden Ortopteros y suborden Dermápteros.

con la máquina, pasamos frente á Monte Dinero, á cuya altura nos ayudaba ya la corriente.

Serían como las siete cuando conseguimos doblar dicho Cabo de Posesión y entrar en la bahía del mismo nombre, donde estaba fondeada una de las fragatas. Pusimos la proa hacia ella con solo la máquina. Nada distinguíamos aún. Nos arranchamos y el Comandante mandó alistar el segundo bote; continuamos avanzando y ya distinguimos los colores del pabellón, entonces izamos la numeral, más nada hizo; avanzamos más y nos convencimos que era la *Triunfo*. Pasamos por su costado, subió la gente á las vergas y se la saludó con un ¡viva la Reina!, á poco contestó ella; el puente estaba cuajado de gente que nos saludó con gorras y pañuelos. Aparecía la fragata sucia, manchado el casco y escorada á babor. Parecía cansada del viaje. Comprendió Fery que la fragata estaba fondeada en un paraje no muy seguro para la goleta, porque la sonda marcaba de 16 á 26 brazas por los alrededores, y así poniendo la proa al Monte de Ammón y sus Cuatro Hijos (que son unas eminencias que descuellan al O. de la bahía, próximas á la costa) buscamos el abrigo de aquella parte, sitio más seguro. A medio camino la *Triunfo* nos hizo señal de dar fondo y conservar pronta la máquina; pero nuestro Comandante se aventuró á no obedecerla, por las atendibles circunstancias que á cualquiera le ocurren. Puso el escandallo, continuaba marcando cuando menos 18 brazas, y nuestro fondeadero no aparecía; la carta inglesa, por la que nos guiábamos, indudablemente marcaba mal los fondos. Por último, ya entrada la noche y presentando el cielo un cariz siniestro, se determinó virar y dirigirnos al fondeadero de la fragata, para colocarnos por su mura de babor á sotavento de ella. El fondo, sin embargo, estaba por sus cercanías á 20 y 24 brazas y no sabíamos qué hacer. Por fin se decidió anclar con 20 brazas de agua; eran las nueve y media cuando dimos fondo; al ancla de estribor, la mayor que teníamos filando, hasta 68 brazas. Después de tantos sobresaltos y cuando creíamos descansar

con seguridad en esta bahía, tenemos que fondear en sitio inseguro y sin resguardo del S.O. ni de las corrientes, porque nos encontrábamos enfilados con la angostura del Estrecho; así fué que Fery dispuso señalar un eslabón del ramal suelto de la cadena, por si teníamos que abandonar dicho fondeadero, y dejó dispuesto un obenque con una boya para poder encontrarlo y la máquina lista á fin de hacer uso de ella en cinco minutos. ¡Qué cuadro tan fatídico presentaba la bahía después de anochecido! Por el S.O. el horizonte cubierto de una cortina de nubes densas, obscurísimas; el mar confundido con ellas en un mismo color; una grieta hacia el ocaso en el límite del cielo por la que asomaba un siniestro resplandor de fuego; otra blanquecina, hacia el medio de la nube, que parecía romperla, como la tierra seca cuando se hiende, y sobre aquel fondo el casco negro de la fragata y la rojiza luz de un farol de insignia. La pobre goleta sobre un mar traidor que arma en un momento sus olas más terribles, buscando un sostén que parecía desaparecer debajo de ella; la corriente empujándola de continuo fuera de la bahía. Confieso que con situación tan crítica no puedo conciliar el sueño, y escribo estas líneas á las dos de la mañana oyendo un fuerte N.O. que de un momento á otro puede separarnos violentamente del sitio donde estamos y estrellarnos contra esta terrible costa. He pasado en vela toda la noche, haciendo compañía á Gurrea y tomando con él té. Voy á ver una amanecida en el Estrecho. El viento que ayer soplaba del N.O. ahora es Oeste terrible, duro y arbolando una mar ampollada, felizmente la corriente sostiene el barco contra el empuje del viento.

Día 13.—Las amanecidas de esta tierra no se parecen á las de Europa. Aquí las brisas que se levantan con el día son huracanadas y la aurora no es aquella que eleva poco á poco con sus dedos de rosa las cortinas de la noche, sino que las rasga y desgarra para asomar por entre sus jirones la cara encendida, como la de una Euménide. He

sabido ayer que el día 10 equivocamos el Cabo Vírgenes y la Punta Miera y corriendo como unas nueve millas tuvimos que orzar de presto, por no dar en la punta. Después de comer la gente, nos habla la *Triunfo* para mandarnos encender los hornos y á poco contestamos estar listos. No tarda ella mucho en alistar sus calderas y nos ordena levar anclas y ponernos en movimiento. A las doce y media estamos en marcha; á las dos rebasamos el Cabo Orange y enfilamos Monte Anmón. Pasamos á milla y media de la Tierra de Fuego, baja, acantilada, con vegetación más alta que la de Patagonia. Por este lado ví mucho arbusto y algún puesto espeso de árboles. Al entrar en la Bahía de San Gregorio el paisaje se engrandece y el terreno se eleva cada vez más. La Tierra de Fuego presenta sus cónicas montañas apiñadas las unas contra las otras, más agudas generalmente que las de Patagonia. Pasamos la bahía y entramos en las segundas angosturas, extrañándonos mucho que continúe marchando la fragata, porque la noche se acerca y nos vamos á encontrar empeñados en el sitio aunque andamos bien. Nos entra la noche en el Cabo Gracia de Dios, más allá de San Gregorio. La fragata está ya á cinco millas de nosotros; queremos pararla haciendo señales, se aviva la máquina, pero no nos hace caso.

Por fin la perdemos de vista; la noche es obscura. Pasamos la angostura Sur de la Isla de Santa Isabel, lo más peligroso del Estrecho. En estas circunstancias, presumiendo que la fragata continúa su navegación, resolvemos seguir adelante. De pronto, en medio de la obscuridad, se distingue una luz á lo lejos; seguimos avanzando, la luz cada vez más distante, disparamos cohetes y encendemos una luz de Bengala y á esta señal nos contestan. Fondeamos á su lado por la parte de babor. El viento y la mar impiden comunicar con ella durante la noche.

Día 14.—Por la mañana va Pavía á la *Triunfo*. Croquer le dice que ya está dentro la *Resolución*, fondeando

en Sandy Point, el establecimiento chileno, y que nos esperaba desde hace ocho días en Bahía de Posesión; que la fragata que vimos no era ella, sino una inglesa, y que la *Triunfo* había quedado en la bahía con orden de ayudarnos. Vuelve pronto Pavía y seguimos para Sandy Point; allí llegamos á cosa de las nueve. Antes de colocarnos en nuestro sitio la *Triunfo* tocó en el fondo y estuvo varada un rato. Vienen á bordo Iñiguez y Cepeda, el primero me dice que vaya á almorzar con el General.

Todos preguntan con mucho interés por nuestro viaje. Tienen jaula en la batería para llevar las vacas de carne y de leche; á nosotros se nos ponen obstáculos para llevar animales vivos. Después del almuerzo Iñiguez nos presentó al Gobernador; es un alemán de buena presencia, lleva siete años allí y ha hecho un capital de 300.000 pesos. Da aguardiente y vende pieles y objetos de patagones. Nos recibió bien en casa confortable y elegante. Nos dió á Martínez y á mí un guía para que nos acompañase, un soldado de los 200 de aquella guarnición. El establecimiento es pequeño y sus casas de madera á la inglesa. Hay una iglesia católica, fea por dentro. Los habitantes tienen la ración tasada y no se permite una más de lo marcado. Padecen grandes estrecheces por carecer de comunicación con la metrópoli.

El objeto de este establecimiento es mantener la posesión de la Patagonia por la República de Chile, á quien se la disputa Buenos Aires, y el comunicar y tratar con los indios limítrofes.

El Gobernador tiene prohibido el uso del aguardiente en su colonia; pero él lo cambia por objetos y gana un dineral; por ejemplo: da por una piel cuatro botellas de aguardiente, y luego la vende á 10 y 12 pesos. He visto los patagones: grandes generalmente; tórax muy más desarrollado que el resto del cuerpo, cabeza proporcionada á éste, pómulos muy salientes, nariz achatada, frente pequeña y recogida hacia atrás, pelo negro, duro y largo; lo llevan unos suelto, otros sujeto con correas,

con cintas ó con pañuelo, como nuestros aragoneses; ojos negros, pequeños, oblicuos, de mirada dulce, pero con el decaimiento propio de quienes acostumbran á embriagarse con frecuencia. La boca grande, los labios bien formados, dientes regulares y blanquísimos, barba desarrollada, mejillas ahondadas, frente deprimida en la parte superior, lampiño el cuerpo, manos y pies proporcionados, éstos en algunos muy pequeños, á mi parecer; montan bien. Su carácter dulce y confiado. ¿Serían solo los que frecuentaban el establecimiento? Los que ví parecían muy acostumbrados á tratar con chilenos y europeos. Las mujeres son más pequeñas y tan dadas á la embriaguez como ellos; una joven, no fea, estaba tendida en la playa, borracha y entonando una canción monótona. Son todas muy sucias y desaseadas; tienen en las manos un dedo de costra y cuando están fumando y bebiendo se limpian el vino y se suenan las narices de un modo grosero. Su vestido consiste en un manto de piel de guanaco ó de lana basta, cosidos el primero con tendones finos del mismo animal y teñido por el cuello con variados y caprichosos dibujos de paño amarillo y pardo, pintado generalmente á listas. Una tela les cubre la parte superior de las piernas y muslos, como un *chiripá* ó manta cuadrilonga, sujeta con correas. Algunas llevan poncho. Calzan los pies y pantorrillas con una especie de borceguíes hechos de piel de pata de potro, estirada y acomodada á la pierna, cosida por delante ó dejando el agujero que queda naturalmente. Algunos la sujetan con liga de cuero con sus hebillas. Unos pendientes de varias formas y algunos collares de abalorios, más otros anillos de madera y hierro que ellos elaboran, he ahí sus adornos. Son modestos de condición y tratables. Algunos hablan bien el español y saben palabras inglesas. Usan espuelas de madera con aguijones de hierro y sujetas con correas. El freno es una lámina de hierro con bordes en los extremos y correas para sujetarla por la barbada. El aparejo consiste en una pieza hecha con pajas aforradas en cuero de esta

forma (dibujo), sobre la cual colocan las enjalmas y gualdrapas. Sus armas y trajes son semejantes á los que usan los gauchos. Son codiciosos de aguardiente y tabaco, y mientras lo tienen continuamente están bebiendo. Piden galleta, harina, azúcar y siempre están dispuestos para trabajar. Su lenguaje es dulce y sonoro. Cantan cuando se embriagan y parecen francos y afables. Por la noche, al ir á comprar los objetos que llevo, ví dentro de una barraca una tribu con su cacique, la cual había venido á comerciar con los del establecimiento. Allí estaban mujeres y hombres juntos bebiendo y embriagándose con toda solemnidad, y entre ellos la joven que yo había visto tendida en la playa, tan borracha como antes. Pasaban de unos á otros una jarra abollada de hoja de lata.

Había dos á la puerta que no dejaban entrar; pero yo asomé, á pesar de todo, la cabeza. A poco rato de estar allí se disolvió la reunión y se retiraban tambaleándose, pero andando con mucha gravedad.

Me costó mucho comprar los pocos objetos que he adquirido, primero porque ya la *Resolución* lo había explotado casi todo, y segundo porque, aunque patagones, conocen muy bien el negocio. A uno le cambié la corbata azul que yo llevaba puesta por una espuela. Al concluir nuestro cambalache uno me cogió la mano sobre el corazón diciendo: «ser bueno», «ser bueno».

Día 15.—A las dos y media de la mañana nos abandona la fragata y á las cuatro estábamos nosotros en movimiento, á máquina, con tiempo calmoso y mar llana. Divisamos al poco tiempo por la proa á las dos fragatas, que perdimos de vista á las siete y media. Continuamos gobernando en demanda del Puerto del Hambre, y á las ocho y media dejamos caer el ancla de babor, á 11 brazas, en fango arenoso. Inmediatamente se dispuso que fuese la gente á lavarse y explayarse, y nosotros organizamos una expedición en aquel *hermoso puerto, cuyo nombre indica lo que es.*

Puerto del Hambre es famoso en los anales del Estre-

cho. El célebre Sarmiento, que hizo un estudio concienzudo de este último, pasó allí por encargo del Virrey del Perú en busca de un establecimiento de ingleses, y dejó algunos hombres en una población que llamó de Felipe II. El navegante británico Candis encontró después á dichos hombres muertos de hambre y de miseria y movido de compasión recogió algunos; los restantes quedaron abandonados y allí debieron perecer. Este puerto ha sido frecuentado por las naves que pasan el Estrecho. Su nombre no corresponde á su aspecto, pues es de lo más pintoresco que hay en esta región. Tiene playa y acantilados y un cerro al O. aplanado y con algunos peñascos de granito sembrados en él. A derecha é izquierda de su entrada se encuentran colinas cubiertas de vegetación baja (gramíneas, principalmente), y sobre la cima de la que cae al O. se vén, como una gran jaula, los restos de unas casas de madera que debieron ser análogas á las de Sandy Point, y pertenecieron también á un establecimiento chileno ya abandonado, por el hambre que allí padecían. Me parece imposible que en tan jugosa tierra no madure ninguno de los frutos propios para la manutención del hombre, y creo que el cultivo no está allí bien estudiado.

En el fondo, y corriendo uno de sus estribos al O., descuella el Monte de San Esteban, cubierto de espesos bosques, cuyos árboles arrancan desde la playa, y de los que se vén troncos emblanquecidos y lustrosos por la lluvia. Al pie del San Esteban y ciñendo su base, con gracioso rodeo, desemboca el río de San Juan ó Legen, que lleva un agua exquisita, y forma una barra en la embocadura. El terreno cercano al río está lleno de lagunas, charcas y arroyos con agua limpia y dulce. Comunican los últimos con el río y en las altas mareas se mezclan con agua del mar. No ví en ellos ningún animal, excepto un *Agabus* (1), que cogí; pero en sus cercanías y en las márgenes del San Juan pululaban los gamos, patos, chochas,

(1) Coleóptero acuático, del grupo de los *ditiscidos*.

chorlitos y varias especies de pajarillos. Detrás de la colina O., entre ésta y el San Esteban, se encuentra una llanura baja, donde los musgos han formado esas acumulaciones de capas de vegetación que parecen panes y así los llamó Santa María de la Cabeza (1). La humedad de estas costas y la facilidad con que se descomponen árboles y arbustos, todos de madera floja, son causa de la abundancia de pavesas que materialmente impiden que aquí se pise tierra. En este punto empieza lo bello y original del Magallanes, risueño, pero infructífero y traidor, por las maldades que esconde tras su hermosa apariencia. Los marineros lavan sus ropas en el río San Juan y se esparcen por las islas.

El Comandante, los Oficiales y yo salimos de caza por aquellas florestas, que abundan en cotorras y variados pájaros. Todas las aves, en general, son confiadas y se matan fácilmente. La caza fué abundante, el paseo delicioso. Nos retiramos á bordo á las cinco de la tarde dejando encendidos multitud de fuegos, avivados por el fresco viento que allí hacía, que se cebaban en aquellos árboles seculares.

La pesca fué escasa, á pesar de que las costas del puerto pueden por su variada forma ser habitadas por toda clase de peces, pues el acantilado de capas de pizarra, que forma á veces verdaderos muelles donde cómodamente atracan los botes, podía muy bien abrigar peces de roca y en las playas próximas á los ríos deberían encontrarse los que cogen con redes. Es indudable la discordancia de exploradores respecto á este asunto. Los españoles aseguran que son escasos; los ingleses, que abundantes; nosotros no podemos menos, por desgracia, de dar la razón á nuestros compatriotas, y aconsejamos

---

(1) Navío al mando del Comandante D. Antonio de Córdova, por los años 1785-86. Exploró el Estrecho de Magallanes, estudiándolo en todos sus aspectos.

á los que fondeen detrás del Cabo Vírgenes que antes de embocar el Estrecho se provean de la abundante y sabrosa pesca que hay en aquel paraje, y que no confíen en la que han de encontrar después.

Día 16.—Llovió mucho por la noche; amaneció despejado. A las cuatro E.O. del Mundo con el Cabo San Isidro; á las ocho N.S. con el Cabo Indómito, punto más Sur del continente americano. El aspecto limpio del cielo permite disfrutar del pintoresco que ofrecen los altos montes, visibles desde el Estrecho. Viento fresco, racheado, en la dirección del canal. Fácil explicación. Hasta las doce sigue variado el tiempo y percibiéndose el precioso panorama de las altas montañas, las más elevadas del Estrecho. A las dos y media fondeamos en la entrada de Puerto Galán, célebre en la historia de la navegación del Estrecho.

Al poco tiempo se mandó arriar el bote para ir á hacer el reconocimiento de él y cazar lo que se pudiera, y estando alistándose vimos venir atravesando el canal desde la Tierra de Fuego hacia nuestra goleta un objeto negro que pronto se reconoció ser una pequeña embarcación movida por vela y remos, y que de seguro sería de los que habitan estas tierras. Yo, sin embargo, no quería aguardarles á bordo, y calculando que ya allí ó en tierra podrían examinarla no quise suspender mi excursión.

Cuando atraqué á la playa de la punta Sur del puerto, ví que había llegado á la goleta. Supuse que allí detendrían á la embarcación y tripulantes hasta mi llegada y me interné por este lado en el puerto. Es, por cierto, bien lindo. Los montes que le circundan están cuajados de vegetales. Tiene una playa baja y extensa y la variedad de sus flores aumenta la soledad poética de aquellos sitios. Por la parte de afuera y cerca de él hay un islote con una cruz en el centro y punto más elevado, y el verde islote parece una peana. Las olas le forman como una corona de blanca espuma mezclada con las lustrosas hojas de las algas, donde no pueden leerse las inscripciones

grabadas en ella porque multitud de *Pholas* (1) allí clavadas la ocultan. Son de buques que pasaron por aquellos sitios y han querido recordar aquella jornada. Sobre aquel sencillo monumento en el madero horizontal se lee esta inscripción: *Salus mundi;* sobre él no hay tabla ninguna. Ninguna de las inscripciones son españolas; sin embargo, á los españoles se debe la exploración de estas costas y su descubrimiento. La lluvia caía con abundancia, ella me impidió disfrutar en toda su belleza el panorama del puerto, cuyo paraje aparece envuelto en un velo y no permitió que copiase muy cómodamente las leyendas de la cruz, porque mojaba las hojas de mi cartera. De vuelta de este paseo por el puerto me encontré en la playa donde estaba atracada la canoa, sin timón, que ya había concluído su visita en la goleta. Al vernos la tripulación se hizo á la mar y un individuo que estaba en tierra se alejó en dirección opuesta á la de nuestro bote. ¿Se asustarían ante mi terrible aspecto de cazador armado? Todo es posible, y yo creo que este fué uno de los momentos en que mi orgullo de hombre civilizado se manifestó ante esos salvajes. Seis personas componían la tripulación del barquichuelo: cuatro hombres y dos mujeres; éstas manejaban los remos y de ellos dos habían saltado á tierra y dos estaban dentro de la canoa. Mientras se alejaban se cubrían con una piel que tenían y asomaban únicamente la cabeza y los brazos para remar.

Día 17.—Amaneció de mal cariz con viento fresco y racheado; á las ocho menos cuarto nos pusimos en movimiento. De ocho á doce montamos Cabo Galán y atravesamos á la Isla de Carlos III, dejando por estribor el Canal de San Jerónimo, y continuamos á lo largo de la costa de la Península de Ulloa, y á las doce estábamos entre la Isla Ortiz y el Monzones. Había en el primero una casa de madera, y el segundo no es árido como dicen los derroteros, sino cubierto de vegetación. Continúan

(1) Moluscos lamelibranquios litófagos.

los chubascos de viento y agua. Seguimos en demanda de Playa Parda á lo largo de la costa; á las tres se divisa el islote que hay á la entrada, á las tres y cuarto dos fragatas, la *Triunfo* y la *Resolución;* á las cuatro y media pasamos frente al Glaciar ó Bahía de este nombre, á las cinco estábamos cerca de las fragatas. El General llega un bote con Iñiguez y Navarro, querían entrar en playa con la goleta para observar el puerto; á las cinco y media damos fondo al ancla de babor á una profundidad de cinco y media brazas. Fuimos después á comer con el General.

Día 18.—A las tres y media nos dispusimos para abandonar aquel famoso puerto, y levamos á las cuatro y media con viento algo bonancible. Hasta las doce y media la *Triunfo* y la *Resolución* continuaron á regular distancia de nosotros; pero desde la una la niebla cerraba cada vez más empañando ambas costas, y el temporal aumentaba. A las dos y media, con el N.O. furioso y la tormentosa marejada que arbolaba, vimos arribar á la *Triunfo,* que iba por nuestra popa. Imitamos su maniobra y corrimos con el velacho y el triángulo del trinquete. Pasamos rasando la costa Sur con objeto de recorrer á Medio Puerto. El derrotero en este punto es inexacto, porque desde el puente solo veíamos una cubierta sin abrigo. A las cinco fondeamos en *Playa Parda.* La entrada es muy estrecha. Hasta las seis el tiempo fué terrible, pues se sucedían sin interrupción los chubascos, con rachas furiosas. A poco de fondear nosotros y la *Triunfo* apareció la *Resolución* y fondea también, como ella, fuera de *Playa Parda,* á la entrada y al resguardo del islote.

Día 20.—La gente se empleó en hacer leña para ahorrar carbón. Yendo á caza en bote uno de la *Triunfo,* me llama; llego allí y me mandan recoger inmediatamente la ropa que me quedaba en aquella fragata. Era que habían determinado arribar. La *Resolución* quebró por la noche una cadena y careciendo de la otra ancla y largándola por el chicote para no detenerse se marchó á las

doce, siguiéndola la *Triunfo* media hora después. Todas las oficialidades están en contra de esta vergonzosa huída: *allí hay pan*, decía Croquer; *pero no hay honra*, contestaba Arana. Nos abandonaron villanamente en el Estrecho, dejándonos solos, contra un tiempo que ellos no se atrevían á arrostrar; en la tarde de este día fué la arribada del bote. Iba Espel de patrón, que nos salvó. Si nos quedamos en tierra hubiéramos pasado la noche más terrible del Estrecho por la lluvia torrencial y el viento furioso que hacía. Por la noche se alistó la tercera ancla trasera.

Día 21.—Además de un calabrote se fondeó con anclote por la mura de estribor. Tiempo malo y viento N.O. Mejora notablemente por la noche, y esperamos salir mañana de aquí.

Día 22.—Amanece con regular cariz; viento más flojo y el barómetro subiendo. Determínase abandonar Playa Parda en vista de tan buenos augurios. Levamos, pues, cobramos las estachas y á las seis y media nos ponemos en movimiento, gobernando al medio del canal; á las diez estábamos tanto avante con la punta O. de la Isla de Santa Ana que cubre la embocadura del Golfo de Lauttyna?, y á las doce nos demoraba Cabo Providencia N. 25° O. y Cabo Tamar, ídem 70° O. (ag) *(sic)*.

A la una y cuarto, con el viento frescachón del O., metimos sobre estribor dando la mayor arribada para coger el socaire de Puerto Tamar. A la una y tres cuartos orzamos, arriando la mayor. A las tres y media dejamos caer el ancla de estribor en 16 brazas fondo, y en seguida la de babor.—Descripción de Tamar.

Día 23.—Vientos duros del N.O. Sin embargo, poca mar; la gente haciendo leña, yo recorriendo los contornos.

Día 24.—El mismo tiempo. Yo ocupado con mis pájaros y los marineros como ayer.

Día 25.—Amanece bien; pero á las ocho estaba malo el tiempo; abonanza después, pero á las doce de la noche el N.O. es terrible. Se avivaron los fuegos y se alistó la tercera ancla.

Día 26.—Amaneció bien, cerró después y á las ocho aclaró el tiempo, gozándonos con el sol y el azul del cielo. Vimos bien la costa de enfrente, sobre todo Puerto Chuma, con sus cercados y sus cimeras de nieve. Se largó el aparejo á orear. Hicimos la expedición á la playa el Comandante, Cayo, el Contador, Gurrea, el Doctor, Cezar y yo, encontrando restos de un buque náufrago.....

Día 27.—O. á N.O. Chubascoso y frío.

Día 28.—Agua en abundancia y viento calmoso del Oeste, que por la noche se desmanda con furia.

Día 1. *de Marzo.*—Muy chubascoso. He observado el curioso Arco Iris, que sólo he visto en esta región; es muy ancho. Tiene dos colores muy desvanecidos, amarillo paja y rosa, y aparece como cortado en el horizonte, opuesto al sol (dibujo).

Día 2 *de Marzo.*—En vista de la buena amanecida, cielo despejado, viento fresco del O.S.O. y mar llana, nos dispusimos á dejar el fondeadero de Tamar. A las siete nos pusimos á la máquina y dando el conveniente resguardo al bajo Bayard, donde tocó de arribada el navío de este nombre, salvamos el Sea Beach, para desembocar el Estrecho; pero á las nueve y media arreciaron de tal manera los chubascos y el viento que tuvimos que arribar al puerto de salida.

Día 3 *de Marzo.*—Algunas lluvias y calmoso el viento.

Día 4 *de Marzo.*—Con mejor cariz que el día anterior en la amanecida, nos pusimos segunda vez en movimiento con ánimo de desembocar el Estrecho. A las ocho teníamos rebasado ya Cabo Valentín, á las once por babor Puerto de la Misericordia y á las doce Cabo Palavs al S.O. y á tres millas de distancia; pero viendo á la una y media que el viento y el mar aumentaban, arribamos á Puerto de la Misericordia, extremo refugio de los que no pueden desembocar y se vén sorprendidos en aquel terrible mar, cuyo epíteto no he podido comprender. A las dos dimos fondo en ese famoso puerto, que viene á embocar los no menos célebres islotes de la Observación y

Botella, que tanta gloria dieron á Churruca, Ceballos y otros de los paquebots *Santa Casilda* y *Santa Eulalia*. A las 12 yardas de Puerto Galante hay un islote de pizarras de capas inclinadas con vetas de cuarzo (dibujo), y en él una cruz de madera de unos nueve pies colocada en el punto más elevado y cuyo brazo horizontal tiene esta inscripción: *Salus mundi;* el vertical ostentaba multitud de inscripciones grabadas, cubiertas por tablitas rectangulares clavadas en él, excepto la última que está sujeta por un cordel, y en ellas pintadas las inscripciones que van á la vuelta. Rodea la isla una corona de verdes algas y está tapizada de multitud de lapas, *fisurelas y mitilus*.

Inscripciones de la cruz levantada en el islote:

1.ª H. M. Tribune. Capn Hedgel Oct. 6th, 1856.

2.ª Aug. 2 nd, 1856. H. M. S. Pearl. From Rio to Valparaiso.

3.ª H. M. Ship *Retribution* and *Magiciene* June 20 th, 1857.

4.ª Ship James H. Shepherd of n. York May 18-1853. All well.

5.ª H. S. M.-Tartar January-1861-All well.

6.ª Soh-Anita von Hamburg Com.te S. Simon, 1857.

7.ª S. S. Emille of Hamburg. Dic. 15, 1857, T. Russ Cap.

8.ª United States Ship Decatur. All wel. November-10-1854.

9.ª Una tabla rota con restos de inscripción.

10.ª Sch. Adriana. June 6, 1860. For San Francisco, Cal.

11.ª Steam ship Washington Gov e Welch, Commander. Frond New York. December-26-1858. — Vía Asspunball stc.ª stc.ª 265 pasajeros.

12.ª Schooner Sea Witch. P. S. N. C. is 55 Panamá.

13.ª Big Josephine. From Rio de Janeiro for S. Francisco. Nov. 24 th, 1862. Constitution.

Nosotros dejamos en Playa Parda la siguiente ins-

cripción: El día 4 de Marzo de 1863 pasó por aquí la goleta de S. M. C. «Ntra. Sra. de Covadonga».

La sonda muy igual, pues tropezó con el bajo de que nos advirtió el Gobernador de *Sandy Point*. El fondo donde anclamos es todo de coral.

La tierra de la costa de la *Desolación* merece bien este nombre: es su suelo levantado, tajado con agudas crestas, inclinados todos sus picos casi al N.E. y mostrando sus capas con una inclinación de 40° con el horizonte; parece que un titán se ha entretenido en tajar caprichosamente el terreno para darle las formas caprichosas que tiene, y las cuales presentan frecuentemente escalones y en las quebraduras tienen las capas perpendiculares para almenas y torreones.

Las pizarras con vetas de cuarzo es lo que forma sus montañas. La vegetación escasa, lo mismo que la fauna. En los repliegues del terreno, abrigados de los vientos, crecen árboles y abundantes brezos, los primeros, en los tajos de los montes con los troncos paralelos al terreno en que están implantados, y con las copas á la manera de los pinos de Italia.

De las cimas y laderas se han desprendido grandes lajas, y trozos prismáticos de esa pizarra de fácil descomposición y empujados por la violencia de los vientos han formado al pie cuevas y grutas, dentro de una de las cuales se ha matado un precioso pájaro, y en las que he visto restos de conchas cuyo animal ha sido comido por los que temporalmente han habitado en ellos. El *Piloto de América del Sur* dice que ha habido allí habitaciones de indios, y es indudable que se notan restos de su paso por esta comarca. Yo he encontrado un resto de corteza de árbol al lado de una como vereda que serpea por el interior del monte que rodea al puerto y en el fondo de él he visitado una choza hecha de ramos clavados en el suelo entrecruzados y sujetos con puntas y trozos de filástica.

Dentro de ella había restos de los cestos de junco que

construyen los indígenas, reunidos con otros que indican pertenecer á un buque náufrago, según lo denotan su antigüedad y aquel chileno de que nos habló el Gobernador de Sandy. Consistían los restos en dos botellas verdes, un enjaretado de madera, pedazos de cabo de puertecillas de pañol y algún herraje. La choza estaba cubierta de paja, que debió destruir el fuego, según el color de la que quedaba. La puerta estaba señalada con una rama arqueada y un pedazo de madera para formar el quicio sobre el que había girado la portezuela del pañol que había allí cerca. Se encuentran mezclados con estos restos conchas de *mitilus* y *lapas* en abundancia, y no muy antiguas. Cuando recorrí los contornos del puerto buscando aves en aquellas grutas encontré multitud de restos de barcos, algunos muy recientes.

El Puerto de la Misericordia es triste. El aspecto de la sierra que lo forma, terrible é imponente; es muy seguro abrigo para los barcos que no pueden desembocar y buen fondeadero. Sarmiento, el famoso navegante del Estrecho, le puso este nombre porque sin duda creyó haberlo merecido de la *divina*, al desembocar tras largos esfuerzos por el Canal de la Concepción ó del Norte.

Todo revela en esta costa de la Isla de la Desolación la influencia de los fuertes mares que la bañan y que son de los más terribles del mundo, sobre todo cuando levantadas las olas por el N.O., que aquí es horroroso, van á herir la base de estos montes socavándolos y desgastándolos como si fuesen de arena deleznable.

La inclinación de las capas de la roca ayuda con este trabajo á las aguas. El islote cónico y pelado en que termina *Cabo Pillar*, parece amenazar desplomarse de un momento á otro por faltarle la base que continuamente le roba el mar.

Dicen los viajeros que abunda esta tierra en aves, mas yo he visto muy pocas. Lo mismo aseguran de los peces, y otro tanto puede contestárseles por nuestros marineros. El *cormorán negro*, de pecho blanco y carúnculas ana-

ranjadas; el ánade que tanto nos ha dado que hacer y que no he podido matar, cuya hembra es blanca enteramente con los pies amarillos, y el macho negro de humo y dorso y parte de las alas blanco, como los bordes de la cola y papada, y pies amarillos; las gaviotas, negras, y la común y los patos marinos, de que llevo muestra, con el *aptenodites* de moño amarillo; un troquílido negro; el motacilido, que abunda tanto en la vera de las rocas como en los islotes y playas, y el de la cola con los extremos de las plumas desprovistos de barbillas, son los únicos que he visto y no en abundancia, como no sean los cormoranes y ánades. Reptiles no he visto ni uno siquiera; mamíferos tampoco, y los moluscos poco variados. En cambio, nada exagero por lo que toca al cielo y al mar y al general aspecto de la región de Magallanes.

El ruido del viento que se refleja en estos levantados y agudos montes y que aumenta zumbando en uno y otro abismo; las nubes, que se despedazan al pasar por sus aristas llenas de dentellones y picos; la mar gruesa y obscura como el cielo, salpica con la espuma de las olas que revientan, la lluvia que cae por intervalos á torrentes formando cascadas que desaparecen al poco tiempo después de haber surcado con una faja ondulosa de plata el verde obscuro de los quebrados del monte, traen al alma la idea del peligro que amenaza continuamente al navegante en esta región y que abunda sin duda bajo un cielo sereno y un sol claro, si por acaso viene á bañar las llanuras de nieve y mostrar el color verde de las plantas que suaviza con sus aterciopelados tonos los duros contornos de estas sierras.

Días 5, 6 y 7 de Marzo.—Mal tiempo, pero al medio día del 7 se nota cambio notable por la parte del S.O. Estaba el cielo despejado y no dejaba de aclarar por la parte del E. Tenemos esperanza de salir adelante con nuestra empresa, á pesar de nuestras débiles fuerzas.

Día 8 de Marzo.—A las siete y cuarenta y cinco estábamos en movimiento; á las ocho y media tanto avante

con Cabo Palavs; poco después, empezamos á distinguir desparramados los apóstoles, que avanzan hacia el S. desde el pie de Cabo Palavs; á la una estábamos N.S. del mundo con los Evangelistas..... ¡¡¡Hurra!!!....., ya estamos en franquicia; ya desembocamos en apóstoles y evangelistas. Desde el momento en que los perdimos de vista empezó á favorecernos constantemente la suerte; la mar más llana, el viento entre el S. y el O.; á los cinco días, es decir, el 13, fondeamos en San Carlos de Chiloe. Este es un pueblo de casas de madera; sus habitantes, 3.000 almas. Hace poco tiempo fué destruído por terrible incendio. Tiene Subintendente y un Obispo, seminario y catedral. Aspecto pintoresco, muchas y variadas plantas y pájaros. La población, de indios catequizados, mansos, pero ladrones; color cobrizo moreno, ojos pequeños algo oblicuos, negros y brillantes. Cabello negro, lacio, grueso; las mujeres lo parten en dos porciones desde la frente al occipucio y se lo trenzan como las niñas. Pómulos abultados, pero redondeados, nariz chata, labios medianamente gruesos. Son pequeños de cuerpo, pero muy derechos, y las piernas de las mujeres (que son las que mejor he visto) gruesas, robustas y de osamenta muy desarrollada. Visten casi uniformemente saya de azul muy oscura y una manta de color café del mismo tono cuadrada y peluda. Ellos un poncho; supersticiosos, amigos de amuletos y rateros. Dedícanse á vender leche y á carbonear.

Las maderas más comunes de que se hacen las casas son: *alera*, especie de pino ligero, aromático, casi irrompible, roble parecido al de Europa; *Cyna*, parecido al pino, pero más duro y de fibra más fina; *alerce* y otras maderas.

Isla de Sebutian, abundante en focas. Fuí allá.

Día 22 de Marzo.—Después de refrescar la gente y los víveres, abandonamos San Carlos, para Lota, donde contábamos hacer carbón, pues el Comandante del Puerto nos dijo ser excelente y muy barato: cinco duros la tone-

lada. A las siete nos pusimos en marcha y el cielo y el mar continuaban tratándonos de tal manera que sin contratiempo alguno el día 24 á las cuatro y media dimos fondo en un mal abrigado puerto. Está situado Lota en la bahía de Arauco, de celebrado nombre. Sus alrededores son bellísimos.

Viaje desde Montevideo á Valparaíso.—Por qué se dividió la Comisión en dos grupos.—Discensiones.—La Escuadra al Estrecho de Magallanes.— Por qué embarcó Espada en la Covadonga *y Martínez, Puig y Castro y Ordóñez en la* Triunfo.

Carta de D. Marcos Jiménez de la Espada á D. Mariano de la Paz Graells, residente en España.—Santiago de Chile 10 de Abril de 1863.—Mi querido amigo y maestro: El día 16 de Enero salí de Montevideo y el 21 de Marzo llegué á Valparaíso, después de sesenta y cuatro días de viaje. El Miércoles Santo dejé á Valparaíso y me trasladé á la capital de Chile, donde pienso permanecer todo el tiempo que haya de estar en esta República, si no me ordenan otra cosa.

Según indiqué á V. en mi última, Montevideo debía ser el punto de separación de las *dos mitades* en que quedaba dividida la Comisión, una de ellas compuesta de D. Patricio, Amor, Almagro é Isern, para atravesar los Andes por Rosario, Córdoba, Mendoza á Valparaíso, y la otra para hacer la travesía del «Estrecho de Magallanes», y de la que yo formaba parte. Algo le chocará el que nuestro Jefe sea el primero de la expedición terrestre, *el naturalista conchólogo;* pero todo tiene su por qué y no le ha faltado razón para hacer lo que ha hecho, pues las discordias entre él y el Comandante de la *Triunfo*, de que V. ya tiene noticias, habían llegado á tal extremo que después de separar sus ranchos y ser arrojado poco menos que de la cámara de Croquer, rompió oficialmente con él, quejándose al General Pinzón y al Gobierno, en

un notable oficio donde brilla más que la serenidad de sus años y su experiencia en la redacción de tales documentos, *un correcto lenguaje y una esmerada ortografía.* Su querido Secretario tuvo la bondad de mostrármelo. La expedición á los Andes, que estaba definitivamente abandonada por las influencias de Martínez y por temor de los grandes gastos particulares que ocasionaría, se ha llevado á cabo únicamente por interés individual de Paz y sin atender en mucho al interés científico. *Y tanto es así, que no querían llevar á Isern, mandándole con nosotros á coger plantas en alta mar.* Sin embargo, era tan burda esta mala pasada, que á poco que yo me empeñé en la Junta, y á pesar de mi ninguna influencia, se consiguió agregarle á la sección en que debía estar. El encargado de los mamíferos *terrestres*, de las aves *terrestres* y de los reptiles *terrestres*, parecía natural que fuese también por tierra; *pero yendo este señor con ellos, tenía también que acompañarles el preparador y Puig no quería ir por tierra, y no queriendo Puig yo no podía ir; por esta razón del Sr. Paz, y la de los interesantes pájaros acuátiles que yo podía cazar en Magallanes; según palabra en Junta del mismo señor, fueron las decisivas para echarme al agua.* Y es de advertir que el gran socarrón de nuestro Jefe sabía muy bien que en las condiciones en que yo haría la travesía del Estrecho á bordo de la fragata (1) con un Comandante mal dispuesto á prestarnos auxilio y precisado á hacer rápidamente la travesía por los malos tiempos que continuamente reinan en aquellos parajes, era casi imposible que hiciera nada de provecho.

En honor de la verdad yo deseaba hacer el viaje por el Estrecho, por lo que después V. sabrá, y que para Paz era todavía un secreto, *y así, por hacerle rabiar, y únicamente por hacerle rabiar, protesté en el acta de la*

---

(1) Espada pasó después á la *Covadonga*.

Junta, donde se tomaron los acuerdos del destino que á mí se me daba.

Aunque contraviniendo á las terminantes órdenes del Gobierno, Pinzón determinó que las dos fragatas y la goleta *Covadonga* pasasen juntas el *Estrecho de Magallanes*, y las dificultades que presentaba nuestro alojamiento, si solo hubiera ido la goleta por allí y las fragatas por el *Cabo de Hornos*, desaparecieron. Ya D. Patricio había arreglado con el Comandante de la *Covadonga*, amigo suyo, el que Martínez fuese á su bordo, por ser persona más á propósito y quedar de esta manera en mejor disposición y mayor libertad para trabajar; pero casualmente cuatro ó cinco días antes de nuestra salida de Montevideo, destituyó el General á dicho Comandante y puso en su lugar á un amigo mío, D. Luis Fery, que me ofreció su cámara, la mitad de su rancho y cuantos auxilios necesitara en mis trabajos, añadiendo que solo á mí admitiría en la cámara y á ningún otro. Hablé con Pinzón, me permitió el traslado, y me instalé con el Comandante en aquel barco, en medio de amigos, y libre de las influencias inmediatas de mi Jefe interino Martínez, el cual, con Puig y el fotógrafo, quedaba en la fragata. Ya tenía yo noticias con mucha anticipación del cambio de Comandante, así como de la repulsa que iban á sufrir al tratar mis compañeros de arrancharse de nuevo por cuestiones un poco delicadas que habían mediado entre ellos y algunos de los comisionados, y así bendije la casualidad que me proporcionaba conseguir mis deseos de la situación tan incómoda y difícil como la de tener que *comer sin cocinero, sin comedor, sin cocina y casi sin criados que sirviesen.....*

De Chile á Guayaquil.—Coquimbo.—Huasco.—Carrizal. Caldera.—Chañarillo.—Cobija.— Tocopilla.— Pisagua. Asca.—Iquique.—Islay.—Pisco.—Callao.— Huacho.— Casma.—Huanco.—Pacasmayo.—San José de Lambayaque.—Paita.—Tumbez.—Guayaquil (1).

Coquimbo es de forma de herradura; es una estrecha entrada que apenas se atreven á practicar los vaporcitos que vienen de Tongay. Por lo demás, admite fragatas de gran porte.

Nada más pintoresco que esta ensenada rodeada de cerros y amenizada por un verde prado que baja hasta la playa. Los establecimientos de fundición están á la izquierda entrando, y como la embocadura del Huayaco no se distingue hasta llegar materialmente frente á ella, el viajero divisa la ensenada al pasar en el vapor como si se arrimara al vidrio de un panorama. Este establecimiento de fundición de cobre es el primero de Chile. Tres horas largas estuvimos en Coquimbo.

Día 13.—A las nueve, después de una noche bastante mala, pues el dichoso vapor *San Carlos* es el peor de los caleteros pasamos delante de los Chorros, sitio donde siempre se encuentran mercancías é iba excesivamente cargado. Deben evitarse á toda costa estos vapores caleteros, y sobre todo el *San Carlos*. Después de una mala noche llegamos á las doce al puerto de Huasco; feo, montoso de casas, con una fundición llamada *Buenavista*.

La ensenada del Huasco es la terminación del valle de ese nombre, uno de los más fértiles y deliciosos de Chile. Se bifurca antes de llegar á la cordillera; corre en su fondo un río que toma diferentes nombres, según los sitios por donde circula, y produce las ricas y justamente estimadas pasas que reciben el nombre de *pasas de Huasco*

---

(1) Corresponde esta parte del «Diario» á las fechas 12 á 31 de Octubre de 1864.—*P. B.*

(el vino, es, sin embargo, malo, dulzoso, espeso). Pasado el Puerto de Huasco valle arriba se encuentran Tumbago, Freirinas, Vallenor, capital ésta de la provincia de Huasco, que comprende todo el valle.

Hacia el fondo de la ensenada se divisan ya los árboles desparramándose junto á una montaña como un río que desagua; algunas haciendas blanquean entre ellos.

Estos cerros de la costa son áridos; allí vive ese *Oxalis* arborescente, con cuyas ramas flexibles y llenas de asperezas rellenan entrelazándolas los intersticios de las armazones de madera de las casas, para colocar bloques de barro dando á las paredes solidez y ligereza.

A las once y media abandonamos Huasco; á las tres llegamos á Carrizal, más bonito y grande que el Huasco. Su posición deliciosa, como la de casi todos los pueblos de la costa de Chile. El objeto de ellos es sustentar y abastecer á los mineros que trabajan en las minas situadas á siete leguas de distancia. Es puerto más bonito que el de Huasco. Allí (en Carrizal) nos detuvimos hasta las nueve de la noche, porque se le antojó al Capitán. Me contaron que el mismo Capitán detuvo en este puerto al pasaje hasta la una de la mañana, por concluir en él una partida de ajedrez.

Día 14.—A las seis de la mañana llegamos á Caldera, puerto de atraco del célebre Copiapó, acaso los más importantes criaderos de Chile, después de los de Santos y Vals, por ser centro importante de explotación de cobre, plata, etc.

El aspecto de Caldera, análogo al de los grupos de casas que hacen los niños con las cajas de juguetes alemanes sobre una mesa sucia de pino. Sus alrededores áridos, cienosos y tristes. Las casas de madera o de tierra con perfiles secos y sin gracia, como cortados con cuchillo; los colores con que las adornan tristes. El muelle muy cómodo y hermoso. Desde el vapor se baja á él por una plancha. Los hoteles infernales. Hay ferrocarril hasta Copiapó. Un almuerzo compuesto de un plato de ca-

zuela (1), un bisteak y huevos con jamón, una botella de vino de Ochagabia y café, cuesta tres pesos.

Dejamos Caldera á las doce y media y llegamos á Chañaral al anochecer, en el momento en que el sol se ocultaba en el mar y la luna aparecía reina de los Andes, cercanos á la costa.

Día 15.—Hemos pasado muy de mañana por Tal-Tal; no lo he visto. En todo el día por estribor las áridas y desiertas costas de Macane sin una mata, sin un hilo de agua, cubiertas á igual altura por celajes que las hacen padecer el suplicio de Tántalo, y sin embargo no llueve nunca.

Día 16.—A las nueve de la mañana llegamos á Cobijas, único puerto boliviano en el Pacífico. Lo tienen como de limosna, pues desde Arica, que antes les pertenecía, llegan más pronto los productos al interior de la República. Inmediato á este puerto y más al Sur está el célebre de Mejillones con un criadero de guano de mala calidad. A las tres llegamos á Tocopilla, pueblecito perteneciente todavía á Bolivia. Tiene como unas cincuenta casas, todas de madera, feas y sucias, un establecimiento de fundición, etc. No comunica con el interior, como sucede con todos los puertecitos de última categoría de estas áridas costas. Tienen por objeto recoger y fundir los minerales que se concentran en ellos. La parte de la costa que hay entre este punto y Cobija aparece serpenteada por infinidad de caminos que van á dichos puertos, internándose muy poco. Se vén algunos valles á lo largo del camino que va desde Cobija á Tocopilla, así como el que va de Caldera á Mausnaral.

Entre Cobija y Tocopilla hay dos establecimientos destinados á cargar sin duda minerales y exportarlos, porque había un buque amarrado en cada uno de ellos. A las cuatro salimos de Tocopilla. Al pasar por delante de la buanera de Paquinque dejamos al Capitán en uno de los

(1) Carne caldosa; plato usual en aquellos países.

buques que allí había cargando huano. Es aquélla de escasa importancia y está colocada en unas peñas que avanzan perpendicularmente á la costa y llegan hasta el mar. El huano se halla rellenando las rocas, que sin él parecerían escollos en el mar. La península tiene la mitad de altura de los cerros de la costa, solo es un poco más baja en su extremo.

Día 17.—A las seis y media de la mañana llegamos á Iquique, punto de bastante importancia próximo á las famosas salitreras, cuyo producto se exporta en este puerto, rodeado de arenales como una isla, á la parte Sur de la bahía donde se vén las cercas del cementerio protestante destacándose sobre el blanquizco huano que cubre las rocas. Había á nuestro paso veinte buques, la mayor parte brikbarcas, cargando el salitre. Se vén desde á bordo buenos edificios, aunque el aspecto es generalmente feo. Recuas acarrean por la noche el salitre, partiendo de Iquique á las seis de la tarde y llegando á los salitreros al amanecer. De vuelta salen de éstos á la misma hora para huir del intenso calor del día. A las diez dejamos Iquique y á la una llegamos á Mejillones (del Perú); un puñado de casas avanzando en el mar; por los excrementos de las aves que se ven en las puertas parecen un nido de alcatraces escondido entre escollos.

El aspecto del puerto al poner el vapor la proa sobre la costa es muy pintoresco, salvaje y extraño, porque se ven los peñascos blanqueados en las cimas y negros en las bases, destacándose sobre el fondo pardo-rojizo de la costa cortados obtusamente. La costa sita encima, se ve debajo un camino hacia el Sur que va á parar indudablemente á las salitreras. Estas guaridas creo no tienen comunicación con el interior.

Salimos á la una y media, á las tres llegamos á Pisagua. Yo no sé por qué este pueblo, que poco se diferencia de los otros de la costa, me ha parecido más alegre; quizá el sol que hacía, la compañía que llevábamos, las recuas que hormigueaban por los empinados caminos que

van á las salitreras....., ¿qué se yo? La verdad es que Pisagua tiene tres ó cuatro casas de aspecto limpio y bonito, un muelle, como casi todos los de esta costa, aun los más chicos. Está colocado en el recodo que mira hacia el Norte en un estribo que avanza hasta el mar perpendicularmente á la costa. Todos los puertos que llevo vistos están al resguardo de los vientos Sur, que son los que en estas latitudes arman más mar.

Este puerto exporta salitre como los dos anteriores. Nos encontramos en él al vapor caletero que venía del Norte. A las dos de la noche dejamos Pisagua.

Día 18.—Amanecimos en Arica Chica. Es un lindo pueblo, acaso el más bonito de toda la costa. Casas limpias y bien construídas, calles rectas, una espaciosa aduana, buen muelle; el *Hotel francés* excelente.

Tiene Arica un promontorio, llamado *Morro de Arica*, que la preserva de los *sures* y que, si mal no recuerdo, ha jugado algún papel en la historia de la independencia del Perú. Tiene además otra cosa mejor, una huerta con árboles altos rodeando la parte Norte de la ciudad, que es una sorpresa verdadera para el que viene navegando cerca de esta costa, y que contribuye en gran manera á dar al pueblo un aspecto de superioridad pintoresca sobre todos los de aquélla. Parece que cuesta bastantes tercianas.

Está situada Arica en una planicie que es la entrada del Valle de Tacna, que dista 14 leguas y á la cual se va en dos horas por ferrocarril. Desde la entrada de dicho valle se ven cómo desembocan varios bosquecillos que se ponen en contacto con la huerta de Arica. Debía pertenecer éste á Bolivia, porque constituye la entrada natural para el Alto Perú. Desde Arica se va vía recta al centro de Bolivia; por Cobija, hay que rodear mucho y pasar desiertos y arenales. La utilidad de Cobija respecto de Arica es casi ilusoria, por eso creo que los bolivianos conservan aquel puerto y aduana, porque los peruanos cobran en Arica los derechos de todo lo que va

á Bolivia por ese camino más corto. Arica es una de las poblaciones que más han *ladrado* cuando los sucesos de Chinchas (1). Porque dijeron un día que se acercaba un barco, de pronto y abandonándose la batería del Morro y muchos la ciudad, dejaron éstos sus bienes en poder de los españoles allí avecindados y huyeron á Tacna. La costa, por otra parte, es notablemente más baja. Desde Iquique empieza sensiblemente á descender; pero aquí, por Arica, permite distinguir claramente gran trecho del valle de Tacna. No hay idea de lo agradable que es ver abrirse de este modo la costa, según que la vista se esparce por los llanos interiores.

A las dos de la tarde dejamos Arica.

Día 19.—A las seis y media arribamos á Islay. Es el puerto de Arequipa; para llegar á éste hay que atravesar un desierto arenal. Islay parece un pueblo que se arruina como derrumbándose.

La costa por esta parte es brava; una rampa conduce desde el pueblo al muelle, que es una elevada plataforma. Antes de acomodarlo como está ahora se llevaba á los pasajeros en una banqueta y á las mujeres en una borrica. El pueblo es pequeño, feo y sin agua; la costa áspera y salvaje. Allí embarcamos una compañía de tropa peruana, todos cholos ó indios indolentes y apáticos. Venían vomitándose unos á otros hacinados en un lanchón; para subir á la escala había que darles la mano y empujarlos por detrás. Así cuando entran en combate avanzan si avanza el Oficial, se están quietos si éste no se mueve, y huyen si huye aquél. No tienen conciencia, por decirlo así, de sus buenas ó malas cualidades: todo es propio de la raza americana; ni se queja ni se alegra. Salimos de Islay á la una y á las cuatro llegamos á Quilca. El pueblo está situado en una quebrada ó lecho del río, animado y alegre por la vegetación que llega hasta una ex-

(1) Es decir, cuando fueron tomadas esas islas por la Escuadra del General Pinzón.

tensa y..... playa que no tiene abrigo alguno. El puerto está situado muy al Norte, detrás de enormes peñascos que le permiten una angosta y larga entrada á modo de garganta, ruda y titánica, llena de majestad salvaje, digna de más alto objeto, porque Quilca es de lo más miserable de la costa. El contraste entre la risueña y amena posición del pueblecito y la ruda y salvaje del puerto no puede ser más extraño. Está granizando en este momento y veo este hermoso paisaje como á través de un delicioso velo.

El puerto de Quilca exporta los frutos de Camaná, pueblo distante como ocho leguas al interior y situado en terreno fertilísimo. Produce 100.000 arrobas de aceite anuales y es el que provee de este artículo á todo el interior comarcano. También cerca de Islay se cría el olivo, pero se come su fruto sin extraerle el aceite.

Día 20.—A la una y media llegamos á Chala. ¡Chala!, pueblo de veinte casas con cuatro banderas, en una cuesta árida; malísimo puerto, y sin embargo tenían seis lanchas de carga, que nos hicieron demorar la salida hasta las siete. Sin duda es el encargado de recibir las mercaderías del interior comarcano.

Día 21.—A la una desembocamos por el boquerón que forma como la entrada del archipiélago de las islas Chinchas. Vimos nuestras fragatas (1) detrás de la más pequeña y nos hacían señas con la *Vencedora*. Parecen emboscadas y están en punto favorable para ver los barcos que vienen del Sur y del Norte por la costa.

A las cinco fondeamos en Pisco, lindo pueblo, el primero verdaderamente pintoresco de esta costa hasta el Callao. Está situado en un valle fertilísimo y ameno; casas de bella construcción, muelle de siete cuadras (700 varas), de hierro y madera, bien construído y ligero. Produce el rico aguardiente llamado *pisco*, en quichua,

---

(1) La *Revolución* y la *Triunfo*, que se habían apoderado de dichas islas.

pischgo, que significa *pájaro*. En seguida avanzó la *Vencedora* hacia nosotros y mandó un bote, en que venía Mateu á entregar los encargos.

A poco de ponerse el sol sobre las islas como un enorme globo de fuego irradiaba rayos de oro en el espacio, que aparecía de idéntico color aunque más pálido *como fondo de apoteosis*. Sobre él se destacaban los cascos y elegantes arboladuras de muchos barcos. A las ocho llegamos al Callao. Uno de los ayudantes de puerto nos preguntó nuestros nombres, procedencia y nacionalidad, y nos dijo que no podíamos desembarcar. Nosotros habíamos pensado ya no hacer tal cosa. Nos dejó un centinela de vista.

Día 23.—Continúa el centinela, que se retira á las once y media. Trasbordamos al *Peruano* y vuelve aquél. Parece que es medida general adoptada para comodidad de los españoles y evitar compromisos al Gobierno peruano. Así me lo ha dicho uno de los guardianes á quienes interrogué al efecto.

Día 24.—Uno de los más terribles para mí en este viaje. Roban el gabán á Barriga; no permiten desembarcar nuestro material; alarma necia por creer que son sospechas del Gobierno peruano de que llevábamos armamento ó auxilios para el Ecuador (1). Todo ello ha consistido en que Agacio (el encargado de remitir á España las colecciones de los naturalistas) ha puesto en el conocimiento diez cajones *con municiones*. El Capitán va á tierra para arreglar el negocio. Registran un cajón á la suerte, ven que son perdigones (2) y ordenan se entreguen. Nadie puede dar idea de la manera lastimosa como tratan los bultos y demás carga. El material de la Comisión creo que va destrozado, pero lo que irrita es la flemática

(1) Por aquella fecha existía en esa República un movimiento revolucionario dirigido por el General Urbina y otros partidarios suyos, contra el Presidente García Moreno.

(2) Sin duda para la caza durante el viaje de la Comisión.

indiferencia con que estos empleados del vapor (ingleses y griegos) miran los destrozos y la inutilidad lo mismo de las amenazas que de las ofertas pecuniarias. A las siete de la noche largas salimos del Callao. Bonito aspecto de sus luces, resplandor de Lima.

Día 25.—A las seis llegamos á Huacho. Puerto al Sur, población al Norte, sobre una pequeña altura de la costa. Esta es muy risueña y variada. Poco más adelante de Huacho pasamos casi tocando á un islote semiesférico donde pululan las focas en compañía de numerosos pájaros marinos, todos revueltos. Se oían perfectamente sus mugidos, como si bramaran ó gruñesen.

Supe es una ranchería de miserable aspecto. Huacho tiene un bonito muelle, inaugurado el 63. El pueblo parece ser muy lindo.

Día 26.—A la una y media en Casma; salimos á las nueve.

Preciosa bahía cerrada por dos altos cerros; playa con algarrobos en el fondo. Hacia el medio de la boca, un peñón (la Viuda) donde se despedazó la fragata *Mercedes* con 700 de tropa que volvían triunfantes y licenciados de la *Revolución de La Palma* (1).

A las once y cuarto llegamos á Samanca, y salimos de aquí á las doce y cuarto. Pobre pueblo, según me han dicho, pues yo estaba durmiendo. Desde ayer la costa es variada, ya arenosa y bella, ya majestuosa; aunque árida, franjeada de islas ó islotes siempre áridos y desiertos. En algunos puntos se veían hasta seis de cerros escalonados hasta la cordillera.

Día 27.—A las seis y media llegamos á Huanchaco. No es puerto, las casas están (situadas) á lo largo de la playa abierta á todos los vientos. La iglesia está en lo alto de la costa, aislada y como sirviendo de vigía al pueblo. A dos leguas tierra adentro está Trujillo. Como el

---

(1) Tuvo lugar en el Perú el año 1855 y fué promovida por el General Castilla contra el Presidente Echenique.

puerto es malo [suponemos sea el embarcadero] usan [para navegar por el río] unas *embarcaciones* llamadas *caballitos de Totora* [especie de enea], que consisten en dos manojos cónicos y reunidos, sobre los cuales colocan otros dos más pequeños dejando una cavidad para depositar en ella pesca ú otros objetos. El que las maneja va sentado sobre ellas con los pies y piernas dentro del agua y se sirve de un trozo de bambú que mueve como un aspa. Se arrodilla sobre el caballito, cuya longitud es de dos varas y media. Son [éstos] para un solo hombre.

A las diez salimos de Huachaco y á las tres llegamos á Malabrigo, fea y sucia ranchería. Salimos á las cinco y á las ocho llegamos á Pacasmayo. Seis leguas adentro está Talambo. Nada vimos de luces; á las diez salimos.

Día 28.—A las seis de la mañana con un día hermoso y despejado llegamos al mediano pueblo de Pimentel. Me ha acometido esta noche un fuerte dolor del hígado. Llegamos á las nueve á San José de Lambayaque, pueblo grande y con aire formal. El vapor tiene que fondear lejos, como los demás, porque la costa es muy baja y falta fondo aun para los buques pequeños. A la llegada de los vapores salen del puerto las balsas á su encuentro. Estas son como las de Guayaquil, añadida la vela. Este sitio más hondo hace de puerto. San José está situado como al resguardo del Norte, único [pueblo] que he visto en esta disposición en la costa. Las balsas son de *palo*, llamado así, y la vela va suspendida del único palo como un pendón. Las cuerdas son iguales y paralelas, lo mismo que el gratil (orilla de la vela) y pujamen (tercio bajo de la misma), pero el peso de la vela hace que se encorve la verga como un arco, lo que da un aspecto original.

Día 29.—A las tres y media llegamos á Paita. Toda la costa desde San José hasta dicho puerto es sumamente baja hasta el punto llamado *la Silla*.

Paita es á la sazón residencia de Robles, Franco y otros urbinistas de los que han tratado de revolucionar el Ecuador.

La Escuadra está anclada en el puerto: un vapor, el *Bernardino*, un bergantín y una goleta. Flórez los desarmó en Machala, y con esos restos se retiraron á Paita. Urbina, el Jefe, parece que se encuentra hacia Piura capital de la provincia á que pertenece Paita. La tal Escuadra es lo más miserable que puede darse, aunque tiene bandera izada. A las siete salimos del puerto. Hurtado, el Ministro chileno, que viene con nosotros y se dirige al Ecuador, me dijo que lo primero que había leído el Capitán del puerto de Paita habían sido las instrucciones que mandaban vigilase respecto á mí, no sé de quién, sin duda del Callao, señalándome como sospechoso, por llevar cuarenta y ocho bultos de equipaje. Hurtado les dijo que eran de Historia Natural, con objetos pertenecientes á ella.

En San José también recibieron, según me dijo el Capitán, el mismo aviso, con prohibición de desembarcar, como á todo español que pasase por estos puertos. ¿Temerían acaso los peruanos que yo fuese á desembarcar objetos sospechosos en sus mismos puertos? No se conciben tanto cuidado y prevención.

Día 30.—A la una y media llegamos á Tumbez (la antigua Tumbis). El pueblo está dos leguas adentro en el río, á cuya embocadura fondeamos.

El río tiene una cuadra de ancho, seis pies de fondo y adentro embarcaciones de cincuenta toneladas. Las orillas son bellísimas, cubiertas de bosque, parte rodeadas de manglares y parte de amarilla y estrecha playa.

Tumbez es el último pueblo del Perú: está usurpado á los ecuatorianos. Creo que por la naturaleza de la costa debe pertenecer á aquéllos efectivamente. A las tres salimos de Tumbez.

Día 31.—Varamos dos veces en la travesía. A las ocho llegamos á Guayaquil.

SEGUNDA PARTE

ADVERTENCIA

1

Diez y siete meses largos habían transcurrido desde la fecha en que la «Comisión Científica del Pacífico» embarcó en la fragata *Triunfo* con destino á las costas orientales americanas. Durante ellos habían trabajado los naturalistas en medio de obstáculos numerosos y contrariedades no pequeñas, cuyo relato llena muchas páginas de la correspondencia epistolar y diarios de aquéllos, sin exceptuar el de Espada (1); fruto de una labor intensa, llevada á cabo por la mayoría de la Comisión, fueron las colecciones mineralógicas, botánicas, etc., etc., enviadas por aquélla al Museo de Ciencias Naturales de Madrid; pero aun con esto, es necesario reconocer que la imprevisión con que fué dispuesto semejante viaje y la falta absoluta de tacto con que procedieron los organizadores de éste, dieron por natural resultado el malogro de gran parte de los esfuerzos y sacrificios de Martínez, Espada y demás compañeros. A pesar de todo, continuaban éstos muy firmes en su campaña y lejos de calcular la fecha en que podría tener término, cuando se interpuso un acontecimiento que vino á cambiar por completo el rumbo de los sucesos.

---

(1) Véase nuestra «Historia de la Comisión Científica del Pacífico».—Madrid, Junta para Ampliación de Estudios. 1926.

Al finalizar el mes de Marzo de 1864 el Almirante ordenó se desembarcasen los equipajes y demás efectos de la Comisión y mandó á ésta regresase á España. Conviene advertir que de los ocho miembros que componían aquélla cuando partió de la Península faltaban ya dos, D. Fernando Amor, fallecido en San Francisco de California el 21 de Octubre de 1863, y el Presidente Paz y Membiela, que había renunciado su cargo; quedaban, por consiguiente, D. Francisco Martínez y Sáez, como Jefe; D. Manuel Almagro, D. Juan Isern, D. Marcos Jiménez de la Espada, D. Francisco de Castro y Ordóñez y Bartolomé Puig.

Reunidos en Valparaíso, acordaron protestar ante el General Pinzón de la orden de regreso á España que se les había dado, haciéndole presente que dependiendo ellos del Ministro de Fomento estaban dispuestos á no moverse de allí mientras éste no lo mandase. No atendió Pinzón á las razones alegadas por Martínez en nombre de sus compañeros, al contrario, repitió cuanto había dicho pocos días antes, y sin más se hizo á la mar el 6 de Abril de 1864, dejando á la Comisión en Valparaíso abandonada á sus propios recursos y sin auxilio alguno, puesto que el Ministro de España, Sr. Tavira, estaba de acuerdo con el Jefe de la Escuadra. Había terminado, pues, lo que podemos llamar *primera parte* del viaje.

II

Parecía natural que después de los amargos desengaños y desagradables peripecias experimentadas por los naturalistas, aprovechasen la ocasión tan propicia que se les presentaba de restituirse á sus hogares y, en efecto, á ello se manifestaron dispuestos los Sres. Puig y Castro y Ordóñez; mas los restantes, ó sea Martínez, Espada, Isern y D. Manuel Almagro, opinaron de modo muy distinto. Los mil estorbos consiguientes á su dependencia de los movimientos de la Escuadra habían impedido el desarrollo de los proyectos é iniciativas de la Comisión y

ésta no pudo en modo alguno ofrecer á su patria los frutos abundantes que cabía esperar de semejante empresa. No estaban, pues, los naturalistas satisfechos de su pasada campaña y anhelaban reanudarla en condiciones ciertamente más trabajosas y más duras que las pasadas, pero de resultados que calculaban fuesen muy superiores á los que se habían obtenido hasta entonces. A este fin D. Francisco de Paula Martínez y Sáez dirigió con fecha 2 de Abril del 64 una solicitud al Ministro de Fomento pidiéndole autorización y auxilios pecuniarios para emprender un viaje, que debía consistir en cruzar el continente Suramericano por su parte más ancha, partiendo de Guayaquil, para continuar la ruta de Quito, Avila, Baeza, Archidona, ríos Napo y Amazonas, hasta la desembocadura de éste. Apenas había salido el documento citado para su destino, llegó á manos de Martínez una comunicación del citado Ministro disponiendo el inmediato regreso de la Comisión á España, por haberlo pedido así D. Patricio Paz y Membiela. No se decidieron los naturalistas á dar cumplimiento á dicha comunicación, antes al contrario, más firmes en sus propósitos, repitieron una y dos veces la instancia al Ministro en espera de respuesta favorable, é hicieron mientras tanto varias excursiones por diversos puntos.

La situación de Martínez y compañeros en Valparaíso fué muy crítica, por haberse levantado en Chile y Perú una tempestad de odios y protestas contra España motivada por la toma de las islas Chinchas, de las cuales se había apoderado la Escuadra de Pinzón á principios de Abril de 1864. Esparcióse la especie de que Martínez y compañeros eran agentes secretos del Gobierno español mandados allí para levantar planos y acumular informes utilizables en caso de guerra con aquellas Repúblicas. Esto hizo sospechosos á los naturalistas y blanco de las iras populares, obligándoles á trasladarse á Guayaquil como sitio tranquilo y lugar de refugio, ya que el Presidente del Ecuador se había negado á romper las relacio-

nes con España mientras no se aclarase la actitud del Gobierno de Madrid, aprobando ó no la conducta del Almirante con respecto á las Chinchas. En su consecuencia partieron con rumbo á Guayaquil D. Francisco Martínez y el fotógrafo Castro y Ordóñez el día 11 de Agosto de 1864, y dos meses más tarde Almagro, Isern y Espada, quedando en Valparaíso D. Bartolomé Puig, ya decidido á embarcar para España. En dicha poblacion preparó Martínez las colecciones de moluscos, crustáceos, plantas y salitres á fin de remitirlas á la Península, y los pasaportes y el ajuste de cuentas del fotógrafo, que algunos días más tarde abandonaba la expedición para seguir á su compañero el Sr. Puig. La Comisión científica quedaba, pues, reducida á los Sres. Martínez, Almagro, Isern y Jiménez de la Espada; en total, cuatro. Estos se dispusieron á emprender lo que podemos llamar *segunda parte* del viaje, ó como ellos decían, el *gran viaje*. Con fecha 8 de Octubre de 1864 se despidió Martínez de Guayaquil para dirigirse á Quito, el 11 de Noviembre lo hizo D. Manuel Almagro y el 15 Isern y Jiménez de la Espada.

III

El «Diario» de Jiménez de la Espada principia el 15 de Noviembre de 1864, describiendo el viaje por el río Guayas desde Guayaquil hasta Bodegas. El abigarrado pasaje del vapor, la corriente mansa y tranquila del citado río, sus riberas encantadoras, los bellísimos panoramas de aquellas regiones y la visión del Cotopaxi allá en lontananza, sugieren á Espada pensamientos é imágenes saturados de una inspiración tan vigorosa y fecunda que constituyen un verdadero canto. Sigue trazando una serie de cuadros en los que pinta con rasgos de genial artista unas veces la topografía de los distintos parajes que iba recorriendo, otras los variados y hermosos panoramas que desfilaban ante su vista ó el aspecto y condiciones de los poblados y las costumbres de sus moradores, la inercia de los arrieros,

las cuestas penosas y caminos infernales que atravesaban, el Chimborazo, los fuegos del Cotopaxi, el Tunguragua y mil detalles más, que demuestran un espíritu profundamente observador y comunican al relato interés y atracción muy particulares.

El 7 de Diciembre de 1864 llegan á Quito y el 9 emprenden la ascensión al Pichincha, que tenía reservada para nuestro viajero la más peligrosa y memorable aventura de su viaje. Espada nos cuenta las diversas etapas de éste, la repugnancia de Gálvez á descender al fondo del cráter y su empeño y decisión á llevarlo á cabo, y después la inesperada sorpresa de la niebla, que le envuelve por completo, le cierra todas las salidas y le aprisiona por espacio de tres días hasta ponerle en trance de muerte.

Encontrado por fin merced á diligencia de los guías, es conducido á Quito y allí descansa y recupera sus fuerzas, suspendiendo también la redacción del «Diario» desde el 10 al 27 de Diciembre del citado año 1864 (1).

El 28 reanuda su «Diario» para relatar la excursión al Antisana, y nos ofrece con este motivo numerosas observaciones geológicas, barométricas, termométricas, etc.

El 2 de Febrero de 1865 refiere la segunda excursión al Pichincha, sitio para él inolvidable por motivos arriba dichos, y el 3 los usos y costumbres de aquellos indios en sus bodas, el juego *guairo*, detalles relativos á los entierros, etc., etc., y como dato de valor histórico la inscripción que dejaron Lacondamine y compañeros en la iglesia del Colegio Máximo de Quito el año 1745.

El 18 del mismo Febrero nos dice estas palabras: «hoy primer paso camino del Napo, desde Quito». Con ellas quiere dar á entender que se trata de una fecha memorable para él y para sus compañeros, porque aquel

---

(1) Espada publicó en 1887 («Boletín de la Sociedad Geográfica», tomo XXIV), un trabajo titulado «Una ascensión al Pichincha», y en él nos ofrece algunos detalles del famoso episodio arriba citado.

día comenzó en realidad el «gran viaje»; es decir, la peregrinación penosísima por los bosques ecuatorianos, que hubo de prolongarse hasta el mes de Octubre del mismo año (1865). El paso de los siglos no había conseguido allanar las ingentes montañas que parecían salir al encuentro de los primeros conquistadores como reprochándoles su osadía temeraria. Tampoco la mano del hombre había roturado aquellos bosques, ni practicado caminos, ni tendido puentes sobre aquellos ríos tan abundantes y tan caudalosos. Solo por casualidad aparecía algún pasadizo de mimbres y cañas que se cimbreaba bajo los pies del viajero causándole vértigos y angustias. Iba, pues, la Comisión á renovar, al menos en gran parte, las proezas y hazañas de Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana en 1540, la de Pedro Ursua veinte años más tarde y las de otros españoles, como los franciscanos Fr. Andrés de Brieba y Fr. Francisco de Toledo, y los PP. jesuítas Andrés Atiera y Cristóbal de Acuña en el siglo XVII.

La Historia nos recuerda también el viaje de Lacondamine en 1743, partiendo de Cuenca (Perú) y continuando por Zaruma, Loxa y Jaén, hasta encontrar el Amazonas; pero conviene advertir que el astrónomo francés llevó á cabo su empresa en condiciones más ventajosas que aquellas en las cuales lo hicieron Espada y compañeros. La ruta seguida por Lacondamine permitía el paso de bestias de carga, facilitando así el transporte de las colecciones y equipajes, y sobre todo atravesaba territorios de misioneros jesuítas, en los cuales halló aquél alojamiento, protección y auxilios eficaces.

En cambio la Comisión caminó la mayor parte del tiempo entre bosques vírgenes, por veredas y lodazales tan sólo practicables para indios cargueros, y no pudo tampoco disfrutar del apoyo de las misiones, porque ya no existían en ninguno de aquellos parajes.

Por eso refleja tantas veces este «Diario» las dificultades y contratiempos que ocasionaban, así á Espada como á sus compañeros, el reclutamiento de indios cargueros,

las fugas de éstos, su indolencia, sus frecuentes borracheras y mil inconvenientes más, que venían á sumarse á los obstáculos inmensos anejos al terreno. Sin embargo, estos detalles no son mas que breves paréntesis en medio de las descripciones bellísimas con que Jiménez de la Espada va ofreciendo á la consideración de los lectores el aspecto y la topografía de aquellos ranchos, la fisonomía y condiciones morales de sus habitantes, su indumentaria y sus costumbres típicas. Al lado de todo esto se leen en el mismo «Diario» descripciones relacionadas con asuntos de Historia Natural, como la caza del *kindi*, el hallazgo, para él sorprendente, del murciélago con ventosas, el modo como atacan los vampiros, etc., etc.

Espada indica también otros temas, que hubiesen sido desarrollados por él de haberse logrado sus naturales propósitos de imprimir el «Diario»; mas como esto no pudo hacerlo, quedó privada la Ciencia del fruto de mil observaciones interesantes verificadas por él durante dicha expedición. Algunas fueron recogidas en trabajo todavía inédito que lleva por título «Descripción topográfica y botánica de las regiones del Napo»; otras, como «El Volcán de Amango», vieron la luz pública en los «Anales de Historia Natural» (1), y varias más, cuyos títulos no citaremos, en numerosas revistas, principalmente españolas (2).

Tal es en síntesis la segunda parte del «Diario» en cuestión que ofrecemos hoy á nuestros lectores, no sin antes advertir que los espacios vacíos que algunas veces aparecen en el texto corresponden á palabras cuya lectura nos ha sido materialmente imposible verificar, después de intentarlo muchas veces.

P. Barreiro.

---

(1) Tomo I; págs. 46-76.

(2) El catálogo de los trabajos de Jiménez de la Espada, así de los publicados como de los inéditos, puede verse en nuestra «Biografía de D. Marcos Jiménez de la Espada».—Madrid, 1927.

El vapor Wáshington.— *Aspecto del pasaje.— Belleza de una india.—El Guayas y sus riberas.—La silueta del Chimborazo.— Panoramas encantadores.— Llegada á Bodegas y alojamiento.*

Día 15 *de Noviembre de* 1864.—Son las cuatro en punto de la tarde. Salimos en el vapor de río *Wáshington* Isern, Pancho, D. Juan A., Joaquín, los tres perros y yo. El vapor es el más cómodo y más bonito de los que hacen la carrera á Bodegas (Babahoyo). ¡Qué pasajeros!; los de primera (sobre la toldilla), de color más ó menos moreno, amarillento, enfermizo, completaban con sus trajes ese tipo de retratos de prendería, tan común en Guayaquil. Abajo, sobre cubierta, la reunión es más pintoresca: zambos, cholos (mestizos de indio y blanco), el triste chino de repugnante fisonomía, indios, etc. Hay entre ellos una india del tipo más hermoso que he visto en esta raza. Es pura, color de ámbar, ojos negros y vivos, nariz aguileña aplastada, sin embargo, hacia la base; frente estrecha, pelo negro y fino, como untado de aceite. Se ha abierto el pelo por el centro de la cabeza y se lo ha recogido en un moño, del que la cuelga un penacho que le da mucho carácter. Tienen sus movimientos una fisonomía virgen y salvaje; cuélganle de las orejas dos aretes de chapas, anchos, labrados como rayos de sol, y brillan ardientemente sobre el color de su tez. Así debían ser las joyas de las concubinas de Atahuallpa.

El cielo está cubierto, la temperatura suave; la vegetación rica, apiñada y viciosa de los trópicos, esmalta las orillas movibles del Guayas, pobladas de cedros y cocos y cubiertas de vegetación hasta la cima. Corren tranquilas y verdosas las aguas del Guayas (empieza la marea creciente); sobre la superficie flotan las islas formadas por *ninfeas* entrelazando sus raíces y esparciendo graciosamente por el río sus flores azules. Sobre el verde de los janeiros, ó sobre el sucio ciénago de sus bordes, se desta-

can como puntos blancos las garzas que buscan por allí su alimento. Algún que otro lagarto aparece varado en las orillas como tronco podrido arrojado al acaso.

El Guayas se estrecha ó se ensancha gradualmente. Es coquetón en su anchura ó en sus graciosos movimientos. El vapor sigue siempre la costa, que se derrumba y está cortada en barrancos. Esta es la que pierde tierra; la opuesta, defendida por extensos bajos (la izquierda generalmente), es la que va ganando terreno ayudada de los *mangles* y *janciros*. A las seis apareció sobre una sombría faja de nubes la nevada cima del Chimborazo. El corto crepúsculo de la línea no permitió gozar mucho de la risueña perspectiva. El Chimborazo brilla como un lago en el cielo, como esas altas nubes que recogen los últimos rayos del ocaso. Al mencionado aspecto de las primeras, sucedió el fantástico que presentaban las sombras.

Millares de luciérnagas inundaban los matorrales de las márgenes, complicados con las aisladas luces de las casas sembradas en el bosque. Las *lisas* (1) surcaban las aguas como brillantes exhalaciones.....

Al acercarnos á la orilla buscando la canal en las revueltas del río, multitud de mariposas y otros insectos venían á lucir sus alas en las luces del barco y los mosquitos aprovechaban estos instantes, con bastante pena nuestra. A las ocho salió la luna y la melancolía baña con sus plateados nimbos el sombrío paraje del río. Una ráfaga de luz cortaba siempre la superficie del agua y parecía un puente de oro de una á otra margen.

Las majestuosas sombras de los árboles, que á la vez que se destacan atrevidos sobre el pálido horizonte, se reflejan en las dormidas aguas. La fresca y húmeda brisa que se desliza sobre ellas sin moverlas, la luz de la luna emanando del cielo, que ilumina la dormida naturaleza. ¡Oh noche majestuosa y sublime! ¿Podrá alguna vez mi alma armonizar con tu majestad y grandeza? Llegamos

---

(1) Peces de la familia de los *ciprínidos*.

á Bodegas á las once y media; buscamos á Amagro que se había adelantado á nosotros por las cargas. Nos dicen que había acampado en tienda al otro lado del río; paso allá en una canoita que parecía una vaina de habichuela, donde me era imposible permanecer de pie. Le encuentro dormido en su tienda de fotografía entre unos banquetes. Trasladamos allí nuestro equipaje y á cosa de las diez nos dispusimos á dormir. Tendí por el suelo tres *pellones* (1), formé cabecera con algunas prendas de ropa y me cubrí con un poncho. Mi alcoba era una hamaquita estrecha, colocada debajo de unos árboles de poca altura. A poco de acostarme comenzó una *garua* (2) que condensándose gradualmente sobre las hojas bajaba de una en otra produciendo un ruido propicio al sueño. Algunas llegaban hasta mi cama. Multitud de insectos nocturnos ayudaban á arrullarme, y de cuando en cuando se oían las campanas del reloj de Bodegas. Parecían en el sonido almireces de boticario; jamás oí campanas más raras.

Impresiones matutinas.—La quinta Elvira.—*El Sr. Flores.—Inhospitalidad de Bodegas.—Privaciones.—El confort de un figón.—Babahoyo.—Informalidad de un arriero.*

Día 16 *y* 17 *de Noviembre.*—Abrí los ojos con el alba. Todo estaba humedecido por la *garua* y brillaba como un esmalte fresco. Los pájaros aturdían materialmente con sus cantos. Creí pasar de un sueño á otro, pero no; era una deliciosa realidad. ¡Qué efecto produce, acostumbrado como uno está á dormir en hoteles, echar la primera mirada, después de un sueño tranquilo, á una naturaleza exótica! Sobre la novedad de los objetos, su be-

(1) Pellejos de carnero que tienen lana muy larga.

(2) Llovizna.

lleza. Tomamos nuestras escopetas; Pancho estaba ya que no podía contenerse. Matamos como unas doce especies de pájaros. El sitio donde hemos dormido se llama Elvira, es célebre en los fastos modernos del Ecuador. Pertenece al General Flores y la habita actualmente un hijo suyo. Pasamos el día en preparar lo cazado y arreglar las cargas. Decía Almagro que nos marcharíamos á la una; pero no pudo ser, por falta de bestias, y se decidió marchar en seguida. Yo deseaba también dejar la casa del Sr. Flores, á quien no ví y quien no tuvo siquiera la política de invitarnos á comer, después de haber hecho esa oferta á Almagro. Pasamos las cargas al otro lado del río, las colocamos en la calle y buscamos adonde trasladarlas; ¡vano intento! En Bodegas, un pueblo que es la entrada del Ecuador, lleno siempre de arrieros, de pasajeros, de movimiento y tránsito, no tienen un hotel, una posada donde dormir. Nos resolvimos á acostarnos en la calle. Extendí una manta y me eché junto á las cargas, al raso, como un granuja; ¡qué vida! A las ocho de la noche todavía no habíamos comido; busqué dónde; solo encontré un figón de chinos, donde nunca falta que mascar; pero ¡qué figón! Es necesario tener el hambre y la necesidad que yo sentía, para resolverse á tomar algo en aquel sucio lugar. Era un cajón de azúcar, habitado algún tiempo ya por las comadres; ese cajón dividido en dos; en una división la cocina con una mesa, en la otra la tienda con otra mesa; en ésta comía y bebía la gente baja, en la otra los caballeros. Barren el sitio que uno deja con una escoba y así lo limpian de migas y restos. Los chinos [son] tan sucios como su camisa, pero había uno en la cocina que se ocupaba en limpiarse los dientes.

El café no era malo y el azúcar lo sirven en una cajita como aquellas en que se conserva el betún de botas. La comida, aunque mala y sucia, era á lo menos barata. Es una deshonra el estado en que se encuentra Babahoyo: no da comodidad ninguna al viajero, ni por dinero ni por hospitalidad. Debían subsanar estas desventajas, porque

realmente se le trata á uno hasta con grosera indiferencia por las personas que se dicen amigas, y esto es por cierto bien extraño en una ciudad de América. En cambio me proporcionó la ocasión de encontrarme en la situación más original de mi vida. Todo lo aguanto contento, tomándolo como un introito de mi viaje al Napo. Traté con un arriero unas mulas para mi carga, convinimos en cuatro pesos y medio cada una; á los cinco minutos me dijo que ya no quería menos de cinco. Así es esta gente india, desconfiados, volubles, cobardes; las mismas cualidades que tienen buenas (sencillez y timidez), no sirven más que para que abusen de ellos las gentes de mala fe. En cambio no distinguen á quien les trata bien del que les trata mal.

A las dos de la tarde salimos por fin de Bodegas, bajo un sol abrasador; el camino era deliciosísimo, por los bosques que lo adornan.

Las cargas se caían á cada momento y había necesidad de arreglarlas. Aconsejo al que viaje por aquí que no deje de entenderse con un arriero que las arregle y las cuide aunque le salga más caro. Las cargas se llaman *chullas* cuando son de un solo bulto y lo que se pone encima de ellas, sea de dos tercios de chulla, *sobornal* ó *sobornó*. Los *sobornés* dan lugar á continuas cuestiones con los arrieros, que no quieren cargar sus mulas ni con una onza más. Los pobres animales no descansan ni un solo día, pues al llegar al término de un viaje vuelven á fletarlos inmediatamente. Dormimos en La Mona.

Percance de Almagro (1). Se va á Palo Largo. De noche me despertó una algarabía extraña que se sentía en el bosque; eran los pájaros *vete á trabajar*, que repiten estas palabras continuamente, juntos todos y en un tono muy subido.

El Cotopaxi se dejaba sentir como una tempestad lejana.

---

(1) No hay más indicaciones.

De La Mona á Palo Largo.—El Pisagua y sus riberas.—La Zeiba.—Una sabrosa cena.

Día 18.—Al amanecer salimos de La Mona; á las nueve llegamos á Palo Largo y encontramos á Almagro con los arrieros de este punto al de Savaneta, que está un paso atravesando el río; son dos *cuganjos*, y no sé cómo pueden tener la importancia que dicen cuando se inunda Babahoyo. Dejé almorzando en Savaneta á Isern y Almagro, y seguí adelante con las cargas sin detenerme á tomar alimento. El bosque del trayecto á Zeiba es delicioso; me agrada hacer solo esta travesía. A las dos leguas comienza á subirse siguiendo después la cuenca del Pisagua, que corre cristalino y sonoro en un lecho de grandes piedras redondas de granito y rocas porfídicas. Lo pasamos unas seis ó siete veces, atravesando después las selvas de los extremos de los cerros por entre las que serpentea. Su declive es rápido en aquélla; admira la prodigiosa variedad y belleza de las flores que resaltan sobre aquel tupido ramaje, sobre los frescos helechos, alguno de los cuales llegan á cinco varas y bajan pendientes á las ramas de los árboles. Bien pudiera parar la imaginación más caprichosa pidiendo formas y colores á estas flores, todas se lo presentarían como por encanto y quedaría satisfecha. La jornada de La Mona á La Zeiba es bastante larga, pero llegamos antes de anochecer. La posición de todos los lugarejos ó haciendas que por el camino encontramos es pintoresca; pero esta de La Zeiba excede á todas, porque está situada en el borde de una quebrada tapizada con un bosque espacioso que, ocultando el terreno, da el aspecto de tener la elevación total del cerro. De la cima de unos árboles arrancan las raíces de los otros y así se escalonan hasta arriba. El río Pisagua corre por el fondo. La niebla cubre las cimas y desciende á veces hasta la base de las laderas. Todas las gentes que habitan estos lugares son de aspecto enfermizo y parecen

atacadas de calenturas. Para cenar metimos en una caldera dos gallinas despedazadas y trozos de yuca. Resultó un excelente caldo, que con huevos nos proporcionó una comida deliciosa. Dormí como un patriarca en mi cama de campaña, que no dejaré de alabar. No había ni un mosquito.

Camino de Guaranda.—Las viviendas del país.—La caña dulce.—La fiesta de Angas.—La Jueza y D. Martín.—Llegada al Jorge.

Día 19.—Almagro se fué á Guaranda con el hermano del Gobernador de allí, que durmió en Zeiba con nosotros. Nuestros animales comieron mal ó no comieron; por la noche hubo que darles pasto (que hay que ir á cortar) y esto retrasa bastante. El que acompaña cargas, en el camino tiene que armarse de la paciencia de Job, si basta; y no debe pararse nunca mas que donde haya yerba, mejor potrero. Cada bulto le costará de medio á uno por ata y si es al sogueo dos reales. De los arrieros no hay que cuidarse, con un real de plátanos hacen todo el camino hasta Guaranda. Todo está aún por estas sierras como en tiempo de la Presidencia de Quito. A caballo, con remudar, se va hasta en dos días y medio desde Quito á Babahoyo. Así hace el viaje García Moreno, el Presidente de la República. Las casas no tienen un solo clavo; pal s para pilares, caña brava para los muros y techos, partida para los suelos; *bigao* (hojas de palmera ó *Strilitzia*), para cubrirlas. Los árboles que se encuentran en las cercanías de las viviendas son *achotes*, naranjos y plátanos, de que se alimentan principalmente. Cultivan asimismo la caña de azúcar, si bien la siembran á manchas en las laderas de empinados cerros que antes desmontan á trechos, como si los esquilaran. En todos ellos una sencilla máquina de majar la caña, semejante á las de satinar.

Fabrican aguardiente con el jugo de aquéllas. En el camino solo se encuentran indios arrieros. Poco antes de

llegar á Jorge terminó nuestra jornada, pues las bestias venían cansadas; todo el día se está subiendo. Topamos con una *fiesta del paso*, fiesta que sin interrupción dura un mes, celebrándose todos los días. Consiste la fiesta en una reunión de hombres y mujeres que con pretexto de celebrar el Santo (aquí era la Virgen, y se llama fiesta de Angas) no hacen más que beber aguardiente de caña y *guarapo*, es decir, jugo de caña en fermentación. El *guarapo* es de color amarillo sucio, como de agua de río en avenida, y su sabor agridulce parecido al de la cidra con un dejo á melaza. El aguardiente que hacen aquí es bastante peor que la *cachaza* del Brasil y más flojo. Agréganse á esta reunión cuatro músicos: un bombo, un clarinete, un figle y un cornetín, que tocan aires europeos y algunos del país. Para bailar se coloca el hombre frente á la mujer, que da pasos cortos de derecha á izquierda con movimientos lentos; el efecto es parecido al de la danza, pero sin gracia. Nuestra llegada (Isern y yo) produjo efecto en la fiesta. Nos invitaron repetidas veces á beber y era preciso catar siquiera el sucio *guarapo* ó el fuerte aguardiente. Aquello era ya molesto si no lo hubiera amenizado la Jueza, que era lo mejor de la fiesta. El Juez no se apartaba de allí. Nada había de notable en los trajes y adornos, eran como los que veíamos continuamente en los caminantes. Pasan allí el día en borracheras y se retiran á casa de noche. En el sitio de la fiesta habían construído una choza cubierta con hojas de plátanos, donde se guarecían y descansaban. Estas reuniones durante el período de fiestas las promueven los llamados *priostes* (prevostes), un hombre y una mujer generalmente, y si son jaraneros ponen mucho empeño en que acuda gran concurrencia y la fiesta se anime.

Mi machete, mi montura y algunas prendas de mi traje llamaban mucho la atención de la *Jueza;* la regalé una navajita de cortar uñas que me quería comprar, ignorante sin duda de la galantería y generosidad españolas. Creo que no tendrá ocasión de usarla sino para lo que ella creía

á propósito, es decir, para sangrar animales y aun *cristianos*. Allí en el lugar de la fiesta aguardamos las cargas y tan luego como llegaron gratificamos á los arrieros y nos despedimos de aquella gente alegre. En el camino, á pocos pasos, tropezamos con D. Martín (el único que llevaba levita en la reunión), durmiendo sobre un *camellón*. Llaman así á las huellas que dejan las mulas teniendo que marcar las pisadas regulares con una igualdad perfecta y que parecen trabajados artificialmente. En algunos se meten hasta el pecho. Empezó á llover, fenómeno que anuncian fuertes truenos en la montaña, y en medio de él llegamos á Jorge. Es un pueblo que en nada se diferencia de lo vista hasta ahora.

Hemos encontrado arroz y pollos y puerco fresco. Contamos con cena segura y en los demás ¡Dios nos ayudará! pero no hay pan. Esta falta es continua en todo el camino, no hay más que el plátano que le sustituya.

Las más bellas mariposas posadas sobre lodazales, como pulcras señoras atravesando una calle sucia. He recogido una multitud de *hilas*, creo que cuatro especies.

Inercia de los arrieros.—Un trapiche.—Panorama.—Cuesta penosa.—Clima.

Día 20.—A las once salimos de Jorge. No vale madrugar, no vale ponerse á las órdenes de padre Sol, levantándose con él, andando con él y acostándose cuando él se acuesta. No hay quien pueda con estos arrieros; su inercia es más poderosa que la de la materia. Una mula que se extravía, las cargas que se descomponen, todo es motivo de retraso, especialmente la comida de las bestias, la llevada y traída á los potreros. Veo que realmente no basta la paciencia de Job: la Biblia se ha quedado corta.

He examinado un trapiche, los cilindros, depósitos para el jugo (de un palo grueso). Allí se forma el guarapo. Una yunta mueve los cilindros. Una gran tinaja de barro en forma de ánfora con un agujero por el que pasa una caña brava, es el alambique.....

Estamos subiendo una cuesta muy elevada y al volver los ojos se ensancha el alma con el paisaje; las laderas, que vienen á morir en la cuenca del río, una en pos de otra alternativamente, cubiertas de espeso verde oscuro. El horizonte terminado por un mar artificial de niebla, el río invisible, pero murmurando, la brisa pura.....; todo esto compensa bien los trabajos de acompañar las cargas y es medicina para la sangre que uno se quema con tantas contrariedades como proporcionan estos malos caminos. La lluvia de ayer apenas se conoce ya en el suelo.

Desde El Jorge comienza una cuesta penosísima, si las hay, pero pintoresca. Ramos-pampa, es un punto de los más bien situados bajo aquel aspecto. Una choza colocada sobre un cerro pendiente que interrumpe la cuesta después de una rápida bajada, goza del punto de vista más pintoresco que puede darse y que contrasta con su humildad; bien es cierto que hoy es muy limitado, porque la niebla, casi constante á estas alturas, nos envolvía por completo. Esas blancas y ligeras masas se movían por los fondos de los valles, compulsadas por el soplo invisible, aunque ligero, del viento. Al rasgarse dejaban descubiertos los negros flancos de las montañas; los términos del paisaje se alejaban así ó se acercaban y las perspectivas variaban á cada momento; esto es de un efecto particular: la vista no se acostumbraba á esta movilidad continua, le gustan más los contornos reposados y tranquilos y los horizontes que se pierden con la confusión de objetos que produce la distancia. ¡Qué bello debe ser contemplar estos montes en día sereno!

En Aluzana es donde propiamente concluye la cuesta de Angas (1). Tiene aquélla un bellísimo punto de vista; Camino Real se encuentra antes de Aluzana, allí es donde concluye lo más trabajoso de la cuesta. Antes de anochecer llegamos á Chima.

Es una casa vieja y fea; me dieron una pocilga por

(1) Esta palabra quechua significa *balcón*.

cuarto y dormí sobre el sudadero y la silla. En la cocina había cuatro perros, una perra, tres gatos, varias crías y un chiquillo, que lloraba. Yo mismo ví, ó casi ví (porque lo hicieron sin luz), preparar el *locro* (papas y una gallina despedazada) y sin embargo comí con apetito aquel bodrio. La casera y su hija miraban con envidia que yo diese los huesos á los perros. Los dejé en el plato y cuando concluí de comer (merendar) se apoderaron de ellos y no dejaron ni resto. La temperatura, vegetación y atmósfera cambian de repente desde el final de la cuesta de Angas. Chima está situada en la primera planicie superior yendo hacia los Andes. Mi poncho no me bastaba. Aquí se refugian flores más humildes, que la vegetación orgullosa de los bajos no permitía que las diera el sol; sin embargo, no pierden de sus variedades ni de sus bellezas. Se notan algunos prados descubiertos en el camino. Encontré después, en mi viaje, algunas calaveras depositadas en nichos practicados en el corte del camino adornadas con flores y rodeadas de piedras. Están allí, según me dijo la casera de Chima, para que recen los que pasan por los que han muerto en los campos de batalla. De allí las recogen cuando aparecen á la superficie y las llevan á lugar seguro.

La frase que usan para pedir con instancia es: «por vida tuya..... suya....., hágame esto»; dicen también: «no hace un *pito* de caso de lo que le mando». Pronuncian la *s* con *x*, es la *sh* quechua; la *y* y la *u*, que convierten en la primera, la marcan tanto que parece la *j* francesa. Pronuncian también redondamente todas las palabras al fin...

La cuesta de Angas principia más allá de «San Jorge» y termina en Aluzana.

De Chima á San Miguel de Chimbo.—Aspecto del terreno. El poblado.

Día 21.—Salí en ayunas de Chima, como á las seis, y llegué á San Miguel de Chimbo á las nueve. Desde Pishurco se descubre una planicie muy baja toda desmontada,

repartida en pequeños trozos separados por setos vivos, cada uno con su casa ó choza. Parecen á la altura de Pishurco, arcilla hendida después de húmeda.

El aspecto de esta planicie es triste, semejante á algunos de los montes de Castilla. En Pishurco desaparecen como por encanto los montes y bosques que hemos venido admirando. San Miguel de Chimbo es un pueblo formal, con iglesia, plaza, etc. Por casualidad he sabido que produce maíz, trigo, cebada, lentejas, etc. Creí llegar á Guaranda por la noche, me equivoqué; los arrieros descargaron en San José de Chimbo, un poco más allá de San Miguel. En casa de uno de ellos dejaron un caballo, en el camino los otros..... estaban muy cansados. Me resigné á pasar un día más por dar gusto á aquella pobre gente. Alojéme en aquella pobre choza.....

Viaje de San José de Chimbo á Guaranda.—El camino.

Día 22.—A las siete salimos de San José de Chimbo, á la una llegamos á Guaranda. Isern se marchó la noche antes y yo me adelanté á las cargas como unas dos horas. El camino desde San José es feo y monótono, *pero en cambio* muy malo en los descensos y subidas de las quebradas. A poco de salir de San José se descubrió un boquete ó boquerón por donde se desemboca en la planicie en que está situada Guaranda. La vista es agradable y fresco y risueño el río Guarandés que pasa por un socavón, arco de puente artificial abierto en un cerro. Guaranda es feo y triste. Me apeé en casa de Badillo, consignatario de cargas, que también da posada.

El Chimborazo y sus exploradores.—El Pongo.
Descripción del Chimborazo.

Día 25.—Me despiertan anunciándome que el Chimborazo estaba despejado y limpio. Allí había por vez primera una histórica montaña en ignición. Hoy no es notable

por su grandeza, sino porque es ya (gracias á Humboldt, Boussingault y otros sabios) un monumento que la Ciencia [se] ha apropiado, tomado de la naturaleza para perpetuar tanto bello descubrimiento. La fama del Chimborazo eternizará también los nombres de algunos sabios, y debe á Humboldt la gloria de haberla engrandecido.

La árida pendiente y trabajosa Cuesta del Pongo es pardo-amarillenta, termina en una cresta llena de picachos y detrás de ese corte de las crestas aparece blanca y brillante la plateada cúpula del Chimborazo, como hundida en algunas partes por los filos de negras rocas que sobresalen, rompiendo la superficie de la nieve.

En honor de la verdad el aspecto de esa montaña, contemplada desde Guaranda, no corresponde al anhelo con que uno desea verla; pero me dicen que desde el tambo del Pongo abruma el Chimborazo con su grandeza, porque se le descubre desde la base.

El fondo del volcán [es] de un blanco opalino que se confunde hacia el Oriente con el azul del cielo; el color de la cuesta pardo negruzco, su falda mira hacia Occidente y entre esas dos masas se destaca el blanco plateado del gigantesco monte. Presenta, mirado de Occidente á Oriente, dos planicies casi horizontales en sus cimas continuas como sus agujas; la que cae hacia el Sur más elevada que la que mira al Norte. Las filas de rocas sobresalientes se dirigen hacia la cima y alcanzan muy cerca de ella. Aunque amanezca despejado, como á las diez del día se cubren de nubes que andan flotando á su alrededor y que se parecen por su color y forma al vapor de una caldera sábitamente condensado en el aire.

No espero salir mañana de este triste pueblo. Almagro se va á tomar notas del Chimborazo, después dice que irá al Sangai. Yo me consuelo con la idea de que en cuanto salga de aquí subiré lo que pueda del contorno.

Ascensión de Almagro al Chimborazo.—Escaso resultado de la caza de Espada.

Día 24.—Almagro se ha ido hoy á las cinco y media. Cuando salió de casa con Pancho todavía le he visto subir el Pongo. También está hoy despejado el cielo; el Chimborazo asoma su cabeza por encima de las crestas. La caza ha sido desgraciada; pero en cambio he cogido tres especies de batracios. He pasado el día esperando arrieros; solo he despachado cuatro cargas.

Espada contempla el Chimborazo.—Dificultad en la respiración.—Caserío é iglesia de Guaranda.

Día 25.—Por fin he podido despachar el resto de las cargas y alquilar arrieros para nuestros equipajes. Me cuesta un trabajo inmenso viajar con estos arrieros. Por la mañana temprano he hecho mi visita visual al Chimborazo, sentado en un banco de adorno á la puerta de una casita, á tiro de fusil de Guaranda. Creo que el que la habita ha tomado los perfiles, que son exactos, de la cúpula de aquél y crestas del Pongo.

Este pueblo es frío. Siento cierta dificultad en respirar debido á la altura en que me encuentro. No hay en todo Guaranda una casa de mediano aspecto, todas son sucias; alrededor del material de que están hechas (adobes) el blanqueo dura poco; no tienen comodidad alguna.

He visitado la más grande de las iglesias, que está en la plaza; el interior parece una boardilla vieja de muebles rotos. El altar mayor es viejo, adornado con espejitos cuadrados de vidrio (los mismos que usan las cocineras para peinarse), dispuestos de diferentes modos, como para alucinar á los pobres indios, como se deslumbra á las calandrias para cazarlas. Los santos están cuajados de oropeles, y parece increíble que [su] ridículo aspecto, trajes y expresión absurdas puedan producir otro aspecto que el de la burla.....

Excursión al Chimborazo.—El Tambo del Ensillado. La cuesta.—La vegetación.—El panorama.

Día 26.—A la una salimos de Guaranda con cinco caballos de carga, dos mozos, dos amigos, cuatro bestias de silla y el guía, que debía unírsenos á una legua de camino para conducirnos al Chimborazo. El día tan hermoso como los anteriores, indica un tiempo seguro y acaso no encuentre obstáculo por este lado para subir á la montaña. A las cinco y media hemos llegado al Tambo del Ensillado. Es sencillamente una choza de paja; pero hay que comer. La tan ponderada cuesta del Pongo, en el estado en que la subimos, es decir seca, no tiene que ver con la de Angas. En general puede aconsejarse al viajero que tenga buen ánimo, que escoja el peligroso camino, que yendo dispuesto á soportar trabajos exagerados siempre hallará aquél ligero. La vegetación en esta especie de peldaño de la grandiosa escala que conduce al cono del Chimborazo, es completamente distinta de la que principia en Camino Real y concluye en Guaranda. Parécele á uno encontrarse en las montañas de su país; prados extensos de *gramíneas* (una sola especie) *ericas* (1), salvias, los fresnos, la *chuquiraga* (2), la bella *coratácea* que llaman *popa*, le despiertan á uno de su sueño. ¡Qué variedad!, ¡qué belleza!; el azul turquí de la salvia, el rosado de las chuquiraga, el rojo y morado de las *fuchsias*, el rojo y amarillo de la *popa* y los variados matices de las hojas, parecen siempre un manto de terciopelo verdinegro roto por las puntas traquíticas que sobresalen del suelo.

Ascensión al Chimborazo.—Temperatura.—Rueda Espada por la pendiente.

Día 27.—A las seis se dejó el Ensillado; á las nueve entrada en Illangana; á las diez llegamos al borde de las

(1) Género de plantas de la familia de las *ericáceas*.

(2) Plantas americanas del grupo de las *compuestas*.

nieves; un poco más adentro está la base del Salto de Curiquingui, al O. Puerta de la hoya del Putzil. 8° Réaumur. A las diez y cuarto empezamos á subir, á las diez nos hizo volver la cabeza un ruido como un trueno: era un derrumbamiento de un trozo del ventisquero de Putzil, encima del cual estábamos; á las doce como á la mitad de la altura detrás de un peñón que termina una masa de piedras que arranca de la base del Curiquingui. Un viento del O. nos envuelve en nubes. 3° Réaumur. A las cuatro, después de haber nevado dos veces una nieve como medula de saúco, y entonces completamente entre nubes emprendimos la bajada. Caíme y rodé una porción de veces, lastimándome el brazo y las piernas. A las seis estábamos abajo. Habíamos equivocado el camino como á su tercio inferior.—Aspecto de la cumbre del Chimborazo, fenómenos sentidos á la entrada, glaciales, canchales, pintos, lavas. Dormimos abajo acampando sobre la arena. Mucha niebla y frío.

El descenso.—El almuerzo.—La Mocha.—El Tunguragua. Alumbrado casero.

Día 28.—A las seis de la mañana tratábamos de buscar el camino que conduce á La Mocha, donde nos esperaba la carga de equipajes.

Este camino rodea la falda Sur del Chimborazo. Bajando mucho, se tiene que dar con él. A las nueve tropezamos con el guía Muñoz que, como Isern, nos creían sepultados en la nieve ó despedazados en alguno de los precipicios. A las diez nos encontramos con Isern en una quebrada que hay pasado el Río Colorado, que nace en el glaciar de Putzil, y el río Totosilla, estrecho y lleno de rodeos. También habíamos pasado la Chorrera que forma el Colorado con otros dos á la vera del camino, cuyas gotas levantaba el viento de estos páramos y nos daba en la cara como una lluvia. En aquella quebrada tomé alimento por primera vez después de principiar la ascensión al Chimbo-

razo—un poco de gallina y chocolate crudo—. Almorzó con nosotros el guía Pancho y un *chasqui* (1) que había clavado su lanza en el arroyo, que nos dió agua para el almuerzo. Andando bien llegamos á La Mocha á las cuatro. Son dos hileras de cabañas colocadas sobre una cuesta, al final de la cadena de los tres volcanes escalonados Chimborazo, Caraguairazu y Puñatica.

Al entrar por el pueblo se descubría el término nevado de Tunguragua, cónico truncado, delicuescente en la cima y uno de los más bellos de esta planicie. Encontramos un arriero en una de las primeras casas del pueblo. Nos sirvieron espléndida cena que ¡ya nos hacía falta! No quiero dejar pasar la manera de alumbrarse en estas casas de posada: un cacharro, bien un plato roto, taza, etcétera, un pedazo de sebo tal como se arranca del tejido adiposo y un trozo de trapo retorcido en una ó dos mechas.

Salida de La Mocha.—La llanura.—Ambato.—Contemplan los fuegos del Cotopaxi.

Día 29.—Abandonamos la *pocilga* de La Mocha á las seis de la mañana, con buen tiempo; hice mi *toilette* en un arroyo que por allí pasa. El camino es cómodo cuando seco. La tierra negruzca, parece ser de restos volcánicos ó de cenizas con cantos.

Una fértil llanura toda cultivada, numerosos cerros de base redondeada. A uno y otro lado del camino y formando setos vivos, se alza el *Agave americana*, y otra especie con las pencas (2) más rectas de un verde más claro y el tallo elevadísimo que lleva las flores y los ramos como el álamo y de donde sacan la pita tan usada en estas tierras. El aspecto de estos campos es muy ameno

(1) Correo de á pie en el Perú.

(2) Hojas carnosas de palma, *agave*, etc. Voz americana.

y su altura sobre el nivel hace que sean semejantes á los de nuestra Andalucía. Pululan á millares entre las pitas dos especies de lagartijas que los arrieros se entretienen en matar á latigazos. A las doce llegamos á un punto donde se halla una cruz derruída, y desde allí, como desde un balcón, se da vista al pintoresco Ambato, célebre por sus zapatos y cueros. Es un pueblo como de 10.000 almas, limpio, nuevo, sano, con calles tiradas á cordel, con casas bien construídas, algunas de piedra; cómoda posada y de alegre aspecto todo él. Está situado en una hondonada, por lo que su temperatura es máxima. El río Ambato, que nace del Chimborazo, corre en uno de sus lados y está todo él ceñido de huertas y arboledas, como de una corona. Juan Aguirre se ha puesto enfermo y hemos tenido que detenernos en el pueblo..... Por la noche hemos salido á ver los fuegos del Cotopaxi que se divisa desde aquí. En este pueblo los chiquillos recogen objetos de Historia Natural por dinero. Son muy obsequiosos. En fin, es Ambato una especie de *oasis* desde Guayaquil á Quito.

Visitan Moya.—Descripción de este sitio.—Las fuentes.

Día 30.—A las diez he salido para Pelileo á visitar Moya. Todo el camino es de arena menuda, volcánica y muy movible y muy molesta porque los vientos la transportan de un lado á otro. En algunos puntos tienen que desviarse las bestias para poder andar. Debajo de esta arena se encuentra tufo (toba) volcánico, con grandes trozos de traquita, lava, etc. Algunas quebradas muestran un conglomerado de cemento cálcico muy blanco y muy bello, pero en trozos menudos. Mucho lagarto y poquísimas aves.

La Moya es un sitio célebre por haber salido de ella en dos ocasiones *erupciones de barro* que han arruinado ó destruído el pueblo, siguiendo el curso del río Palaté que pasa por allí cerca. Hoy día es un potrero. La figura precedente representa el plano de Moya, que tiene la forma

de un anfiteatro con la abertura hacia el pueblo, que se halla como si dijésemos en el proscenio (1). Se continúa hasta la cuenca del Palaté. El fondo es cóncavo, limoso, lleno de yerba; las paredes, de pómez y tufos volcánicos, como todo el terreno circunvecino, de manera que parece encerrada en él ó hundida en el fondo y saliendo de entre los pómez. Hay una fuente de agua pura y cristalina y otra igual más abajo que surge del suelo, levantando la arena volcánica, manteniéndola en suspensión y produciendo en el fondo de la hoya borbotones de arena, como si hirviese; pero ésta es tan poco concreta, como volcánica, que no enturbia el agua y se levanta como unos tres dedos del fondo. Metí la mano en uno de estos agujeros y observé la resistencia que hace el agua sobre la arena que arrastra consigo. A la izquierda y cerca de los bordes de La Moya mirando hacia el pueblo hay otro manantial de la misma clase. En ambas pululaban los renacuajos.

Todas las aguas de esta fuente se van reuniendo sucesivamente y corren juntas por un canal que se dirige á Pelileo.

En otros puntos del fondo de Moya hay ciénagas en que el agua se filtra lentamente hasta la superficie. Indudablemente la abertura de la Moya y los fenómenos que allí tienen lugar son dependientes del volcanismo del Tunguragua, que aparece allí cerca altivo y hermoso. A las cinco y media estábamos de regreso en Ambato.

Salida para Mulaló.—Aspecto del terreno.—El Cotopaxi. Salida de Tacunga.—Panorama pintoresco.—Llegada á Mulaló.—La casa parroquial y el cura.

Día 1.° *de Diciembre.*—A las siete salimos Pancho y yo con las caballerías de carga en dirección á Mulaló que es la *pascana* regular desde Ambato (pascana llaman los

(1) Se refiere á un croquis que aparece en el «Diario»

arrieros á la jornada). Juan quedó con Isern que [se] reunirá con nosotros cuando aquél se alivie. Todo el camino con pitas, arena volcánica y quebradas donde se vén perfectamente las diferentes capas de tufo, lava y piedra pómez. Estas quebradas son de paredes perpendiculares y paralelas, por la facilidad que tiene el agua de abrirse paso por entre estas substancias y arrastrarlas. A cuatro leguas de Ambato se pasa el río Sarache y después el Nagsiche, en una majestuosa quebrada de pómez blanco como la nieve y con cómodo puente muy nuevo. Sigue una planicie que atravesamos galopando por entre ágaves y árboles de pimienta, cuyos racimos nos daban en el sombrero. Pásase también el Cutucho, por un puente nuevo donde desemboca el camino recién abierto por el actual Presidente. Un poco más arriba se descubre la bella población de Tacunga, cuya base tapan las yerbas y por cima de cuyas arboledas se distingue, como un botón de plata, la cúpula de la iglesia. El Cotopaxi estaba cubierto enteramente; por detrás se veía bien claro el Tunguragua y el Rumiñaga á la derecha sobre el pueblo se destacaba sombrío sobre un fondo azulado-obscuro y tormentoso, terminando encima una negra nube que amenazaba con sus truenos y color una cercana lluvia. Llegué á la una á Tacunga; me detuve á almorzar; me sirvieron perfectamente. Me sorprendió tanta multitud de casas de piedra que hay empezadas y ninguna por concluir, bien que lo mismo ocurre en Ambato. La piedra es pómez, y sacan trozos bastante grandes, algunos de dos pies cúbicos. En ninguna parte he comido con tanta limpieza y gusto, incluso Guayaquil: mantel, muebles y servicio, todo limpio. El camino es llano como la palma de la mano, hasta Mulaló. Como á una legua hacia la derecha de él, al pie de un cerro, hay una ciénaga con una fuente que arroja burbujas entre la arena con un gas que no he podido conservar. Salí de Tacunga lloviendo, pero empezó á soplar viento N.E. que lentamente fué despejando las nevadas que podía alcanzar la vista. ¡Qué espectáculo! Estaba

en medio de un círculo marcado por las nevadas. Illimana hacia el N. con su cumbre preliminar, notable por las alternadas líneas negras de la roca y blancas de la nieve, dispuestas horizontalmente ó algo oblicuas, pero nunca verticales, que le dan aspecto de un sombreado con lápiz; al S. el hermoso Tunguragua; al O. la prolongada cima del Yana-Ureu; al N.E. la histórica montaña del Runiñaga, cuya cima apenas alcanza á reconocerse, y al E., por último, el sublime Cotopaxi, cuyo blanco y constante penacho de humo se reune de cuando en cuando con otro de color de ceniza, subiendo juntos hasta el cielo sin mezclarse. El Cotopaxi parece una gigantesca ara de mármol consumando un sacrificio, dominando toda la comarca y elevando una especie de tributo de la tierra al cielo.

A las seis llegué á Mulaló y me fuí á alojar á casa del cura ó convento, como la llaman, triste y sencilla morada de piedra y barro, humildísima en su mueblaje, al lado de una iglesia tristísima también, pero respirando una tranquilidad agradable, poesía de la pobreza como allá en las montañas de Santander.

La temperatura, la vegetación, la casa y los que la habitan recuerdan las altas planicies de aquellas montañas. El párroco es un pobre anciano casi ciego y que no parece digno de llevar el nombre de sacerdote. Anteojos azules, cuello morado bordado de oro y muy viejo, traje de bayeta del país. Por estos pueblos los clérigos y frailes no llevan con rigor el color negro, ni mucho menos. Parte del camino he venido con frailes con poncho colorado, sombrero de jipijapa y zapatos de cuero amarillo de Ambato (1), y unas enormes espuelas; el único distintivo era una capucha negra (2) que salía por la abertura del poncho.....

---

(1) Al Sr. Jiménez de la Espada llamó mucho la atención semejante indumentaria, que sin embargo, es una necesidad en aquellos climas.

(2) La usual que acompaña al hábito.

Catequesis en la Iglesia de Mulaló.—Visita al Cotopaxi. La flora.—Noche al raso.

Día 2.—Esta mañana á las ocho estuve en el campanario, adonde se sube por una rampa exterior y dos escalinatas. En el patio contiguo de la Iglesia, donde hay una cruz, he presenciado la lección doctrinal de la mañana. El Ayudante recita la doctrina en alta voz y después repiten los niños y niñas colocados en dos filas una frente á otra y de rodillas, según la figura (dibujo), y llevan unos cuernos. Concluídas las oraciones, entonan una salmodia y salen las niñas delante tocando el cuerno.

A las once y media se ha derretido de repente casi toda la nieve que cubría el Cotopaxi, que había amanecido nevado.

A la una salgo con un guía y Pancho para visitarlo. A legua y media entramos por la vegetación montaraz constituída por *chuquiragas, fuchsias, ribes, ericas, popas,* etc., quedan por fin las *chuquiragas* y avanzan hasta mezclarse con los aislados montoncitos de nieve; aisladas también algunas matas de gramíneas, como penachos, y alguna que otra compuesta acaule y diminuta agrupadas unas á otras como para librarse del frío. Esto sucede en la región de los témpanos [?]. Hemos dormido en Racu-Sarca entre los barrancos Paca-guaico y Purgatorio. Yendo por Quimchibana-Zuglunpamba, y saliendo al chorro se puede subir mejor al Cotopaxi porque se llega á caballo hasta la misma altura que yo alcancé á pie. La última hacienda que se encuentra en este camino subiendo, es Ticatiti; la penúltima, San Elías, donde termina verdaderamente la falda del Cotopaxi.

Pudimos dormir en Ticatiti, que es lo que aconseja la prudencia, pero quise acercarme al cerro lo más posible y subimos hasta Racu-Lara, donde concluyen las chuquiragas. Allí, detrás de una soberbia mata, hicimos nuestro rancho para pasar la noche. Pancho procuró encen-

der fuego y los dos guías fueron por pajas y leña. Empezaba la niebla y la noche con S.E. fresco. De pronto uno de los caballos rompe el lazo con que estaba amarrado, el otro le sigue; Pancho detrás, porque tenían su manta y cama y mi silla. El guía principal que traía paja corre también, y yo quedo solo; á poco aparece el segundo guía, hombre impasible é inepto, con una carga de leña. Encendimos fuego á duras penas. Entrada la noche arrecia el S.E. y empieza á nevar; en un momento estuve cubierto de nieve, y lo mismo todos nuestros enseres; el guía acurrucado en el poncho no quería atizar el fuego, tuve que trasladar éste á otro lado, pero se apagaban los tizones, con un jarro trasladé el rescoldo, ardió; me acurruqué en el poncho, me puse una garibaldina sobre la cabeza, me tendí como un jabalí sobre ellos.

Ascensión tenaz.

Día 3.—Amaneció lleno de niebla y con una temperatura fría. El guía, que volvió con los caballos á las ocho, dice que no se puede subir estando el cerro cubierto. A las once emprendimos la ascensión; todavía se pueden andar á caballo los cerros que llaman limpios con mucha propiedad.—Carácter de estos cerros y forma de llegar al pie de Alurcurco.—Mi caballo comenzó á irse cuesta abajo por el barranco pendiente; un hombre se *asorchó* ó *chumó*, como aquí dicen (sinónimo de emborracharse). Dejamos allí las bestias. Una loma larga...., separa los barrancos del Infiernillo y la quebrada de Alurcurco y hasta esta separación llega una corriente muy moderna de lava, piedras y ceniza.—Olor que despedía, trozo que subí, forma que dan á la superficie del cerro esas corrientes y las intermedias de las antiguas y de las modernas.—Forma y estructura.—La verdad sobre la antigua cubierta que arrojó el cerro en la primera erupción y que la llaman Alcurcu.—Naturaleza, estructura y forma de la montaña, su tamaño relativamente al cráter.—Barranco del Infier-

nillo y Purgatorio.—Barranco de Alcurcu, pormenores.—Escasez de fenómenos en tiempo que estuve en el Cotopaxi.—Cundorrumi, su leyenda, estado actual, naturaleza de la roca y forma cúbica (1).

Bajé á las cuatro y á las siete llegué lloviendo á Mulaló. Las nieves se derriten con facilidad en el Cotopaxi; tienen sabor ligeramente ácido sobre las corrientes de lava moderna. Vista del Quilindaña y su dos lagos *V. C.* y *Ver. Cocha.*

Día 4, *domingo.*—Ha amanecido espléndido el Cotopaxi, nevado hasta donde puede nevar; hasta el Rumiñaga aparece blanco y la nieve de éste y del Illimana forma un horizonte blanco. Brilla el sol con toda su fuerza. A las once, voy á misa.....

Día 5 (2).—Salimos de Mulaló á las ocho. Cerca de ese pueblo y á media legua está Rumi-pamba, campo sembrado de pedrones aislados de lava de donde sacaron los incas el material para El Gallo.—Visita á esta hacienda.—Su monumento.—El cerro Callurco ¿es artificial ó no? Consideraciones en pro y en contra. Descripción del monumento. A la una salgo del Gallo. Camino hasta Machachi siempre volcánico; ligera capa de cenizas como de pómez; otra vez cenizas..... Quebrada angosta y profunda, llena de vegetación fresca y graciosa pasado ya el Illiniza, antes cuesta de Tingullo. Risueña posición de Machachi, se ve perfectamente desde él el Pichincha. Chasco, con las posadas. Su temperatura es verdaderamente fría porque está entre los nevados de Corazón, Rumiñaga y Pichincha.

Día 6.—El cielo amanece purísimo y las nubes altas. Se ven todos los nevados: sombrío siempre el Rumiñaga; despejados el Cotopaxi y el Illiniza; lejano el Antisana

---

(1) El autor indicaba estos temas para desarrollarlos sin duda en alguna Memoria. No la hemos encontrado.

(2) El «Diario» dice 4, suponemos sea una errata.

y el Pichincha, como una piña de oro sobre un color de aurora.....

Quito.—El Hotel Americano *y su reglamento.*

Día 7.—Llego á Quito á las dos. Cercanías, quintas, entradas de éstas y su disposición, aspecto, etc., etc. Voy á la de Garzón, donde vive el Vizconde de la Vega. *Hotel Americano* del Sr. Alarcón. Inscripción sobre el billar: «¡Ojo! Se prohibe á todo hijo de familia la entrada en los billares y también *á los de poncho*». Inscripción en el comedor: «Aviso. A la hora en que está el almuerzo y la comida se tocará la campana y entonces se acercarán los comensales». En los cuartos de pasajeros hay un artículo impreso en las puertas, en que prohiben entrar mujeres desde las seis como no son honradas, á juicio del dueño, etcétera. Visita al Vicepresidente, etc.

Día 8.—Descanso.

Salen para el Pichincha.—La hacienda de Palmira.

Día 9.—Salimos de Quito Martínez, Isern y yo, llegando á Palmira á las siete de la tarde. Es esta una posesión del Sr. Guerra en un valle de la falda del Pichincha. Percance de las cargas. A las cuatro llega el Vizconde.

Día 10.—A las ocho y media salimos de Palmira para el Pichincha. En la mitad del camino encontramos á Almagro y fuimos juntos á la hacienda de Núñez, situada entre Lloa y Palmira. Es un antiguo convento de Cartujos, cuyas arcadas de los claustros bajas y pesadas se hallan en ruinas ó fuera de nivel á consecuencia de los terremotos. Para almorzar tuvimos que arrebatar un cerdo y alguna gallina á los indios de la hacienda. Como á las dos, nos pusimos en marcha con un mal guía (garzón) en dirección del nevado para hacer noche en la choza que sirve para el rodeo de la hacienda.....

Ascensión al Pichincha.—Panoramas.—Gálvez.

Día 11.—De mañana temprano emprendimos la ascensión á caballo; las pobres bestias estaban poco dispuestas, porque el potrero de la cabaña es pequeño y escasa la yerba. Tomamos el camino más largo y llegamos como á las doce junto á unos pedrones al pie del arenal, donde dejamos los caballos. Llegamos á la cumbre ó filo del gran cráter Rucu-Pichincha. Contemplamos aquel inmenso y gran espectáculo porque el día bellísimo permitía distinguir los menores detalles del Huatina-Pulucha. Su descripción.

En el horizonte brillaban las nevadas de Cayambi, Antisana, Cotopaxi, Corazón, Illiniza, Chimborazo, etc., y en último término, hacia el S.E., se veía claramente la espiral del humo del Sangai.

Nuestra empresa se limitó á esto. El guía dijo terminantemente que no sabía bajar. Almagro, que bajaría, y luego se angustió cuando le dijeron que abajo no había leña. Bajamos á los pedrones, cogimos rocas y plantas, fuése á Quito el Vizconde y cazando y herborizando nos volvimos á la cabaña. Cenamos mejor y dormimos con algo más de comodidad, gracias á nuestras camas. Gálvez vino acompañado de otros dos y su hijo con *bodoquera*, y prometió guiarnos al día siguiente para la bajada al cráter dándolo todo por fácil yendo él con nosotros.

Ascensión al Pichincha.—Baja Espada al fondo del cráter y se extravía.

Día 12.—Salimos después de almorzar para el cráter. A medio camino Gálvez empieza á poner dificultades al tiempo, asegurando que no se podrá bajar por la lluvia que sobrevendría. Prométenos bajar de cualquier modo, en caso de seguir adelante. Seguimos. Isern se vuelve atrás; yo bajo el primero, Martínez y Almagro comienzan

detrás con Gálvez; á las doce y veinte estaba [yo] en el fondo que separa al antiguo del moderno cráter. Siguiendo la primera barranca por donde se encarrilan las piedras va uno derecho al precipicio, hay que torcer á la derecha bajando por ella. A las doce y cincuenta, sobre la cuchilla del volcán en descenso; carga la niebla, busco, sin embargo, la entrada del volcán moderno dando la vuelta por de fuera, es inútil; antes de volver al sitio de donde partí en la cuesta, viendo que la niebla y lluvia no cesan duermo debajo de una piedra que parece un dolmen. Gran nevada por la noche.

Continúa Espada en el cráter sin poder salir.

Día 13.—Bajo por el arroyo que pasa al Sur del Callejón entre Rucu y Huahua, de peñas escalonadas. Describe un arco de círculo de N. á S. hasta encontrarse perpendicularmente con el Nima-Yacu, y que va á dar á Esmeraldas. Percance al seguir esta cuenca: cascadas derrumbadas, cortes, bosque, quebrada con huellas de corzo y león. Duermo en un sitio debajo de una enorme peña de la que cuelgan líquenes y helechos como cortinajes y que me preservan de la lluvia. Cerca de mí corre un cristalino arroyo. *Me queda sólo un panecillo averiado.* Siempre E. La quebrada termina en un terrible precipicio, cascada ó chorrera seca, que cuando baja llena escarba debajo de la peña el lecho que ahora me sirve á mí.

Sigue extraviado sin encontrar salida.

Día 14.—Desde el punto donde he dormido, sin beber una gota de agua, subo hasta la cresta de Huahua y desde allí al pasillo Sur del callejón. Bebo con una delicia que hasta entonces no había conocido. La nieve y la lluvia arrecian; á pesar de eso comí y dormí debajo de un peñón, porque el dolmen había desaparecido.

Cuando dormí debajo de los helechos sentí temblar

dos veces la tierra. En esta ocasión, por de contado, nunca he dormido en seco.

Por fin encuentran los guías á Espada.

Día 16.—A pesar del frío me levanto temprano. Sigue el viento fuerte; á las cinco me encuentro con los guías Sebastián Tena y el indio Samuel, á mitad de la subida del cráter; á las seis estaba arriba; esperé á que me recogieran el cinto que había perdido; á las nueve, á pie, estaba en la choza del rodeo de la quinta de Núñez. En el camino me encontré otra partida de los que iban en mi busca; á las dos estaba en Quito. Nunca se me olvidará la descripción detallada de todos estos sitios.

Días 17, 18 *(Domingo)*, 19 *hasta* 27.—[Los pasó reponiéndose de los sufrimientos soportados durante los días que estuvo perdido.—P. B.]

Nueva expedición.—Lluvia y dificultades.

Día 28.—Expedición al Antisana. Valdivieso y familia salieron de Quito á las doce del día. Gran lluvia en el valle de Chilló. Montaña de Italó, paso del río Pita que baja del Sinchulagu [?], violento y cautivo; no podemos pasar la quebrada porque el río Shangalli viene de bote en bote; vuelta á atrás; un indio me indica una hacienda, la de Valencia. Llegamos casi de noche, allí dormimos y cenamos un *locro* de papas y queso Martínez, Tena, Pancho, Juan, Pedro, Amor y yo.

Llegada á Pintac.—Aspecto del terreno.—Guajal.
El valle de Chillo.

Día 29.—Amanece lloviendo. Hasta las doce no pudimos salir de la vaquería llamada Santa Teresa. Ví ordeñar y hacer quesos. Cuando despellejé el zorro y le

rompí la vejiga, olor insoportable del que yo no tenía idea. A las doce llegamos á Pintac después de atravesar dos profundas quebradas, la última infernal; en ella se rompió una pierna el mayordomo de Pinambura. Basta de topografía; es inútil repetir lo bello de los callejones que forman gran parte del camino de Pintac á Pinambura, sobre todo la quebrada del Guajal en cuyo borde izquierdo está situado (este último). Es un torrente de piedras ó derrumbadero que viene por aquélla y á cuyo fin pasa el camino para Pinambura. A la derecha del torrente corre un agua que procede de la laguna del Monte-Pungo, antiguo cráter; el otro [arroyo] es el Lisco, puro y cristalino. Más abajo en el camino reunen sus aguas. A las dos llegamos á Pinambura, hermosa hacienda con su corredor que da sobre el valle de Chillo y tiene enfrente al Pichincha. Se encuentran en él las rosas.....

Después de comer me acomete una jaqueca y me acuesto.

Día 30.—(Observaciones). Barómetro, 54,8; termómetro, 9°,2 9°,5 Réaumur, ocho y media á nueve.

Salimos á las nueve y media, seguimos la quebrada á la vista del torrente de piedras; dimos una vuelta buscando la lagunilla de Sebanco; matamos dos patos de cinco que había y volví después del rodeo á tomar la quebrada por cima del derrumbadero de piedras. Al llegar á La Seca, donde corre un riachuelo del mismo nombre donde hay una *cocha* (1), llamada también La Seca, pude ver que el torrente de piedras parte de un bosque por bajo del Antisanilla encima de la laguna de Tipo-Pugru ó Tipo-Pugra.

Todas las lagunas son remansos del Lisco más ó menos grandes hasta que encontrándose con las piedras del derrumbadero se esconde para salir por bajo del Pinambura.

Bajamos al tambo á las cinco, lloviendo. (Observaciones):

Barómetro, 49,38; Réaum. 4°, á las seis de la tarde.

---

(1) Estanque.

Barómetro, 49,3 $^1/_2$; Réaum. 4°, á las cuatro y media. C. 5°.

Día 31.—Dos mañana: Bar. 49,3 $^1/_2$; Termómetro de agua 3° Réaumur; al aire + 2° Réaumur, 2° $^1/_2$ C.

Ocho de la mañana: Bar. 49,4; Term. 5° Réaum., C. 6°.

Por la mañana á las siete sol fuerte; nevado descubierto; á la una y media granizo en la laguna segunda de Lluan; á las siete y media lluvia con granizo, después cambió el viento al S. y se despejó algo el cielo y cesó la lluvia.

Podiceps de la Mica=Chupili; *Scolopax*=Tumbador.

Chorlito=Chirlillo=Ruo=Cuscungo.

Gaviota=Paloma de Páramo=Cuncungo.

1.° *Enero de* 1865.—Una y tres cuartos mañana: Barómetro 49,5.—Réaum. + 0°,9 dentro de la caja.—2 corredor fuera.

Ocho y cuarto mañana: Bar. 49,5.—Term. 4°.

Al pie de la nieve del Antisana, once y cuarto mañana: Term. 6°.—Bar. 48,5.—A las tres y diez tarde estaba en la cuchilla entre los dos cerros que se ven desde el tambo.

A la una en la laguna de Mica.—Bar. 49,5.—Temperatura del agua á tres varas de la orilla, 15° C.; á la orilla, entre 7° y 7° $^1/_2$ Réaum. Vuelta de la expedición á la Mica á las seis.

A las seis y cinco: Bar. 49,7; Term. Réaumur 7°.

Día 2.—Tres y media mañana: Bar. 49.—Termómetro caja, 2°; agua, 1 $^1/_2$.

Diez y cuarto: Bar. 49 $^1/_2$; Term. 6° $^1/_2$ Réaumur; agua, 7° $^1/_2$.

Doce y media: Bar. 49 $^1/_2$ décima; Term. caja, 7°; agua, 6 $^1/_2$.

Tres tarde: Bar. 49 $^1/_2$ décima; Term. caja, 5°,5; agua, 4°,5.

Ocho y media noche: Bar. 49,1; Term. caja, 4°; agua, 3 $^1/_2$.

Diez y cuarto noche: Bar. 49,1; Term. agua 3° $^3/_4$; ídem caja, 4° $^3/_4$.

Día 3.—Nueve y media mañana: Bar. 49,1; Termómetro agua, 2° $^1/_2$; caja, 3 $^1/_3$.

Expedición á la Mica.—Movilidad de la valla, profundidad de la laguna, fango y *Potamogeton* (1).

Día 4.— Amanecen helados los charcos.— Barómetro 49,2; Termómetro agua 3° $^1/_2$. Temperatura de las fuentes de la Mica 23° $^1/_2$.—Charca grande, honda, circular; agua amarilla, nato-rojiza: 15°, 15° $^1/_2$, 16°. Fondo superficial; esta charca está más elevada que las otras. La nata, de la que fluyen gotas, es blanco-sucia-amarillenta y se deposita en el fondo sobre cieno negro. La charca-fuente, donde surgen musgos verdosos, tiene la nata rojiza; el olor del gas es sulfuroso marcado. Hay mezcla de hidrógeno carbonado, ¿será del cieno?; el sabor es dulce pesado con sabor estíptico-ferruginoso; el número de charcas, de 35 á 40. En una de ellas grande que está á la derecha de la circular mirando á la laguna de La Mica, el termómetro me dió 21° C., otra 21°,5 C. En el cieno marcaba 14° C.; me pareció extraño, lo tuve dentro unos cuatro minutos. Temperatura de la atmósfera, 10° C. Idem del río Coles-Larca, inmediato á las charcas, 10°. A la izquierda del gran hervidero hay una hilera de charcas.....

En el punto céntrico hay un agujero en que el agua cristalina á 9° C. está tan saturada de ácido carbónico que parece agua de Seltz de sabor ferruginoso. Las dos charcas más próximas al cerro tienen las temperaturas: una de 16° y la otra de 14° C.; están más altas que el gran hervidero; lo más notable del punto céntrico es que el agua no mana ni disminuye su nivel.....

Día 5.—A la una de la mañana: Bar. 49,3; Termómetro R. 3° $^1/_2$; á las ocho noche, 3°. A las doce de la mañana nos ponemos en marcha para Pinambura. Pancho se queda muy malo. Pasamos por Lisco (Hacienda), bella posición en el fondo de la quebrada por la que corre el río del mismo nombre y al pie de una cascada que forma

(1) Planta acuática de la familia de las *nayadáceas*.

allí el río. Guamani se llama el cerro donde está la puerta de madera frente á la cual se encuentra el origen del torrente de piedras de Lisco. Al salir por ella se le ve de repente. Llegamos á Pinambura á las cinco de la tarde. El hijo del mayordomo trajo un hermoso zorro que aquí llaman lobo, pues su corpulencia le permite atacar y robar las ovejas. Los perros lo pillaron en una pampa del páramo junto al tambo. Pancho enfermo y Tena, quedaron en el Antisana.

Día 6.—A las siete: Term. R. 8°. Salí á cazar, volví á las dos. Term. 12° R.

A las tres y media: 12° $^1/_2$ R. y 13° C.; ocho y media noche: Term. 9° $^3/_4$ R.; Bar., 54,4.

A las dos tarde: Bar. 54,1.

Observaciones barométricas y termométricas.—Expedición á la hacienda de Lisco.— El cráter.— La corriente eruptiva.

Día 7.—Seis y media mañana: Bar. 54,3; Term. 8° R.—Expedición á Lisco y Muerte-Pungo desde Pinambura, Martínez y yo, Pedro y Tena. Guía el hijo menor del mayordomo. A las nueve llegamos á la hacienda de Lisco. Barómetro, 53. Aquélla está en la confluencia de las aguas que bajan de la Guaitara y el llamado propiamente Lisco. Hay ruinas de un horno donde hacían antes cal; hoy está abandonada esta industria. La hacienda se halla deshabitada, excepto en los *rodeos* (1) ó cuando ocupa un cuarto el *chichucama* ó guarda del ganado preñado. Una chorrera viene á dar también tributo al Lisco desde Chacanapata. Nos detuvimos á tomar leche en Antisanilla, pequeña casa á la vera misma del torrente de piedras de la parte alta.

A las once de la mañana: Bar. 50,6; á las doce y media en la laguna de Muerte-Pungo (puerta de la muerte, Baró-

(1) Sitios donde se halla el ganado.

metro 49,6. Agua en el borde, 13° C.; fuerte viento muy frío y lluvia. Al regreso á Lisco: Bar. 52,1 á las cuatro y media; Lechaco-Pata, en vez de Bolichuco? Huapanillo, desde Sinchu agua hasta el Huapal, que es el río formado más abajo de Pinambura por el Lisco y el Muerte-Pungo. El otro río que confluye en la hacienda de Lisco se llama Torrenco; la lagunilla primera al pie de Guamaní, Chaquia-Cocha (laguna seca). A las dos visitamos el cráter de Lechaco-Pata, de donde hizo erupción el torrente de Lisco. Todavía se conserva una masa de traquita resquebrajada, como si se hubiera hendido al enfriarse formando una muralla que encierra el cráter hacia el N., que es donde tiene la abertura el anfiteatro de aquél. Desde allí la corriente eruptiva se dirige descendiendo notablemente hacia la derecha de la longitud de un kilómetro en dirección de la laguna de Muerte-Pungo, cuyo desaguadero detiene, infiltrándolo en su masa para dejarlo salir debajo de Pinambura. La otra, como de dos millas de larga, toma á la izquierda siguiendo el barranco ó valle que debía recorrer libremente el desaguadero de Muerte-Pungo, se desparrama en el páramo de Antisanilla después de inclinar [sic] como un beodo al N. por un cerro que viene continuando la cuenca del desaguadero y que es más alto que el páramo. Inmediata á los límites del páramo, casi horizontal ó con ligero declive hacia la quebrada de Lisco, se diseña una cascada frente á Guamaní por cima de Tipu-Pungo, dando á la izquierda de la caída un pequeño ramal que detiene al Lisco, tomando la laguna de La Seca, cuyo desaguadero por debajo de la corriente eruptiva forma la laguna de Tipu-Pungo que se encuentra precisamente en el ángulo que forma esta corriente de La Seca y la que dirige por la quebrada de Lisco abajo hasta terminar en el camino que corta la quebrada de Pinambura.

La superficie de la costra eruptiva es cóncava, levantada en los bordes que tocan hacia fuera en el cerro de la cuenca por un talud oblicuo de 45° próximamente en los

extremos de la corriente de Muerte-Pungo y Pinambura y La Seca. El talud no es plano sino escalonado. Desde su borde para adentro también se notan escalones que parecen responder á las ondulaciones superficiales de la masa semifluída que salió del volcán. Estas ondulaciones son muy notables y características desde el volcán hasta Muerte-Pungo, porque parten como ondas del centro eruptivo á los bordes extremos.

Son también dignos de atención los pliegues ó elevaciones y depresiones de la misma masa al derrumbarse por cima de Tipu-Pungo. Allí está perfectamente demostrado cuál debió ser la consistencia de aquella masa cuando se proyectó á la quebrada (es decir) la de un barro ó pasta espesa. En medio del camino se dividió, dejando, á modo de isla, un cerrito que conserva la misma vegetación que los comarcanos; en otro punto, más reducido, se nota el mismo fenómeno. Las cuestas correspondientes á las ondulaciones de esta masa están generalmente coronadas de rocas ó pedrones porosos, laviformes, rojos y deleznables, afectando formas que corresponden á una substancia soluble desigualmente en su masa, que las aguas de la lluvia fueron arrastrando poco á poco. Esta substancia abunda en los bordes exteriores de la corriente, así como en el resto pedrones de traquita muy dura de fractura vítrea, tamaños diversos y forma irregular y como rotas al acaso. También se notan en la masa aglutinaciones poco compactas, como si hubiesen sido de barro y que el tiempo ha reducido á polvo grueso mezclado con fragmentos de traquita más ó menos grandes y de distintos colores dominando el negro y después el rojizo, por efecto del hierro que contienen. La vegetación ha invadido apenas esta masa, solamente junto á la laguna de Muerte-Pungo la cubren algunas plantas cerca del origen volcánico y en el extremo que corresponde á Pinambura. Esta enorme masa seca y árida parece recién vertida y depositada sobre los verdes bosques ó páramos en que descansa. En el Antisanilla los bordes se levantan sobre la superficie del páramo como

unos 40 ó 50 metros en la parte más alta, y en el resto, por la cuenca del desaguadero, que es su mayor extensión, como 30 ó 40 metros.

En la quebrada del Lisco subirán en algunas á 70 ú 80. La profundidad de esta masa la calculo en unos 90 á 95 metros y su anchura en 120. La masa que está como cuajada cerrando el cráter que tiene la forma de un anfiteatro abierto al N., es como una pasta y las hendiduras de los pedrones parecen indicar que se ha quebrado al enfriarse. Esto es indudable, porque lo he observado detenidamente; pero ¿[cómo] concordar este fenómeno con la naturaleza de la corriente? El cráter ha sido muy elevado antes de la erupción; así lo indica el cerro sobre que se apoyaba y que hoy presenta una cortadura perpendicular donde se ven: 1.°, una profunda escotadura semicircular correspondiente al cono eruptivo, y 2.°, las capas de terreno en esta forma [se refiere al croquis del original]. La disposición de las capas es notable porque la traquita antigua descansa sobre el conglomerado diluvial de traquita también antigua. Detras del cráter, á la derecha, hay una pequeña cavidad cónica y profunda en cuyo fondo se vé una lagunilla. El cráter tiene los bordes formados en su mayor parte por una roca porosa semejante á la que corona las ondulaciones de la corriente. La superficie del mismo y algunos barrancos interiores están rellenos de un polvo rojizo ó rosado, grueso, que cuando aglutina las piedrecitas pa-.....

De todas estas rocas van muestras en las colecciones.

La laguna de Muerte-Pungo, en la cabecera del valle donde está el volcán, se halla más baja que el cráter; es de forma semicircular y recibe sus aguas de una cascada que termina en una ciénaga.....

Esta erupción es histórica. Existe entre la gente de estos páramos y hacienda la tradición de este fenómeno. Dicen que no hubo fuego; que la erupción fué una corriente de lodo y piedras acompañada de grandes ruidos y del hundimiento del cráter, hasta el nivel que hoy tiene, inferior

al de los cerros que limitan la cuenca por donde se extendió. Afirman, además, que vieron aparecer esta masa adelantándose por la cuenca del desaguadero y Lisco, y entonces fueron á buscar la causa del fenómeno hasta el cráter. El aspecto que presenta hoy día esta corriente demuestra lo que llevo dicho. Todo es fácil observarlo, así como sorprende y admira la magnificencia del fenómeno. Descripción pintoresca de él, etc., etc.

Regreso á Quito.—Borracheras.—Las máscaras.

Día 8.—A las ocho salimos de Pinambura, á las nueve y media estábamos en Pintac, á las doce y veinte en el Colegio, á las doce y media en Cono-corto, á las dos en Quito. Changalli, río que á la ida no pudimos pasar; Pita, que viene de Inchulagua, tiene ya puente de palo con ramas. Animación en los arrabales de Quito, en las máscaras de inocentes.—Indios bebidos tocando el tambor y el pito.—Para el aguardiente usan vasos rojos del tamaño de una ánfora china.—Visita al antiguo paseo de Quito.

Composición del pinol.—*Aspecto de Quito.*

Día 9.—*Pinol.* Se compone de habas tostadas, harina de cebada tostada *(maxca)*, canela de Castilla, clavo, *ispingo* (flor de canela), pimienta de Jamaica, azúcar y *rapaduval (chancaca)*, todo molido.

Carácter de Quito. Ciudad vieja, llena de cuestas y quebradas; casas intactas desde que se construyeron; ruinas de edificios que no se habían terminado; casas modernas sin balcones, muchos indios y variados, mucho convento....., ninguna señora. El comerciante, al cerrar, echa la bendición sobre cerrojos y candados. A poca distancia del centro, los perros ladran á los que llevan levita; los pintores venden sus cuadros por cuartas y varas.

Pasa una nube por uno de los cerros altos no nevados y deja una huella blanca de nieve, como si al pasar se le desgarrara un pedazo.....

Recibe noticias de haberse terminado la guerra con el Perú.

Día 28 *de Enero* (1).—Día de correo de Chile. He sabido la terminación de los asuntos del Perú de la manera siguiente: el General Farfán, peruano, hijo del peruano de la guerra de la independencia y desterrado en Quito, se me acercó estando tomando café después de comer y me dijo: doy á V. la enhorabuena; los asuntos del Perú han terminado de una manera honrosa para su nación de V.; la primera cláusula de admisión del Comisario regio ha sido aceptada, así como la indemnización pecuniaria, etcétera, etc. «La voz que corre es de que mi patria ha aceptado una situación degradante; pero yo me río de esto, porque una nación como la española no podía proponer nada que fuese humillante. Estas noticias me las ha dado S. E. el Presidente, que acaba de llegar hoy».

Día 2 *de Febrero* (2).—Segunda expedición al Pichincha. Salgo solo de Quito á las doce. Tiempo lluvioso. A las cinco y media en la choza del rodeo de la hacienda de Núñez El Corral.

Costumbres de los indios.—Histórica inscripción en el Colegio Máximo de Quito.—Reflexiones.

Día 3.—A las siete salí de la choza; nieve hasta el páramo. A las once en el fondo del cráter al pie del cono de erupción. A las dos empecé la subida.—Descripción del volcán.—Croquis.

Matrimonios.—Acuestan á los novios y les quitan la ropa, forman con ella un hato, cargan á un indio con él,

---

(1) Faltan en el «Diario» los apuntes correspondientes á los días que median entre esta fecha y la del 9 del mismo mes.

(2) No constan las anotaciones á los días intermedios 28 de Enero á esta fecha.

bailan alrededor del hato y les cantan, con la música que llevan, una especie de Epístola de San Pablo, más extensa, donde advierten á los casados el cumplimiento de las más minuciosas obligaciones. No les devuelven la ropa hasta que han dado bebida, comida y plata, para regalarse los parientes y convidados á la boda.

Papallacta. Muertes.—Muere un indio: un pariente ó amigo toma la representación del difunto, considerándole los demás como dueño de los bienes del finado y hasta como en persona [de aquél]. Se le llama *aya* (muerto). En seguida se colocan los convidados en círculo acompañados de los deudos del difunto. El *aya* juega contra ellos los bienes del difunto y los pierde en breve. El juego que usan es el *guairo* (al aire); consiste en arrojar al aire un hueso tibia de rumiante con cinco ochavos un número en cada uno, en uno de los extremos [del hueso] un cero. Los efectos, los mismos que en el juego de dados. Cae con el cero hacia arriba, se gana el doble, y si el cero cae hacia abajo entonces la ganancia es triple. Cuando se han jugado todos los bienes del difunto se gastan en comilonas y borracheras; pero como hay que resarcir á los herederos de estas pérdidas, uno de los indios más diestros se viste con traje de pieles de gato y acompañado de otros cuatro y con las manos atadas, pero con movimientos libres, va recorriendo las casas del pueblo y apoderándose de lo que halla á las manos; basta que lo toque para que el dueño no lo pueda recobrar.

Los ayudantes de aquél van cargando [con] el botín, que depositan y entregan en casa del difunto. Mientras los hombres juegan, las mujeres, en un rincón, relatan llorando la vida y hechos del difunto.....

Siega..... Uno va cantando, los otros hacen coro [y] siegan á compás. El que lleva la voz siega por delante, los otros le siguen. Quedarse atrás sin percibir el tono y palabras del primero, retrasarse por tanto en el trabajo, es una gran deshonra. Adelantarse es, por el contrario, una gloria. Con una gratificación al que canta

trabajan á prisa, se estimulan los indios y siegan en un momento un campo de trigo.

Improvisadores.— Se reunen á beber aguardiente ó chicha, improvisan rimas y el que deja una sin hacer paga el gasto. Se están de este modo hasta un día entero, y los hay tan diestros y de tal fama que lo mismo que se presentan en la palestra [consiguen] desde luego la victoria. Los indios pagan de escote de buen grado, por oirles, así como se burlan con risotadas y bromas del que pierde. Recuerdo con este motivo las canciones rimadas de los negros del Brasil, que concluyen con un estribillo cantado en la Tijuca.

En la Iglesia del Colegio Máximo de Quito S. J. hay una lápida de alabastro calizo de tres y medio pies de ancho por dos y medio de alto, donde consta en caracteres de bronce la siguiente inscripción:

OBSERVATIONIBUS

LUDOVICI GODIN, PET. BUGUER, CAR. MARIÆ DE LA CONDAMINE E REGIA PARISIENSI SCIENTIARUM ACADEMIA,

INVENTA SUNT QUITI;

LATITUDO HUYUSCE TEMPLI AUSTRALIS GRADUS O. MIN. 13. SEC. 18. LONGIT.° OCCID.ª AB OBSERV.° REG.° PARIS. GR. 81. MIN. 22 * DECLINATIO ACUS MAGNETICÆ A BOREA AD ORIENTEM, EXEUNTE ANNO 1736 GR. 8. MIN. 5: 1742 GR. 8. M. 20 * INCLINATIO EJUSDEM INFRA HORIZONTEM PARTE BOREALI, CONCHÆ A.ᵐ 1739 GR 12. QUITI 1741, GR 15 *

ALTITUDINES SUPRA LIBELLAM MARIS GEOMETRICÆ COLLECTÆ IN HEXAPIDIS PARISIENSIBUS *

SPECTABILIORUM NIVE PEREMNI, HUJUS PROVINCIÆ MONTIUM QUORUM PLERIQUE FLAMMAS EVOMUERUNT. *

CATACAHA 2567; GAYAMBUR 3628; ANTISANA, 3016; COTOPAXI, 2952; TUNGURAGUA 2623; SANGAY ETIAMN.° ARDENT.ᵘˢ 2678; CIMBORASSO 3220; ILLINISSA 2717. *

SOLI QUITENSIS IN FORO MAJORI 1462; CRUCIS IN PROXIMO PICHINCHA MONTIS VERTICE CONSPICUÆ 2042: *

Acutioris ac lapidei cacuminis nive Pleurumque operti 2432 ut sinis infimæ permanentis in montivus niveis *

Media elevatio mercurii in barometro suspensi, in zona Torrida Al♀* parum variabilis * in ora maritima pollicum 22 linearum 0; Quiti 20 p 0 $1^1/_4$, in Pichincha ad crucen 17 p y l, ad nivem 16 p. 0 l. *

Spiritus vini qui in Thermometro Reamuriano a partibus 1000 incipiente gelu ad 1080 partes, in aqua ferventi intumescit * Dilatatio; Quiti a partibus 1008 ad partes 1018; juxta mare a 1017 ad 1020; in fastigio Pichincha a 995 ad 1012 *

Soni velocitas unius minuti secundi temporis intervalo Hexapeo 175*

Penduli simplicis Æquinotialis unius minuti secundi temporis Medii in altitudine soli Quitensis Archetypus :*.

(Mensuræ Naturalis exemplar, utinam et universalis) *

Æqualis $\frac{5.079}{10,000}$ hexapedæ, seu pedibus 3 pollicibus 0, lineis 6 $\frac{83}{100}$ major in proximo maris littore $\frac{27}{100}$ lin; minor in apice Pichincha $\frac{16}{100}$ lin. *

Refractio astronomica horizontalis sub Æquatore media juxta mare 27.^{m} ad nivem Chimborazo 19,51 unde et ex allis observ.* Quiti 22'50 *

Limborum inferiorum solis in Tropicis Dec. 1736 et Jun. 1737 distantia instrumento dodecapedali observata, 42° 28^{m} 36 sec. *

Ex quâ Positis diametris solis 32^{m} 37^{s} et 31^{m} 33 sec.

Refractionem 66 grad. Altitudinis 0,15. Paralaxi vero 4′ 40″ *

Eruitur oblicuitas ecliptiæ circa Æquinotium Martii 1737 Gr. 23. Min. 28. Secc. 28 *

Acllæ trium in baltheo Orionis mediæ (Bayero C). Declinatio australis Julio 1737, Gr. 1, Min. 23, sec 40 *

Ex arcù Grad. 3 $^1/_2$ reipsa dimenso gradus meridianæ latitudinis Primus ad l'bellam maris redactus Hexapp.^{is} 56650 *

QUORUM MEMORIAM

Ad Physices, Astronomiæ, Geographiæ, Nauticae, incrementa.

Hoc Marmore parieti Templi Collegii Max. Quitensis S. J. afeixo (sic). Hujus et posteri Ævi utilitati V. D. C. Ipsissimi Observatoris Anno Christi, 1745. *

Y pregunto yo delante de esta venerada inscripción, extracto y cifra de inmensos, utilísimos y provechosos trabajos, ¿qué les importan á los volcanes estas escrupulosidades de medidas? ¿Tendrán con ellas la misma consideración y respeto con que yo las miro? Con una sacudida se pueden desquiciar sus cimas, bajar y subir las alturas y cambiarse un triángulo de escaleno en equilátero. Mucha confianza han puesto los académicos en un terreno que en un momento se levanta.

Salida para el Napo.—Guapulo y su iglesia.—Predicciones de Humboldt.—Tumbaco.

Día 18 *de Febrero de* 1865.—*A las tres y media el primer paso camino del Napo, desde Quito;* á las cuatro y media, en Guapulo; á las siete y media en Tumbaco. Guapulo, desde la pintoresca cuesta de su nombre, parece colocado en el fondo de un embudo. Sobre la falda de la última corriente del Pichincha se destaca su blanca iglesia sobre el verde valle, iglesia que relativamente al pueblo es como el Vaticano á Roma; así descuella sobre aquellas humildes chozas. Es grande, bien construída, y su fachada de piedra es del tipo más puro y sencillo de su género, es decir, del estilo italiano del siglo xvii. Bien dice Humboldt que Guapulo y su bella iglesia están expuestos á precipitarse con uno de los probables derrumbos de la falda

pendiente y deleznable, sobre que están colocados, si el Pichincha se le ocurre conmoverse demasiado. La vista desde lo alto de la cuesta comprendiendo Tumbaco, la quebrada por donde corre el río, uno de cuyos afluentes forma una blanca cascada escondida en el fondo de un callejón que ella misma ha labrado en el valle de Tumbaco, es de lo más delicioso de estos contornos.

El camino de Tumbaco serpentea por entre tupidos abetos.

El río que corre al pie de Guapulo es el Machangara. Allí he visto el *rifitero,* ó el *ave San Pedro,* que más abajo es muy abundante y se llama *chiquecha.*

Tambuco es un pueblo regular situado en un valle pintoresco y cálido donde se dan hasta los plátanos. Las niguas, pulgas y chinches trabajan de noche contra el hombre; de día, los mosquitos.

Los indios no están dispuestos á venir más que para Oyambaro, no saben á punto fijo en la casa donde están las *pirámides.*

Visita España la pirámide *de Oyambaro.—Interés geológico de la quebrada de Chichi.—La* pirámide.—*Inscripciones.*

Día 19.—Salí á las seis de la mañana y llegué á las tres á la hacienda de Oyambaro. A las ocho y media dejé la *pirámide* y á las diez en Tumbaco. Para ir á la *pirámide* llamada de Oyambaro, por estar al lado de este tambo, hay que pasar la profunda y fresca no menos que hermosa quebrada del Chichi. Parece hecha exprofeso para el estudio geológico de estas características llanuras, situadas entre las faldas de uno y otro monte de los de la meseta central de Quito. Sus capas son perfectamente horizontales, delgadas, resaltando en líneas finas sobre las paredes perpendiculares de la quebrada.

Las cenizas, la arena pomácea de grano más ó menos grueso y blanquísima á veces, los pedrones de diferentes

rocas eruptivas con señales de acarreo más ó menos largo, detritus de estas mismas rocas en capas más gruesas, unas redondeadas y otras más agudas, vetas de escorias mezcladas entre las cenizas y la tierra y las líneas, ya alteradas, de algunas capas, tales son los materiales que forman las capas que se han ido acumulando lentamente en estos valles unas veces por acarreo, otras lanzados como bombas, otras á manera de cenizas.

Se tardan veintidós minutos en atravesar á caballo de alquiler esta quebrada, por cuyo fondo corre un río sumamente peligroso cuando crece, por la rapidez de su corriente. Todos los de esta quebrada son lo mismo y yo los he pasado con el agua por los corvejones del caballo.

El camino sigue á veces una de las rampas y sobre ella, como sobre una cornisa [?]; otros [ríos] se precipitan s rpenteando como una escalera de caracol.

La llamada *pirámide* de Oyambaro se compone de un cuerpo prismático cuadrado de cuatro metros próximamente de lado, construído de mampostería de ladrillo y revestido de cal como la fachada de una casa. La *pirámide* cuadrangular cuya base descansa en el prisma sobresaliendo de él cinco o seis centímetros por cada lado, tendrá también unos cuatro metros de altura.

Así como á dos metros de altura el primer cuerpo descansa sobre unos tocones bien construídos con piedras y cantos rodados que les sirven de cimiento y que en algunas partes sobresalen algo del suelo y sobre los dos lados del pie un tercio de metro. La inscripción de la *pirámide* nada ofrece de particular; no se lee en ella ningún nombre célebre. En la cara que mira á Oriente hay un cuadrito que copio:

«*Elina Avendaña.—Eduardo Romac y Avendaño.*
Julio 13 *de* 1858».
«*Gral. García M. P.—Chile,* 1855».
«*Paz.*
Presidente de la Comisión Científica Española.
18. 7° *de* 1863».

En la de Occidente, mejor conservada y muy blanca, es la que ha escogido la Comisión para grabar sus nombres sobre ella escribiendo á punta de navaja, que fué el instrumento con que yo grabé el nombre de Isern debajo del de Almagro en la cara del Sur, dejando á la posteridad ignorante del mío.

A las siete y media llegué á Itulcache después de pasar la quebrada de Chichi. Aquí es mucho más profunda, más variada de aspecto, y tiene un puente corto. Le llaman la *Altacatanlla* [?] de Itulcache, es una hacienda grande—antiguo convento—á modo de cortijo de Andalucía, tiene un gran patio con una galería alrededor como claustro con su poyo donde dejan los indios su carga y á cuyo pie duermen. Cuando entré en el patio, Venus alumbraba aquellas negruzcas masas como si fuese la Luna.

De Itulcache á Almoraduc.—El camino.—El tambo.

Día 20.—Salí de Itulcache á las siete y media; los indios ya habían marchado; yo me detuve porque, á pesar de mi cansancio, no me dejaron dormir las pulgas hasta un poco por la mañana.

Desde Quito á esta hacienda, buen camino. A las diez pasé por El Tablón; siempre cuesta, bajamos por un estrecho valle por donde corre el ¿Huima? Nos perdimos, descubrimos á los indios formando una hilera sobre el verde páramo; eran las cuatro y media de la tarde; habíamos hecho cuatro *samais*.

De Almoraduc á Papallacta.—El camino.—Almozadora. La laguna de Papallacta.—El poblado.—El Gobernador.

Día 21.—A las seis de la mañana salimos de nuestro alojamiento; tomamos la cuesta para salir al valle; á las siete primer *samai* á la vera del bosque alto, á las siete y media en el portillo del bosque de Guamani—viento tempestuoso—; sin embargo, emprendimos la bajada á

través de la montaña, con el suelo como jabón y lleno de escalones. Llegamos á Quiyingo Grande á las ocho y al fin el segundo *samai,* junto á una choza de indio caída. Como á las cuatro de la mañana nos ha llovido y si hubiese continuado nuestra cama y tambo arrimad s juntamente á un grupo de árboles, pero muy incómodo. lo habrían pasado mal. Cuando llegué á la Almozadora me encontré con que los indios de los víveres se habían adelantado saliendo antes de Itulcache. Tuve que contentarme con comer unas papas asadas y un pedazo.....

A las diez menos cuarto paramos un poco junto á un portillo de madera de palos; á las diez y cuarto tercer *samai* en el tambo de tres chozas pertenecientes á los Chiriboyas, situadas en una solitaria y agreste hondonada rodeada de montes. Sigue lloviendo desde que traspusimos la cuchilla de Guamani. La india que viene con nosotros duerme entre ellos por la noche, pero para comer se retira del grupos unos doce pasos.

A las doce y media llegué á Papallacta. La laguna es de lo más bello y majestuoso que puede ofrecerse á la vista; colocada en el centro de un antiguo cráter, cuyas paredes están todas revestidas de alto bosque y teniendo por presa ó dique la masa eruptiva en la parte opuesta por donde entra, dividido en brazos el río que la alimenta. Está llena de vegetación por entre la cual asoman las piedras de varias formas de la masa eruptiva. Su fondo varía mucho; debe haber tenido un nivel muy superior, como lo indica la línea de vegetación y los escalones del ribazo. El camino ciñe el borde izquierdo y se introduce como una culebra por el espeso bosque de Papallacta. Las dos entradas del cráter están marcadas por elevadísimos cerros, como gigantescos dinteles.

La masa eruptiva forma un cerro cubierto de bosque frente á Papallacta. Este pueblo, compuesto de unas 26 á 30 chozas, está situado en una pradera pendiente por cuyo fondo corre el río Papallacta, que se atraviesa por un puente para llegar al pueblo. Alrededor todos

son altos montes y á la izquierda se ve la garganta por donde continúa el camino, pero sin comprender cómo se le puede tomar por allí á Oriente. Me dirigí á casa del Gobernador, indio como todos; le pedí algo que comer, porque los indios cargueros que llevaban los víveres habían continuado camino de Baeza.

Ofrecióme chicha, la detestable chicha de maíz, que tuve que aceptar, y después me pidió le mostrase la plata con que había de procurarme víveres. Al oir el número de indios que venían conmigo, dijo que habría de alojarme en el cabildo y me llevó á él, una choza como las otras. Le puse en la mano un peso, para que me procurase dos gallinas, huevos y chicha para los cargueros; después de tener una hora el peso en la mano, me dijo ó dió á entender que nada haría. Mandé, por último, á Pancho por los víveres. Yo creo que la mayor parte de estas torpezas dependían de desconfianza y falta de conocimiento del castellano. Se preocupó mucho de los apuntes que [yo] tomaba en la cartera. Trajeron chicha dos veces y ofreció pagármela y beber junto con los de la casa Cabildo, añadiendo que era de balde y que no costaba nada. Me voy con la escopeta á la orilla del río, y allí junto á unas piedras continuaré mis apuntes.

Salen del Papallacta.—Cae al agua un indio.—El tambo.

Día 22.—A las ocho salimos de Papallacta, descansamos cada tres cuartos de hora. A las nueve y cuarto pasamos el Chalpi por un puente de palos. (Modo de construirlo). Cae un indio al subirla con la carga y por poco perdemos los víveres que llevábamos. A la una, *samai* y almuerzo junto al Chalpi y al lado de un puente abandonado. Es una escampada y hay restos de un tambo. Veinte pasos hacia el bosque se ve una choza construída de pajas, con dos bateas, un fogón de piedra y otros dos molinos de mano. A las once y media nos pusimos en marcha, después de comer un huevo duro y tres papas cocidas,

hasta las cinco sin descansar. Después de almorzar, hicimos alto más allá del puente de Maspa. Inmediatamente se ponen á construir el tambo y mi paje á preparar la comida. La india que nos acompañaba abandonó la caravana á la entrada de Papallacta y un pobre viejo maletero nos dejó allí también.

Sale de Maspa.—Sigue descalzo á Huila.—La cuenca del Quijos.—La laguna.—El Gobernador indio y el retrato de Espada.

Día 23.—A las seis abandonamos el tambo de Maspa, cuyo dueño se llama Agustín Tipan; abandono las sandalias y marcho descalzo. A las nueve llegamos al Tambo de Huila, donde habita una familia de indios, allí almorcé una especie de mazamorra de zambo: fríjoles, ben (1), pepitas tiernas de calabaza, berzas y maíz sin sal. Para llegar á Tambo de Huila hay que subir la empinada cuesta de Quinjua, descalzo; es sabroso, no hay descanso ninguno desde el tambo ó cancha de Maspa. En Huila encontré dos cargas abandonadas, parecen de Isern. Los indios papallactas que las llevaban las dejaron para ir á las fiestas de Carnaval y recogerlas después para llevarlas á su destino, Baeza. A las doce y cuarto dí vista á la espléndida cuenca del Quijos, todo cubierto de un verde bosque uniforme [y] el río como unido con esta pradera por el fondo. Hora y cuarto tardé en bajar la cuesta hasta el puente de Quijos. El tiempo sereno. Todo el valle y los afluentes están llenos como de un flúido azulado que añade (encanto) á la extraña grandeza del paisaje. El último tercio de la cuesta es malísimo y el resto está oreado. A la una y media pasé el puente de Quijos.

Las dos montañas cónicas del cráter de Papallacta, forman el dintel del camino de Oriente. Este camino, des-

(1) Nombre vulgar del frutito comestible de la *Moringa pterigosperma*. Gaert. (Leguminosas).

cubierto siempre en los páramos de Guamani, ciñe el borde izquierdo de la laguna y se mete como una culebra dentro del bosque para desaparecer ya hasta.....

El Quijos (Laguna) tiene aguas lechosas todas cubiertas de cristalitos de verde de berilo. El trozo de camino de Maspa á Quijos es silencioso; el primer ruido que se oye es el natural del río. A las cuatro llegamos á lo alto de la cima que divide á Quijos-Pata de Cuna-Pata, que es un cerro elevado que hace dar una vuelta á Quijos. La subida hasta el sitio desde el puente de Quijos, corre parejas con la bajada; es sumamente penosa y resbaladiza, como la otra seca y áspera.

Tiempo suave y poco lluvioso. A pesar de las subidas y bajadas no he sudado una gota.....

Comí maíz tostado, blando y á pasto y alguna que otra papa para regalo. *Por la tarde me dió gana de mostrar al capitán, joven y listo, un retrato mío que llevaba por comodidad en la cartera. Quitóse el sombrero, mostrando en la cara una expresión indefinible. ¿Qué te parece?, pregunto. ¿Nos cree su merced (respondió) tan bellacos, tan irracionales, que no conocemos á taita Dios?* Tentado estuve de regalárselo para que, en su engaño, lo colgase en la casa para adorarlo; así me vería adorado de veras alguna vez en la vida. Pero no es por indios por quien yo quería serlo. Aquella noche no construyeron tambo, porque me dijo el capitán no ser necesario, añadiendo que en el mismo sitio había dormido sin tanto abrigo el P. Pizarro? Tenía razón, pues llovió por la noche y no me mojé una gota.

Salida de Papallacta para Baeza.—Marcha fatigosa. Noche histórica.—Llegada á Baeza.

Día 24.—Emprendimos la marcha á las cinco y media. El capitán con los cargueros, menos dos, está por delante como siempre; los dos cargueros, Pancho, Isern con el pobre Gálvez y yo seguimos detrás. El trozo de ca-

mino de esta jornada es seguramente lo más malo, desde Papallacta á Baeza.

Pancho y yo nos retrasamos algo cazando unos pájaros. Los otros siguieron. Todo el camino está sembrado de tambos, algunos recién construídos, frescas las hojas y las cañas hullicando aún del fuego. Seguramente eran de los archidonas y loretos, que se escondían á nuestro paso; bellos mozos, con sus caras pintadas de encarnado.

La lluvia caía con insistencia y nos empapábamos los tres con el agua que caía directamente del cielo, con la que escurría de los árboles y con la que se desprendía de las ramas que apartábamos á nuestro paso. No alcanzamos los *samais* del amanecer y tuve que contentarme con una onza de chocolate, otra el criado. Mi marcha por las heridas de los pies era lenta y la de los indios cada vez más fatigosa, porque eran las cuestas muy penosas y el tambo no aparecía. Los indios querían pararse en el camino y soltar las cargas, pero yo me oponía con la única palabra *quechua* que sabía para el caso: *octa, octa,* ¡aprisa!; ¡ligero!; ¡adelante!, ¡adelante! Ellos daban sus razones para detenerse; pero el uno para mí era mudo y el otro como si lo fuese, porque no hablaba una palabra de castellano. Además yo había despachado al guía adelante para que tuviese fuego encendido á nuestra llegada, y calado hasta los huesos y muerto de hambre quería que hiciésemos un esfuerzo para resarcirnos del contratiempo del día.

De repente—serían las cinco—al bajar la montaña de Churca-Hircu [?] distinguí una columna de humo que se levantaba azulada de entre los árboles, en la falda de enfrente. La melancolía de la tarde me hizo recordar la oda de Virgilio, en que habla de *Sombras que caen y humos que se elevan á lo alto*..... No había más remedio; era preciso llegar al fin; pero el camino en este punto da un rodeo inmenso á la pared de una quebrada profunda, paralelo á un recodo de Quijos. Todo él se hace sobre troncos de árboles á manera de andilla, y cuando llueve ó á poco

que ha llovido son muy difíciles estos ejercicios gimnásticos. Hízose noche como se hace aquí en el Ecuador, de repente, como si el Sol se apagase. No hubo medio; los indios no quisieron pasar adelante; era justo, pero yo quería llegar donde el humo. Los dejé al cuidado de Pancho y me eché materialmente á rodar por el camino. No anduve trescientos pasos cuando dí en el fondo de una barranca. Traté de salvarla y buscar otra vez mi camino; inútil empresa, no hay idea de la profunda obscuridad de estos bosques, sobre todo en este sitio tan hondo. Apagué el fuego de mi indignación y me resigné á pasar allí la noche. ¡Qué remedio! ¡No era la primera de aquella especie! Busqué á tientas algunas hojas de aquel árbol benéfico que sirve para cubrir los tambos y hacer sábanas para el caminante; en vano, solo dos hojas viejas de palmera, sobre las que me senté y me puse á meditar los recursos que llevaba conmigo para pasar la noche. Yo cargaba un morral con varias cosas, entre ellas una toalla con la que me envolví los pies; una pieza de percalina ó de brabante que puse de sábana y cuya utilidad recomiendo sirvió para envolver la cabeza, coloqué el sombrero debajo de la espalda y acomodé el morral como almohada, cargué la escopeta con las municiones gruesas que tenía y encendiendo los cigarros aguardé el sueño, si quería venirme. Oí un tiro algo confuso, después otro, al que correspondí dos veces..... Todo quedó en silencio.....

Une mauvais nuit est bientôt passée, dice un proverbio. Aseguro que el autor no lo había compuesto en las montañas de Quijos. Yo que contaba con cenar serví de cena á los mosquitos, y ¡aquella humedad que esperaba ver evaporarse dulcemente al amor de la lumbre se me pegaba á los huesos! Amaneció por fin la aurora en la cima de las montañas; ¡nunca me pareció tan hermosa! Soy todavía soltero, aunque apenas joven; pero creo que el aspecto de la esposa al despertar como yo con la aurora en el mismo lecho, debe ser sólo comparable al de aquel día. El blanco esplendor de su rostro [de la aurora]

alumbraba los senos recónditos del bosque y con sus dedos de rosa mostraba el sucio y resbaladizo camino de Baeza. Tomele literalmente con pies y manos sintiendo no tener otro órgano más disponible, como los monos de esta tierra, para servirme también de él. Encontréme á Isern dormido sobre el camino; despertéle, me dijo que no había alcanzado el tambo, que me había avisado de haber hecho alto con un tiro, que los indios habían dormido por separado, unos delante en rancho, otros detrás sobre el camino. También [me encontré] con el capitán, que habiéndose despeñado por una cuesta se había dislocado una muñeca. Todos iban ya delante. Continué mi camino en su compañía. A la hora y media me alcanzaron los indios con Pancho, se adelantaron y después de penosa y resbaladiza cuesta llegamos á Baeza á las diez de la mañana del día 25 de Febrero de 1865. Allí estaban los indios que nos acompañaron desde Itulcache, y las cargas de los que se nos adelantaron, los cuales no se han vuelto á ver más.

Sitio donde durmió Espada al raso.—Extravío de Almagro.

Día 26.—El indio de la casa me ha vendido una piel de nutria *pichña*, de Loreto, en cuatro reales. Donde dormí al sereno fué Rosario-urcu; así me lo ha dicho el indio José. Al anochecer llega Isern, después Almagro con dos indios de Tumbaco. A este último hubo que ir á buscarle con farol, por haberse extraviado en la cuesta para Baeza.

Los caminos del Ecuador.—El de Papallacta á Baeza.—Humedad.—Los indios loretos.—El paso de los ríos.—Imposibilidad de caminar de noche.

Día 27.—La noche anterior había preludios de que este día sería bueno; cielo sereno, murciélagos y un animal nocturno que cambiaba [sic] agitando algunos puntos de la cabaña.

En efecto, el sol se dejó ver por bastante rato repe-

tidas veces; era muy ardiente. Cosa rara, menos pájaros que cuando llueve. Pancho fué á caza por el monte; cayó y rompió por la mitad su escopeta.

Los caminos del Ecuador pueden definirse de la manera siguiente: una faja de terreno estrecha y larga por donde acostumbran á caminar hombres y bestias. Para pasar de un punto á otro figúrense cuantos casos hay en la definición; de todos hay ejemplos. Hay que exceptuar como unas seis leguas desde Guayaquil empedrados como una mala calle, y aun aquí los eternos enemigos de todo progreso han dado en pisar por los bordes destruyendo de ese modo todo el empedrado. Pero el camino del Napo, de Papallacta á Baeza no tiene nombre, ni puede definirse. Es un caos de barro, cieno, agua, troncos, ramos, palos rocas, etc., dispuestos á lo largo de la superficie en bajadas y cuestas á través de ríos y al borde de precipicios. Parece estar hecho por locos, cuya manía fuese el tormento del género humano. Los árboles y cañas bambús forman una cubierta continua sobre él é impiden reconocerle. No hay horizonte y el alma siente una opresión moral y triste. Durante las diez y seis leguas de camino por él, la humedad continua no permite sudar aunque la fatiga sea grande. El silencio es completo; para salvar cualquier punto de [una montaña], para salvar el rodeo de algún río de los muchos que cortan el camino, solo se oye, si no se habla, los pisonazos de los pies al entrar y salir del fango. Al rodear la parte baja de las montañas continúa el ruido más ó menos lejano de los pedregosos ríos. Los frecuentan hermosos indios del Quijos—loretos—acompañados algunas veces por sus mujeres, pequeñas y feas generalmente. Pasan en silencio, si no se les dirige la palabra y se apartan entre tímidos y respetuosos á un lado del camino. El color entre achocolatado y pálido de la cara, de tonos variables, según adonde pertenecen, la esbelta y bella proporción de sus miembros robustos y elásticos, sus negros y tristes ojos, su cabellera revuelta entre larga, cortada por delante como los pajes de la

Edad Media; su traje, que consiste en un calzón corto como de baño ó de volatinero, de *tocuyo*, teñido con el jugo morado del *sani* [?] y á veces un ponchito tan estrecho que no les pasa de los hombros, á veces tan corto que no les alcanza á la cintura, sus collares de *chaquira* cuajados de trozos de *chomta* y dientes de animales hechos con gusto y elegancia, sus ligeros cestos para la carga construídos con las hojas impermeables del *bigao (Strelitzia)* y reforzados con un tejido de bejuco como el asiento de las sillas de mano, cubiertos con largas hojas de palmeras que les hacen una cola por cima de la carga y dos ó tres [hojas] de aroideas, acorazonadas, sobre la cabeza, con largos báculos en la mano derecha, les dan un carácter propio y peculiar. Los ríos se salvan por el vado ó por puentes de madera de forma y construcción particulares; las quebradas perpendiculares [se salvan] por palos en los que se ha cortado con el hacha á modo de escalones; á veces faltan éstos; los fangales con palos atravesados en el camino á lo largo. Sobre ellos hay que andar y si está lloviendo ó ha llovido es imposible sostenerse á no ser funámbulo. Sin un báculo en la mano es imposible avanzar cuando se camina por las partes perpendiculares de una quebrada.

Es imposible caminar de noche; la jornada comienza á las cinco largas, porque hay que rehacer las cargas que indispensablemente deshacen para la cama y comida. Concluye á las cuatro por la misma razón.

El barro que se mete entre los pies y el calzado, hace imposible sostenerse de pie y causa en las paradas una vacilación continua y las pedrezuelas un dolor insoportable.....

Día 1.° *de Marzo de* 1865.—[No se consignan datos].

Día 2.—A las diez de la mañana maté el pájaro-mosca diminuto, tras el cual andaba hace días; especie rara peculiar de Baeza: n. v. *kindi-bonga*.

El rodeo y escenas consiguientes.—Se repiten las libaciones.—Las comidas de los cargueros.—Los tambos.

Día 3.—A pesar del *rodeo* (1) que mandó hacer el Teniente político, de los indios de Tumbaco que debían llevar las cargas (36), á las dos de la tarde no había ni 12 reunidos.

Los indios viven en *chacras* diseminadas alrededor del pueblo. A falta del indio recogían al padre [de éste]. Si por casualidad pasaba por allí el alcalde indio, era el encargado de sujetarle y detenerle. Así hicimos dos ó tres viajes. Iba yo colocándolos en el patio junto á las cargas que les designaba. Alguna mujer fué obligada á llevar la carga de su marido ausente. Cuando se completó el número que necesitaba (unos 25), el Teniente político les pasó lista y al nombrar á cada uno éste salía á la calle con su carga. Reunidos que estuvieron, volvieron á descargarse algunos, otros con la carga encima permanecieron como esperando; pronto se llegaron á ellos sus mujeres é hijos, llevando sendos cuencos de madera con tazas de la misma encarnadas y mate, con las que servían largamente la chicha de maíz, llorando al poco tiempo implícitamente ó con la canturria peculiar de ellas.

Los hombres bebían sin perder su grave impasibilidad, por más que menudeasen los tragos; las mujeres solían acompañarles. Esta escena de lloro, libaciones y, algo rara, característica de las despedidas, duró como media hora. Pusiéronse en marcha; parte de las mujeres seguían suministrándoles chicha por el camino. Al pasar por cualquier tambo se repetía parcialmente esta escena. Al primer *samai*, junto á una capilla abandonada, en cuya fuente hay una cruz de madera, volvieron á su chicha. Aquello parecía no acabar nunca. Algunos estaban borrachos y vomitaban. Me impacienté, les reprendí y me con-

(1) Equivale á *leva*.

testaban que ¡por Dios!, ¡amo mío!, ¡niño mío!, ¡por su vida!, déjenos regalarnos, que ya en el camino no encontramos más que beber. Al segundo *samai* vuelta á lo mismo, junto á un tambo cercano también al camino; allí me opuse á que bebiesen los más borrachos; seguimos adelante. Las mujeres nos acompañaban en número de tres ó cuatro, alternando con los hermanos ó maridos ó padres, en llevar la carga. En Itulcache quedó solo una y ésta alcanzó hasta Papallacta. En el resto del viaje, reinaba mayor formalidad.

Las paradas del camino se dividen en dos clases: las frecuentes para el descanso del peso de la carga que son bastantes en el día, y las del almuerzo, comido y dormido; la frecuencia y espacio de una á otra en las primeras, depende de la naturaleza del terreno. Son frecuentes en las cuestas; el viajero alcanza á los indios y descansa con ellos. Por terreno horizontal son más distantes porque el indio práctico en la marcha no anda sino corre, sea cualquiera la naturaleza del suelo. Yo les he visto correr rara vez; algunos beben agua; por lo común descansan sin separarse de las cargas.

En el almuerzo dejan en un lado las cargas; se reunen en uno de sus corros y depositan, en común, en un poncho cada uno su parte de *cucayo* (maíz) tostado generalmente. Por algunos momentos no se oye más que el crujido del maíz entre sus blancos dientes y las francas risotadas que promueven los dichos más agudos de algunos de ellos. Toman también algunos puñados de *mastica* (harina de avena tostada), alimento sano y fresco á que son muy aficionados y se levantan con sus cobrizos rostros manchados de esta substancia. El almuerzo se hace ordinariamente después del segundo *samai;* hubo día en que no lo alcancé [al almuerzo], como cuando me perdí en Rosario. El primer cuidado de los indios, tan pronto como dejan sus cargas en el último descanso del día (á las cuatro con rara excepción), es construir el rancho para dormir y traer leña para hacer lumbre. Escogen el mejor

sitio para el amo, amarran con bejucos cuatro ó seis palos paralelos con otro que pasa los extremos de éstos de manera á formar una vertiente de techumbre sostenida con otros cuatro ó seis palos que la sostengan formando con el suelo un ángulo de 45°. La armazón está atravesada también de palos paralelos para colocar sobre ellos las hojas acorazonadas de *aroideas*, algunas de vara de largo y media ídem por lo más ancho, algunos á manera de pizarras. Los arman en un momento. Cuando están bien construídos son harto elegantes y vistosos por la forma de las hojas de *aroideas*.

Por más que llueva, nunca llega el agua al que duerme á su abrigo. Debajo colocan hojas de caña bravía, ó de helechos arborescentes, ó de las *aroideas*, cuya espata es de un hermoso rojo de coral y trepa á los árboles, pegándose á ellos como la yedra. Si el rancho es grande no entran debajo los indios de menos categoría, sino el amo y su criado.

Concluído el rancho se ponen á comer su *cucayo* y, mientras descansaba debajo de aquél, ¡cuántas veces me he solazado estos momentos llenos de la sencillez de la vida de la montaña y de tanto interés para el europeo! Los indios en corro haciendo sonar su maíz en la boca y sus carcajadas; las aspiraciones abundantes que levantan, al encenderse en azulado humo la leña precursora del excelente almuerzo. La obscuridad que invade repentinamente la montaña. Los millares de cantos y ruidos que se alzan de entre aquellas espesuras de los pájaros que van á acostarse; de las hilas (1) y escuerzos, que empiezan á moverse entonces, y de toda esa vida nocturna cuya plenitud y grandeza se observa tanto en el campo. El suelo sobre que colocan el tambo es ensanchado de modo que añada esta inclinación á la de aquel [dibujo]; el que se acuesta mete la cabeza dentro de un ángulo próximamente de 60°. A la mañana, de alba, abandonan el rancho los que llevan las

(1) Batracios.

cargas (que no se tocan), siguen los que van con carros y cajas de víveres. El rancho ó tambo queda intacto.

De Papallacta á Baeza.—Recuerdos de la antigua ciudad. Escenas extrañas.—El indio Joaquín Yuga.—Llegan Martínez y su comitiva.

Día 4.—El camino de Papallacta á Baeza, como de 15 á 16 leguas. El nombre de Baeza recuerda una de las ciudades más bellas, más cultas de la alta Andalucía. La Baeza de Quijos muy floreciente, según cuentan, allá por los tiempos en que Dávalos, Capitán de Belalcázar, conquistador de Quito, estableció colonias al Oriente y fundó las ciudades de Mazpa y Quijos. Hoy está reducida á dos casas de madera (si estas pobres cabañas pueden llamarse así), residuos de las construcciones antiguas que han desaparecido, al extremo de que los más crédulos apenas si darían fe á la tradición que nos asegura haber existido aquí una ciudad hace trescientos años.

El bosque espeso se acerca á las casas hasta 80 varas en radio; en una llega hasta la misma casa. Estar hoy en Baeza, es vivir en pleno bosque. Algunos manzanos y otros árboles han quedado como testimonio de la existencia de aquellas gentes. Las piedras y los muros han resistido menos que los vegetales.

Los más extraños cantos se oyen por la mañana desde la cama; tristes, graves, sentenciosos, tímidos, alocados... Si las almas de los hombres pudiesen vagar por los bosques y se entregaran á sus más extrañas expansiones se expresarían así. Las chozas pertenecen á un indio de Tumbaco, habitante de Baeza, llamado Joaquín Yuga. La familia se compone de unos 15 individuos, todos indios. He aquí los restos de la antigua Baeza. Se ocupa este indio en suministrar víveres á los numerosos viajeros que corren de Quito á las diferentes ciudades de Quijos. Vive holgadamente respecto á los de su clase; es inteligente, afable y servicial y habla bastante bien el castellano.

Las cercanías de Baeza son abundantes en pájaros y éstos de variadas y lindas especies.

Hoy en todo el día han llegado, en diferentes tandas, Martínez, Carvajal y sus comitivas; venían cada indio, en número de 30, acompañado de su perro; traían cuatro carneros, un chivo y siete ú ocho cerdos. Los dos perros de Martínez, con los cuatro de Carvajal, los nuestros y los de la casa formaban una tropa respetable; acometían á todo lo acometible, riñas á cada paso, ladridos constantes y por la noche una batalla insoportable. Nunca se ha visto Baeza tan animado ni con tanta población, sobre todo perruna.

Día 5.—El día de hoy se ha pasado en arreglar cargas y en aumentar la población de Baeza. Se han construído dos ranchos, y después de la adición de Almagro á la casa de Joaquín, Baeza se ha duplicado.

Ocupaciones de Almagro y Espada.—El clima y ambiente de Baeza.

Dí 6.—Han salido 26 indios con sus cargas; quedamos en paz, tranquilos. He construído una mesa de un cajón. Almagro le ha hecho á Juan Isern una casa que ni la de Ulises. Clima hermoso, atmósfera tibia, calma y serenidad divinas. La idea de cada paso que doy es hacia España, me mantiene en continua esperanza, fuente de consuelo para mí.

Oigo zumbar al *kindi-bonga* á 20 varas sobre mí, entre las ramas durante la fuerza del sol que es ardentísimo, cuando no le acompaña más que el sonido continuo y vago de los insectos que vuelan alrededor de las bignonias. Cuando las nubes se elevan sobre los bosques haciéndose jirones entre los árboles alejando ó acercando las brumas [?] que forman el horizonte, esperándose ó desvaneciéndose—y esto sucede la mayor parte de los días—la temperatura es dulce é igual, *elísea*. El Quijos se oye *llorar*, como aquí dicen, á lo lejos con un ruido igual. Hasta el

viento es suave, y mueve blandamente estos alzados árboles.

Los caminos de San José, Quito y Archidona, desembocan en esta escarpada como túneles bajos de verdura; el caminante aparece de repente; los perros se lanzan todos ladrando en su dirección anunciando de pronto y ruidosamente su llegada.

Estoy rabiando porque no se me cura la herida del pie y no puedo corretear por estos bosques. Por la noche, antes de amanecer, ha llovido fuertemente; todos los ranchos se han calado.

Día 7 de Marzo.—[En blanco].

Día 8.—Hoy por la mañana se ha notado la fuga del criado de Martínez.

Encuentra Espada pepitas de oro en el fondo de la taza del café.—Indumentaria para estos viajes.

Día 9.—Ayer llegaron de Papallacta ocho cargas de los rezagados con motivo del Carnaval de aquel pueblo; tres venían en hombros de mujeres, una de ellas casi niña.

Al concluir de tomar mi café después de almorzar noté en el fondo del pilche ó mate algunas pepitas de oro. El arroyuelo que pasa junto al tambo es sin duda aurífero.

Al tratar del camino y modo de hacerlo, fácilmente comprenderá el lector de estas líneas (si llego á tenerle) [1] que no puede hacerse de la manera y [con] el traje que uno quiera y que es preciso acomodarlo á él estrictamente, despreciando y dejando á un lado toda comodidad. En el calzado, sobre todo, hay que tener extremo cuidado. No creo que haya ninguno capaz de impedir las molestias de los pies y sobre todo la hinchazón; el que sirve para una cosa es malo para la otra y viceversa. El mayor inconveniente es el del barro más ó menos flúido que se interpone

(1) Por fin tiene lectores este «Diario»—á los setenta y siete años de escrito—, merced á la Real Sociedad Geográfica de Madrid.

entre la planta del pie y la parte superior de la suela que con él está en contacto. Sale uno de un fangal donde se ha metido hasta la rodilla, para bajar una cuesta ó camino sobre troncos, y con aquella capa resbaladiza intermedia es imposible conservar el equilibrio.

Al pasar cualquier río ó arroyo siempre lavaba el pie y el zapato. Esto tiene que ser inmediatamente, pues en caso contrario el barro obliga á continuos esfuerzos para sacarlos de él, lo que ocasionaría pérdida de tiempo y de fuerzas.

El alpargata del país (duapás) es el más usado; yo me proveí de sandalias y tuve que quitármelas desde Maspa porque me era imposible soportarlas, sobre todo en las pendientes y bajadas; vine dos jornadas y media descalzo hasta Baeza con los pies heridos, de manera que hoy tengo que estar en cama porque me está supurando una herida que me hice con un trozo de *suro* (1) del interior de un barrizal. Hay que recortar el pantalón hasta por encima de la pierna. Por fortuna no se encuentran hasta cerca de Baeza las de una elevada *Barnadesia* que parece un cirio; en cambio abundan las ortigas, si bien el barro alivia á uno mucho la picazón; el sombrero siempre con hule y el *cucauchado* ó impermeable siempre á mano. No hace falta abrigo, la temperatura sigue dulcísima. Es opinión común que el viaje al Napo emblanquece y quita los callos; alguna ventaja había de tener.....

Día 10.—[En blanco].

Los Tenas.—Variedad de fisonomías.—Sus nombres y apodos.—Se fugan por la noche seis de ellos.

Día 11.—Han llegado 20 indios ¿tenas? de los que han de llevar nuestras cargas á Archidona. La variedad de sus fisonomías no permite apreciar un tipo característico; los cuatro jóvenes son agraciados y algunos de rostro bien

(1) Caña brava.

formado; uno con el pelo ensortijado y muy chato, mezcla sin duda de negro; varios de ellos venían coronados con una planta enredadera como Baco. Traje, el ordinario. Hízose la lista de los nombres para entregarles las cargas. El nombre terminaba en casi todos en *andi*, como *Suca-andi*, *Pedro-andi*. El apelativo era el apodo: *burta-subi*, *nanbid-burta*; algunos tenían reparo en decirlo y provocaba risotadas entre ellos. Algunos eran muy raros, como *paja podrida*, *popa-con*, *gusano rojo*. Los capitanes que se eligieron se llamaban el uno *Puma-singa*, *nariz de león*; el otro, *Milli-cuchi*, *puerco bravo* ó *jabalí*. El primero era mulato. Llamáronles mucho la atención el hacha y un fuelle con el que estuvieron soplando largo tiempo, alternativamente.

Llegó al poco rato un blanco que venía de Archidona c n seis tenas. Se les dieron los desperdicios de una cerda. Se les gratificó y reunidos por la noche al toque de un tamboril que tenía Joaquín Yuga, se pusieron á jaranear.

Por la noche, á pesar de los cuidados del blanco (Joaquín) se le fugaron los seis tenas rompiendo los palos ó estacas que formaban las paredes de la casa.

Nuestros tenas nos traían carta del Gobernador del Napo Sr. Cárdenas, ofreciéndonos su casa. Nos mandaba tenas porque los archidonas se habían remontado todos á consecuencia de la disentería que reinaba en aquel pueblo.

¡¡¡Llegaron de Archidona en dos días y medio!!!

Día 12.—Salieron los indios tenas.

Nuevas fugas.—Propiedad de los apodos.—Las chacras.—Los indios de Zura.

Día 13.—Se escapó Nicolás el paje de Almagro, también se fué á poco Tapia. Hoy me calcé zapatos por primera vez desde Maspa. Carvajal, nuestro *factotum*, salió en busca de Nicolás y le alcanzó en Guaya-nacu (río de bestias). Volvió con él á las doce.

Los nombres de *Puma-singa* y *Milli-cuchi*, perfectamente apropiados. El primero [de estos indios] tiene la nariz achatada y roma como el puma, y el otro un bigote y una perilla bastante poblados para un indio y sedosos como el pelo.

He salido al monte por primera vez siguiendo el camino de San José al N.E. de Baeza; después de llegar al primer río, retrocedí tomando más á la izquierda que me ha llevado á dos *chacras* de las que tiene Joaquín alrededor del pueblo, escondidas en el bosque con el objeto de que no le roben los frutos. Son estas *chacras* trozos de terreno de una cuadra de ancho desmontados á la ligera. En ellos se ven los árboles corpulentos que yacen por el suelo; aquí quedaron al derribarlos; sirven algunos como de cerca y todo el contorno de la *chacra* está defendido por espesos *surales*. La yerba se mezcla con las plantas útiles, probablemente sembradas, no cultivadas. En cada *chacra* se obtienen ciertas clases de plantas, con exclusión de otras. En unas había habas, zambos, fríjoles, etc.; en otras, plátanos y naranjillas. Distraen mucho estos sitios descubiertos. En los bosques cerrados hace un sol insoportable. Salí á las doce y volví á las cuatro y media con escasa fortuna en la caza.

Hablando de los indios que venían de Zura, algunos aparecían coronados de yerba como los faunos; á semejanza de éstos, salían medio desnudos del bosque y esta circunstancia y el instrumento que tocan, una verdadera siringa, les hacía análogos á esos seres mitológicos.

El correo y su porte.—Extraen á Isern catorce niguas *de un pie.*

Día 14.—Hoy por la mañana han salido los indios archidonas que vinieron ayer por nuestras cargas. Por la tarde ha pasado el correo del Napo para Quito; no es periódico, sale cuando le conviene al Gobernador, escoge al indio más andarín, le entrega el correo y lo manda. Iban

dos indios con el portador de la correspondencia. Este llevaba una lanza adornada á la usanza jíbara y los tres conducían monos y loros, regalo del P. Pizarro probablemente para el médico, que es sumamente aficionado á ellos.

Hoy por la noche han sacado á Isern, sólo del pie izquierdo, catorce *niguas*.

Los chiquillos del indio tienen todos las piernas patiestevadas por la costumbre de pisar con el borde interno del pie para disminuir el dolor que les causa el contacto de los dedos con el suelo.

Día 15.—[En blanco].

Arbol gigante.— Variedad de huéspedes.— Espectáculo encantador.—La caza del Kindi.—Variedad de Kindis. —El P. Pizarro.

Día 16.—En el punto mismo donde comienza el camino de Archidona, hay un árbol de 25 varas de alto, 20 de copa y una de diámetro en el tronco.

Desde mi cama y á través de los anchos portillos que dejan las estacas de la cabaña en el ángulo del tejado, veía revolotear como un enjambre los pájaros, sobre las flores y entre sus ramas. Es una bignonia americana de las más numerosas. Sus flores, de tres pulgadas de largas, son carmínicas, abundantes en néctar y de un suave olor de azahar; sus hojas aovadas, de un verde algo obscuro.

Una triguera la ciñe desde su base con sus frutos y raíces subdividiéndose en el tronco al apretarla, como si quisiese abrazarlas. Orquídeas y helechos forman un bosque aéreo que produce constante sombra.

La frecuencia de las visitas de aquellos pajarillos que en su mayor parte eran *kindis*, hizo que la escogiese de preferencia á otros para la caza de esas lindas avecillas. En los bosques americanos no es difícil matar pájaros, pero sí lo es y mucho encontrarlos en el suelo.

Cortamos al ras de éste cuanta maleza rodeaba la bignonia en el área que cobijaba su copa, limpiamos el suelo de manera que la caza fuese productiva; sin embargo, aun con estas precauciones se perdieron bastantes piezas. Entre las especies que acudían á la bignonia había unas que podían llamarse sus huéspedes y otras pasajeras. Eran tres las primeras: el *kindi real*, de larga cola, espléndido de belleza y elegante de forma; otra especie, de pecho y cola pardo-rojizos, valiente, robusto y..... y otra más pequeña con el dorso bronceado y el pecho terroso-claro. Los primeros casi no abandonaban el árbol y alternaban en su comida [?] con las flores de una anaranjada *Erythrina* (1). Los segundos son menos frecuentes y los tucanes suben á lo alto, como á descansar, después de haber recorrido los bajos y sombríos setos. Los especiosos pájaros sólo se ven por la mañana temprano y á la caída de la tarde, cuando el sol dirige horizontalmente sus rayos por entre las ramas, rodeando al árbol de una atmósfera dorada y transparente; ¡qué cuadro tan divino!; ver agitarse *aquellas joyas vivientes* sobre el verde de las hojas y surcando ya una masa de luz, ya una obscura sombra, con aquellos rápidos y graciosos movimientos que no tienen igual ni en las otras aves, ni entre las mariposas, ni entre las libélulas. Y ¡era preciso matarlos para hacer colección!, y después sustituir sus diminutas entrañas con un copo de algodón [y colocarlos] sobre una peana con un letrero que dice: «fulano de tal me llama así». ¡Caían los pobres *kindis* al suelo abriendo las alas, cerrando lánguidamente los ojos y derramando sangre por la herida y néctar por el pico! Cuando se sostienen en el aire agitando las alas de tal modo que solo forman una sombra y con el pico introducido en la corola de las flores, entonces es la mejor ocasión para derribarlas de un tiro. Se distinguen al momento el *kindi* extraño y el cercano de un grupo de árboles. Llega el

(1) Planta de la familia de las *papilionáceas*.

primero como azorado, se detiene mucho en un punto y lejos de las flores en las ramas secas, ó bien, chupando de prisa, se va por donde vino ó pasa de largo sin detenerse en los arbustos próximos. Los *inquilinos* generalmente acuden á él y lo despiden ó molestan. Los sedentarios vuelan, chillan, juegan, se pelean, van y vienen como en casa propia. Entre los *kindis* pasajeros acude uno notable por más de un concepto.

El *kindi bonga* (llamado así por las analogías que presenta con un himenóptero que estos indios llaman *bonga)* es del tamaño de dos pulgadas, verdoso por arriba, amarillento leonado por abajo; cola corta, truncada, rojiza, con una banda negro-sedosa, etc., etc. La poca extensión de sus alas relativamente al volumen de su cuerpo, hace que su vuelo sea lento y recto como el de los escarabeidos, produciendo con éstas un zumbido sordo característico. Es menos agudo que el del *bonga,* cuyo nombre lleva, aunque sí semejante en el tamaño y coloración. El vuelo es más rápido cuando va de pasada; pero como se agita tanto, por ejemplo, cuando se acerca al árbol y mientras está libando, parece que se cansa mucho, pues sus detenciones son por lo común muy prolongadas. Se le oye casi siempre antes de verlo. Hay que buscarlo por el zumbido que en los días tranquilos, sin viento, con solo el murmullo lejano del Quijos y confuso ruido de los insectos, se percibe aun cuando revolotea en los cogollos más altos de la bignonia. Hasta que me acostumbré á conocerle le he dejado pasar creyendo que era insecto. Buscarlo en las malezas después de muerto, era buscar una aguja en un pajar.

La caza del *kindi* en este sitio tiene sus inconvenientes: las continuas y dolorosas picaduras de una mosquita amarilla, que saca sangre y deja una herida y comezón que dura una semana, y estar obligado á permanecer horas enteras con la cabeza alzada, para que no se escape ningún pájaro de los que llegan al árbol. Esto produce un dolor de cabeza á que no puede uno acostumbrarse.

Las hojas de la bignonia acribilladas á tiros como un encaje.

A la una y media ha llegado á esta ciudad el célebre P. Pizarro, nuestro paisano. Va á Quito, probablemente á negocios políticos y eclesiásticos. Es indudablemente hombre de talento y fibra, ojos claros desiguales, pero penetrantes é indagadores. Habla desigualmente, ó despacio y bajo, ó aprisa y alto; tiene el tono de sermón algunas veces. Nos contó la historia del litigio que había tenido en el Napo; todo es un tejido de conspiraciones y conatos de asesinato contra él, que está por los indios y contra el Gobernador y los blancos que residen en Oriente. Repartos, licencias, prefiriendo, según dicen los indios, la plata á todo. Quieren que se les pague en moneda y no forzosamente en objetos.—El P. Pizarro es muy amigo de García Moreno. ¿Qué habrá de verdad en todo lo que dice? Le acompaña un adlátere llamado el Dr. Hernando y parece tan humilde de carácter como débil de cuerpo. Es valenciano. Pizarro, extremeño, de Mérida. Se cree con derecho á la sucesión de Pizarro. No deja de ser curioso el encuentro de estos dos españoles en las soledades ecuatorianas.

Recuerdos de la antigua Baeza.

Día 17.—A un cuarto de hora del camino siguiendo por el de San José y pasado un grueso tronco que lo interrumpe, seis ú ocho pasos á la izquierda, se ocultan los únicos restos que hasta ahora se han descubierto de la antigua Baeza.

El indio Joaquín que me guiaba iba delante con un machete cortando la maleza, para que pudiera contemplar las venerandas ruinas. Un montón de piedras largo y estrecho de unas veinte varas por dos, escondido por los troncos caídos y las raíces de los árboles y arbustos que viven sobre él, recubierto de tierras y mostrando de trecho en trecho los pedruscos angulares hacinados como

para cimiento. He aquí lo que queda de aquella ciudad, que ha debido ser bastante menos de lo que se cuenta y han escrito. Dicen que todos los útiles, morteros-piedras para moler maíz, etc., de que se sirven los indios de la familia de Joaquín, han sido encontrados en Baeza. De manera que la ciudad ha pasado á la orilla derecha del Machangara.....

Día 18.—Desde las siete de la noche de ayer ha estado lloviendo fuertemente sin interrupción. Comenzó por un intenso ruido parecido al de un río crecido y el agua se precipitó de repente. Son las cinco y continúa aún.

Ha estado lloviendo hasta las doce de la noche.

Día 19.—Hoy marchó el P. Pizarro. Vinieron indios archidonas (16) y se llevaron cargas. Ha mejorado algo el tiempo.

Día 20.— Niebla cerrada, aunque de poca duración. Llueve casi toda la tarde. Calma al anochecer.

Día 21.—Hoy llegaron 10 archidonas por cargas; marcharon al instante.

Día 22.—Continúa lloviendo hasta las diez. En esta vida de aislamiento y lejos de la civilización, las cosas pequeñas adquieren gran importancia.

Día 23.—Amanece como si no estuviéramos en Baeza. El sol libre de nubes y la noche suave y estrellada. Buen día, aunque no ha dejado de llover.

Día 24.— Amanece lloviendo; así continúa hasta el anochecer, que es bellísimo.

La caza del murciélago de ventosas.—Abundancia de pájaros.

Día 25.—Preciosa mañana. Me trae el indio Fermín el murciélago con ventosas; ¿género nuevo? Vive en los cucuruchos de las hojas tiernas que forman el cogollo central de los plátanos; yo les he visto salir de allí. Quise ver la posición que ocupan dentro de ellos, no me fué posible. Fuí con el indio y la indiecita á la *chacra* de los

plátanos donde había unos 30 pies y que está metida dentro de un monte cerrado. El indio quiso cogerlos con un lazo corredizo izado en un palo, para cerrar el extremo libre del cucurucho. El primero donde hizo la operación tenía murciélagos, que volaron; en los otros no había ni uno. Dice el indio que están agarrados con las uñas cabeza abajo y que comen plátanos maduros, causándoles grandes daños en la época de la madurez. Le llaman *tuta-pisco*, «pájaro de noche». He visto en el trayecto á la *chacra* pasos de danta.

A mi vuelta me he encontrado con que el indio que traía la sal ha llegado con carta de Prado y periódicos. Dice Prado que concluído ya lo del Perú vamos á Chile (1).

Por la noche se mató el *sapay-pishco*, que tanto deseaba ver. Por la tarde habían pasado muchos vencejos de corbata blanca, lo cual era buena señal para que saliese á la caída del sol. Estos días son abundantes y variados los pájaros *tanagras, frinjilas*, etc.; pasan á bandadas mezclados á la caída de la tarde, armando bulla, revoloteando y saltando por las ramas. Los *kindis reales* principian ahora á echar la cola larga. Me parece observar que frecuentan un árbol de preferencia y viven en sus alrededores. Esto es seguro con respecto á los *kindis reales*.

El *kindi azul de corbata blanca*, dice el indio que come de preferencia una planta espinosa afine á la *Barnadesia* (2) que ahora está seca.

Modos de viajar.—El indio curandero.

Día 26.—Hoy por la mañana han llegado los quiteños que llevaron nuestras cargas, enfermos los más viejos, extenuados y muertos de hambre porque no encontraron

---

(1) Refiérese al bombardeo del Callao por la Escuadra española.

(2) Género de plantas americanas de la familia de las compuestas, dedicado por D. Celestino Mutis al gran botánico español Barnades.

nada en Archidona, y la crecida del Cosanga los tuvo detenidos. También ha llegado un tal Torres, salador de carne de vaca, marinero en Paya-Cocha del Napo y á quien los indios abandonaron en Urcu-Siqui con sus cargas. Los indios que nos mandaba el Gobernador le recogieron. Uno tomó los víveres y los otros dos vinieron de estriberos. Cuatro maneras hay de hacer el camino: á pie, cargado con estribo, en silla y en *guanda*. Uno de los indios era curandero; se distinguen entre ellos los curanderos por unos palitos como de cuatro pulgadas de largo por unas líneas de diámetro que llevan ensartados en el pulpejo de la oreja en el sitio donde se cuelgan los pendientes. He visto una curación en los de Pintac. Uno de ellos tenía una pierna mala; el que le curaba principió por soplar sobre ella humo de tabaco de un cigarrillo que fumaba, después le refregó fuertemente con un ramo de ortigas; el resto se lo dió á soplar al paciente, quien después se envolvió en un trozo de poncho y quedó sano.

Los tres indios que venían con Torres llevaban una carga y los otros dos encargo de recoger dos más que han quedado abandonadas en el camino por los archidonas.

Día 27.—Amanece lloviendo. Sigue durante el día, pero la noche es de las más deliciosas que he disfrutado.

Día 28.—Llovió por la noche, pero amanece despejado. El llamado sitio de Pachamama es una serie de llanuras, llena de surales y cenagosa.

Día 29.— Amanece lloviendo. *Unca,* collar de formas distintas generalmente de abalorios. *Bafo,* calzón de tocuyo teñido como lana. *Cushma,* poncho corto generalmente teñido con *sani*. Es el traje de camino de los tenas, archidonas, etc., etc.

Día 30.—A las siete y media largas se fueron Almagro é Isern con seis indios. Se proponían la víspera salir antes que ellos y por la mañana al apuntar el día. Han dejado las cargas por detrás y cuentan tomar dos indios de los que se encuentren por el camino. Por la noche llovió fuertemente. El día ha sido bueno.

Día 31.—Amanece lloviendo. En el recuento del *tocuyo* resulta que han robado 430 y tantas varas. Probablemente han sido los papallactas, que las han traído á Baeza. Apurado de víveres he comprado, en tres pesos, un cerdo que hice matar.

Día 1.° *de Abril de* 1865.—Amanece lloviendo y así ha seguido todo el día, con breves intervalos. Llegan por la tarde los yumbos para cargar, dicen que detrás vienen diez más, traen letras de Almagro.

Día 2.—Amanece lloviendo. Noche lluviosa. Llegan seis archidonas por las cargas. Mañana me iré probablemente. Todo queda dispuesto por la noche.

Continúan el viaje.—El camino.—Los ríos.—Modo de hacer masato.

Día 3.—A las ocho de la mañana salgo solo con Pancho y Juan Díez, dos cargueros y dos que llevan los masatos y el cucuyo. ¡Hermosa mañana! Voy provisto de una especie de interrogatorio (voz quechua) para los apuros; pero sé lo que me contestan. Llevo la lista de los *samais;* no concuerdan con los de Villavicencio.

¿Habrá en esto variación? A las nueve y cuarto llego á Upiana junto á un arroyo en medio de una cuesta. Hasta aquí el camino es bastante abierto, pero mucho fango. Se hace el samai á Cuno-Jualma, sigue el fango y el camino se cierra más. A las once y media en Onto-yacu, río sin importancia, pedregoso y cenagoso; llega á la rodilla; ocho varas de ancho. Comienzan los surales y lodazales profundos. A la una en Challa-yacu-pamba. En el monte de Ventanilla de abajo hay una hermosa y elevada ¿quendaja? ceñida de *ficus*. Aumentan los surales y pantanos hasta poco antes de llegar al ¿Berango?, cuya orilla tocamos á las cuatro y cuarto. Es un río de 25 varas de ancho; pero esta medida no puede hacerse de ninguno de estos ríos porque cambian de caudal á cada momento. Ahora prontamente nos detienen en nuestra marcha por las crecidas.

Sus aguas azules parecen algo terrosas cuando rompen contra las piedras. El punto por donde se vadea está muy cerca de su desagüe en el Cosanga, cuya cuenca se vé desde donde el camino pasa por el Berango. Los indios se han sentado tranquilamente á su orilla y están bebiendo la chicha amarilla, como clara de huevo, hecha con el masato de Chonta-fuiro.

Descripción del masato. Cuecen el fruto, lo pelan, lo majan detenidamente ó á prisa, según el caso, ó partida más ó menos pronto. Algunas veces lo mascan y queda como una masa.

Salida del Pongo.—El paso de los ríos.—El camino.

Día 4.—Salimos á las siete menos cuarto del domadero de Pongo; por la noche (que comenzó con luna y concluyó lloviendo) bajó el río lo suficiente para pasarlo con agua hasta las ingles. Atravesólo primero el capitán con su perro en los brazos; observé la marcha, y después de verlos pasé solo. Hay un canal que me volcó y si no encuentro piedras me voy río abajo. El día era bueno. A Pancho tuvo que ayudarle un indio y á Fermín lo mismo. A la una menos cuarto, después de pasar los surales, el Bermejo y el Cosanga llegué á la orilla de este último río. Pasamos dos veces un brazo de doce varas de ancho..... A las once y cuarto en Tuta-pishco; á las doce y cuarto en Locmo.

A la una y cuarto en Tuschu-yana-yacu; aguas negras y sucias. A la una y media pasé el Nabu-yana-yacu con el agua á la cintura, agua negra y sucia; ocho varas de ancho. A las tres y media descanso debajo de un árbol en el *samai de Itma-ursu*. A las cinco menos cuarto estaba en Cosanga y Samana á su orilla. Después de probar la chicha de yuca blanca como la leche que nunca había visto y que encontré muy agradable, me retiré con las cargas de comida al tambo retirado de Cosanga en un punto donde no pudiera alcanzarlos la crecida de aquél. Este río es como los demás que he visto, aunque más ancho y

de corriente más fuerte. Muchas piedras rodadas de varios tamaños y substancias; altas laderas, árboles de bosque, profunda cuenca y muy ruidosa. El camino desde Tuta-pishco es muy bueno, el mejor que he andado desde Papallacta.

Se vienen siguiendo los altos del Cosanga, cuyo ruido se oye y cuyas aguas se vén pasar tumultuosamente á través del bosque. Desde Isma-Ursu el camino empeora y sigue mal hasta Cosanga.

Día 5.—A las siete y media en el Chumbadero. Atravesamos un alto bosque de bastante barro; á las nueve y cuarto en el Almonadero; once y media, Guacamayo-punta; doce y media, Uchum-yuno-urcu; á la una y diez, en Cara-chunga; á las dos y media, en la orilla del río de Urcu-ungum. Los indios de Chonta-Urcu hacen su chicha. Juan [Isern], que se había separado de nosotros por sus pies en *Isma-Urcu,* aún no se ha juntado. Este samai es el más placentero de cuantos hay en el camino. ¡Hermoso bosque!

Se vé el cielo porque la quebrada es bastante ancha y el río, que se pasa con el agua al muslo, limpio como un cristal, poco ruidoso y bastante manso. La lluvia que comenzó en el Almonadero cesó en Cara-chupa. Llegamos á las cuatro menos cuarto á Chaupi-chibana; me encontré á los indios que se disponían á preparar el tambo para dormir, les hice recoger las cargas y dirigirse á Osara-yacu. Pasé el Chaupi-chibana á las cuatro y minutos y sin detenerme en Playas llegué á las cinco y media á Osara-yacu. Juan [Isern] se junto por fin con nosotros; pero volvió á retrasarse. He dormido mal esta noche.

De Osara-yacu á Archidona.—El camino.—Archidona antigua.—Su estado actual.

Día 7.—Salí al dormidero á las seis y media, de Pozoloma á las nueve y cuarto; á las diez y media en Agua-Samana ó, según Carvajal, Aguja-siqui. Camino de..... y

lodo gredoso cortas interrupciones hasta el fondo. Unda-yacu adonde llegué á la una. Sigue el camino lodoso y en las subidas y bajadas en cuyo fondo así como en los ríos y arroyos. Torna-yacu, etc., etc., está mezclado con agua amarillenta de arcilla, cortado en diferentes sitios por ríos y arroyos. En trechos el camino es estrecho y encajonado, apenas cabe el pie. En un lado y otro, cañas, gramíneas, aroideas, que cruzan de una á otra parte. Con la lluvia que sobrevino desde Munda-yacu se hizo el camino insoportable. Medio samai antes de llegar á Archidona está abierto á mano. En general el camino de Papa llacta á Archidona está mal descrito. Desde antes de Catanda viene oyéndose el Misa-gualli, y más ó menos siguen las curvas del río á las profundidades del camino.

Archidona tiene una bella posición. En sus orillas sobre una extensa llanura poblada de bosques y donde la vista se explaya en un dilatado horizonte, se comprenden unas cuantas casas iguales, la Iglesia y la residencia del Gobernador, donde recibí franca hospitalidad. Todas ellas construídas de una caña gigantesca llamada *huama*, que dispuesta de diferente modo sirve para vigas, suelo, paredes, etc., ayudada por el bejuco y techada por las hojas entrelazadas después de partidas á lo longitudinal del nervio medio. Fué ciudad fundada por los colonizadores de Oriente, abandonada por los blancos y vuelta á su importancia por los jesuítas que la poblaron con indios y la hicieron centro de sus misiones al Marañón. Aun hoy día es amena su situación.

Llegué á las tres y media; gratifiqué con un real á cada indio, y ellos se fueron á sus tambos, de que está rodeada la población, distribuídos en el interior del bosque y de donde no salen sino cuando el cura les obliga á ello. Bien precario es el resultado obtenido por la catequización de estos indios; ninguno hasta ahora, pues el Gobierno para ellos es más bien molesto, porque viviendo como viven en sus tambos, sólo se reunen en la población para llevar cargas ó percibir artículos que repartir. Cuando

el Gobernador no reside en un pueblo, no parecen por allí para nada.

He llegado á Archidona con los pies en un estado lamentable, hinchados como botes, pero bien de salud y sin cansancio, á pesar de habérseme alargado día y medio el camino, porque los viajeros europeos y aun los blancos del Ecuador lo hacen en seis días o en siete. Almagro é Isern, en ocho.

Día 8.—Variedad y abundancia de preciosas golondrinas. A pesar del estado de mis pies, he cazado tres especies. Ha llovido casi todo el día; por la noche me acosté enfermo.

Descripción del panorama.—El Gobernador indio y su séquito.—Costumbres de los indios.

Día 9.—¡Hermoso día! Se puede admirar el hermoso horizonte de Archidona. Al Occidente las onduladas líneas de las cúspides más ó menos lejanas de los montes, que vienen dividiendo á Huna-llandu desde la alta planicie de Quito. Al Oriente, las copas de variadas formas y colores de los árboles del bosque, se extienden hasta el Napo salpicada en primer término de una hilera de casas cenicientas que se extiende hasta la entrada del camino de Baeza y luego la cuenca del Misa-gualli, del fondo del cual se levantaba una azul niebla y el ruido de sus cenagosas aguas. Fajas de nubes horizontales interrumpen los términos de las líneas de Occidente, levantándose del fondo de los valles que separan un término de otro, cada una de un color más azulado conforme se aleja el sol ardiente. El sol cubierto de nubes de diferentes formas y tonos, revueltas confusamente unas con otras.

Por la mañana, como ayer, ha venido el Gobernador indio acompañado de longo bastón con puño de plata que nunca suelta de la mano, como los pertigueros de las catedrales. Lleva un numeroso séquito de alcaldes, unos mayores y otros menores, con bastones gruesos y cortos sin

puño; capitanes y alguaciles con delgadas varas como los nuestros. Hay 20 justicias (así se llaman) y otras dignidades indias. Luego se presentó el *Curaca,* dignidad que no viene de nadie más que de la edad, talento y hechos de la persona [y] á quien respetan no solo en el pueblo sino en toda la comarca, desde el último indio hasta el Gobernador indio inclusive. De él se vale el *Apu* (1) blanco para las delicadas comisiones y compromisos, porque solo él puede obtener estas cosas de los indios. Venían trayendo provisiones para el Gobernador. Desde muy temprano una porción de mujeres con sus hijos cargados á la espalda han estado cortando las yerbas de la plaza con un cuchillo.

Día 10.—El Gobernador indio ha entrado esta mañana en mi cuarto á pedir un real para un trago.

Los indios me han traído tres especies de culebras: la una venenosa, la *sara-machacu, serpiente de maíz;* la *pitalaya* y la *orita-machacu;* la segunda vive en los árboles.

Estos indios, dice el Gobernador D. José de Cárdenas, desprecian á las indias solteras que han parido; nadie las quiere por mujeres ni [á] las viudas; solo que [éstas] encuentran más facilidades para hacerlo. Las viudas se casan segunda vez, siempre con viudos. Las solteras que se sienten embarazadas pasan provisionalmente al tambo; en la época próxima al parto se retiran al monte donde dan á luz y matan después la criatura.

Honran mucho á los viejos, al padre, madre y abuelos; los cuidan con esmero y no les permiten trabajar.

El bastón del Curaca.—*Los justicias.*

Día 11.—El bastón del *Curaca* tiene cuatro abrazaderas y un gran puño de plata. La más próxima á éste tiene siete ú ocho argollitas fijas de las que penden otras tantas cadenas de cuatro ó cinco pulgadas con una bolita maciza en el extremo, todo de plata. Hay justicias de

(1) Gobernador.

vara negra para el cura, curia eclesiástica, etc. Antes el número de justicias ascendía á 80, hoy lo ha reducido el actual Gobernador á 20. Van á cualquier comisión á muchos puntos delante el *Curaca*, después el Gobernador, etcétera.

Días 18 *al* 20.—Sin anotaciones.

Curso del Misagualli.—Caserío de Archidona.—Cómo pagaban las provisiones traídas por los indios.—El saludo matutino ante la casa del Gobernador.—Indumentaria de los «Achangas».—Los burros de la Virgen.

Día 20.—Partió Almagro para el Napo, después de almorzar.

Corre el Misagualli por Archidona de Norte á Sur con fondo escaso y manso ruido, haciendo un fondo como de 25 varas á flor de tierra. La ribera oriental es más alta y ostenta un bello bosque; la occidental es más baja y formando una llanura en la cual se encuentran las principales casas de Archidona; la del Gobernador, el Cabildo, que está á unos treinta pasos de ella. En frente hay una plaza de 120 pasos que los indios vienen á limpiar con sus mujeres, cortando yerba todo el día. Frente al Cabildo en el río hay una [isla] pedregosa donde crecen, sin embargo, especies de arbustos. Las provisiones que traen los indios son mandiyuca, plátanos y gallinas. Se pagan [con] sal y ovillos de algodón. El calor ha llegado hasta 24° R. Los indios que traen las provisiones y los que se presentan de mañana al Gobernador, se ponen en fila frente al corredor que tiene la casa en la parte que da á la plaza y saludan haciendo una especie de zalema, cruzando los brazos sobre el estómago y diciendo: «alabado sea el Santísimo Sacramento».

De Quito á Archidona pueden contarse 20 leguas en línea recta; pero con los vadeos y cuestas se triplica por lo menos el camino. El indio prefiere contar toda la plata antes de cargar.

Ropa exterior de la mujer (indios achangas): *pacha* = fustán ó zagalejo interior trabado con tirantes; *rachapa* = alfileres con paleta para sostener la pacha; *tupos*, ceñidores de cinturón; *chumbi*, gargantillas; *durashsca*, los brazaletes ó anillas.

En Guapulo (según parece, contracción de Guadalupe) hay una cofradía de Nuestra Señora de este nombre (Guadalupe); en ella se inscribían, por dos pesos de entrada y cuatro al año, ciertos hermanos con el nombre de «burros de la Virgen» para llevarla en andas cuando va á Quito, distante dos leguas. Hay dos cofradías más con «burros».

Hojas de techar, *lisan*; y á las tiras de corteza con que se amarran las casas, etc., *cara-huascha*. Con ellas hacen unas correas con los extremos trenzados para sostener las cargas.

Sobre el hermoso cielo de Archidona se concentran, por cima del bosque al Oriente, cúmulos de nubes que parecen humo de piras inmensas y que se dirigen á la cordillera, donde refundiéndose producen las lluvias que recogen el Napo y el Coca. Casi siempre se las observa sobre los cerros más próximos á la cordillera, formando sobre ellos sombrías capas y simulando alturas. Las cordilleras hacia el Sur parecen más bajas, y más lejanas desde Archidona, por donde se dirigen al Misagualli y al Napo, abriéndose por esa parte como una llanura extensa, remate y fin de la cordillera cuya vista alegra el alma, después del montañoso y áspero camino que se viene siguiendo desde Papallacta.

Para hacer la casa estos indios no necesitan más instrumentos que el machete. No usan escalera, se sirven de una gruesa huamera que colocan más ó menos vertical, según la altura á que quieren subir, y trepan por ella metiendo los pies dentro de una cadena hecha de bejuco que apoyada sobre la caña sujeta contra ella un pie mientras se apoya con el otro como sobre un estribo.

Esta noche ha sido verdaderamente oriental, iluminada de *relámpagos, música y truenos y refresco de agua de*

goteras. La hoja con que se techa se contrae y aun se tritura con dos días consecutivos de sol. En el aguacero fuerte y repentino de tormentas el agua, antes de que el techo se empape y esponje, cae dentro de las casas como cernida y después á chorros.

Día 21.—Amaneció lloviendo; á las doce continúa. Buena tarde.

Día 22.—Mucho calor.

El Curaca.—*Democracia india.—Curiosas observaciones acerca de los vampiros.*

Día 23.—El *Curaca*, como día de domingo, se ha presentado con pantalón largo, camisa roja y poncho blanco, listado de rosa. Solo á éste se le ha visto esta *relajación* de traje; sin duda su categoría le permite tales libertades. Los indios de esta provincia no tienen distinción en la nobleza y calidad de las familias. Todos se conocen y se casan indistintamente; les basta para esto saber labrar la *chacra*, tirar el *virote* (especie de flecha de caña con un pivote de punta en sus extremos y untada de veneno, la otra arrojada por una cervatana larga de bodoque que tiene la mira junto á la parte por donde se sopla) y poder conducir una carga.....

Archidona, como pueblo el más antiguo de la provincia, recibe de los indios el nombre de *Rucu-Uacha*, «el pueblo viejo».

Es pobre en cacería porque persiguen continuamente con sus *virotes* á los pájaros aun más pequeños. Escóndense aquéllos debajo de los árboles más concurridos, se cubren con hojas y así esperan la caza.

Ya tengo más ejemplares de los murciélagos (vampiros núm. 51 de los mamíferos). Desde bien anochecido rondan las casas, volando muy bajo y metiéndose en las habitaciones. Ya de noche, atacan, durante el sueño, á los perros, cabras, gallinas, etc., etc., y aun al hombre. Escogen las yemas de los dedos de los pies ó la punta de la nariz, así

en el hombre como en los perros; las carúnculas en las gallinas y la parte posterior de las ovejas ó de las cabras. Hacen una herida del diámetro de dos líneas, royendo suavémente la epidermis y el dermis, hasta encontrar la red vascular. La cantidad de sangre que chupan es bastante grande atendido el tamaño del *Vespertilio*. Deben tener gran habilidad y ser *muy diestro cirujano* para no despertar al animal mientras le opera. Yo creo que durante ella [la operación] debe producir una sensación agradable en la víctima que lo consiente y no da señales de molestia.

He sorprendido á uno de estos murciélagos sobre un chivo blanco que tiene el Gobernador en su casa; eran las dos de la mañana; me acerqué á él para sorprender al sanguinario quiróptero. Estaba despierto (el cabrito) y tenía una mancha negra detrás de los cuernos en el cogote. Fuí á coger el murciélago, y escurriéndose y dejándose caer hacia las paletas tomó vertiginoso escape. El chivo dormitaba tranquilamente, moviendo de cuando en cuando la cabeza sin dar señales de molestia. Para chupar se posa el murciélago sobre el animal ó se arrastra hacia él por el suelo y junto al sitio que escoge para atacarle. Las noches aquí son calurosas. Durante el tiempo de mi permanencia en Archidona han atacado [los murciélagos] á un criado de Almagro en un dedo del pie, á sus dos perros en las patas y en la punta de la nariz y al chivo en la oreja en la parte menos cubierta de pelo. Las gallinas tienen que estar incubadas, porque mueren de anemia al primero ó segundo ataque.

Cuando no tienen sangre que chupar comen esos murciélagos plátanos muy maduros, y metiendo una cabeza de *gincos* en una *achanga* con ramos espinosos, es como los cazan los indios. Yo he probado con la mano y con una red, pero no he podido conseguirlo.

Pancho mató uno de un tiro y los indios me han traído tres, dos de ellos hallados en un tronco de árbol viejo.

También viven en los troncos de *huama*, de que se construyen las casas. En su figura nada tienen de particular;

son del tamaño de un ratoncillo (tres pulgadas de largo) y poco más de una cuarta de uno á otro extremo de las alas; pardo obscuro, y sobre la nariz una laminita formando un repliegue de la piel en forma de hierro [?] de lanza y de unas tres líneas de alto.

La casa de Bartolo.—Sus humos.

Día 24.—Día lluvioso. Vienen indios con cargas; dos de vacío ó alquilones, que son los que llevan el encargo y ganan dos ó cuatro reales. Son jóvenes aprendices de cargueros; traen carta de Martínez, según la cual debe llegar mañana. Por la noche jugamos al tresillo el Gobernador, Isern y yo, desde las siete de la noche hasta las seis de la mañana. Ya empezaba á amanecer. De la casa de Bartolo Grefa (apellido extenso é ilustre, que es el del *Curaca* Vicente) salía como una cana cabellera de humo (las casas no tienen chimenea y el humo sale por entre los intersticios de la lisana), y entre las paredes brillaban los tizones del hogar. El humo se confundía en la vaga claridad de la mañana con la niebla que lo envolvía todo y se espesaba en el lecho del Misagualli. Estremecíanse con la brisa los árboles del bosque, como sacudiendo aquella opalina envoltura. Concluyen los cantos y ruidos nocturnos y crepusculares, y empiezan los más alegres y armoniosos de las aves diurnas. Sobre el bosque, al Oriente, montañas inmensas de nubes, teñidas de rosa y alegre paisaje de una región clásica.

Día 25.—He estado durmiendo hasta las cuatro, en que ha llegado Martínez con Carvajal.

Día 26.—He disfrutado de unos hermosos baños del Misagualli.

Día 27.—[No hay apunte].

Día 28.—*Cushni-tambo*, «Tambo del humo». Amanece lloviendo; el día de ayer fué también lluvioso; por la noche cesó repentinamente el ruido del Misagualli, que es-

taba en agua creciente. Por la mañana vinieron voluntariamente multitud de indios de Tena. Antes se mostraron reacios para ir á Baeza. La causa de este cambio puede atribuirse á que se pagó en lienzo á los últimos archidonas que llevaron carga para el Napo; una vara por carga, importante dos reales.....

Días 29, 30 *y* 31. *Domingo.*—[No hay apuntes].

Preparativos y procedimientos de los indios del Napo para construir canoas.

Días 1.º *de Mayo* (1865) *al* 6.—[Sin apuntes].

Día 7.—Por la noche gran lluvia; creció 2 y media varas el Misagualli; se oía el ruido de las piedras que arrastraba la corriente. Llegaba el agua á cubrir la base y ramas caedizas de los arbustos de la isla.

Día 8.—He visto el Misagualli crecido con aguas amarillas, y baja rápidamente como había subido; desde las seis á las doce, una vara y media.

Estamos detenidos por la crecida del Misagualli, que no dejando de llover más ó menos no deja un vado seguro hasta embarcarnos en las canoas.

Día 9.—Sigue creciendo el Misagualli; las cargas están ya hechas y aguardando. Para hacer una canoa estos indios ribereños del Napo y afluentes navegables, van al bosque, escogen el árbol de que han de construirla, examinando bien el tronco, después *hacen chacra* alrededor, es decir, desmontan el suelo. Siembran primero maíz, plátanos, habichuelas, etc., construyen un tambo y se va á vivir allí la familia del indio y parientes más próximos, tan luego como las plantas van estando en sazón. La emigración tarda dos ó tres meses, que son necesarios para construir la embarcación. Lo hacen del modo siguiente: echan abajo el árbol quemando la base, cortan el tronco á lo largo de la canoa, hacen un surco longitudinal con hacha, siguen agrandándolo con fuego y cuando

hay que afinar los costados dejándole el grueso suficiente, apagan con agua y queman poco á poco alternativamente, hasta que el grueso sea igual. Lo mismo hacen por fuera, y por último lo rasgan para quitarle el carbón.

Ha llegado de vuelta el viajero que venía del Marañón, después de aguardar cinco días á la orilla del Jondachi á que bajara. Su familia, compuesta de mujer, dos hijos, uno de pecho y una negra. Va á curarse el mal de orina desde Tabatinga!!! (Brasil).

De Archidona á Tena.—Origen de éste.—Su situación.—La bajada por el Misagualli.—Destreza de los remeros indios.

Día 10.—A las nueve y media salimos de Archidona el Gobernador y yo, á pie, Martínez, Isern y Carvajal se habían adelantado una hora; á las diez y media en Lagarto-yacu; á las once llegamos á la embocadura del Misagualli é inmediatamente embarcamos; á las once y cuarto llegamos á la confluencia del Tena con el Misagualli; á las doce y media al Tena, después de surcar río arriba hasta la confluencia de éste con el Pano. Aquí está Tena, pueblo de unas 20 casas, fundado á consecuencia de una gran contienda entre dos barrios de la antigua Archidona Rucu-llacta. La rivalidad de los dos barrios tenía su origen en la de las dos más principales y dilatadas familias de ellos, los Grifas y los Cerdas. Los primeros quedaron en Archidona y los segundos fundaron á Tena. Este pueblo, que no está marcado en el mapa de Villavicencio por ser posterior á dicha obra, nació en tiempo de Apucerda, ídolo de los indios y su gobernador por los años 52 á 56.

Tena está sobre el río del mismo nombre, sobre una posición amena y risueña próxima á Archidona; tiene alrededores más amplios, como convenía al centro de las misiones jesuíticas. En Archidona no hay brisa, en

Tena sí, y muy agradable. El río es más manso; en lentitud sigue como el Misagualli, pero las piedras que arrastra son muy pequeñas y su superficie rizada contrastando con la de la desembocadura del Pano, á quien detiene en su curso y que parece una tranquila laguna. El «Misagualli» se enturbia con facilidad y se pone sucio. La bajada por él ha sido uno de los más deliciosos momentos del viaje, sobre todo al descender de pie sobre la canoa contemplando los frecuentes paisajes de cascadas con la rapidez de una flecha por entre las espumas, las oleadas irregulares y remolinos, reforzados con el viento que movían la embarcación.

He admirado la destreza de los indios para conducir sus chatas canoas, largas como de seis varas y una de ancho, levantadas igualmente de popa y proa, angostas y aguzadas, ésta [la popa] ancha, y aquélla [la proa] cortante.

Uno, en la popa, dirige la canoa y la empuja al propio tiempo con un remo de pala elíptica y mango corto (popero); dos empujan con sus *taimas*, como con un bichero, apoyándolas en el fondo del río. En las piedras y en los pasos difíciles colocan á proa otro remo. Es imposible contar las vueltas y escarceos de una canoa bajando este río, á veces (en los pongos) sobre un plano inclinado y dando botes sobre las piedras. Al subir el Tena en estos sitios (pongos) se echan fuera de la canoa, saltan al agua, la empujan por los costados y el popero apoya las manos en el corte de la popa. Van al paso indios ágiles y robustos, ceñidos con una corona de plumas de *yubi* y *pishira* entretejidas en aros de una especie de mimbre y pasando un pongo dan al viento y repiten, los ecos de los bosques de las orillas, las notas de una trompa de asta, tristes y prolongadas. Jamás les abandona la alegría, y así en éste como en sus trabajos y fatigas, jamás faltan las carcajadas naturales y salvajes que sólo á ellos he oído.

Una canoa con cuatro indios cuesta medio peso de la moneda ecuatoriana y por la mitad hacen las cargas por

tierra desde Archidona al Napo. El Gobernador, que venía en *guanda* (1), en hombros de ocho indios ó en manos en subidas y bajadas, pagó dos ovillos de algodón por hombre. ¿Llegaría á valer un ochavo cada ovillo?

Retrato de los indios tenas.—Habitación.—Costumbres.

Día 11.—Los caracteres que me parece pueden señalarse con certeza á los indios de esta provincia, son: cuerpo de estatura regular y bien proporcionado; músculos robustos, de suave contorno; piernas proporcionalmente más cortas; manos regulares; pie de planta muy ancha, torcido generalmente hacia dentro por el modo con que tienen que andar y la frecuencia de sus viajes y condiciones de los caminos; color cobrizo; pelo negro, lacio y grueso; vello nulo ó muy escaso en cuerpo, sobacos y cara, en el pubis más abundante; cráneo pequeño algo piramidado, frente estrecha y poblada, ojos negros estrechos, no muy grandes, y con frecuencia oblicuos, pestañas casi rectas, línea ó surco de los ojos y espesor de la nariz muy hundidos, pómulos desarrollados y la línea de la cara que pasa horizontalmente por ellos muy larga, de modo que la cara se estrecha rápidamente hasta la barba, que es retraída. La nariz, ancha en la base, chata y ya remangada ya aguileña, se levanta desde el extremo ocular hacia la punta; boca grande en arco con los extremos hacia abajo; el labio inferior se retrae como la barba, el superior muy desarrollado hasta en su borde, que es muy ancho, cortado perpendicularmente á bisel. El desarrollo del labio superior y el levantamiento de la nariz les forma una especie de hocico ó prolongación de cara hacia adelante y superiormente. La mayor parte de los caracteres son consecuencia del desarrollo de los pómulos y maxilares superiores.

---

(1) Especie de silla gestatoria.

Disposición de las casas de los tenas.—Tendencia de éstos á vivir en los bosques.—Visita á un tambo.—Los indios en la intimidad.—Mecanismo para la pesca.—Descripción de un murciélago.

Día 12.—Las casas de Tena están dispuestas caprichosamente, como en Archidona, y supongo que en los demás pueblos sucederá lo mismo. Hay siempre una tendencia á retirarse hacia el bosque y lo más alejado posible del cabildo y del convento. Forman el pueblo de tan mala gana como sus habitantes. No se vé ese deseo y sumisión á alinearse, unirse y disciplinarse, como en los pueblos que principian de buena fe.

He dado un paseo por el manso Pano en una canoa conducida por dos indios. He visitado un tambo colocado en una situación cómoda y pintoresca, á la orilla del mismo río, con fácil embarcadero y una playa ó finca amena. Por delante una canoa varada en la playa. El tambo, que tendrá ocho varas en cuadro, está habitado por dos indios de edad, dos matronas, dos jóvenes casadas, con sus maridos, dos indias, adolescentes doncellas, y seis niños lindísimos; total, diez y seis personas. Como todos los tambos, tiene dos puertas que se corresponden y se cierran con una especie de mamparas colgadas encima de las puertas con una cuerda de estera y se abren haciéndola oscilar, de noche, á su izquierda, ó se cierran dejándolas oscilar con su propio peso. Son de *huama* picada. El dintel de la puerta se levanta media vara del suelo, á causa de los reptiles, de manera que casi se entra por una ventana. No tienen más abertura, y sólo la claridad que se entra por las rendijas de la *huama* picada, que forma las paredes ó *quinchas*. Una puerta da al río, la otra á la *chacra* ó huerto de yuca, mandis y plátanos. Es fresco por dentro, limpio y con una media luz agradable. Reina en alto grado el olor almizclado desagradable, característico de los indios, que se mezcla con el del humo. Cruzan la parte media del tambo á la altura de

los postes que sostienen la techumbre, unas patas de caña en que apoya un vasar ó estante ancho de dos varas, donde guardan víveres que el humo cura.

El mueblaje es sencillísimo: á uno y otro lado de la única sala, en la parte superior que corresponde á las caídas del techo, se levantan sobre estacas á una cuarta del suelo tarimas hechas de lustrosa *huama* picada, que les sirven de asiento y de cama. Situado detrás de [las] tarimas hay un tabique, de *huama* también. Algunos cuelgan hamacas de la techumbre para los niños de pecho..... Cuando yo entré, el más viejo estaba tendido indolentemente sobre la tarima *(cahuito)*, ocupación de estos indios cuando son ancianos. Las matronas trajinaban por la casa; las casadas, una tenía su hijo y otra se abanicaba con un abanico hecho de plumas de la cola de un pájaro de monte. Era la mejor vestida y sobre oscura *pacha* brillaban como una cascada innumerables sartas y collares de blancos *muyos* ó abalorios. La mayor de las doncellas se ocupaba en renovar el agua del condensador en el aparato donde se destilaba el aguardiente de plátano *(trayo)*, industria que les enseñó un cura llamado Herrera.....

El aparato para destilar aguardiente es muy sencillo: una olla de boca ancha, que contiene el *huarapo* (jugo de plátano macerado en agua), sobre ésta otra de boca estrecha y sin fondo. En ésta, por el borde interno, acomodan una canal de madera, que desemboca en un agujero de las paredes de la olla donde fijan un canuto largo de caña. La olla está tapada con una *paila* ó cazuela de cobre, donde echan agua fría para liquidar el vapor de aguardiente, renovándola de continuo. Del canuto va á parar á las *quisas*, donde guardan el líquido para venderlo o consumirlo. Como quisiera obsequiar á los de mi canoa, en lugar de *quisa* pusieron una botella *(limeta)*, como las llaman, y al extremo inferior del canuto una capa de algodón para que pudiera entrar el chorrillo en la botella. Aún había aguardiente caliente, como un ponche. Mientras se regalaban mis canoeros y para dejar

más á gusto á los indios, poco partidarios de que los blancos visiten sus viviendas (sobre todo las mujeres, que se esquivan y esconden y aun huyen á la aproximación de éstos), bajé á la playa acompañado de uno de los indios del tambo. Ví volverse á éste de repente, coger las redes y ocultarse detrás de la canoa. Mientras tanto iba ensartando en el dedo medio de la mano derecha la relinga de la red que replegaba. Lanzóla de repente al río haciéndola describir un semicírculo y tratando de enhebrar en él á su presa; pero el pez fué más listo y saltó del otro lado por fuera.

Más arriba del tambo observé un remanso artificial con una compuerta cerrada mediante un aparato de hojas de palmera y palitos, de fondo levantado sobre la superficie del río, al cual baja el agua del remanso por una cascadita y en el que, como en una criba ó cesto, quedan en seco los peces, corriendo el agua por los agujeros.

Me han traído el murciélago número 71. Una lista blanca desde la comisura de la boca hasta las orejas, y hasta la parte media de la cabeza también blanca. En medio de éstas y donde concluyen empieza otra del mismo color, que termina en la región candal; paladar y parte interna de los carrillos amarillo-pálido; los repliegues de alrededor de la nariz del mismo color, más vivo en los tuberculitos y partes salientes; base de las orejas por dentro amarillo-pálido, concluye el color á la mitad, pero se continúa en el borde interno hasta el ápice; trago, antitrago y sus repliegues cercanos amarillo más vivo, sobre todo el trago. Extremo libre del pene, amarillento también.

De Tena al Napo.—El río.—La población.—Los napotoas. Procedimiento de los jíbaros para la reducción de cabezas.—Los indios canelos.—El loco de Quito.

Día 13.—A las ocho de la mañana salí de Tena, atravesando [?] el río en carro, hasta la boca del camino del

Napo, que aparece desde el Cabildo. Sigue la senda sumamente lodosa, aunque bastante igual; es un contraste con el trozo que hay desde Archidona hasta el embarcadero del Misagualli.

El tiempo lluvioso. El agua nos acompañó hasta el Napo, adonde llegamos á las diez de la mañana, sin detenernos.

Bajé á ver el famoso río, el Halma-yacu, como le llaman los indígenas. Tiene frente al pueblo como unas 120 varas de ancho; es tranquilo y profundo, de aguas verdosas, porque el sordo ruido que se percibe lejano es el de las torrenteras de cotos, más abajo. La hoya es profunda, alta la pared de la derecha y perpendicular; declive suave desde el Balsano. Un *samai* antes, viniendo de Tena; aunque el frente del pueblo está cubierto de vegetación, se vén á trechos alternadas las capas negras de lignito con las rojizas y amarillentas de las arcillas. Napo es triste, sin vegetacién ni brisas; más grande que los demás pueblos que hasta ahora hemos visto, y en general las casas de los indios más espaciosas. Son tristes, retraídos, y contrastan en sus caracteres con los alegres y expansivos tenas. Usan más de la camiseta y pantalón largo.

Se ven bastantes blancos, es decir, gente que no es india. También [se] hospedan aquí, accidentalmente, unos cuantos *canelos* con sus coletas. Tiñen las manos, cogote, cuello y orejas de un morado obscuro, y de *achote* las caras con rayas del gusto egipcio, de tal manera, que uno de ellos, de hermosa figura por cierto, tenía indudablemente una cabeza como las pintadas por los egipcios. Usan un calzón corto como á principios del siglo, teñido de rojo ó de morado, y el poncho ó *cuxma* muy largo. Su fisonomía es más regular que [en] los indios de esta provincia: boca más movida, ojos más vivos y en muchos..... y más grandes, nariz muy regular y los pómulos sobresalen con gracia en la fisonomía, el color parece más pálido.

Han vuelto por la tarde y examinaron los revólveres y escopetas Lafocheux llamándolas maravillas, y uno ha tirado con ella sin mostrar asombro, más bien placer. Usan de ellas en sus guerras contra los jíbaros, sus vecinos, por lo que les vencen comunmente. Estos canelos, en número de 11, son comerciantes que vienen á cambiar sus artefactos (bodoqueras, etc.) por oro, á pesar de tenerlo allá de mejor ley. Nos han asegurado que el procedimiento que emplean sus enemigos para modelar y conservar sus cabezas después de matados sus prisioneros es el siguiente: *la desuellan, la vuelven con las facciones hacia afuera, vierten dentro un jugo curtiente, la introducen en una cavidad de molde y en cuanto está empapada en el curtiente meten dentro piedras calientes que van renovando hasta que la cabeza contrae el tamaño, en que se la cuelgan á la cintura con cordones.*

Van los canelos teñidos de *huito,* jugo de un fruto de este nombre que da un hermoso color negro, que aquí en el Ecuador lo usan para las canas.

Los indios de esta provincia en sus casamientos y fiestas además de los derechos al cura, que pagan en oro ó en plata, llevan también un presente ó *camarico* (que eso significa) compuesto de gallinas, útiles de cocina, huevos y frutas. En los casamientos la novia lleva dos gallinas y el novio dos gallos; la madrina otras dos gallinas y el padrino otros dos gallos, además doce huevos cada uno, piñas, plátanos, yucas, etc. *Micozuca* y *huairichima* ó aventadores de plumas de pavas. Acompañan al cortejo cantando un recitado con música de tamboril en que se dice al cura en estos ó parecidos términos (porque eso depende de la imaginación del que improvisa): Toma, aquí te traemos nuestros bienes, el fruto de nuestro trabajo y de nuestro sudor, hártate pícaro, ladrón, etc., etc. El que dice esos improperios está reputado como el más hábil cantor.

No quiero olvidar, entre los locos de Quito, al que decía ser Obispo desde el vientre de madre, pues había

nacido con el pelo en forma de mitra, la jiba como roquete y el miembro encorvado como báculo. Se hacía tan sumamente rico que al ocurrir un terremoto exclamaba: *es el tropel de mis ganados, que al andar mueve la tierra.*

Mr. Jorge.—Su historia y carácter.—Su posesión y sus trabajos.

Día 14.—Hoy hemos ido á hacer nuestra visita á Mr. Jorge (como le llaman por aquí), un norteamericano que tiene un establecimiento de cultivo cerca del pueblo río arriba, amigo del Gobernador, algunos dicen que su socio para beneficiar el país, y hombre que por su vida misántropa, entereza de carácter, habilidad é inteligencia, goza de fama en toda la comarca. No se necesita mucho para sobresalir entre estos abyectos indios americanos. Celébranlo su honradez y laboriosidad.

El cielo estaba cubierto y prometiendo lluvias. Sobre el río, como en unas diez varas donde sus aguas se extendían, una viña larga y estrecha que estaba destacando como una caja sobre el verde obscuro de la selva de la ribera.

Poco más arriba del pueblo la margen izquierda, como la de enfrente, está cortada á pique y muestra las capas, que lame el río, de una marga terciaria, azul-obscura, cargada de fósiles, dura y con una inclinación de 20° sobre la superficie del río buzando las capas en dirección contraria á la corriente. Cruzábamos el río Napo oblicuamente hasta dar en una playa pedregosa, como todas las del mismo; á esta altura y donde los indios lavan su oro, haciendo fosetas como de media vara de profundidad, después de separar las piedras más gordas. Vése ya, desde esta playa, la entrada del Yunquino, antiguo canal del Napo, cuya margen izquierda es también acantilada y profunda, continuación de la que viene del Napo (pueblo). Continuamos á lo largo de la playa como un cuarto de hora, y con una regular lluvia, aguardamos á los compa-

ñeros para volver á chimbar el río y dar en la playa donde desemboca el camino de la casa de Jorge.

Nos embarcamos y seguimos un cuarto de hora arrimados á la orilla para tomar altura suficiente, á fin de caer en la arribada á favor de la corriente, en el sitio que nos proponíamos. Este trozo de orilla está cubierto de una leguminosa muy original. Tiene sus hojas muy menudas de un verde esmeralda, todas tienen el haz superior de las ramas de modo que parecen peladas por debajo. Estas se extienden horizontalmente sobre el río hasta cuatro ó cinco varas, en donde, inclinados estos parasoles hacia la corriente, la canoa pasa por debajo de una galería.

A poco de haber saltado en tierra tomamos por un camino que resguarda un extenso platanar colocado á todo lo largo del margen y que se anega en las crecidas, cubriéndose de una capa de benéfico limo. Detrás del platanar está sobre una altura la casa construída á semejanza de las del país, pero con más comodidades, estética y [más] sólida que las de los pueblos. Debajo del piso hay una máquina para hacer harina de yuca, un trapiche y una prensa para tabaco. Cerca de casa, el gallinero, el corral de puercos, etc., todo muy bien combinado. Rodean la casa hermosos naranjos, surales, piñas, etc., y no muy lejos se vén los cercados de limoneros que rodean el plantío de vainilla á que se dedica especialmente el norteamericano.

Recibiónos éste en medio de la avenida de los plátanos; joven, pálido, de fisonomía melancólica y dulce, serio y de poca palabra. Desde su tierra vino con otros compañeros á buscar oro en este río, cansáronse aquéllos y él se quedó cultivando parte de las 16 cuadras superficiales que concede el Gobierno á los colonos de estas tierras, aumentando la donación con los años y buena conducta del colono; Jonnes Edwards la escogió en un sitio sano, ameno y pintoresco, y al mismo tiempo rico. La tierra es ligera, arenosa y ventilada; tiene parajes secos y otros anegadizos para arroz, plátanos, maíz, etc.; la seca, para

vainilla. Rodea á gran parte de ella por el N.E. el Yunquino, mas no es otro que el Napo, y hacia el O. se divisa la confluencia del Napo con el Amungo, que viene recorriendo los terrenos paytas [?] que se pierden en el horizonte.

Dedicóse Jorge, al principio, á cultivar tabaco que deseaba; fijóse después en la vainilla, y desmontando y limpiando él mismo el terreno recogió plantas de los bosques cercanos y, en número de tres ó cuatro mil, las trasladó á su posesión. Dentro de tres ó cuatro años recogerá tres ó cuatro mil libras de vainilla, que vendiéndolas á 10 pesos en Europa, le harán una fortuna considerable. Con esta fortuna piensa volver, acompañado de algunas familias americanas expertas en la explotación de los placeres de California, para establecer un extenso lavadero en el Yunquino y dar principio á una extensa y laboriosa población.

El tipo de Edwards es el modelo que deben imitar estos blancos, con tanto trabajo y de miras que por su elevación tienen por objeto la felicidad de los demás al par que la suya. Al revés de los otros blancos, que dependen de los indios en su comercio, en el alimento de chicha, que es necesario para el sustento cotidiano.

Jorge vive solo y no necesita de nadie. El mismo hace su plantío y recoge su cosecha; él mismo los labra y cultiva, él construyó su casa, sus máquinas y muebles, pero no así como quiera, sino con una perfección á que no pueden llegar los carpinteros y torneros de la capital del Ecuador. Jorge no necesita de nadie. Tiene para su servicio dos criados indios záparos y una india vieja que le cocina y le lava el oro del Yunquino, para tener la moneda necesaria para algunas compras. ¡Qué contraste con los otros blancos, que tienen que aguardar para comer á que vengan los indios con la yuca! Jorge es obsequioso y amable. Su aislamiento y misantropía son relativos á la gente que le rodea.

Nos obsequió con buenas naranjas, piñas y excelente

café, de su plantío. Tardamos siete minutos á la vuelta por el mismo camino en que antes empleamos tres cuartos de hora.

Quieren atribuir algunos á la protección que le han dado gran parte del éxito de Jorge; quizá haya algo, es cierto que ellos se entienden; pero si él siente alguna protección también lo es que con algo le ha de pagar, y es muy probable que deba á él el Gobernador más que él á éste.

Los brujos. — Su influencia entre los indios. — Procedimientos curativos.— Afluencia de blancos en Napo y conducta de los mismos.

Día 15.—Ha llovido mucho durante la noche. El río, bravío, crecido, de color amarillento y arrastrando árboles arrancados de raíz. Temperatura del agua corriente 19 grados.

Los brujos son generalmente entre estos indios los más despejados y astutos ó los que por una ó más casualidades, á que dan importancia la ignorancia y superstición de los otros, adquieren la fama de las brujas en España causando mal de ojo, *jettatura* entre los italianos, etc. Los dolores agudos en gen ral y algunas enfermedades son atribuídos á ellos, que en el entendimiento de esta gente tienen el poder de lanzar virotes invisibles que producen en el cuerpo el dolor del virote real é invisible.

Temen mucho los indios las amenazas de éstos, motivadas cuando no hacen lo que ellos [los brujos] quieren, prometiéndoles clavarles uno [de los virotes]. Es arte ó ciencia que creen poderse transmitir, y así hay indios que vienen de lejos á buscar algún brujo célebre, que los inicie en los secretos de la brujería.

Vicente Guja Curado, de Archidona, tuvo en su tambo algunos indios del interior, de quienes recibió ponchos y regalos y se burló después en grande. Entre los mismos brujos los hay curanderos que se dedican á extraer el vi-

rote invisible que clavó otro brujo. Si lo consiguen, es decir, si el enfermo por casualidad sana, adquieren gran fama, si no no pierden, porque dicen que el poder del que clavó el virote era mayor que el suyo. La familia pone á disposición del curandero el enfermo, aunque sea una doncella.

La cura se hace en presencia de la familia (si es viejo ó vieja) en el tambo solos, en el río ó en el bosque, según los casos. Desnudan enteramente el cuerpo del paciente, chupan la parte dolorida para extraer el virote y después soplan para arrojarlo al viento.

Hay brujos ladinos, que tienen escondido entre los dientes ó debajo de la lengua un aguzado palito, que muestran después de chupar, diciendo que lo han sacado de entre las carnes, y hay otros, mucho más tunantes, que siempre efectúan la curación de las niñas bonitas en el bosque ó en los ríos, lejos de la familia.

El Yuta-pingo pasa por medio del pueblo de Napo, no al Occidente, como dice el mapa de Villavicencio, y el Lagarto-yacu entre Tena y Archidona, mucho más abajo hacia Tena. Este mapa, por lo que veo, está, como dicen, plagado de inexactitudes.

Después de puesto el sol se levanta una niebla sobre el río que se hace cada vez más espesa y que á poco se convierte por la noche en lluvia.—Temperatura media en estos días 26° cent.

La causa de venir aquí tanto blanco, á pesar de las malas condiciones del pueblo, es porque circula más oro que en ningún otro. Solo se ocupan en trampearse y en desmandarse, en sacudirse algún que otro moquete y volver después á hacer las paces. El juez, es el herrero.

Inexactitud de Villavicencio al referir la ascensión de Bolívar al Chimborazo.

Día 16.—El río está casi á su nivel ordinario en esta época, pero dicen los indios que aún no se puede subir.

Llaman los indios á este pueblo *Ucua-llacta*, «pueblo de la cabecera», por ser el que se encuentra más al origen del Napo.

No es cierto lo que dice Villavicencio al describir el Chimborazo, respecto á la ascensión de Bolívar; ni entró más allá que Humboldt, ni escribió allí su libro «lleno de fuego y de contemplación». Lo que hubo fué lo siguiente: después de la sobremesa de un banquete dióle la humorada de subir desde un pueblo cercano al cerro, hasta el límite de la nieve, acompañado de sus edecanes y séquito, permaneciendo allí un corto rato. Así me lo ha afirmado el Sr. Cárdenas, con referencia á testigos presenciales de la ascensión. Vino a hacer un verdadero servicio á la ciencia demostrando los pocos peligros de la ascensión, hijos la mayor parte de la imaginación.

El último gran terremoto de Quito fué el año 1859.

Paseo con Edwards.—Carácter de éste.

Día 17.—Lo pasé con Jorge Edwards en su casa. Dimos un largo paseo por los bosques y enseñándome maderas útiles y plantas medicinales y los mismos árboles de donde él sacó el material para hacer sus muebles y sus máquinas. Bálsamo *yana-culli*, cedro, árbol de corteza purgante, etc., etc.—Comida frugal.—Carácter recto, sencillo y verídico. Como en los Estados Unidos nacen con el libre-cambio en la masa de la sangre [de aquí] sus proyectos de independencia y la mala gana con que aguanta los auxilios del Gobernador. El camino lo hice por tierra.

Día 18. — Después de almorzar vino el Gobernador anunciándome que Martínez é Isern se van sin mandar un recado siquiera.

Ayer llegó la canoa de Tapia, y disponemos para mañana el viaje al Napo.

Parte de Napo.—Itinerario.

Día 19.—A las diez y cuarto salimos de Napo; siete minutos más abajo está Cotas, no es más que un doble

descenso del río al precipicio por dos suaves cascadas, cuyas aguas se reunen al medio de la corriente; de aquí á doce minutos se pasa por Chiu ó Tio-pungo, cascada ó caída cortada por una línea de piedras, algunas de las cuales sobresalen de la corriente. Un poco más abajo el río ha cambiado de curso; antes se dirigía por la izquierda. En el sitio en que se vé una playa de piedras, ocho minutos más abajo, vése á Sundi-pungo; es una suave cascada [que] concluye con otra más rápida junto á la entrada del río Sindi.

En este paso dejan los indios la canoa á merced de la corriente. A los siete minutos en Latas, sitio muy característico; el río dividido en tres brazos [que] se reunen junto á una punta de [la] caliza fosilífera que antes dije y forma una rápida cortada con sus remolinos. Sigue luego encajonado profundo y de media cuadra ó menos de ancho en un lecho de piedras estratificadas. Siete minutos más abajo se da en Serafines, caída brusca y rápida que choca á la derecha con una media pared, continuación de las rocas estratificadas, formando remolinos de peligroso paso antes de la gran erupción del Cotopaxi.

Había piedras salientes que cortaban el agua en la bajada y la empujaban con fuerza contra la pared de rocas. Decían verse como esculpidas en los pedrones unas figuras como de *serafines*. Se las veía de noche.

Desde Serafines las capas calizas buzan en sentido contrario con el mismo ángulo próximamente.

A las once pasamos por Ubilla-Nangasa, después de andar todo lo largo que es el espacio que media entre Serafines y esta vuelta. Hay en ella una bajada bastante rápida.

A las once y cuarto pasamos por Misagualli-pungo, cortando sus rojizas y lodosas aguas. Frente se ven las capas de arenisca roja del cerro de Puca-Urcu. A las once y media en Aguano. Llovía. En aquella canoa los indios venían borrachos.

Aguano.—Su situación.—Las chindas.—*Variedad de paisajes.*

Día 20.—Aguano, pueblo formado por Villa-Urcu [?] de la mitad baja del Napo. Indios más alegres y comunicativos que sus antiguos vecinos. Está sobre una posición de vista deliciosa, á la orilla de los barrancos del río (que tendrán seis varas de altos), á los cuales lame con sus aguas y que concluirá probablemente por llevarse, á causa de los continuos derrumbos debidos á la tierra floja y movediza. A la derecha, río arriba, se van elevando lentamente los cerros; por último, se divisan las cimas de lo más elevado de las cordilleras, entre ellas el plateado Antisana. A la izquierda, río abajo, la dilatada llanura de bosques, por donde corre el Neme los cortos brazos formando Balsa-chicta.

Hasta este punto se notan dos correntadas, una que entra en Supay-playa y otra que lo hace en Balsa.

Se llaman *chindas* los amontonamientos de palos y ramajes que dejan las grandes crecidas en los troncos de los árboles. Balsa-chicta termina en Pungo-yacu-puco; hay un tranquilo remanso. Llegamos allí á las once en punto. Al llegar á Pungo-yacu-puco que entra en el sitio en que el Napo choca contra Charcapas-Urcu, inclinándose á la derecha y lamiendo sus pies, si se vuelve atrás la vista se disfruta de la perspectiva más deliciosa del río y de la vista más sublime de su bellísimo término, dibujándose sobre el cielo las cimas de las nevadas de Quito. A las doce menos veinte pasamos entre la Isla de la Campana y la entrada del Napo, matizado de tintes verdes sombríos el horizonte. Descuella entre estas masas un cerro cubierto de altos árboles, á cuyo pie corre el Arayuno próximo ya á invadir en el Napo. En frente, una cortina de bosques con una ancha playa, detrás los árboles tocando las casas, que suman en total de 20 á 25. Los blancos, parecen más honrados. Un Sr. Boado, beatón

solapado, pero con algo de conciencia, parece ser el agente de tráficos del Gobernador. Es un buen tipo.

De Aguano á Santa Rosa.—La ruta.—El paisaje. Los ríos.—Santa Rosa y sus habitantes.

Días 21 *y* 22.—Salimos de Aguano á las diez y media de la mañana; á los diez minutos de doblar la punta de Supay-playa se pierde de vista el pueblo y se divisa una gran roca que divide al río en muchos brazos. A la derecha, aparece la sombría y obscura entrada del Arayuno; tomamos el segundo brazo bajando á la izquierda. Ayacu, pequeño río y linda isla. Velocidad, una vara por segundo y algo más. Pasado este punto, se ve la ramificación del Guacamayos que concluye en Santa Rosa.

A los doce pasos frente á los restos de Muxuc-llacta, situado hacia la orilla derecha frente y un poco más arriba de Hatum-guambuni, restos de la iglesia tumbados frente al río y una choza sin habitantes.

Abandonaron los infelices napotoas el primer pueblo por malsano y han tenido que hacer lo mismo con Muxuc-llacta, retirándose á Santa Rosa y llevando consigo las campanas de la iglesia. La mitad del río que carga á la izquierda en un solo brazo, se ensancha y subdivide en cuatro ó cinco (esto depende de las épocas) formando uno solo semejante á Balsa-chicta. Desde aquí se divisa la iglesia de Santa Rosa, y sucesivamente van apareciendo, á derecha é izquierda, las demás casas. A la una y cinco minutos llegamos á Santa Rosa.

El pueblo está abandonado á causa de una disenteria que hace algunos años ha diezmado á los indios de estos contornos. La enfermedad fué atribuída por el Gobernador á la excomunión de los indios por el P. Pisamog, cuando la famosa aventura del mes de Octubre al llegar los ladrones de la provincia de Oriente. Reuniéronse en Semana Santa y volvió á acometerlos la peste. Hoy apenas queda algún que otro indio.

Santa Rosa tiene una posición más elevada que Aguano; pero se disfruta de una vista muy semejante, aunque el paisaje es más amplio. La línea de las cordilleras que se divisa es muy larga. Se alcanza ver el Sangay como un fanal y sus ruidos se oyen distintamente y con frecuencia.

Excursión á una zaparia.—Vocabulario záparo.

Día 23 de Mayo de 1865.—A las once de la mañana salí con Pancho, Pablo Sandoval, un chiquito suyo, tres indios y una canoa, con el objeto de visitar una tribu de záparos. Pablo Sandoval llevaba blusa con ceñidor y una enorme asta de chonta (1) con un largo hueso, yo mi *tanna* y mi escopeta; íbamos provistos de *chaquiras* (2), cuchillos, hilo, etc., A las once y diez pasamos la embocadura del Sunno, tomamos el brazo ancho y hermoso del Napo de la derecha bajando; caminamos con tiempo lluvioso y á las once y media nos cogió un aguacero en Pupalli-punta y tuvimos que cobijarnos en un tambo abandonado, cuyo suelo cubierto de arena, con las huellas rizosas y ondeadas, demostraba haber estado inundado; no obstante había una hamaca donde me tendí mientras los indios hacían un *pamacari* (3) en la canoa para resguardo de la lluvia. Nos pusimos otra vez en marcha á las doce y media y á las dos y veinte llegamos á la boca del Umu-yacu. Despacio y cazando, nos detuvimos á cortar unas tannas de pundo, para surcar el río, y seguimos el Umu-yacu [que] estaba creciendo y tranquilo como una laguna. Es parecido al Pano en su entrada.

Después de pasar tranquilamente varios árboles que interrumpen el río y de encontrar algunos tambos abandonados, dimos vista, en la orilla izquierda, á algunas

(1) Palmacea suramericana muy dura y flexible.

(2) Cuentas de abalorios.

(3) Techo de hojas de palma.

chacras abandonadas; después á otras en explotación; luego á varias chozas sin habitantes, y por último al Curaca, en la orilla con otros záparos, etc. Llegamos a las cuatro á Rami-yacu, sitio de su residencia.

(Vocabulario záparo).

Tuaxi—aretes.
Capoco—arrancacejas.
Inaup—bote de manduro.
Irico—cepillo para hacerse puntitas en la cara con el achote.
Hustoc—llanchama.
Camhuita—bolsa.
Cuatic—hamaca.
Cauxicu—olla.
Nine—yuca.
Pugiyuca—plátanos.
Anamuxuca—fuego.
Muricha—agua.
Aixoc—leña.
Ixu—carne.
Taucu—hombre.
Itium—mujer.
Muigaricha—niño.

Descripción de la tribu, familia, tambo, etc.

Los tutapiscos.—*Camino de Santa Rosa.—Itinerario.*

Día 24.—A las cinco de la mañana me levanté rendido de luchar con los *tutapiscos* (1) que me mordían el pelo y el de los perros, etc., y del suelo, donde por fin tuve que acostarme dejando la hamaca. A las siete y media salimos, despidiéndonos de aquella gente; almorzamos en Ajos frente á Umu-yacu-pungo, yuca, plátanos asados y un gallo que nos *ayaron* los záparos que debía ser *Curaca —un verdadero gallo de roca.* A las diez y media mar-

(1) Murciélagos.

chamos hacia Santa Rosa. En lugar de seguir el brazo por donde habíamos bajado, tomamos por el de la derecha subiendo frente á Furac ó Yurac-Allpa. Este brazo es manso y tranquilo. A las dos menos cuarto los indios hicieron *forzana* y bebieron chicha en una playita de tambo; á las tres y media llegamos á Santa Rosa, después de haber seguido, contra corriente, el brazo izquierdo, bajando.

Día 25.—Hemos echado abajo un árbol alto, hermoso, donde había 53 nidos de huchug, mango y mangos, algunos en grupos de tres hasta nueve pájaros de todas edades y dos huevos quebrados.....

Los indios.—Sin cura.—Los záparos.—Tambos. Costumbres.

Días 26, 27 *y* 28 *domingo.*—Han salido para Cotapino seis cargas mías, dos de sal.

A pesar de no haber cura aquí en Santa Rosa de Osas como en toda la provincia, los indios habían venido á la iglesia, les habló el Gobernador en quechua, rezaron algunas oraciones y se hicieron algunas preguntas de doctrina; después el Alcalde desde la puerta, bastón en mano, les echó una corta arenga recomendándoles el cumplimiento de sus obligaciones, el pago de deudas y el buen tratamiento de sus mujeres. Ellas van pintadas de nuevo con su mejor ropa, los chiquillos cargados y algunos llevan pañales de algodón con grandes flecos, como mantas, sobre las espaldas y anudados por cima del pecho.

En la puerta de la iglesia había tres ó cuatro záparos de los recalcitrantes, que dicen que no quieren ser cristianos porque no les dejan más que una mujer, les obligaban á mantener al cura, á llevarlo á cuestas y á cargar; dicen que no conocen á Dios porque no le han visto.

Estos cuatro záparos son de los que tiene Sandoval en su chacra, sirviéndole de peones y haciendo un mal

trabajo. Les da la comida porque sólo acuden á él cuando están hambrientos, y si alguna vez trabajan bien, piden al punto otra vara de lienzo. No les puede obligar á nada, porque si se incomodan vuelven á su tribu. Nada más triste y salvaje que el sitio donde habían asentado su tambo los záparos de Rumi-yacu, un trozo de bosque talado junto al río. Los troncos y ramas secas yacían por el suelo, que conservaba sus desigualdades sin esa horizontalidad que junto á las poblaciones es tan grata á la vista.

Entre esos troncos y ramaje seco se levantaban dos chozones, uno todavía sin acabarse de techar, destacándose los troncos verdes de la leña fresca de la ya seca por vieja. Junto á éstos había unas medias aguas construídas como á la ligera. El tambo concluído era del jefe de aquella pequeña tribu, donde habitaba con su familia; tenía además un anejo algo cercano, habitado por un viejo, su suegro. El medio techado pertenecía al *Curaca* de algunas familias ó jefe de tribu que con su mujer y parientes había venido á *pasear*, como aquí dicen, ó mejor á pasar una temporada junto á aquella familia. Había además otra media agua habitada por un *Curaca* del Yasum y su mujer. Antes de llegar al Anca-Macta y doblar el recodo del río donde estaba situado, vimos en la margen sobre un tronco al *Curaca* y otros záparos que nos saludaron sorprendidos dando fuertes voces y después corrían hacia su rancho. ¡Qué aspecto tan extraño! ¡Qué cuadro tan original presentaba aquella tribu! De pie, en grupos sobre la quebrada del río, sobre el fondo de ramaje seco y maleza, con sus abigarrados y sucios huanchacos, sus caras teñidas del rojo *achote*, el enmarañado pelo partido en dos sobre la frente por la costumbre de separárselo con las manos, con aquellos ojos muy abiertos y aquella fisonomía entre tímida y curiosa, parecían preguntar qué buscaban los *blancos* y para qué venían á visitarlos. Cuando saltamos á tierra preguntó inmediatamente el *Curaca* y otro, quiénes éramos Pancho y yo, á qué veníamos, qué habíamos matado (á un tiro que yo

disparé sobre un carpintero poco antes de llegar) y que sin duda les puso en alarma.

Saludáronse Sandoval y ellos llamándose *amiga* y dándose abrazos con los indios de nuestra canoa, dándoles la mano, llevándosela sobre el corazón y luego á los labios. Entramos en el tambo del jefe de la familia sedentaria llamado Pedro y me ofreció una hamaca que ocupaba el centro, me tendí y me puse á examinar atentamente lo que me rodeaba. El tambo sería como de 10 varas de largo y 8 de ancho, de la misma construcción que los de los indios cristianos, solamente que carecen de paredes ó *quinchas*.

Están habitados anterior y posteriormente y la caída del techo llega casi á tierra, donde tocan los festones de las hojas de liana. De parte á parte atraviesa el tambo una *mantaca* (dos palos sosteniendo horizontalmente cañas de *huama* para cortezas secas y aun verdes y otros objetos) y á un lado y otro se veían dos cabitos de tárima con una hamaca ó dos al lado y la hoguera junto á ellas. Cada sección de éstas la ocupa uno de la familia, parientes entre sí y dependientes del jefe, que ocupaba la sección primera entrando á la derecha. De los palos que sostienen la choza bolsas de chabi colgadas con sus útiles, redes también colgadas, etc., lazos clavados en el suelo y á la puerta con puntas de *chonta* y *huama*, aguzadas. Del techo, junto al fuego, trozos de un caimán que habían pescado y ahumado poco ha, ollas llenas de yuca cocida y mascada para chicha; algún mono retozón, pájaros domesticados y multitud de perros flacos, andaban de uno á otro lado. Las mujeres estaban tumbadas en hamacas con los hijos en brazos ó á su alrededor. No hicieron saludo alguno, ni dieron la menor muestra de afecto. El *Curaca* vestía pantalón largo teñido de *sami* y un poncho de algodón, como los que yo ví en Guayaquil; el jefe de la familia, pantalón, *cuxma* (especie de sayo que llega hasta los muslos) y ceñidor; algún otro lleva tambén trajes análogos; pero el resto, que era la

mayoría, cubría su cuerpo con túnicas de *llanchama;* sus brazos sucios, sus caras pintadas, los chiquillos durmiendo, los niños púberes con un lienzo ceñido por la cintura hasta la rodilla.

Las mujeres con una chambra de mangas cortas que llega hasta la cintura y teñida de samo ó blanco. Algunas la llevaban de muselina.

Usan en el cuello unos cordelitos de algodón, fuertemente apretados hasta el extremo de hacer honda huella en el sitio de las ligas y en el mollete del brazo; aretes particulares en las orejas, pelo casi todas cortado al rape ó por cerca de la frente; pintadas las piernas hasta la rodilla y hasta el ombligo, desde en medio de los dos pechos y la cara, con lustre todo y *achote.* Solo un hombre había con el pelo corto. Usan también sortijas sencillas de metal en los dedos. El aspecto de las jóvenes con más cuidado y elegancia que las indias cristianas, y para pintar las mejillas y nariz usan una especie de cepillito particular. Se arrancan las cejas y el instrumento para este objeto es curioso, tanto por su ingenio como por la manera de usarlo. *Es notable la semejanza de la fisonomía zápara con la de los chinos.* Cara prolongada, barba perpendicular, boca con labios finos y no muy grandes, particularmente en las mujeres, dientes anchos y cortos, mejillas desarrolladas, nariz chata y arqueada, sobre todo en la punta, algunos la tienen correctamente aguileña y muy larga desde los ojos a la punta justa muy caída, pómulos salientes, pero no muy separados, ojos pequeños muy oblicuos y con frecuencia pardos, frente larga triangular y muy echada para atrás.

Pelo largo, grueso y lacio; las mujeres propenden á la obesidad, tienen pies y manos muy pequeñas y son muy bien formadas. He visto entre ellas primorosos modelos, algunos de un blanco amarillento como el del marfil. El color de los záparos es más claro, en muchos, de lo que se observa en la raza americana, y el *Curaca* lo tenía parecido al caucásico y hasta sonrosado.

Estos záparos son de dulce y suave carácter, pero indolentes y ociosos. Siembran la yuca y el plátano; yuca exquisita, pero plátano malo. Cazan, pescan y son muy aficionados á tener animales domesticados en su compañía. Yo saqué de entre ellos un pinri, dos loros, tres tutacusillos, un chichico, etc. Andan errantes y corriendo las chacras próximas; mudan de sitio, hasta dar lugar á que se renueven los que abandonaron. La yuca tarda diez meses en producir. Los que yo visité no tenían más que una mujer. Usan nombres de santos, aunque no son cristianos. Imitan en mucho á los indios católicos de estas provincias con los cuales tienen algún comercio. No comen nada con caldo, todo seco. A cada momento comen yuca ó plátanos que alcanzan con la mano desde las hamacas de las bolsas que cuelgan del techo. Sandoval me dijo que querían ser cristianos, pero que el Gobierno no se ocupaba de esto por no gastar. Algunos van lejos, hasta Santa Rosa.....

Pasé una noche entre ellos; después de comer yuca y carne de caimán, no pude dormir en la hamaca, donde los murciélagos me tiraban del pelo, y me acosté en el suelo. Se retiran al anochecer cada familia a su compartimiento y á algunas záparas las ví quitarse el lienzo de la cintura y la chambra para acostarse. Me pareció que alguno se quedaba á dormir fuera del tambo junto á la lanza, como de centinela.

Al principio mostraron repugnancia á enseñarme los objetos que yo pudiera comprarles, menos el *Curaca;* pero tan luego como les mostré mis *hamaquinas,* anzuelos, tijeras, espejos, etc., al momento salió todo al mercado. Gustáronles sobre todo los espejos.

Estos záparos pueden llamarse libres en los bosques, pero no salvajes, por su contacto con los indios de estas provincias.

Itinerario.—El río Bueno.—El paso de éste por los indios.—Lo atraviesa Espada con un tutacusillo *en la cabeza.—Sigue la descripción del camino.—El pueblo de Cotapino.*

Día 29 *de Mayo de* 1865.—A las ocho y media salimos de Santa Rosa, á las nueve y media en Zacala-Yacu, estaba crecido el río, á las diez y media en *Bueno* (nos detuvimos por la crecida), á la una y media chubascos, á las dos en Huasca-Chinga, á las dos y cuarto en Nina-Caspi sin descansar, á las dos y media en Angu-Yapa, después de una pampa lodosa Yana-Yacu, á las tres el Tucuna, lindo y claro río. Descansamos. A las cuatro llegamos al río de Cotapino, que se pasa tres ó cuatro veces, y á las cinco y media al pueblo de Cotapino, es decir, al Cabildo, porque no hay más. Llama la atención una tala formando gran plaza, donde sin duda van a hacer el nuevo pueblo, por instigación de algunos. El camino se compone, desde Santa Rosa á ésta, de subidas y bajadas, bastante secas y cómodas á pesar de la lluvia que había caído y estaba cayendo. Después se da con una pampa lodosa y corta y el Bueno, río silencioso á pesar de lo crecido y sucio que iba. Cuando baja es muy claro y lleno de peces.

El indio que venía con la carga desde Santa Rosa no parecía muy robusto para pasarlo con carga y aguardé á que se presentasen algunos de Cotapino. A cosa de una hora aparecieron en la orilla opuesta dos indios, intentaron el vado y el agua les llegaba hasta los hombros; lo pasaron juntos, agarrados de las manos, el más fuerte sostenía el ímpetu de la corriente. Cuando estuvieron junto á mí ví que uno de ellos era una especie de Hércules de bronce. Bebiendo su chicha marchan al Santa Rosa y nos dispusimos á pasar el río. Pasan primero la carga sobre el hombro con fuerza y ligereza admirables; después me desnudé yo, y cargando sobre la cabeza un *tuta-*

cusillo (mono nocturno) que adquirí de los záparos, agarrado con la mano izquierda del puño derecho del indio atravesé el río. A pesar de la mansedumbre proverbial de éste, de donde le viene el nombre, hubiese sido arrebatado infaliblemente por el agua sin el auxilio de Madis. Estuve un rato entretenido en la orilla aguardando la ropa sin sentir pizca de frío, encontrándome como se debió encontrar Adán en el Paraíso. Súbese una lomita después del Bueno y bajando rápidamente se da en el *Huana-Chinga* (Fuego del aire), que estaba hasta las ingles, pero muy manso.

Nuna-Caspi es una loma muy pendiente, después se atraviesan pampas lodosas, se cruza el Yacu-yacu, á poco el Tucuno, limpio y claro con el agua á la cintura. Después, alternando con barrizales, se pasa un prado de claros riachuelos; dase en una extensa llanura al pie de las *galleras* que están en Santa Rosa y Cotapino y por ella se ve el Cotapino, río claro y de poca fuerza que se chimba unas cuantas veces antes de llegar al pueblo, que está situado en un repecho suave. Cotapino está enteramente escondido en el bosque, no se ve hasta llegar más que el Cabildo, y eso porque han talado y desmontado en gran parte el terreno de enfrente, donde se cree harán el pueblo nuevo. El desmonte es reciente; en él se ven todavía algunos arbustos derechos y rectos aguardando inmóviles el hacha que los ha de echar por tierra. En cuanto llegamos se presentó el Gobernador y nos trajo víveres en abundancia, que eran plátanos, huevos, pollos y *seviche* (1). Se conoce que estaba bien recomendado por Cárdenas y que es gente más servicial que los ribereños.

Día 30.—Sigue lloviendo; no podemos pasar el Pucuma, y me voy á aguardar aquí hasta mañana.

---

(1) Pescado en escabeche.

La lluvia.—Vadean el Cotapino.—Caminos difíciles. El pueblo de Concepción.

Día 31 *de Mayo de* 1865.—Salgo á las nueve, después de mandar por delante las cargas. La primera parte del camino puede decirse que se hace toda ella por agua. Chimbamos (1) á poco el río de Cotapino; á las siete y media estábamos en el antiguo pueblo, después de atravesar un terreno muy quebrado, que se continúa de bajada hasta dar en el mismo río, que se chimba, ya por medio, ya en algún brazo, ya de parte á parte, cuando se ensancha, sobre guijarros, siempre claro y ruidoso. Unas seis veces cortamos una punta de bosque llana y cómoda, y dimos á las once y media en un gran río hondo y correntoso que no sabíamos como pasar, pues los indios se nos habían adelantado. No se veía el cauce del otro lado y me exponía a pasarlo con el agua á la cintura (el río tendría 50 varas de ancho) y no ví camino ni rastro. El bosque estaba cercado por fuertes diques. Un poco á la derecha, sobre la correntosa caída que hay junto á una isla inundada y asegurada sobre los árboles y piedras, arrastrado por la fuerte ola, tropezando y con mucho riesgo llegué á la isla y encontré siguiendo la corriente de río, pero sobre ella, muestras de las pisadas de los indios. Llamé á Pancho, que tomó por el remanso del río. Más arriba volvemos á cruzar un brazo estrecho y hondo que va por detrás de la isla y llegamos á terreno seco y camino limpiado convenientemente, como para *guanda* (2).

Pásase aquí una gran subida, bájase luego á un río (una y media) que forma cascada detenida en un remanso circular de agua azul-oscura y con fragantes *ludovicos*, tan espesos como carrizos. Tres cuartos de hora más allá

---

(1) De *chimbar*, voz americana que significa vadear.

(2) Es decir, para el paso de silla gestatoria, vehículo de uso frecuente en aquellos parajes.

di en otro río estrecho y profundo que se pasa sobre las piedras altas escondidas debajo del agua, llenas de caracoles negros. Aquí me encontré los dos indios que salieron primero, pasando el río de vuelta. A las tres y media entraba en La Concepción, pueblo grande, situado sobre una eminencia y cercado de quebradas con espesos bosques. No había un alma. Se fueron los indios cargueros y quedamos solos Pancho y yo, y un mono, sin fósforos y mi mechero se había empapado en agua en el paso del río. Hicimos taco de un trozo de fósforo de cartón y así conseguimos lumbre. Si no hubiera sido por los restos de la comida de Cotapino, nos encontramos en ayunas y sin esperanza de mudar de estado.

Concepción, situado sobre un cerro de tierra rojiza, que se deseca rápidamente, es bastante extenso y dividido en tres ó cuatro grupos de casas grandes. Domina, por su posición, los bosques comarcanos, pues el territorio está limitado por los altos árboles que tocan al pueblo. Sobre ellos, sin embargo, al Occidente se levanta majestuoso el Sumaco con su cabeza partida en dos conos, uno de ellos marcadamente más alto y todo él de figura de cono perfecto.

Soledad del pueblo.—Timidez de los indios.

Día 1.º *de Junio de* 1865.—Ni los tiros, ni repique de campanas han podido llamar la atención de los indios, que no los han oído, o si los han oído no quieren venir. He visitado algunas casas. Al dejarlas los indios por los tambos de los bosques las dejan limpias, barridas, con la leña dispuesta en haces, agua, *achanga*, las ollas y *pilches* acoplados, los tambores colgados del techo; parece que han de venir de un momento á otro. Han llegado un indio y..... con una carga; le propuse que buscasen al Gobernador, pagándole. No quieren; se echan al punto á temblar y van corriendo, volviendo la cara atrás de miedo no los detengan, y aunque tienen miedo al pueblo abando-

nado, pero no les importa un bledo dejar allí los blancos aunque se mueran de hambre. El tiempo es, por fortuna, bueno; pero estamos á ración de arroz seco.

Día 2 de Junio de 1865.—Amanece lloviendo y no me atrevo á ir á *Loreto,* que dicen está cerca.

Son las cuatro, no aparece ningún indio ni Isern con su seguimiento. Me parece inútil continuar las salvas.

Viaje á Loreto.— Extravío.—Itinerario.— Queda Espada descalzo.—Terán y su mujer.—El blanco curandero.

Día 3 de Junio de 1865.—Salgo á las siete Tambo del Udo; ocho y media conseguí una loma; nueve y media Huata-yacu; á las diez y diez minutos fondo de Nosuco; once y cuarto Llipino, cuya cuenca.....

Determiné ir á Loreto en busca de indios que llevasen nuestra carga. Dejé á Ramírez al cuidado de ésta, con solo arroz para que comiese. Tomé el camino que, según mi cálculo, debía llevar á Quito, y á la hora y media de andar por barro y fangales oí el ruido de un hacha; dí gritos y me dirigí hacia aquel sitio: era el tambo de un indio viudo con cuatro hijos. Me dijo que aquel camino que había tomado era el de Suno. Pactóse por dos reales un hambato (1) y su hermana, para que me condujesen á Loreto. Volvimos á desandar lo andado y llegamos á Concepción de vuelta á las nueve y media. El camino de Loreto estaba á la parte opuesta.

Se sigue desde la salida bueno y ancho camino hasta llegar á una segunda bajada, y el descenso de la colina donde estaba Concepción. En el fondo corre el Hucu-Huafaracu. Síguese después una ladera continuada, bájase por ella á otra no tan alta, se da en Chacu-Yacu, de aguas limpias y cuyas piedras del fondo, de diversos colores, le dan el aspecto de un mosaico. A la una, después de seguir un camino bastante llano, chimbamos ha-

(1) Indio del pueblo del mismo nombre.

cia otro casi igual al anterior. Después de grandes lodazales hay un camino ancho y cómodo. Como á la entrada del trecho entre el río y el pueblo de Loreto había en medio del camino una cruz de palo hincada en el suelo, como una *tanna* en los *samais*, coronada de flores, todas frescas.

A las tres en punto llegué á las primeras casas de Loreto. Hay que advertir que el Llipino de Hispan está después de Cha-Yacu, como dije al principio del día 3.

Llamo á este camino paseo, pues será caminado á un paso largo, y sobre todo habiéndose roto las sandalias en Llipino y siguiendo descalzo hasta Loreto. Pregunté por Aureo Terán, el Teniente político de este pueblo y su anejo. Me llevaron á la casita donde habita con su familia; estaba postrado en cama con medio cuerpo hecho una úlcera, como consecuencia de una sífilis antigua. Su mujer, moza de gran fama aquí por el Oriente, tiene hermosos ojos. Es amable, pero sucia y desastrosa como todas estas blancas. Sólo se puede decir buenos ojos tienes.....

Yo, en general, prefiero las indias. Estaba también instalado en la casa un blanco que hacía cuatro meses había subido del Marañón, desterrado político ó de otra laya, Capitán (no sé si de ladrones) que esperaba el cambio de Presidente para poder ir á Quito. Se daba por algo curandero, estaba sanando al pobre Teniente con *cardenillo* y *cerato*.

Aquí he sabido que los buenos oficios de Cárdenas no se han extendido á muy lejos, pues el Teniente Terán no ha recibido orden, oficio ni comunicación alguna referente á nuestro paso por aquí, por eso la soledad de Concepción, y por eso la gran traba para mis asuntos, después que pedí á blancos y á indios en lugar de mandar.

Con todo, he conseguido que mañana vayan los cargueros, y suplicando á Terán su mujer que admita mi petición, con tono imperativo é incomodado.

Espectáculo de la nieve.—La cruz.—El terreno.

Días 4 y 5 de Junio de 1865.—La nieve de las nevadas parece humo que se eleva de su pie y falda como si ardiese de Occidente á Oriente (sigue un croquis del Sumaco tomado desde la plaza de Loreto) descubriendo su cima, ó bien olas furiosas que se bifurcan como espuma al chocar con ella, empujadas por el viento.

Dicen que la cruz que ví en el camino señala la mitad de él. Me parece estar un poco más hacia Loreto. El terreno donde está situado Loreto (que tendrá unas 50 casas) es llano, limpio y despejado y extenso. Es más alegre que Concepción. Vine con ocho blancos y me convencí que los indios tienen puntos de contacto con los del Napo en cuanto al carácter.

Ríos entre Cotapino y Concepción.—Llega el Gobernador y proporciona alimentos.

Día 6.—Según me dice Narváez, el alpargatero, de Cotapino á Concepción hay los siguientes ríos:

Cotapino de las ocho Chimbadas; La Cocha, que proviene de una oquedita que parte junto á pueblo viejo; Paca-yacu; Pucumí; Caratino, con la Cocha, después de la Cascada y las Ludovias; Yunac-alpa; Yucu-daguanu; Anono-yacu (pequeño).

Día 7 de Junio de 1865.—Ha mejorado el tiempo. He podido, á costa de paciencia, reunir seis indios, mandarlos á Concepción. Por la tarde se ha presentado el Gobernador con su justicia, y me ha entregado huevos, mandi y plátanos, y me ha prometido para pasado mañana la gente que necesito. Resuelto como estaba á volverme porque Terán no quería, por lo visto, molestar á la gente en esta mala estación, ha prometido llevarla á Quito, y su mujer no quiere echar mano de los indios

que hay en el pueblo porque la traen comida. Esto ha sido un cambio de fortuna.

Llegada de indios y de Isern con las cargas.—Explosión del Sumaco. 1864.

Día 8 *de Junio de* 1865.—Hoy por la mañana han llegado diez indios justicias de Avila diciendo que el pueblo estaba reunido y desmintiendo lo que dijo el que mandó Terán, que no había nadie y que no se reunían hasta dentro de ocho días.

Han llegado Isern y el resto de la comitiva con todas las cargas, entre una y dos de la tarde.

Respecto al Sumaco, me dice Narváez que el 4 de Agosto de 1864, ó sea del año pasado, se sintió un fuerte bramido acompañado de un solo *remaión* grande, estando él y otros compañeros en San José. No tuvo relación con ningún volcán de las cordilleras, porque en Quito no se sintió nada.

Día 9 *de Junio de* 1865.—Hoy ha llegado, por fin, el Gobernador con la gente; vienen vendiendo las cargas á 9 y pagando la primada de 3 arrobas [?] de sal y dos reales por individuo. Estas son las circunstancias en que nos hallamos. Yo echo la culpa de todo á los blancos.

Salen de Loreto camino de Avila.—Atraviesan el río Suno. —Espada se ase á la mano de los indios.—La cuenca del Juno.—Lluvia torrencial que penetra en el tambo.

Día 10 *de Junio de* 1865. —Salimos de Loreto a las ocho, llevando á las nueve la dirección del camino para Avila. Tomamos el de la derecha, por entre bosques, casi sin abrir. A las diez y media en Panga-yacu en medio de los bosques, después de pasar un pequeño río de este mismo nombre. A la una y media en Llanchama-samana, después de pasar tres ríos pequeños casi equidistantes y el último pozo de Llanchama-samana. Después de pasar

tres ó cuatro ríos, á las diez y diez minutos en Yurallpa-samana; camino entre bosques cerrados, huamas, raíces, trabas de todas clases, pero poco lodo.

Este camino está sobre el principio de la bajada al Suno (río). Dimos vista á éste á las cuatro y tanteamos el paso, habiéndose decidido los indios por uno que hay cuatro cuadras más arriba de donde el camino desemboca en el río. Se pasó por cima de palos que se han amontonado en las crecidas y vamos adelante magníficamente.

Las piedras que arrastra se ven en algunos lados formando tapias secas, tal es la fuerza de las corrientes. El agua es cristalina. El punto por donde le pasamos tendrá unas 50 varas de ancho.

Hay dos correntadas que con el agua á los pechos no pude resistir y tuve que asirme de la mano del indio, como en Bueno. *Bien es verdad que estaba en ayunas y con diarrea.*

La cuenca es profunda, boscosa y parecida á la de los ríos antes de Cosanga y Maspa ó Chaca, por ejemplo. El agua venía bastante fría, y al otro lado de la *Chimbada* pude consolarme con un poco de sol, pues había dejado de llover poco más acá de Llanchama-samana.

Duró una hora el paso de las cargas y de nosotros, y siendo en esto las cinco hicieron tambo los indios. La noche se cerró en lluvia y fué tan fuerte y el tambo estaba tan mal hecho, que la que escurría de las hojas se entraba por debajo de él y yo mal dormí sobre un charco (que tal era mi cama) y descansando la cabeza sobre una esponja empapada, que eso era mi almohada.

Continúa el viaje.— Itinerario fatigoso.— Topografía del terreno. — Se rinde Espada. — Llegada á San José.— Atenciones del Gobernador.—El camino desde el Suno á San José.

Día 11 *de Junio de* 1865.—A las seis y cuarto emprendimos el camino, que sigue á trechos por la playa, que ac

tualmente se inunda y por la cual empezaban á correr arroyos (pues el río comenzaba á crecer cuando lo pasamos), y á trechos, durante media hora, por lo que fué sus antiguos lechos y que los ha abandonado, cubriéndolos enteramente los bosques. Inmediatamente después se toma una empinadísima cuesta (la de Pungara-urcu), donde los escalones, sobre greda amarilla, están formados regularmente por las raíces de los árboles, y á las nueve pasé el río Huacamayos, claro y fresco, subiendo ya el tambo Urcu, después el Copal-Urcu-Asixa-Urcu; después el Yuracalpa-urcu; Almaguadero y Tío-urcu; por fin, San José se encuentra sobre Paviactar-urcu.

Los *samais* son extremadamente largos, de constante subida, unas veces lenta, otras escarpada. El camino sigue por la cima de la cordillera paralelo al *Suno*, y con la corriente, bajando casi siempre al atravesar la quebrada cuando se inclina del río, subiendo cuando se interna en el monte; hace al final una bajada á la profunda y estrecha barranca, donde corre el Laya-llacta-yacu. Ultima subida es para Panacta, donde está el pueblo.

En el penúltimo y antepenúltimo samai he visto excepcionalmente varios palos formando banco para dejar las cargas cómodamente y en Papallacta-yacu una puerta también de palos que cierra el estrecho callejón ó camino interior para la comunicación con el pueblo. Este no se ve hasta desembocar en la plaza, y lo primero que se divisa por cima de los arbustos próximos es el techo de la iglesia y la cruz que hay delante. Llegué yo solo; Isern se había retrasado.

A las cuatro y cuarto hacía frío, bien que éste principió á mostrarse desde Huacamayo-yacu. Los indios estaban en las fiestas del Corpus.

Salí con agua del dormidero y antes del medio camino, entre Huacamo y el pueblo más allá del primer samai de los palos, me rendí completamente de debilidad. Me hubiera adelantado desde Pungara-urcu y aguardé á que

se presentara alguno de la comitiva. Llegó Isern, y su paje Ventura me auxilió con tres plátanos medio verdes, de una mano que encontró colgada de un árbol. Me rehice y seguí adelante, siempre con trabajo y debilidad. Ya á lo último, sentí un ruido débil y lejano de unos tamboriles de indios. Conforme iba andando me parecía más distantes. Esto me dió nuevo aliento. Al bajar en Paya-llacta-yacu eran ya dos instrumentos distintos; faltaba poco para llegar á San José. Me senté en el atrio de la iglesia, pedí un poco de comestible y me trajeron yuca cocida, plátanos y patatas. Vino después Isern y luego el Gobernador, quien en atención al estado lamentable del Cabildo-Convento nos llevó á su casa. Mientras permanecemos en la iglesia, se van presentando los indios adornados con palos, cintas, cotas y penachos, hechos de plumas de papagayo, y el prioste de la fiesta con largas cintas en su sombrero, como pastor de baile pantomímico.

Llegados á casa del Gobernador nos trajeron que comer (papas y huevos con manteca en canutos de huama que llaman *pimas*, de dos libras cada uno y valor de medio peso). Comimos, y hechos una sopa materialmente, nos acostamos sobre una corteza de árbol junto al hogar, pues nuestras cargas con los dos chilenos se habían quedado retrasadas.

El camino desde el Suno á San José es molesto por la constante subida; pesado, por la longitud de los samais, que uno siempre espera concluirse; pero bastante abierto, no muy lodoso, cruzado todo él de raíces que forman prolongadas escaleras y de sólidos peldaños. Cuatro ó cinco ríos se atraviesan y el primero y el último los más grandes. Desde el primero se vé por primera vez, después de la subida, la cuenca del Suno y el elevado monte opuesto á los pasos á través de las altas y delgadas *huamas* con sus unidas hojas, parecida cada planta á una pluma. Es sumamente original.

Días 12 *y* 13.—Máxima 16°,5 c. Tiempo seco y despe-

jado; el Sumaco descubierto. Toda la noche consecutiva ha durado la fiesta, ya en la iglesia, ya en casa de los priostes, A la una, 20° c. El día 12 á las once llegaron las cargas y los chilenos, que durmieron, sin lumbre y sin cena, en Huangusa-urcu. A las cinco, 17° c.

Aspecto del Sumaco.—Carácter de los indios de San José. Bailes ante el Gobernador y en otros puntos.

Día 14.—A las ocho, 16° c.; á las doce, 20°; cuatro tarde, 16°,5 c.; nueve de la noche, 16°. La vegetación cercana á San José es notablemente más pequeña. Hay *suro* (el monte bajo que sube á la mitad de los árboles) y es una vegetación cubierta por la más alta; es más espesa que por lo bajo y parecida á la de Baeza. Los papagayos que se han matado y la ardilla, exactamente las especies comunes de aquel punto.

La vista del Sumaco, sorprendente y majestuosa, con el Huamo-Sumaco pegado á ella como un espolón. Hemos llegado á San José, en medio de las fiestas del Corpus. Estos indios, en número de 20 matrimonios, son los más aislados de Huanpusa. Hacen su viaje á Quito por camino especial que va á salir á Baeza. Son retraídos y poco comunicativos; exactos en pagar, honrados; matan muchos cerdos y surten de manteca á toda la provincia. La venden en tubos de *huama* que llaman *pimas;* cuesta cuatro reales cada una. Estos indios son muy activos; las mujeres feas y los hombres, en general, también.

La tarde que llegamos vinieron á casa del Gobernador, antes de anochecer, com ocho ó diez, provistos de tamboriles y de pitos de huesos de pájaro (una zancuda). En el camino saludaron de la manera característica del país dándose las manos, besándolas alternativamente; después empiezan á dar vueltas unos detrás de otros haciendo círculo y sin dejar de tocar. A poco salieron las

hijas de la casa á darles chicha en mates de *huambras;* con ellas y después el mismo Gobernador, que cantó un poco con el mate en la mano antes de dárselo. Después de bailar todos con él, les echó una breve arenga en la que les decía que cuando él saliera de Gobernador también les haría aquel honor y que le favoreciesen con otro tono. Volvieron á bailar con él, volvió á circular la chicha y se marcharon á continuar la música y el baile en casa de los priostes. Al siguiente día vinieron de mañana á tocar tambores con las mismas ceremonias. La Gobernadora y las de la casa se ciñeron sus *pachas* de lienzo blanco, y provistas de chicha en ollas se fueron á casa de los priostes á asistir á la fiesta.

Allá me fuí antes que principiasen. Estaba acomodado el altar con cañas chamas, flores rojas y amarillas, espejos, paños blancos y pañuelos de colores. El altar queda siempre vacío. Mientras lo acomodaban no cesaban de dar vueltas tocando y las de la casa de servir chicha. Bailaban también algunos hombres puestos en dos filas. Pero la cumbre de la fiesta fué al salir el Gobernador con un mate de chicha en la mano y bailar delante del dueño de la casa y darle un beso, después de dar dos vueltas delante de él. Sin cesar de bailar y tocar, luego se van bailando desde la puerta misma los de la casa, y dando de beber á todos los que tocan y bailan, priostes y ayudantes. Sacan también mate con mazato de yuca mezclado con plátano rallado, que dan de comer á los que bailan.

Luego se ponen en fila las mujeres y bailan con los hombres; alguna vez todos frente al Gobernador solo ó con su hijo, y al concluir, estos dos solos. Después vuelven á dar vueltas á la redonda, mientras las mujeres y *layas* sirven chicha. Después se fué á otra casa la mitad de los tocadores y allí les seguí. Era la del otro prioste. Estaban también bailando hombres y mujeres en dos filas; tenían las cabelleras empapadas en chica y las moradas pachas con gotas de *llancar*. Eran de la familia del

prioste, y sus ayudantes y ayudantas, después de servir chicha y mazato á los que llegaron y á sí mismos, se fueron á la casa inmediata bailadores y bailadoras, deteniéndose en la puerta un rato. Salieron las mujeres de la casa, saludáronlas, sirvieron chicha y siguió el baile, reunidos todos.

Por la noche vinieron á casa del Gobernador los priostes y sus mujeres, con ayudantes de ambos sexos. Entraron bailando desde la puerta, bailaron dentro un rato y después el Gobernador solo con las mujeres. A continuación de este coro les echó una arenga de gracias. Advirtiéronle que si le gustaba el sueño le dejarían para que descansase; mas él contestó que podían continuar tranquilamente. Hombres y mujeres dijeron que pues queria que se divirtiesen tanto, que tenían gusto en ello. Continuaron el baile otro rato, sin dejar tampoco la chicha. Al marcharse, cada uno cogió su lizón de un anillo.

El día anterior hubo por la noche reunión en la iglesia, repique de campanas y rezos cantados. Desde lejos hacía un lucido efecto con las..... del día siguiente (miércoles 14) por la mañana la voz argentina de las mujeres. Este día hubo también fiesta para nombrar nuevos priostes (que son dos) y ayudantes para el año siguiente.

Estuve en la fiesta desde poco antes de cubrirse la mesa, y me pareció la más curiosa.

Continúa la relación de las fiestas. — Las viandas. — El ajuar.—Detalles del convite.—Abundancia de chicha.— Participa Espada del convite.—Detalles curiosos de éste.—Bailes.—Traje de fiesta.—Instrumentos musicales. — Modo de servir la chicha. — Fisonomías de los indios.

Día 15.—Seis de la mañana. Term. 14° c., nueve, 18° c.; á las doce, 19°,5.

La primera vez que estuve en casa del prioste donde

habían bautizado, con chicha, tocaban y bailaban y aquél estaba entre las *cayanas* (cazuelas) llenas, una de trozos de mono cocido, la otra de papas y huevos. Allí probé la primera vez mono.

Refiriéndome al día pasado, cuando entré había un gran corro de tamboriles y pitos; las mujeres estaban sentadas en el rincón de la izquierda, como las nuestras lo hacen en la iglesia. Tenían la cara generalmente hacia la pared de frente á la entrada, y estaba la mesa en medio del estrado. Consta la mesa de unos palos de Chanta, de vara y cuarenta de altos, clavados en el suelo, sobre éstos un tablón de cuatro varas de largo y una de ancho, ligeramente desbastado con hacha. Había en ella dos grandes matraces de chicha de agua de yuca. Sucesivamente fueron trayendo *cayanas* con huevos cocidos, papas, mono con una salsa particular que parecía gachas, huevos batidos cocidos con sal. Esto lo comían con delicia á causa de su sabor marcadamente salado, pues la sal para estos indios es una golosina.

Después de dar vueltas y circular la chicha de chanta y yuca, un indio sacó sus dos mujeres de entre el grupo de ellas y las aproximó al banco exterior y lateral del estrado cerca de la cabecera donde estaban sentados los cuatro indios y parte de ellas, después otros tantos manipulando en los manjares del banquete. Estas seis mujeres se reunieron juntas en el sitio que les fué designado. La fiesta era con motivo de la elección de priostes para la del siguiente año, y de los ayudantes correspondientes.

El prioste principal era el que ocupaba el sitio de preferencia en la cabecera y su mujer el de igual categoría entre ellas, y luego seguían las correspondientes á los demás indios, servidos por todas las mujeres.

Comenzaron por dar chicha á las de la mesa, después huevos cocidos y papas, y por último macaco. Las mujeres (que no dejaron sus *huachas)* se repartieron el huevo y papas que les dieron en señal de cariño y fraternidad y

después al distribuir mono con profusión, que envolvían en hojas y guardaban dentro de las pachas, con las papas cocidas, se lo regalaban á las del rincón.

El padre del prioste principal, que estaba junto á la cabecera, dió á su mujer la ración correspondiente. Concluída la distribución, durante la cual no cesaron el tamboreo y las vueltas, se dió á todos de lo que había sobrado en la mesa hasta beberse el caldo restante y quedar limpios aquélla y los vasos.

El padre del prioste, que estaba á mi lado, y algunos indios me obsequiaron con pedazos de mono, huevos, papas y chicha hasta no poder más. *Todo me lo daban de su misma boca, partido con sus dientes ó con sus dedos mugrientos.* A todo me sometí por agradarles y poder decir que he comido entre ellos.

Los huevos, parte los dí á los chiquillos que tenía cerca y parte á los que desde afuera miraban ávidamente por entre las rendijas de las *quinchas.*

Cuando todos nos hallábamos en los últimos bocados, salieron bailando las mujeres de los priostes cesantes, con *huatas* en los que había *mazato,* chicha y *yayacuta* fermentada, dando primero al nuevo prioste y después á las mujeres de junto al estrado. Estas sorbían el mazato hasta llenar la boca, después lo echaban sobre hojas y lo guardaban. Mientras tanto los convidados se habían retirado á sentarse junto á las mujeres al pie de la quimetra y los músicos permanecieron de pie en la parte opuesta al estrado. Después de servidos (bailando) los mazatos y chicha, de que sólo participan los priostes y sus mujeres, se levantaron ellos y ellas y formando dos filas seis de los nuevos priostes y ayudantes y sus mujeres con cinco y el Gobernador con los seis que habían bailado el mazato y la chicha (los músicos estaban á un lado), así bailaron sus tonos y después cambiaron los salientes con las mujeres de los entrantes y viceversa. Al hacer estos cambios uno de los indios colocó sobre la cabeza de la mujer del prioste principal un sombrero de tres

largas cintas, que es sin duda el distintivo del priostazgo. Así bailaron cuatro ó cinco tonos. Concluídos, el Gobernador echó una arenga, desaparecieron las nuevas priostas y puede decirse que aquí concluye la ceremonia de la fiesta, porque se continuó solamente con la ronda de tamboriles y la distribución de chicha á todas y todos á discreción.

Por la tarde llegó una comparsa de indios al Gobernador; entraron saludando y se pusieron á bailar con una de la casa. Venían á comprometerla como ayudante para las fiestas del año próximo venidero. Aceptó después de un corto baile y de beber, bailando, chicha y mazato. También de noche y después de acostado el Gobernador vinieron con pitos y tamboriles á dejar á una que había sido ya ayudante. Baile, chicha y despedida con arenga.

Si la desconfianza es un carácter, entre los superlativos de estos indios, en los de San José llega al último extremo. Son los gallegos de esta región de oriente. Si se les da una cantidad en moneda menuda la cuentan y recuentan varias veces, hasta convencerse de que está justa. A esta condición unen la de ser formales, honrados y serviciales con agrado.

El vestido de fiesta consta de la ropa más nueva, mejor blanca; ponchos de algodón pintados, de tela europea; calzón largo y sombrero de paja ó de fieltro, de ordinario. Las mujeres se ponen *pachas* blancas de *tocungo*, que les sienta mejor que las moradas. Ellas no llevan más adornos que los ordinarios, pero ellos se ponen cintas de colores en el sombrero ó en la cabeza, sobre los hombros ó en la cintura collares ó pañuelos de algodón, á la valenciana, ó á la gallega, ó aragonesa, ó sobre el hombro; camisetas rojas ó poncho también rojo, á la cintura grandes sartas de semillas de los salvajes con vainillas colgadas y plumas; aros de *canna* hechos de la de *huama*, construídos á mano, ó rodetes que se colocan sobre la tupida y negra cabellera, adornados con plumas y colgados por

detrás con profusión; colas de inca, de gallo de roca; pájaros enteros disecados, con borlón, etc.

A algunos he visto una corona de picos de *danteque*, que les daba un aspecto bien extraño.

El Gobernador usa gorro, què se cala á lo Luis onceno.

Los instrumentos que usan son el tamboril, el pito de hueso y unas semillas sonoras que ponen en el extremo de un palo largo como tirso.

La caja del tambor es de una pieza; los parches, de cuero de mono, que aprietan como nuestros tambores con hilo de pita ó guitas (1). En el parche opuesto, adonde se toca, va un cordelito que vibra á cada golpe. El sonido es seco, intenso y como metálico. El pito, de cañizo ó de ala de avestruz, tiene siete agujeros, seis redondos para los dedos y uno largo y cuadrilátero para producir el sonido, que es muy agudo; la lengüeta es de palo santo, que trabajan en Loreto, como también los tamboriles.

Estos los cuelgan del hombro izquierdo con un cordelito prendido de uno de los tirantes del tambor, quedando sobre la cadera izquierda. Para tocar colocan la mano de este lado sobre el borde anterior y sostienen con el pulgar, índice y medio uno de los palillos. Usan el parche anterior para dar golpes á compás de cuando en cuando.

Cogen el palillo que más juega con la mano derecha, que puesta sobre el vientre viene á dar en medio del parche. Cuando tocan en círculo, dando pasos largos y acompasados ó cuando bailan en fila, llevan la cabeza inclinada y el semblante y voz serios y majestuosos.

Cuando están á la ronda tocando largo rato y tienen ganas de algo, clavan los palillos en la *quincha*, cuelgan el tamboril y al entrar vuelven á tomarlo ó tocan simultáneamente tamboril y pito.

Mientras pasean sus rondas, si uno quiere volverse del lado contrario todos le siguen, formando círculo en la dirección opuesta. El baile consiste en colocarse los hom-

(1) Cuerdas de cáñamo.

bres en fila frente á las mujeres en número igual al de éstas y á una distancia como de dos varas. Los hombres, casi siempre tocando, dan paso y medio adelante y paso y medio hacia atrás, y las indias recorren á saltitos y pasos menuditos igual distancia, sin separar apenas los bordes internos de los pies, que mantienen siempre juntos. De cuando en cuando dan una vuelta sobre sí mismos á la derecha ó á la izquierda indistintamente ó á capricho, y otras veces vuelven todos en masa, conservando las mismas posiciones respectivas y cambiando los puestos. Los músicos sin pareja femenina se colocan en sitio exterior y paralelo al de los danzantes y siguen los mismos movimientos.

Algunas veces para honrar á una persona se colocan frente á ésta, que á su vez indica los movimientos que aquéllos deben ejecutar. Principian con una especie de preludio ó *disecordis* y concluyen con un redoble. Ellos bailan con la cabeza inclinada, pero ellas con la cabeza y brazos caídos cubriéndoles su cabellera de sombra toda la cara y espalda; actitud servil y humilde como su condición. Generalmente bailan con sus hijos al pecho, los cuales no se extrañan ni del ruido ni del movimiento. Este baile (que así lo llaman ellos) también está completamente desprovisto de gracia y atractivo. Sin duda lo han introducido los jesuítas. Alguna vez van bailando de una casa á otra; en este caso, salen de espalda las mujeres sin perder el orden respectivo. Paran delante de la casa con las filas femeninas dispuestas del mismo modo.

La chicha la sirven generalmente las mujeres, pero lo hacen también los dueños de la casa y las *layas* acompañan como pajes á las mujeres en este servicio. Salen del interior de la casa, donde están los hogares, á la antesala; si es [un] recién llegado le saludan al modo dicho ó con esta palabra: *xamui*, es decir, *mira*, y apuntándole con el dedo ofrecen el mate con la mano derecha y generalmente lo mantienen cogido del borde, mientras el otro bebe agarrándolo con ambas manos. Concluído el primer

trago, sea largo ó corto, vuelven siempre á invitarle para que repita, y el convidado siempre repite.

Cuando uno concluye mantiene la mano *derecha* y revuelve, y lo que queda pegado lo lame sin acabarlo de limpiar, con objeto de hacer más sabrosa la chicha restante. El que bebe se limpia en la pared de uno de los palos del medio de la sala y las mujeres con el pelo. No pasan las mujeres por delante de la olla de chicha de la sala sin atender ni descuidar á nadie.

A los hombres sirven con más gravedad que á las mujeres, dando siempre la preferencia á los de mayor categoría. Cuando ofrecen á uno de los del círculo de músicos éste se separa, bebe, continúan los otros, y luego de limpiarse se juntan.

Cuando las mujeres sirven el mazato, ponen el mate con él debajo de la barba, meten en la masa la mano derecha, cogen un puñado y empujándolo con el pulgar sobre el índice, lo van introduciendo en la boca del regalado. Alguna vez he visto servir el mazato al Gobernador. Este manjar no lo sirven sino en las ocasiones de más ceremonia.

Norma en la comida: métenla en hollas, comen con los dedos, parten con éstos ó con los dientes, se sirven de pie junto á la mesa, y de ella toman para regalar á los convidados, repiten muchísimo las bebidas y algunos agasajos en tono de risa, como las arengas del Gobernador.

Las fiestas tienen siempre lugar en la parte de la casa que está después de la entrada antes de los hogares. La he visto en las fiestas despejada siempre de trastos.

Es incalculable la cantidad de chicha que bebe un indio y, en conjunto, la que consumen en una fiesta de un modo ó de otro. No cesan de servirse; todo el mundo está manchado de ella, todo huele á ella. Las mujeres se agitan de un lado á otro luciendo sus blancas pachas entre las morado-obscuras de los convidados, y sonando sus nuyas con sonajas.

El ruido de los tamboriles ó los agudos pitos continúan sin cesar un instante.

Las risotadas, los dichos, hacen el cuadro más animado posible. En resumen; la fiesta se reduce á ruido y chicha por la mañana, á medio día y por las noche, y un baile se toca con otro. Antes de consumirse el último trago de un día, ya están preparando para el siguiente. En esto se vé son una raza de niños; les agrada el ruido y se manifiestan incansables, impacientes y sencillos en sus gustos.

Para las fiestas se pintan con esmero delicadas líneas de la comisura de la boca hacia las orejas, debajo de los ojos, en las mejillas á lo zig-zag de arriba para abajo. Hasta el tinte uniforme de achote da á la cara el aspecto de estar alumbrada por una hoguera. Los viejos se pintan sólo debajo de los ojos con descuido, y pintan asimismo hasta á los niños. Este varía hasta lo infinito.

El tinte obscuro debajo de los ojos da un brillo acharolado á las miradas. A las indias las enciende la languidez de sus pupilas, y la variedad de los dibujos presta á la fisonomía multitud de expresiones, desde la estúpida, hasta la majestad graciosa de los perfiles egipcios.

Pintan asimismo á los niños de pecho, y diré de paso que he podido observar en ellos un carácter muy frecuente en los rasgos de la cara de los indios de esta provincia: los párpados estrechos de poca caída, muy cargados de grasa y por consiguiente de poca movilidad.... de eso que llaman en España *caída de ojos*.

En general, poco caso han hecho de mí en las fiestas; no he recibido particular obsequio ó distinción. Estaban, en verdad, muy ocupados consigo mismos, á pesar de que les he regalado las bagatelas de que ellos gustaron, como medallas, hilo, etc., ya que los pagan en plata, sal ó lienzo, que es lo que más aprecian.

Las mujeres, á pesar de mi prodigalidad en cruces, medallas y abalorios, cuando las dijeron en broma que yo trataba de casarme con una de ellas, contestaron que

quién me había de querer, si no era cristiano..... si era el diablo, y sin embargo, no rehusaban las cruces y medallas piadosas de manos de este personaje; bien es verdad que del diablo es de quien reciben las mujeres lo que más las gusta. Después ya me trajeron plátanos, huevos y naranjillas, en cambio de mis obsequios. No es extraño que atribuyan este carácter á un blanco que no viene á robarles como los de aquí, sino á regalarles generosamente á cambio de lo que ellos aprecian, por caracolas y sapos muertos, etc.; además dicen los justicias de los pueblos que el *cayo* de los blancos quema y que la cópula obra como un gancho que les saca las tripas.

Los loretos que vinieron con nosotros asistieron también á las fiestas. No tomaron parte más que en las rondas y en la chicha. Generalmente ninguna distinción, ningún particular obsequio, al revés de lo que sucede en Europa. Al llegar algún acto ceremonioso se retiraban á un lado ó rincón y después volvían humildemente á tomar parte en el coro.

Aquellos pobres indios, que venían rendidos de fatiga por nuestras cargas, no cesaron de tocar y andar y trasnocharon dos veces. No traían más que unos pobres vestidos de camino sin adorno ninguno; así es que algunos tejieron coronas de un helecho que hallaron pegado á unos árboles y se las ciñeron sobre sus negras cabelleras; adorno algo más bello que las extravagantes plumas, rodetes ó pañuelos de los otros. Cuando alguno salía de la sala ó entraba en ella, no era saludado.....

Por fin hoy han quedado ajustados cuatro indios para que nos acompañasen en nuestra expedición al Sumaco, mediante un peso cada uno y una vara de lienzo. Ha habido que regalar una *bachuela;* para las mujeres hubo medallas, para los indios cruces y tres corchetes para todos.

Cosa particular: al principio parecía imposible el viaje al Sumaco, ninguno quería ir; después se comprometían solo á dejarme en sitio desde donde yo emprendiese la subida sin compañía; después se juntaron cuatro indios

diciendo que alguno subiría y no me dejarían hacerlo solo; después se juntaron dos diciendo que subirían también con gusto conmigo, porque ellos creen que por el viento frío y lluvia la ascensión es mortal, ó así lo exageran por el pago, que debe haberles parecido bastante, pues se han presentado dos más.

Con todo, estos indios son muy razonables, ó como ellos dicen, *racionales*. Discuten un asunto, conversan sobre cualquier cosa, tienen crítica y talento despejado y, sobre todo, gran seguridad en el cálculo de sus negocios. A medida que les he ido enterando de la ascensión al Sumaco la encontraron más posible; ¿sería la ganancia?

Ascensión al Sumaco.— Itinerario.— Los gallos mudos.— Tambo pintoresco.—La vegetación.—Los rezos de los indios.—Recuerdo de las fiestas.

Día 16.—Seis de la mañana, 15°,5 c. Salimos para el Sumaco; á la media hora pasamos por el río chico de Cumaliacu, al fondo de una cuesta harto pendiente; al cuarto de hora, en Patato-Samana, donde encontré á los indios.

Este punto corresponde á lo alto de la cuesta que se baja para Cumali-yaca; á las ocho y cuarto pasamos el riachuelo de Maliacu, después de bajar en desigual cuesta llena de piedras del Mitigau-Urcu; á las ocho y media pasamos el riachuelo de Taufa-yacu, y descansamos en Tanla-yacu-urcu, sube una cuestecita y se da en Norado-Pamba; concluída esta escampada, se empieza á bajar una cuesta pendientísima y llena de rocas y pedrones que va á dar en el famoso puente sobre el Suno, tan temible por su altura. Lo pasamos á las nueve y media; á las diez y media en Segala-yacu; hasta las once se encuentran dos riachuelos. El camino se pasa con más ó menos lodo. (Huma-yacu y Sachacu-yacu son los dos riachuelos). Junto á Sachacu está el río Ventacu, ancho, sereno y cristalino. A las doce y veinte llegamos á Mallacu-siqui, a un tambo del Fiscal, el punto más próximo á San José.

Al pie del cerro Hallaqui, junto al Huachu-Sumaco. A las doce y media nos separamos del camino de Quito, que hemos seguido hasta ahora; á los pocos pasos cruzamos el Lanza-yacu, con dirección al tambo donde debíamos pasar la noche. He visto positivamente al indio que iba delante quebrar el extremo de una hoja de palmera baja que está á la entrada del camino. En Sara-yacu se lavaron pies y piernas.

Los gallos del primer tambo no cantan como los de los de Concepción, *les inutilizan la laringe punzándola*, con el objeto de que los blancos cuando van en busca de sus tambos no les oigan y sigan aquella dirección.

A Isern le trajeron en «Concepción» uno de esos gallos mudos. Seguimos el camino del tambo del Fiscal, que va paralelo al Lanza-yacu. Tuerzo después á la derecha y tomo cerro arriba. A la una y veinte llegamos al tambo cuando empezaba á llover. El sitio en que está colocado es lo más pintoresco y al propio tiempo de lo más sublime de que he gozado en mis viajes. Es un cerrito rodeado de un anfiteatro de cascadas que se desprenden de una altura, menos dos de ellas, hechas blanca espuma sobre el verde sombrío de una vegetación mitad tropical, mitad andina, mezcladas.

La primera vegetación empezando por la izquierda es la del río Lanza, la más alta. Después sigue la del Sara, más escondida en la quebrada que ha formado; un poco á la derecha la de Umu-yacu, más baja que las otras, más ancha, que va á perderse en un bosque de surales, de un verde fresco y claro, y por último la de Alpa-yacu postrera á la izquierda. Lanza-sara-yacu y Alpa-urcu son los dos montes desde donde caen las primeras. Dos dejan deslizar sus aguas hacia el último, sobre un cobertizo y perpendicular del pie del cerro; parece que desaparecen en el abismo. Como los..... vuelven á dar en las paredes de la estrecha garganta por donde pasamos el Suno. Dos ríos rodean el cerro sobre que está el tambo; á la derecha, mirando hacia la corriente, los ríos Lariza y Sara-

yacu, á la izquierda el Juro-yacu. El dorso del cerro está pelado por las *chacras;* desde ellas, sobre el fondo, se disfruta bien de la vista de las cascadas.

En la pampa que se extiende entre Segula-yacu (este nombre me choca) y Ventana-yacu, dicen los indios con referencia á una tradición recibida de sus abuelos que ha existido un pueblo llamado Selva. Estos pueblos de cañas, palmeras y madera no dejan rastro, así que no extraño que si ha existido no haya visto ni residuos de él.

Los indios en este momento (al anochecer) están preparando saetas envenenadas para los pájaros que podamos encontrar mañana.

El día ha sido bueno, pero ahora llueve con tiempo cerrado, lo cual unido al ruido de las cascadas hace una armonía á propósito para este sitio salvaje.

No podemos continuar la expedición, el tiempo está cerrado en lluvia y los indios no se atreven á seguir por la tarde ó antes de haber salido á abrir el camino.

Quiero recordar el rezo de las indias á media noche, víspera de nuestra salida de San José para el Sumaco. Sus suspiros interrumpidos, sus canturrias, sus rezos, producían extraño efecto.

El día en que me encontré á los indios bautizados con chicha, era el de despedida de los priostes. La casa era de uno de ellos, que por cierto me acompaña al Sumaco. Antes de marchar bailando á la casa vecina fueron bailando de despedida á cada uno de los hogares de la casa. Entonces interrulpían el orden que observaran comunmente al bailar, pues las mujeres delante y los hombres detrás daban la cara al hogar. Los de éste ó se mantenían de pie ó sentados, recibiendo alegre ó gravemente á los danzantes; alguna vez, por juego, las mujeres bailaban cogiendo entre dos una *cayana* ú otro chisme de cocina.

Antes de esta ceremonia fueron varios indios de los que parecían jugar más papel en la fiesta, uno por uno á las puertas y dándoles la mano, que tenían mucho tiempo asida, contestaban los priostes á una corta salutación con

un largo relato que pronunciaban rápidamente en voz baja, con la cabeza inclinada, como los curas dicen algunas oraciones en la misa. Noté también que en la fiesta algunos salían despidiéndose levantando la mano á la altura de la frente con el dorso vuelto á ella, y moviéndola á aquella altura horizontalmente al par que daban una ronda alrededor para indicar que se despedían de todos (1).

OBSERVACIONES TOPOGRÁFICAS Y BOTÁNICAS SOBRE LA REGIÓN DEL NAPO

Ilmo. Sr.: Contando con la benevolencia de tan brillante tribunal, tengo el honor de presentar algunas observaciones que durante mis viajes por América tuve ocasión de hacer y que, sin embargo de corresponder á regiones exploradas por muchos naturalistas y viajeros en diferentes épocas anteriores á mis excursiones por bosques tan notables por muchos conceptos, creo que no carecen de interés como relativas á una fauna siempre importante por lo fecunda y hasta hoy no enteramente conocida.

A contar de las yermas que sobre la cordillera andina las nieves veraniegas dejan libres la mitad del año, á las *jaravas* (2) y *chuquiragas* (3), interrumpido primero

---

(1) Aquí termina la parte del «Diario» de Jiménez de la Espada que ha llegado á nuestras manos. Como el viaje no finalizó hasta Diciembre del mismo año (1865) suponemos se hayan extraviado algunos cuadernos de aquél. Felizmente, no se han perdido por completo las observaciones de nuestro explorador, quien tuvo el acuerdo de consignarlas en su «Tesis Doctoral», que vamos á reproducir ahora en parte.

(2) Plantas peruanas de la familia de las *gramináceas*.

(3) Plantas de la familia de las *compuestas*.

por los torrentes y ríos que surcan impetuosos las faldas orientales y después por los muchos rodeos del Amazonas y sus caudales tributarios, un solo bosque se extiende hasta el Atlántico y cubre él, con su frondosidad y galanura, la mayor parte de la zona tropical del continente suramericano.

Los fríos veneros que manan de la cadena de volcanes nevados, activos ó en reposo, tendida desde el Cayambi al Illimani, riegan á 10.000 pies de altura los *brezos* (1), las *quinuas* (2), las *fuchas* (3); á 600 leguas de distancia, gallardas palmeras prestan su sombra á las ardientes playas brasileñas, y entre uno y otro de estos remotos lindes, asidas en las peñascas que envuelven con tenaz raigambre las escarpas, tajos y precipicios, colmando los valles y quebradas, bañándose en las ciénagas y lagunas, cubriendo los altos ribazos, las márgenes arenosas y mudables las islas occidentales ó las permanentes establecidas en los feraces aluviones y sedimentos que constituyen las llanuras, nacen, crecen, se propagan, se difunden y se mezclan en toda la espontaneidad de su vigor salvaje, las especies más variadas y peregrinas de la opulenta flora del Nuevo Mundo.

La ostentación, la grandeza con que allí se muestra la fecundidad inagotable de la tierra, produce en el ánimo la misma impresión de imponente asombro que la absoluta esterilidad de los desiertos.

De ella no son parte á distraer al viajero aventurado en tan vastísima espesura la gracia infinita que por doquiera salta á la vista en la forma y disposición de los follajes, en las proporciones robustas ó esbeltas de tallos y troncos, en las florescencias prodigiosas, *casi imaginarias*, último primor del organismo vegetable; así la

---

(1) Plantas de la familia de las *erisáceas*.

(2) Plantas de la familia de las *quenopodiáceas*.

(3) Plantas de la familia de las *enoteráceas*.

solemne majestad propia de los lugares que la Naturaleza, sin rival, enseñorea, antes encuentra incentivos poderosos discurriendo por aquellos ámbitos, sin cielo, sin horizonte, deshabitados, llenos de sombra y de los rumores de las aguas, de los vientos y de la vida, que se agita cerca del Sol allá sobre el alto ramaje.

Penoso, en vez de atractivo y amable, sería para nosotros el espectáculo de las grandezas naturales, si esa impresión primera continuase. Agobiaría el espíritu, acusaría demasiado nuestra pequeñez, humillaría quizá nuestra razón; pero el impulso instintivo que nos lleva á comprender, á dominar lo desconocido, por imponente y misterioso que aparezca, no tarda en sacudirnos, y á su estímulo la inteligencia penetra al cabo y esclarece el misterio, disipa el asombro que la imponía, encuentra allí una idea, una causa, y se reposa y se esparce al descubrir sus mismas leyes siguiendo á la Naturaleza ó reflejándose en ella, que á las veces el *pensamiento de la Creación* es el pensamiento humano referido á lo que existe independientemente de nosotros.

El orden y concierto más admirables presiden la multiforme y, al parecer, confusa asociación de vegetales que constituye el inmenso bosque del Amazonas, debidos á la excesiva preponderancia de las especies arbóreas; las cuales, en armonía con las condiciones del terreno, lo disponen y arreglan de manera que su estructura, digámoslo así, depende enteramente de ellas. Sobre las vertientes de la cordillera, mientras las aguas bajan divididas en infinitos arroyos, torrentes y medianos ríos ó se detienen en ciénagas y lagunas, limítanse á servir de apoyo á las yerbas, matas y arbustos, que sacios de riego y faltos de sol, después de tenderse por el suelo y entrecruzar sus ramas, desenvuelven nuevos vástagos trepadores y por los troncos escalan las copas más elevadas. Los árboles en una faja de terreno de veinte leguas de anchura, constituyen el armazón, apenas visible, del valladar espeso, macizo, entrada ó mejor defensa del bosque

por la parte de los páramos. Pero cuando arroyos y ríos juntos ya y encauzados en anchurosas madres toman por las llanuras rumbo fijo y seguro hacia el Atlántico, aquéllos, á semejanza de las aguas, se reunen en grandes masas, desarrollan su talla más gigante, traban sus altas ramas y con las copas forman una bóveda continua, levantada á tal distancia del suelo que los frutos de regular tamaño al desprenderse y caer en la época de madurez pueden ocasionar y ocasionan la muerte de animales corpulentos.

El boscaje y la maleza de la montaña han desaparecido en el centro de estas arboledas convertidas en oquedades limpias, espaciosas y transitables; las plantas menores prolongan sin medida sus tallos desnudos y lisos hasta alcanzar una rama donde apoyarse, desplegar las hojas y dar sus flores y sus frutos al lado de las flores y frutos del árbol que las sostiene, enviando desde allí raíces aéreas cuando necesitan más savia. No parece sino que los troncos, en su pujante crecimiento, las arrastraron consigo y las separaron de la tierra.

La región *epigea* que resulta de las partes continuas y superiores de estos vegetales así agrupados, por el grande espacio que ocupa y por las condiciones de que goza, había de influir necesariamente en la fauna de la cuenca amazónica y sus anejas. Ella es refugio seguro en las avenidas periódicas y extraordinarias que anegan las planicies; habitación sana, oreada de los vientos y expuesta á los rayos solares; almacén abundante y provisto en todo tiempo de frutas variadas y sabrosas, de flores ricas en jugos azucarados y exquisitos, y ofreciendo, desde la aparición de las selvas americanas entre la tierra y los aires y apartado del agua, un medio donde los organismos animales más diversos por grande que sea su número y por opuestas que sean las necesidades que su distinta forma les impone, pueden llevar una existencia fácil y ventajosa, atrajo hacia sí la inmensa mayoría de las especies terrestres y determinó en ellas la vida esen-

cialmente arbórea. Basta un día de camino á través del bosque para notar el contraste de la soledad y el silencio que entristecen el suelo, con el movimiento, la algazara y la alegría que reinan allá arriba y cuyos ecos llegan hasta el viajero, distintos ó confusos, según el viento arrecia ó se remite, ó conforme la muchedumbre bulliciosa se acerca á la tierra ó se remonta á los últimos cogollos. Este género de vida no causa, por lo común, en los animales sujetos á ella un cambio de costumbres solamente; ocioso es decirlo, revélase también y de una manera más esencial y apreciable en las modificaciones que experimentan sus órganos ó en la frecuencia de uno nuevo dedicado exclusivamente ó en parte á aquel objeto.

La fauna del Amazonas es variada y copiosa como ninguna, supuesto el modo de proceder de la Naturaleza en la modificación de los órganos; mas aunque al mismo fin los preparase era de esperar no sólo riqueza de especies arbóreas, pero novedad en las formas de los órganos dispuestos para esa vida y número de individuos en armonía con la importancia que allí tiene la modificación orgánica y la especie que debe representarla y casi el área en que puede propagarse. Así sucede en efecto, y las más aventuradas deducciones del metódo zoonómico no se acercan siquiera, en mi opinión, al extremo de esa riqueza, de esa novedad y de ese número.

Acaso, y no obstante los célebres viajes de Poeppig, Spix, Humboldt, Castelnau y Revilla, Natterer, Wallace, Osculati, Raimondi, Bates, Agassiz y tantos otros, acaso, repito, no sea posible formarse desde Europa una idea exacta y completa de lo que es esa fauna prodigiosa. Opónese á ello, en gran parte, la excesiva prudencia de los naturalistas teóricos de gabinete, demostrada en la reserva con que algunos han admitido ciertos tipos de aquélla, á la insistencia con que otros los omiten en sus clasificaciones, fundándose bien sea en la obscuridad é imperfección de la diagnosis ó bien en el concepto que el viajero ó el autor les merecen, bastándoles á veces que

haya errado una ó dos para creer que se equivocan, sobre todo en los hechos contradictorios de sus sistemas. Sin embargo, no hay viaje por el Amazonas que no saque á luz cantidad considerable de seres desconocidos y extraños del seno de sus florestas misteriosas, donde más que la diligencia, la sagacidad ó la práctica hacen las ocasiones, la multitud y diversidad de los objetos que se buscan ó acuden por sí mismos sin buscarlos.

Merced á esto, en medio de las adversidades, que son para olvidadas, de nuestro peregrinaje científico á través de la cordillera ecuatoriana y á lo largo del Napo y del Amazonas, nos fué posible reunir datos suficientes en apoyo de cuanto sobre la fauna dicha queda expuesto y formular, de vuelta en España, como premio inesperado de nuestro buen deseo, más que como resultado digno del cargo que se nos confiara, pruebas materiales de colecciones que darán por algún tiempo cierto interés al Museo á que se destinan.

Así lo comprendió el Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo, Ministro á la sazón de Fomento é iniciador de la idea llevada también por él á efecto en breves días, de mandar con nuestra Escuadra del Pacífico una expedición de naturalistas destinados á recoger y observar las producciones espontáneas del Continente americano, á cuya expedición cábeme la honra de haber pertenecido.

En consecuencia, obviando toda clase de obstáculos, dispuso que los mismos viajeros, secundados y dirigidos por eminentes Profesores de Madrid, acabasen la obra comenzada, consignando en un escrito puramente descriptivo las observaciones y descubrimientos que del estudio de aquellas colecciones resultasen. Pero habiéndose reproducido, aunque bajo otra forma menos ingrata, los disfavores de la fortuna á orillas del Amazonas, con un cambio de Ministerio y con la falta del ilustre Marqués, que daba auxilio y calor á nuestra tarea, quedó ésta en suspenso y desde principio de 1866 á fines de 1868 amenazada de la misma suerte que las cupo á las de Pineda,

Haenke, Sessé, Mociño, Ruiz y Pavón, viajeros, aunque nombrados, á fuer de españoles no tanto como pudieran serlo.

Mientras corrían los años en que la Comisión de estudio de nuestras colecciones, falta de medios, se veía precisada á permanecer ociosa ó poco menos, otros viajeros tuvieron tiempo de sobra para explorar los mismos países que nosotros anduvimos, remitir á Europa sus cosechas científicas y de aprovecharlas los zoógrafos describiendo y publicando especies nuevas, muchas de las cuales habíamos encontrado nosotros. Sólo de moluscos se encuentran siete ú ocho y entre cuadrumanos citaré el hermoso *Ateles*, enviado de Géberos, junto al río Guallaga, en 1866 por Mr. Ed. Bartlett, y dedicado á este viajero por Mr. Gray en los *Proc. of the Zool. Soc. of London*, mes de Diciembre de 1867. Dos hembras adultas de magnífico pelaje y recién muertas con el veneno *ticuna* (1), que hallamos nosotros en Tarapoto ó Nuevo Curaray el día 30 de Julio de 1860, constaban en mi catálogo con el nombre de *chuoa*, dado por el cazador indio que nos la trajo, por los del lugarejo de Tarapoto y por los bogas ribereñas del Napo que nos acompañaban desde el comienzo de nuestra bajada por el río, es decir, por todos los naturales del territorio, y como ese nombre vulgar indígena viene aplicado por Humboldt, Osculati, Raimondi y cuantos naturalistas han viajado por allí, ó cerca de allí, al *Ateles marginatus* de Geoff., aunque algunas diferencias notables me hicieron dudar de que nuestros ejemplares pertenecían á esa misma especie—entre otras la uniformidad de color gris-sucio-amarillento de la garganta, regiones inferiores de los brazos, de la cola y de todas las extremidades, excepto los dedos y rodillas, con más la longitud del órgano preensil que alcanza 0'75 m., mientras que el tronco y cabeza hasta sincipucio solo mide

(1) Así llamado por prepararlo en las inmediaciones de Pebas y Loreto (Perú) los indios *ticunas*.

0'45 m.—no obstante, atendiendo á las que el sexo suele traer consigo, las que pueden ser efecto de la localidad y la estación y la escasez de láminas y textos de consulta, las incluí en esa especie ínterin un estudio más detenido me permitía resolver completamente las dudas. Pero creo de todas maneras que semejantes dudas no pueden jamás desaparecer por entero, hoy que la sinonimia es un laberinto, é inmenso y creciente el número de especies, si no se confrontan con los tipos de las que hacen dudar los ejemplares que se quieren concienzudamente describir.

¿Qué libro ni qué pintura me hubiera á mí demostrado lo que me demostró la simple vista de los mismos individuos con los cuales Geoffroy creó la especie *Ateles marginatus?* Y lo que creo de casos como este que cito, lo creo igualmente de todos los que ocurren al determinar ó fundar las especies.

¡Cuánto ganaría la Zoología si por la iniciativa de un hombre de autoridad y reputación á favor del gusto moderno, por las exposiciones en conjunto de los productos de todo género y de todas partes que los rápidos medios de comunicación facilitan, se promoviese una comparativa y científica de los objetos del reino animal que existen esparcidos en los Museos de Europa! Sin la feliz ocasión que me llevó al de París breves días, muchos hubiera tardado problablemente en dar cima á las dificultades que me rodeaban; mas el cotejo de una parte de las colecciones que estaban á mi cargo, con las que las ricas galerías francesas encierran, sobre haber convertido en certeza muchas de mis conjeturas y mostrándome hechos que ignoraba, me puso en el caso de rectificar errores ó llenar omisiones mías ó de los viajeros que han precedido á nuestra expedición. Casualmente el Museo de París y el de Munich se han repartido hasta ahora los tipos más interesantes de la fauna suramericana, y mi consulta, fácil ya por esta sola circunstancia, lo fué mucho más con la franca y cordial acogida que todo naturalista encuentra por parte de los sabios Profesores y ayudantes de aquel

establecimiento, dispuestos siempre á poner al alcance del naturalista estudioso, con las atenciones más delicadas y sin trabas de ningún género, los objetos que están á su cargo y la ciencia que deben á su talento y á su práctica. No seré yo quien desaproveche esta oportunidad que se me ofrece de mostrar públicamente lo reconocido que estoy á los Sres. Milne-Edwards, padre é hijo, á Mr. Dumeril, á Mr. Verraux, Mr. Gervais y Mr. Braconier (1).

---

(1) Siguen á continuación las descripciones de varias especies de mamíferos que por haber visto ya la luz pública no reproducimos aquí, dando con ello por terminado la publicación del presente «Diario», á los sesenta y pico de años de haberse escrito.—*P. B.*

BIBLIOTECA